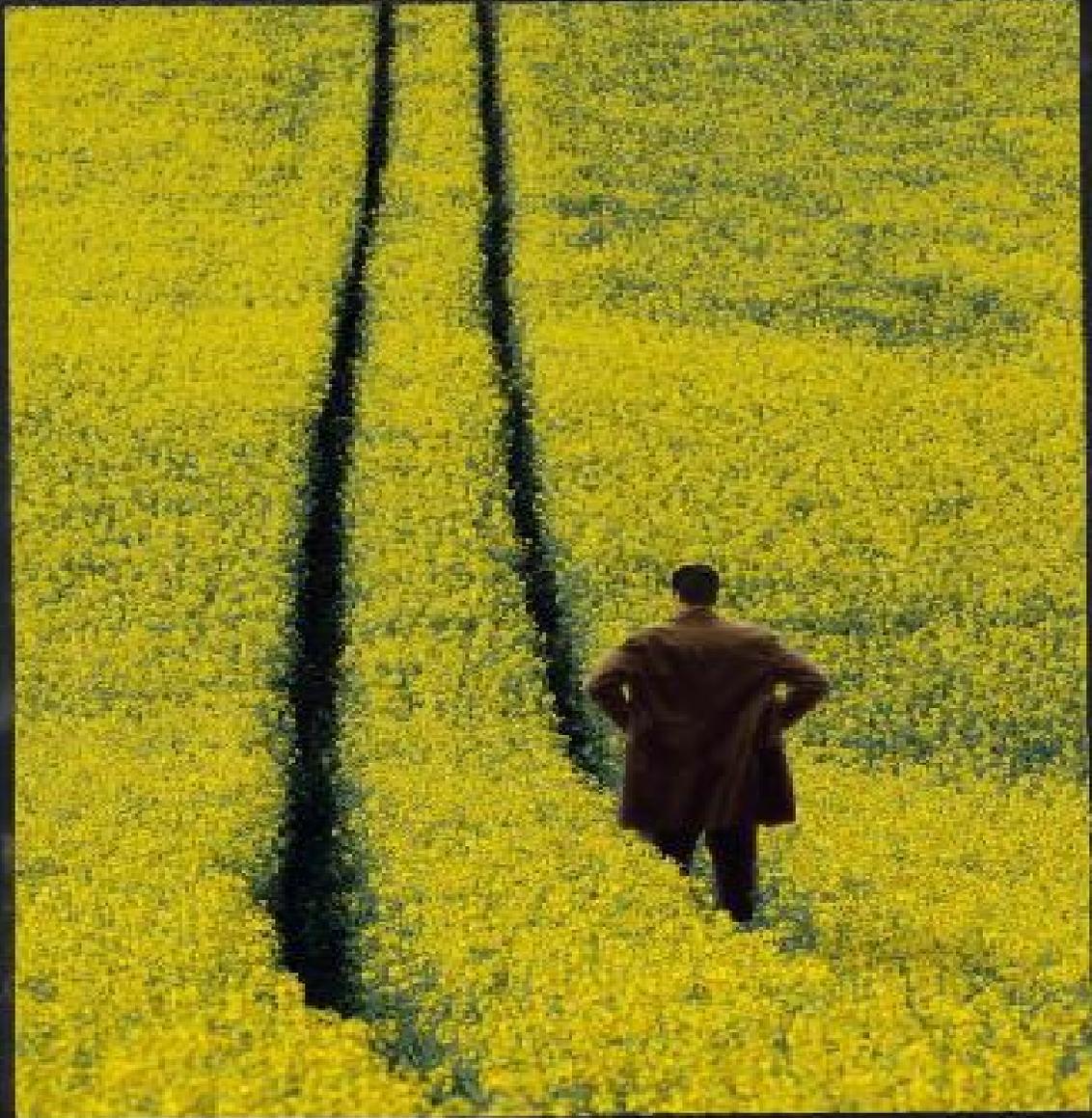


ANTONIO MANZINI SOL DE MAYO



Unos días después de haber liberado a Chiara Berguet, el subjefe Rocco Schiavone se encuentra muy afectado por un hecho que no le desearía a nadie: la muerte, en su propia casa, de la compañera de un amigo de Roma, acribillada con balas que iban destinadas a él. Pero cuando la depresión amenaza una vez más con doblegarlo, Rocco echa mano del mejor recurso que conoce para combatirla: expresar su ira contra todo el mundo, transmutada en una ironía capaz de herir más hondo que una navaja. Por fortuna, los agentes de la comisaría de Aosta, que están aprendiendo a convivir con la coraza de espinas que recubre el corazón malherido de su jefe, saben tomárselo con filosofía y aguantar el chaparrón. Así que, cuando Rocco sale del pozo, lo animan a emprender la búsqueda del asesino, que, al discurrir entre Roma y Aosta, se convierte en una dolorosa exploración de su pasado, un viaje en el tiempo que es como una herida abierta sobre una llaga que sigue sangrando. Y por si fuera poco, el caso de otro finado, al que en un principio se había dado carpetazo como víctima de un infarto, aterriza sobre su mesa para avivar su irritación. Y con él, un nuevo viaje, en esta ocasión al sector más acomodado de la ciudad, el de los que están fuera de toda sospecha, los que creen que pueden disponer de la vida humana como si de un peluche se tratara.

Lectulandia

Antonio Manzini

Sol de mayo

Rocco Schiavone - 04

ePub r1.0

Titivillus 22.04.17

Título original: *Era di maggio*
Antonio Manzini, 2015
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mamá y papá

Un hombre solo,
encerrado en su cuarto.
Con todas sus razones.
Todas sus equivocaciones.
Solo en un cuarto vacío,
hablando. A los muertos.

GIORGIO CAPRONI

LUNES

LA SOMBRA DE LA 'NDRANGHETA TRAS LOS EXTORSIONADORES DE AOSTA

Prestaban dinero a empresarios y particulares con unos intereses desorbitados, para más tarde apoderarse de parte de sus bienes y cuentas bancarias. Esta era la actividad de Domenico Cuntrera, oriundo de Soverato, con antecedentes penales, al que la policía ha arrestado gracias a las investigaciones sobre el homicidio de Cristiano Cerruti, mano derecha del constructor Pietro Berguet, presidente de Edil.ber.

El jefe superior de policía Andrea Costa afirmó durante la rueda de prensa: «Gracias a las concienzudas investigaciones de mis hombres, hemos llegado al corazón de la organización, pero no puedo profundizar en el tema porque estamos convencidos de que no es más que la punta del iceberg».

«Las organizaciones mafiosas llevan años radicadas en esta región, no podemos negarlo, y me atrevería a decir que este último episodio desenterrado por la jefatura de Aosta supone la prueba definitiva», comentó el comandante de los carabinieri Gabriele Tosti, de la Dirección de Investigación Antimafia de Turín.

«Estamos ante un ataque contra la parte sana de este país. Haríamos bien en no dejar a nuestros emprendedores a merced de estas organizaciones mafiosas», afirma el juez Baldi desde la fiscalía.

Domenico Cuntrera, arrestado por el asesinato de Cristiano Cerruti, fue detenido en la frontera suiza tras abandonar precipitadamente la pizzería Posillipo, el establecimiento que regentaba en Aosta. En manos del homicida —vinculado con toda seguridad a un clan mafioso—, se hallaron numerosos documentos que ya están siendo examinados por los investigadores. La detención de este individuo podría ser el primer éxito verdadero del Estado en su lucha contra la delincuencia organizada en nuestro territorio.

Giampaolo Gagliardi

Rocco experimentó una vaga satisfacción al constatar que su nombre no aparecía en el artículo. Pero eso no bastó para aliviar su estado de postración. Llevaba tres días sin salir. Tres días sin encender el móvil, sin pisar la comisaría ni ver a sus compañeros de trabajo, sin ir a desayunar a la piazza Chanoux, sin fumarse un porro ni quedar con Anna. Quitando los paseos con

Loba para que esta hiciera pipí, permanecía atrincherado en su cuarto de la pensión Vieux Aosta, mirando alternativamente el televisor y el techo, que a menudo resultaba mucho más interesante que el primero. La cachorra parecía encantada con aquella nueva vida consistente en largas siestas en la cama con su dueño, grandes comilonas y breves paseos por el centro histórico para bajar un poco la comida. Era comprensible; la habían abandonado en medio de la nieve y había estado vagando durante días por bosques y prados, arriesgando la vida a saber cuántas veces. Estar calentita en un sitio seguro, sobre un edredón blando y acogedor, sin angustias, padecimientos o el miedo a ser embestida por un camión, le parecía un sueño. Y disfrutaba al máximo de esa calidez, saboreando segundo a segundo la seguridad que la rodeaba.

Rocco, con el periódico en la mano, volvió la página.

SIGUEN SIN IDENTIFICAR AL ASESINO DE LA CALLE PIAVE

Todavía no se ha puesto nombre ni rostro al hombre que la noche del jueves pasado entró en el piso del jefe Rocco Schiavone, en la calle Piave, y mató de ocho disparos a Adele Talamonti, romana de treinta y nueve años, amiga y confidente del jefe. Según las últimas revelaciones, la víctima se encontraba en Aosta de visita amistosa. Su cuerpo ha sido trasladado a la capital y se le ha dado sepultura en Montecompatri, la población cercana a Roma de la que es originaria su familia. Sobre el homicidio, sin embargo, quedan muchas preguntas pendientes. ¿Era realmente ella el objetivo del asesino, o lo era Schiavone, quien la noche de autos no durmió en su casa? En la jefatura las bocas están selladas, y en la fiscalía el silencio es ensordecedor. En los despachos parecen estar cerrando filas en torno al jefe, destinado en Aosta desde septiembre del año pasado. Un policía eficaz, que ya ha obtenido resultados excelentes, entre los que destaca el reciente descubrimiento de una red de extorsión mafiosa. La pregunta es: ¿estamos ante una investigación con alto riesgo de contaminación o bien ante la ley del silencio impuesta entre las fuerzas del orden cuando es uno de los suyos quien está en el ojo del huracán? Si así fuera, cabría pensar en una necrosis de la democracia. No obstante, queremos encomendarnos a nuestras fuerzas del orden y depositar en ellas nuestra confianza.

Sandra Buccellato

—¡De qué coño va! —Rocco tiró el periódico al suelo—. ¡Ley del silencio, su puta madre! —gritó a las hojas del diario desperdigadas por el suelo.

¿Quién era Sandra Buccellato? ¿Qué insinuaba? Era el segundo artículo que escribía en ese tono sobre el asesinato. «Adele Talamonti, romana de treinta y nueve años», era la pareja de Sebastiano, su mejor amigo de Roma. La «víctima» era una querida y vieja amiga, que en esos momentos yacía en el cementerio de Montecompatri. ¿A cuento de qué inyectaba ese veneno en sus artículos?

Sandra Buccellato tendría que haber escrito lo siguiente: «¡Señor Schiavone! ¡Le han matado a una amiga en su propia casa, y en lugar de investigar, lleva días encerrado como un oso en letargo! ¿A qué espera? Espabile e intente averiguar algo. Mientras usted se lame las heridas, ese cabrón está campando a sus anchas, tan tranquilo. ¡Mueva el culo, Schiavone!».

Adele había muerto en lugar de Rocco, esa era la pura verdad. Los ocho tiros del calibre 6,35 que le habían descerrajado mientras dormía plácidamente en la cama de la calle Piave iban dirigidos a él. Y sólo a él. Aquel asesinato era culpa suya. El enésimo.

Igual que el de Marina.

Estaba contemplando cómo se amustiaba el día cual flor arrancada.

Llamaron a la puerta. Sobre la cama deshecha, *Loba* levantó una oreja. Rocco no se movió. Esperó. Volvieron a llamar.

«Ya se irá», pensó.

Oyó que los pasos del visitante se alejaban por el pasillo y suspiró con fuerza.

Otro tocapelotas que se largaba.

Regresó lentamente a la cama y se hundió en el edredón. *Loba* se aovilló bajo su axila. Se quedaron dormidos en un abrazo de náufragos.

—¡Un cortado y un descafeinado! —gritó Tatiana.

Corrado Pizzuti no se inmutó y siguió con la mirada perdida en la cesta de las tazas que tenía que meter en el lavavajillas.

—Corrado, despierta, ¡que son las siete de la tarde! ¡Un cortado y un descafeinado!

El hombre salió de su ensoñación y miró a los dos clientes de la barra. Eran *Ciro* y *Luca*, los dos municipales de *Francavilla al Mare*.

—¿Estás sobado o qué? —le preguntó el primero.

—¡Anda, prepara otro café para ti! —añadió *Luca*.

Corrado empezó a trajinar en la máquina.

—Vaya día bueno de sol que ha hecho, ¿verdad, Tatiana? ¿Por qué no vamos luego a comer pescadito?

Luca llevaba tres años rondando a *Tatiana*, la socia de *Corrado*. Y aún no se había enterado de que la rusa llevaba dos años casada con un contable viudo y sin hijos, *De Lullo*.

—¡Llévate a tu mujer a comer pescadito! —le contestó ella sin acritud.

Corrado sonrió apenas. La rusa nunca se enfadaba. Tenía una sonrisa perenne, siempre positiva. Tal vez por eso, tres años atrás le había ofrecido ser socia del bar. Ella no había puesto dinero, ¿de dónde iba a sacarlo? Pero él necesitaba a alguien honrado a su lado, una persona de fiar a la que poder dejar a cargo del local y la caja cuando tuviera que ausentarse por algún motivo. Como la semana anterior, cuando *Enzo* se había presentado en su casa en plena noche y lo había llevado a rastras hasta *Aosta*. ¿Quién le habría dado a ese hijo de perra su dirección en *Francavilla*? ¿Cómo lo había encontrado? Ante los chantajes de aquel asesino, no podía hacer otra cosa que obedecer y rezar por que desapareciera cuanto antes de su vida.

—¿Qué te pasa? —le susurró *Tatiana*.

Corrado sonrió.

—Te veo pensativo.

¿Qué iba a decirle? ¿Que sus días eran pesadillas sin fin? ¿Que habría cogido con gusto el primer vuelo a cualquier país en la otra punta del mundo?

—¡Aquí va el tuyo, Luca! —dijo en cambio, dejando el café ante el municipal.

—Entonces, ¿qué, Tatiana? ¿Nos tomamos ese pescadito o no?

—Haz una cosa, Luca. Termina el café, llévate a Ciro y seguid con vuestra ronda. ¡Con suerte, hasta ponéis una multa antes de que se haga de noche!

Ciro se echó a reír y le dio una palmadita en el hombro a su compañero.

—Ay, amigo, ¡lo tienes crudo!

Cuando salían por la puerta, los dos policías se cruzaron con Barbara, que entraba a su vez en el bar Derby con una sonrisa de treinta y dos dientes.

—Corrado, ¿me pones dos té? ¡Para llevar a la tienda!

—¡Marchando! —respondió él.

Las dos propietarias de la librería de al lado le imponían. Pero no porque fueran serias o autoritarias. Barbara y Simona vendían libros, lo que, para él, las revestía de un halo de misterio. Porque café y bocadillos compra todo el mundo, pero ¿libros? Además, el negocio no les iba nada mal. Como si fueran dos sacerdotisas de un culto desconocido para Corrado, les tenía respeto y cumplía todos sus deseos.

—¿Con limón, como siempre?

—¡Con limón, como siempre!

—Corrado, cuando termines, enciende las luces de fuera, que ya va tocando —le pidió Tatiana, y le hizo un gesto a la librera para que la siguiera al exterior: quería hablar con ella.

Ya en la acera, se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Barbara, que rechazó el ofrecimiento.

—¿Qué pasa, Tatià?

—Corrado está raro. Hace cuatro días cerró el bar y estuvo dos noches fuera. No me ha dicho por qué ni me ha contado adónde fue. Desde que ha vuelto está... no sé, pálido, con la cabeza en las nubes, y se sobresalta con el mínimo ruido.

—¿Por qué crees que es?

—No lo sé, pero no me gusta.

Se quedaron observando por la cristalera al hombre, que estaba calentando el agua del té en la jarrita de aluminio.

—Corrado tiene un pasado feo en Roma. Una vez me contó que no podía volver.

A Barbara se le iluminaron los ojos.

—¿Qué clase de pasado?

Como lectora empedernida de Le Carré y P. D. James, veía complots y enemigos en cada esquina.

—Cosas feas, ya te lo he dicho —respondió Tatiana, y añadió a media voz—: Incluso estuvo en la cárcel...

—¿Y entonces?

—No lo sé. Hay algo que lo tiene intranquilo.

—¡Ya está el té! —gritó Corrado.

Barbara le dio un apretón a Tatiana en el brazo, un gesto de solidaridad, y entró. La rusa se quedó fuera, apurando el cigarrillo mientras miraba el cielo. El mar seguía estrellando las olas contra la playa y los escollos. No tardaría en anochecer del todo. La librera pasó a su lado con las dos tazas.

—Hablamos luego —le susurró, y se dirigió hacia su tienda.

Tatiana tiró la colilla y volvió al bar. Apoyado en la máquina de café, su socio contemplaba la caja de los zumos.

—Anda, Corrado, hazme un favor y vete a casa. Ya cierro yo.

—¿Cómo?

—Que te vayas a casa. Métete en la cama, o estírate en el sofá a ver la tele y descansa. Total, el día ya está echado.

Él asintió.

—Sí... sí, vale. Ya me voy.

La mujer pasó tras la barra.

—¿Seguro que no tienes fiebre?

—¿Eh?

—Que si no tendrás fiebre.

—No. No, qué fiebre ni fiebre —respondió Corrado—. ¿Cierras tú?

—Te he dicho que yo me encargo.

El hombre hundió la cabeza entre los hombros, cogió el cortavientos del perchero, sacó el gorro de lana del bolsillo y se lo caló.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Tatiana se quedó mirándolo mientras se alejaba.

La luz desfallecía ya. El mar tardaría poco en convertirse en una mancha negra salpicada por los faros de las barcas de pesca. Corrado decidió volver a casa por el paseo marítimo, para airearse un poco. Se cruzó con dos chicos que habían salido a correr y con una mujer que volvía de pasear al perro. Por la calzada sólo pasaron dos coches y un ciclomotor traqueteante. Francavilla al Mare era un pueblo de vacaciones. La mayoría de las casas, sobre todo las del paseo, estaban cerradas a cal y canto a la espera de sus dueños, que regresarían con los meses estivales. Él vivía en una calle no muy lejos de la playa, y en su bloque, con dos escaleras y doce pisos, sólo había tres viviendas habitadas, aparte de la suya.

No podía seguir así. En infinita tortura. Dormía pocas horas, agitadas, grises, sin sueños.

«Todas las cosas tienen un principio y un fin —se repetía—. ¿Por qué lo mío nunca termina?».

¿Durante cuánto tiempo más tendría que expiar sus errores? Era peor que una cadena perpetua. «Habría sido mejor acabar en la cárcel», se decía. ¿Por qué, seis años atrás, aquel poli no se lo había cargado a él también, como había hecho con su cómplice? Ahora volvía a verse atrapado, impotente, asustado y a merced de un asesino.

—¡Esto tiene que acabar! —soltó de corrido, mientras metía la llave en la cerradura de la pequeña verja de hierro que daba al patio interior.

Se dirigió a la izquierda, hacia la escalera A. Abrió el portal. Su piso estaba en el entresuelo. Un único tramo de escalera y entró en su casa. Encendió la luz. Se quitó el gorro y el cortavientos y los colgó en el perchero de la entrada. Respiró hondo y se metió en la cocina. Enzo Baiocchi estaba sentado a la mesa. Fumando y viendo la televisión. Tenía los postigos cerrados, al igual que las ventanas, y la estancia olía a humo rancio y café añejo. A Corrado se le encogió el

estómago.

—Dichosos los ojos —dijo Enzo.

Él no respondió. Abrió el frigorífico y cogió una botella de agua.

—No has comprado una mierda de comer, ¿verdad?

Corrado lo miró apenas con el rabillo del ojo, mientras iba al escurrer platos a coger un vaso. Bastaría un golpe seco con la botella en la nuca, con fuerza y decisión, para acabar con aquella pesadilla.

—No, no he comprado nada.

—¿Y qué cenó yo hoy?

El pelo rubio oxigenado de Enzo, reseco y tieso, parecía estopa. Apagó el cigarrillo en la taza de café.

—Podrías haberte agenciado unos bocatas en el bar... o un bollo de nata... ¡me cago en tus muertos!

—No lo he pensado.

—Pues yo me voy a cenar a Pescara. Dame cincuenta pavos.

Corrado terminó de echarse agua en el vaso. Bebió y lo dejó en el fregadero.

—No.

—¿No qué?

—Que no te doy una lira, Enzo. Me tienes hasta los cojones.

Baiocchi se volvió lentamente.

—¿Qué has dicho?

—Que llevas aquí tres días. Querías que te llevase a Aosta, y lo hice, pero ahora cada cual por su lado. —Ni él sabía de dónde había sacado el valor. Pero ya lo había dicho—. ¿Cuánto tiempo más tienes que quedarte?

Enzo se levantó muy despacio de la silla.

—Lo que me dé la gana. Y más te vale no tocarme las pelotas. ¿Sabes por qué?

Corrado negó con la cabeza. Enzo se metió una mano en el bolsillo y sacó un recibo.

—¡Mira lo que me he encontrado en el bolsillo de tu chaquetón! ¡Hay que ser capullo! —Se lo puso ante los ojos—. ¿Lo ves? ¿Sabes lo que es? Arriba están tu nombre y tu apellido, del hotel de Pont-Saint-Martin, donde dormiste y donde diste hasta el carnet. —Sonrió dejando a la vista sus dientes amarillos—. ¡Capullo! Con esto me basta y me sobra. Así que no te olvides, Corrà, que si a mí me pillan, tú vas detrás.

Corrado se apartó del fregadero.

—¿Por qué no vuelves a Roma y me dejas en paz?

—Ya volveré, ya, por eso no te preocupes, que volveré. Cuando se calmen las aguas. Pero ¿tú qué te has creído?

—¿Qué me he creído? ¡Qué te has creído tú! —gritó Corrado—. Encima vas y la cagas, y en vez de pegarle un tiro al poli te cargas a una tía que no tiene nada que ver. ¡Hay que ser negado!

Enzo no se movió: se quedó mirándolo sin cambiar la expresión.

—¡Me da que es cosa de familia, Enzo! —continuó él—. ¡Tú y tu hermano, Luigi, siempre os equivocáis de blanco!

Baiocchi estalló y se le echó encima. Lo golpeó contra la pared. Un cuchillo se había materializado en sus manos y lo acercó a la garganta de Corrado.

—¡Ojo con lo que dices, pedazo de mierda! ¡A mi hermano ni lo mientes!

La punta del cuchillo penetró en la piel del cuello. Corrado abrió la boca y cerró los ojos. Una gota de sangre rodó por el acero.

—¡Recuerda! ¡Como me pillen, tú vas detrás! —añadió Enzo; luego soltó a Corrado y, con gesto veloz, devolvió el arma al bolsillo—. Aféitate y date una ducha, que apestas a frito.

MARTES

En la jefatura, la vida seguía su curso incluso sin la presencia de Rocco: el agente Casella, de turno en recepción; Deruta y D'Intino, tras la pista de algún documento extraviado; la inspectora Caterina Rispoli, al teléfono en su pequeño despacho de la planta baja, y Antonio Scipioni —el agente medio siciliano, medio de Las Marcas—, atendiendo las denuncias. El único que parecía notar la ausencia de su jefe era Italo Pierron. Apoyado en la puerta, miraba el despacho vacío de Rocco. El escritorio, la ventana cerrada, la librería con manuales de jurisprudencia intactos, el crucifijo, la foto del presidente y el calendario. Hasta ese día soleado de primavera no se había fijado en este último: señalaba el 8 de septiembre del año anterior, el día que Rocco había empezado a trabajar en la jefatura de Aosta. El subjefe ni siquiera lo había mirado. Le había dicho en infinidad de ocasiones que, desde hacía años, para él todos los días eran iguales. Y más allá del frío o del calor que hiciera, no percibía diferencias importantes.

—¿Qué llevas debajo del brazo?

Italo se volvió, sobresaltado. Caterina estaba en medio del pasillo.

—Nada, estoy aquí, echándole un ojo al despacho. —Miró la cartulina que tenía enrollada—. ¿Y esto? Una cosa que quería colgar, una especie de broma.

Intrigada, Caterina señaló el rollo.

—¿De qué se trata?

—Ahora lo verás.

Se acercó a la pared de la puerta del despacho del subjefe. Desenrolló la cartulina y sacó un puñado de chinchetas de colores de los bolsillos de la camisa. Llevaba un martillo remetido en la cinturilla del pantalón. Fijó la cartulina a la pared y después se alejó para contemplar su obra.

—¿Está recta?

Caterina la observó.

—Sí, yo la veo bien. Pero ¿qué es?

Se acercó para leerla. Italo la había dividido en cinco rectángulos grandes que representaban la clasificación de las tocadas de cojones de Rocco Schiavone, del sexto al décimo grado. Todos conocían ya aquella escala. Empezaba por la sexta posición, con los marrones más livianos, para alcanzar la cumbre, el décimo puesto, donde campaba en solitario la peor de las tocadas de cojones: el caso por resolver.

Caterina se echó a reír.

—Pero ¿te las sabes todas?

—He puesto las que me sé. Después podemos ir apuntando las que vayamos descubriendo,

hasta obtener una buena visión de conjunto.

—¿Lo has llamado?

—No me coge el teléfono. No se lo coge a nadie.

—¿Has pasado por su casa de la calle Piave?

—Han quitado los precintos —explicó Italo—. También le he dejado el recado del jefe superior. Por lo visto, le ha encontrado un piso en via Laurent Cerise. Pero Rocco tendría que ir a verlo.

—Tranquilo, en esta época la gente no se da de tortas por los pisos. Ah, y hablando de tortas, Deruta ha pedido permiso, porque al parecer esta noche tiene que ayudar a su mujer en la panadería.

La inspectora empezó a alejarse por el pasillo.

—Caterina, ¿te acuerdas de que mañana cenamos en casa de mi tía?

—¡Mañana por la noche tengo yoga! —respondió ella sin volverse y entornando los ojos con cara de hastío.

Pensó en la lista del subjefe; tal vez ella también debería hacerse una y colocar «las cenas con familiares» en el noveno grado.

Tendido en la cama, Rocco miraba la pared de enfrente. Tenía la vista fija en una mancha de una esquina. Una mancha gris que parecía Gran Bretaña. O el perfil de un barbudo que reía con la mandíbula desencajada. *Loba* azotó el aire con la cola. Tensó las orejas y levantó el hocico. Tres segundos después llamaban a la puerta.

—¿Señor? ¿Señor? ¿Va todo bien? —Era la voz del recepcionista de la pensión—. Señor, tiene usted visita. Abra, por favor. ¡Responda!

Tenía que abrir. Se arrastró hasta la puerta, giró la llave y abrió.

El recepcionista iba acompañado de un hombre enorme. Rocco lo reconoció al instante: el jefe de la Brigada Judicial de Turín, Carlo Pietra, que estaba en Aosta desde que él se había enclaustrado en la pensión.

Rocco abrió del todo.

—Pase... —dijo.

Pietra sonrió levemente, se adelantó al recepcionista y entró en la habitación.

—¿Necesitan algo?

Schiavone no respondió. Se limitó a cerrar la puerta.

—¿Qué tal vamos? —le preguntó el recién llegado.

—Vamos.

Carlo Pietra era una esfera que parecía llenar por sí solo los treinta metros cuadrados de la habitación. Tenía unos risueños ojos azul claro y llevaba una barba rala y el pelo largo.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el único sillón de la estancia.

—Por supuesto, siéntese.

Se acomodó entre crujidos. Miró a Rocco, su barba de varios días y su pelo enmarañado. Después abrió una carpeta que tenía apoyada en las rodillas y clavó la vista en el contenido.

—La verdad es que este sitio es un poco triste —comentó mientras hojeaba el expediente.

—En mi casa la cosa no es mucho mejor. —Rocco abrió la pequeña nevera—. ¿Quiere algo?

Veamos... Tengo Coca-Cola, zumos varios y tres botellitas de un whisky desconocido.

—No, gracias.

—Si no, puedo hacerle un café de cápsula. No está malo.

—No, no, nada. Voy a ir a cenar a una *trattoria* y quiero reservarme.

Se dio tres palmadas en la barriga. Rocco se acercó a la repisa de la zona de cocina. A él no le vendría mal un café.

—Pues usted dirá, señor Pietra.

Este sacó un pañuelo y se sonó la nariz.

—Escuche, ¿hacemos una cosa antes de que se nos enrede la lengua con los dientes?

—Claro.

—¿Nos tuteamos?

—No estaría mal.

El subjefe pulsó un botón y al poco el café empezó a caer de la máquina a la tacita de loza.

—Bien, Rocco, ¿te parece que hagamos un resumen rápido de la situación?

—Venga.

Cogió la taza y fue a sentarse a la mesa. *Loba* había vuelto a quedarse dormida.

—Veamos: ¿tienes alguna idea de quién pudo entrar en tu casa el jueves diez de mayo y disparado a...? —Los ojos de Pietra rebuscaron entre los folios de la carpeta.

—Adele Talamonti —lo ayudó Rocco—. Sí. Adele Talamonti estaba en mi casa, era la pareja de Sebastiano, un amigo mío muy querido. Había venido aquí para esconderse, con la idea de que él enloqueciera y viniera a buscarla. Sí, ya lo sé... —Rocco se adelantó a la mirada escéptica de Pietra—, una gilipollez, pero ella pensaba que así reavivaría el interés y la pasión de su hombre. Resumiendo, el asesino creía que el de la cama era yo y por eso le disparó.

Pietra asintió.

—Entonces, ¿no tienes ni la más remota idea de quién pudo haber sido?

—No.

Carlo se rascó la cabeza.

—Mira, Rocco, he leído algo sobre ti y digamos que... así, a primera vista, tu pasado está un poco empantanado.

—Empantanado es un eufemismo, Carlo.

—Por eso, aunque remover el fango no sea tarea fácil, alguna sospecha tendrás.

Rocco negó con la cabeza.

—No, no la tengo. Lo único que sé es que quien intentó matarme volverá a probar suerte.

Carlo Pietra miró a su alrededor.

—¿Y piensas esperarlo aquí?

—No. Estoy aquí porque me he quedado sin casa. Pero, en cuanto encuentre una, me largo. Sobre todo por ella. —Señaló a *Loba*—. Esto se le queda pequeño.

Pietra pareció reparar entonces en la presencia de la perra.

—No sé. Yo soy más de gatos. —El jefe de la Judicial levantó su corpachón—. Vale, voy a ver al jefe superior. Le entrego el papeleo en mano y me vuelvo a Turín. Ya no tengo mucho más que hacer por aquí. ¿Cuándo te reincorporas?

—Todavía me quedan días de vacaciones.

—¿Y piensas pasarlos aquí?

—No me apetece ir a ninguna parte.

—Ha sido un placer. —Pietra tendió una mano y estrechó la de Rocco—. ¿Cómo se vive en Aosta?

El subjefe consideró la pregunta unos segundos.

—Buen viaje.

Había sido Massimo, su amigo de Viterbo, quien le había aconsejado la comida más conveniente para *Loba*. Podía fiarse de él. Se dedicaba a criar perros de agua truferos y a adiestrarlos como soldados. Rocco le había hecho una fotografía a la cachorrilla y se la había mandado por MMS a Massimo, que le había respondido: «Rocco, querido, no sabría decirte de qué raza es. Así, a ojo, veo tres: setter, bretón y algo de pastor. De todas formas, es bonita, no la pierdas de vista». Rocco agarró el comedero relamido y lo puso en el fregadero de la cocinita. Después cogió el periódico para arrugarlo y tirarlo. Su mirada recayó en el artículo de Buccellato:

La pregunta es: ¿estamos ante una investigación con alto riesgo de contaminación o bien ante la ley del silencio impuesta entre las fuerzas del orden cuando es uno de los suyos quien está en el ojo del huracán?

Hizo una bola con la hoja y la lanzó al cubo de la basura.

—*Siete vertical, «vano», «vacuo», cinco letras.*

Marina está sentada en la cama, al lado de Loba. La acaricia con la mano derecha, mientras sujeta con la izquierda la revista de pasatiempos.

—¿«Vago»?

—*Espera, empieza por «i» y termina por «e».*

—«Inservible».

—*He dicho cinco letras, Rocco.*

Cinco letras...

—*El cuarto es feúcho...*

—*Ya.*

—*Aunque bueno, la calle Piave tampoco es que fuera muy allá.*

—*Cierto —le respondo.*

—*Tienes que buscarte una casa.*

—*Es inútil. —Se queda pensativo—. ¿Inútil?*

—¿*El qué?*

—*La palabra del crucigrama. ¿Vale «inútil»?*

—*Tiene seis letras y no acaba en «e». He dicho cinco. Espera, resuelvo la doce horizontal... «Aprobar la oferta»... Esta es fácil, «aceptar»... «El seudolibro de Abdul Alhazred»...*

—¿*Cómo?*

—*Necronomicón.*

—*Pero ¿cómo sabes esas cosas?*

—*Las sé. Entonces, el siete vertical era... ¡«Inane»!*

—¿Inane?

—Exacto.

La miro.

—¿Te pasa algo conmigo?

Le pasa algo, seguro. Una cosa está clara. Mi mujer siempre habla con circunloquios más grandes que los anillos de Saturno, pero sigo sin acostumbrarme.

—¿Te pasa algo conmigo? ¿Por qué no me lo dices directamente?

Suelta la revista, le da un beso a Loba en el hocico y se va al baño. Se para en el umbral. Me mira con unos ojos enormes.

—¡Haz algo ya, por Dios! —estalla, y desaparece tras la puerta.

Ahí van, todos deambulando y hablando por lo bajo. Burros. Aunque al menos los burros giran en redondo y mueven molinos. Esos despojos humanos, en cambio, no hacen más que gastar los zapatos y la hierba del patio.

—¡Es la hora, todos dentro! —gritó un funcionario de prisiones joven, de barba rala y la piel aún moteada de espinillas.

Agostino, apodado *el Profesor*, se levantó, seguido de cerca por Oluwafeme, el gigante nigeriano, y Erik *el Rojo*. Otro día de mierda, el enésimo día de mierda. Franqueó a paso lento la puerta que daba a la escalera del módulo 2 del penal de Varallo. Saludó con una sonrisa al guardia calvo y empezó a subir los escalones. Ya no le causaban efecto las miradas de respeto del resto de los presos. Ni las peticiones de justicia sumaria que, con manos temblorosas, le hacían llegar durante los ratos de patio compartido, cuando las rejas de las celdas estaban abiertas y podía dar vueltas por el módulo recaudando cigarrillos y deudas. Aquellas paredes empezaban a darle náuseas. Necesitaba un cambio, conseguir que lo trasladaran. Aires nuevos, vida nueva, gente nueva a la que someter. Si pudiera llevarse a dos hombres con él, escogería a Oluwafeme y Erik, fuertes, leales y, ante todo, peligrosos. Además, el segundo cocinaba de miedo.

—¿Qué tenemos hoy de cena? —le preguntó mientras atravesaban la última puerta antes de la galería de su módulo.

—Esta noche te voy a preparar una carbonara. Y pechuga de pollo al limón.

Agostino asintió complacido.

—¿Vas a echarle aceitunas al pollo?

—¡Qué preguntas, Profesor!

Este estrechó las manos que le tendieron un par de presos y entró por fin en la celda. La única cama individual, sin litera, era la suya. Enseguida se dio cuenta de que alguien había movido la almohada. La funda estaba arrugada. Metió una mano bajo las mantas y sacó un papelito, un trozo arrancado de un cuaderno cuadriculado.

«Mañana», ponía.

Agostino miró a Erik y al nigeriano. Acto seguido, se metió el trozo de papel en la boca y lo masticó.

—¿Y eso? —le preguntó el cocinero.

—El aperitivo...

—Comisaría Colón, digaaa...

—Póngame con De Silvestri.

—¿De parte?

—Del subjefe Schiavone.

Se quedó a la espera. Su antigua comisaría de Roma, donde él había trabajado durante años y donde seguía prestando servicio De Silvestri, el viejo agente que lo había visto estrenarse en las fuerzas policiales, el hombre con la memoria de un ordenador y la inteligencia de un Nobel. Sin apartarse el inalámbrico de la oreja, miró por la ventana. Gris y húmedo. Amenazaba lluvia en cualquier momento. Pero los cristales no estaban empañados, señal de que, fuera, la temperatura estaba por fin adecuándose a la primavera.

—¿Schiavone? Pero ¿qué ha pasado? —le preguntó directamente De Silvestri con su voz catarrosa.

—¿Te has enterado?

—De casualidad, por el telediario regional. Iban por usted, ¿verdad?

—Sí. Me vendría bien un favor, Alfredo.

—Lo que sea.

—¿Alguien que haya salido hace poco?

—¿Alguien de qué?

—Alguien a quien metí preso. No sé, ¿alguien que pudiera tenérmela jurada?

Oyó la respiración del agente.

—Schiavone, eso es como pedirme que recopile las páginas amarillas.

—Lo sé, pero sáltate las cosas pequeñas. Los robos, las trifulcas y esas tonterías. Céntrate en lo gordo.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—El que te haga falta.

—Yo lo llamo.

Rocco cortó la comunicación. Le había entrado un poco de hambre. Despertó a *Loba*.

—¿Salimos?

—¿Puedo subir a ver a Chiara? —preguntó Max.

—Vale, pero no te quedes mucho rato, ¿de acuerdo? Todavía está cansada —respondió Giuliana Berguet.

El chico sonrió con su dentadura perfecta, se recompuso la larga cabellera rubia y subió la escalera que comunicaba el salón con los dormitorios. Llevaba días sin ver a su novia. No había ido a visitarla ni una vez mientras había estado ingresada. Los hospitales le causaban mucha impresión. Le bastaba con ver de reojo a un enfermo para sentir cualquier dolencia; una pierna amputada, un infarto, el apéndice... no había patología que no lo contagiara como un mal olor que penetra por la nariz.

Le había mandado decenas de SMS, pero Chiara le respondía siempre con frases breves, sin extenderse: «Estoy bien, nos vemos pronto, no vengas al hospital, saluda a todos los del insti». Después estaba la historia con Filippa. No había sido culpa suya, la chica prácticamente se le

había echado encima. Pero él estaba con Chiara. Había intentado hablarlo con su padre, el doctor Turrini, el jefe de servicio del hospital, pero este había sonreído y le había dicho:

—Max, tienes veinte años, eres guapo, estás sano. Folla lo que quieras y no mires con quién. Ya pensarás en cosas serias cuando te llegue la hora.

Ya, las cosas serias. Pero no podía hacerle esa jugarreta tan sucia a Chiara después de lo que le había ocurrido. ¡Secuestrada! Max no podía ni imaginárselo. La habían tenido días encapuchada, metida en un garaje, abandonada en medio del monte, con aquel frío, sin beber ni comer. Él conocía a los dos tipos que la habían raptado y que habían muerto luego en un accidente. Les había vendido una caja entera de Stilnox que había mangado del botiquín de su padre. Y él sabía para qué servía: para aturdir. La droga de la violación. Se la das a una chica y puedes follártela sin que ella se acuerde de nada. ¿Le habrían hecho eso a Chiara? ¿La habrían violado? De ser así, el responsable era él. ¿Era culpa suya? Pero, si no se la hubiera vendido él, esos hijos de puta la habrían conseguido en cualquier otra parte.

Antes de llamar a la puerta del cuarto, se concentró en un pensamiento: «¡Cuidado con lo que dices, Max! ¡No la gagues!».

Llamó. No obtuvo respuesta. Abrió la puerta muy despacio.

—¿Chiara? Chiara, soy Max...

La chica estaba tendida en la cama, vestida. Miraba por la ventana, tapada con una mantita de la que le asomaban unos pies enfundados en gruesos calcetines de colores. Volvió la cabeza muy lentamente. En cuanto lo vio, esbozó una sonrisa, pero se desvaneció al instante.

—Hola.

—Hola.

Max cerró la puerta y fue a sentarse a los pies de la cama.

—¿Qué tal?

Chiara se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien.

Se quedó mirándola. Despeinada, con ojeras.

—Te he echado de menos —dijo él—. ¿Cómo estás?

—Cansada.

—¿Cuándo vuelves a clase?

—No lo sé. Por ahora no me siento con fuerzas.

Max suspiró.

—¿Y consigues dormir, por lo menos?

—No.

—¿Y la pierna?

Durante el tiempo que había estado encerrada en el sótano, a mil metros de altura, Chiara se había hecho una herida en la pierna que había acabado infectándosele. Caminaba con la ayuda de una muleta, pero el médico se había mostrado optimista.

—Oye, para ya con el interrogatorio, que pareces un periodista.

Max agachó la cabeza. En el fondo, lo único que pretendía era interesarse por la salud de su novia. Chiara volvió de nuevo la cara hacia la ventana.

—No creo que me cure nunca.

—¿Por qué dices eso? Pero ¡si te cosieron la herida!

«Dios, qué capullo», pensó Chiara. Guapo y tonto.

—No hablo de la pierna, Max. Todas las noches sueño lo mismo. Todas las noches estoy atada a la silla, con la capucha en la cabeza. Sola. Y fuera llueve, nieva, y estoy sola. Sin agua...

—Pero los dos que te secuestraron están muertos, Chiara. Ya nadie volverá a hacerte daño, ¿entiendes?

La chica volvió la cabeza de golpe y lo miró a los ojos.

—¿Y tú qué sabes? ¿Cómo puedes estar tan seguro? —Cerró los ojos con fuerza—. ¿Te das cuenta? He cumplido diecinueve y ni siquiera lo he celebrado. Porque no quiero que nadie me mire como lo estás haciendo tú. —Le brotó una lágrima de los ojos cerrados—. ¡La pobrecilla a la que secuestraron y a saber lo que le hicieron!

—Chiara, no...

—¿Hablan de mí en clase? ¿Qué dicen?

—Que tienen ganas de volver a verte.

Chiara se amansó.

—¿Y tú cómo estás?

—¡Fatal! Las cosas en casa son un asco.

—¿En qué sentido?

Max estaba mirándose las manos. No paraba de frotárselas.

—Las cosas están cada vez peor, mis padres se... Bah... Que no aguanto ya en casa.

Chiara resopló.

—Pues vete. No será por dinero.

—¿Te crees que no lo he pensado? Pero hasta que termine los estudios no me dan una lira...

Chiara por fin sonrió.

—Max, te quiero, pero tienes que prometerme una cosa.

—Claro.

—Que no vendrás más a verme.

El chico abrió mucho los ojos.

—Pero...

—Ve a clase, sal con los colegas, pero no pienses más en mí. Chiara Berguet ya no existe.

—¿Por qué?

—Si lo supiera, te lo diría. Pero no lo sé. No tengo ni idea...

—¿No me das ni un beso?

—Perdona, Max, déjame dormir. Estoy cansada...

Mientras tanto, en la planta baja, el juez Baldi, sentado en el lujosísimo salón de los Berguet, removía el café con la cucharilla que la asistenta, Dolores, acababa de llevarle de la cocina. Pietro y Giuliana lo observaban.

—Me alegro de verla mejor, señora Berguet —comentó Baldi.

—Gracias, sí, por fin he podido dormir.

El juez miró entonces a Pietro. Al contrario que su mujer, estaba pálido, no conseguía tener quietas las manos y fumaba como un carretero.

—Bueno, he venido para ver si consigo entender una cosa. Su empresa estaba concursando para una licitación en el gobierno de la región. ¿Es así?

Baldi acababa de poner el dedo en la llaga: el rostro de Pietro se encendió de golpe.

—¡Nos han invalidado! —estalló—. ¡Nos han excluido del concurso! Por vínculos con la mafia, dicen. ¿Se da usted cuenta, señor Baldi? ¿Ese hijo de perra de Cuntrera secuestra a mi hija y ahora resulta que el mafioso soy yo? He intentado explicárselo a la comisión. ¡Esos mierdas nos chantajearon!

—¡Pietro! —lo reprendió su mujer.

Pero él no le hizo caso.

—¿Y ahora Edil.ber es una empresa con supuesta vinculación mafiosa?!

—¿Y qué le respondieron?

—Me dijeron: ¿se acuerda usted de Cerruti, su mano derecha?... Pues pertenecía a esa organización... —Pietro Berguet se levantó como un resorte del sofá—. Y tienen razón, señorita. ¡Más razón que un santo! Cristiano estaba metido hasta el cuello, mi mano derecha, ¿qué podía yo responder? Existía una vinculación con la mafia, ya lo creo que existía.

Baldi le dio un sorbo al café.

—Tengo entendido que la licitación la ha ganado una empresa que se llama...

Pietro se le adelantó:

—Arquitectura Futura. Son jóvenes, empezaron hace dos años. —Fue hasta la ventana—. Aunque nunca habían ganado un concurso tan importante.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Un ala nueva para el hospital y dos ambulatorios, uno en Cervinia y otro en Saint-Vincent.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De mucho, señorita. De mucho.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Intentar recurrir. Pero estoy seguro de que lo único que conseguiré será malgastar dinero en abogados.

—Y de Arquitectura Futura... ¿quién es el propietario?

—Luca Grange.

—¿De Aosta?

—De Pont-Saint-Martin.

La puerta del salón se abrió y apareció Max. El chico tenía cara triste, de perro apaleado.

—Hola... —dijo casi susurrando.

Giuliana le sonrió.

—Señor Baldi, este es Max... el novio de Chiara.

—Sí, sí, lo conozco. Y también conozco a su madre. ¿Qué tal, Max?

—Así, así...

—¿Has saludado a Chiara? —le preguntó Giuliana.

—Sí. Bueno, gracias y perdón. Hasta pronto.

—¡Mira, si no vuelves por aquí me haces un favor! —gritó de improviso Berguet.

—¡Pietro! —Giuliana amonestó a su marido con los ojos desorbitados.

—¡Vete con tu madre, Max, y con el cabrón de tu padre! ¡Y diles de mi parte que les deseo lo peor!

—¡Señor Berguet!

—¿No lo sabe, Baldi? Si estoy donde estoy es por la madre de este... Anda, Max, ¡piérdete!

—Yo... lo siento —consiguió farfullar el chico, sin levantar la mirada—. Yo no...

—¡Y dale las gracias a tu madre de mi parte!

Max agachó la cabeza y salió con el rabo entre las piernas. Giuliana se había levantado con el rostro encendido.

—Pietro, pero ¿qué tendrá que ver el pobre muchacho...?

—¿Es que no sabes quién me sugirió que recurriera a Cuntrera? ¿Que me prestara dinero ese mafioso de mierda? ¿No lo sabes? ¡La madre de ese pobre muchacho! Laura Turrini, ¡de la Caja de Ahorros del Valle! ¡Y encima tengo que aguantar a ese desgraciado en mi casa! —Con las venas del cuello hinchadas, añadió dirigiéndose a Baldi—: La corrupción está ahí, señorita. En esas cajas, en Turrini y sus amigos, en los salones bien de esta ciudad.

—Señor, por favor, le ruego que se calme...

—Que se calme su tía. ¿Y ustedes qué hacen? Para lo único que valen es para... para venir aquí, sentarse, poner cara de pena ¿y decir «lo siento mucho»? —Pietro Berguet era ya un río desbordado. La rabia había roto las compuertas de su educación y no había manera de cerrarlas —. ¡Por si le interesa, quedan en el Lions Club, en el Rotary o en el restaurante Santalmasso, a las afueras de Aosta, donde el cubierto cuesta doscientos euros! ¡Ahí es donde tendría que ir usted de caza! ¡En vez de venir aquí, a mi casa, a tomar café y a decirme cuánto lo siente!

—¡Pietro!

—¡A tomar por culo ya!

Le dio una patada al sofá y salió del salón. Giuliana y Baldi se quedaron en silencio. La mujer fue la primera en hablar:

—Perdónelo, señorita, no quería ofenderlo.

—No se preocupe... Son cosas que pasan. Pero, dígame —prosiguió el juez, cambiando de tema—, ¿los amigos de Chiara vienen a verla?

Se oyó un portazo en algún lugar de la casa.

Giuliana hizo como si nada.

—En realidad, la llaman más periodistas que compañeros de clase.

Baldi dejó la tacita sobre la mesa de cristal.

—¿Han considerado proporcionarle algún tipo de apoyo psicológico?

—No quiere ni oír hablar del tema.

—Deberían insistir.

—Lo intentaremos. Pero, oiga, mi marido y yo no hemos podido agradecerles ni a usted ni a los hombres de la jefatura todo lo que han hecho por nosotros.

El juez interceptó con un gesto de la mano la coba que intentaba darle Giuliana Berguet.

—Por favor. No he venido a que me agradezca nada. Además, al único al que tiene que darle las gracias es al señor Schiavone. Si no fuera por él, quizá Chiara no estaría hoy entre nosotros.

—Lo hemos intentado, pero no está en la jefatura. No hay manera de dar con él.

—¡Qué me va a contar a mí!

El subjefe estaba siguiendo una tertulia política por televisión. Sin volumen. Los participantes

parecían peces en un acuario. Las bocas se abrían y cerraban. Los dientes eran visibles la mayor parte del tiempo. Aunque lo que le resultaba más interesante eran los ojos. En total descoordinación con las bocas. Cuanto más abiertas las unas, más apagados los otros. Se dedicaba a catalogar los peces del acuario: la mujer de las piernas cruzadas y la cara desfigurada por un cirujano plástico era una morena. El gordinflón con papada triple y cuatro pelos, un pez globo. El diputado gafotas, un pez payaso. En ese momento, sin embargo, un ruido interrumpió sus fantasías. Alguien estaba metiendo un papel por debajo de la puerta. Rocco se levantó de la cama, se agachó y lo recogió. El recepcionista de la pensión lo avisaba de que Anna había intentado hablar con él seis veces y le pedía que la llamase.

Llamarla no era una opción. No tenía la energía necesaria para pasar una noche con ella, comiendo mejunjes y diciendo chorradas. Ni siquiera le apetecían sus besos, o acostarse con ella. Nunca había sido capaz de dormirse abrazado a una mujer que no fuera Marina. Con ella conseguía pasar la noche entera enredado en su cuerpo, sin separarse, sin que se le entumecieran los brazos; acunado por su respiración, se dormía para seguirla en sueños.

Sonó el teléfono.

—¡Joder con...! —Levantó el auricular sin pensar—. Schiavone...

—Lo llaman de Roma —lo informó la voz fría del recepcionista—. Por cierto, para no molestarlo le he dejado una nota por debajo de la puerta.

—Sí, ya la he visto, gracias. Páseme la llamada.

No tardó en oír la voz de su viejo amigo, el agente Alfredo De Silvestri.

—Señor, soy De Silvestri.

—¿Ya me has conseguido algo?

—Sí...

—Entonces, te pongo en manos libres, así mientras tanto voy tomando nota. Es que si me quedo con el auricular apoyado en el hombro luego me duelen las cervicales.

Pulsó el botón y fue a sentarse a la mesita de delante de la ventana, donde había un pequeño cuaderno y un par de bolígrafos.

—Dime, Alfredo, ya estoy.

—Pues empezamos. —La voz de De Silvestri llenó el cuarto de la pensión—. Me he saltado a todos los que, como me dijo, tuvieran que ver con robos pequeños, trifulcas y cosas de medio pelo. Empezaría por Antonio Biga. ¿Se acuerda?

—Vagamente.

—En 2004. Le metieron ocho años por atraco a mano armada y...

—Ah, ya, ya, claro, hombre, Antonio Biga...

—Salió hace tres meses. Su última dirección conocida es viale Massaia, ochenta y cinco. Por Garbatella.

—¿Alguien más?

—Claro. La número dos. Stefania Zaccaria. La encerró por proxenetismo en 2006. Salió el año pasado.

—Stefania Zaccaria. ¿Una bajita?

—Sí, aquí pone uno cincuenta y ocho.

—Podría ser. Está medio loca. No creo que ella haya subido hasta aquí, pero bien pudo encontrar a algún desesperado para un trabajito tan asqueroso. Me la apunto. Stefania Zaccaria. Y,

oye, ¿qué me dices de Fabio Zuccari?

—Sí, fue el primero que se me ocurrió. Pero está en el hospital, con un cáncer que se lo está comiendo vivo. Quedan los hermanos Gentili y Walter Cremonesi.

Los hermanos Gentili ostentaban el récord de siete pisos en un solo día. Walter Cremonesi, en cambio, era un reincidente contumaz. Se estrenó en el sistema penitenciario en 1976 por pertenencia a banda armada, un lobo solitario de la extrema derecha. Atracos, homicidios, entraba y salía de la prisión de Rebibbia como si fuera un supermercado. La última vez, Rocco lo había pillado por atraco y homicidio.

—¿Dónde están los hermanos Gentili?

—En Costa Rica, por lo visto. Abrieron un restaurante. Yo los descartaría, jefe...

—¿Y Walter Cremonesi? ¿Cómo es que ha salido?

—¿No se lo imagina? Por buena conducta. Al parecer, en cuanto entran en la cárcel, estos sujetos se transforman en hermanitas de la caridad laicas que van todos los domingos a confesarse a la iglesia.

—Pues podría ser un buen aspirante. ¿Cuántos años tiene ya?

De Silvestri hizo un cálculo rápido.

—Cumple cincuenta y ocho el mes que viene.

—Recuérdame que lo felicite.

—Llevamos años sin saber nada de él. Decían que estaba en París. Por ahora no se me ocurre nadie más.

—Llámame en cuanto tengas novedades.

—Cuenta con ello.

Miró el cuaderno de notas. Sólo había apuntado dos nombres: Antonio Biga y Stefania Zaccaria. Los subrayó tres veces.

Había llegado la hora de coger un avión y plantarse en la capital.

—¿Caterina? Soy Rocco...

—¡Jefe! Me alegro de oírlo. ¡Lo he echado de menos!

—No mientas, que se te da fatal. Oye, necesito que me hagas un favor...

—Supongo que será por *Loba*, ¿no?

—Exacto. ¿Me la cuidas?

—Mañana por la mañana voy a buscarla.

«Lástima», pensó Rocco, que habría preferido que fuera esa misma noche.

—Gracias, Caterì. Hasta mañana.

—Mañana lo veo, jefe.

—Caterì, ¿recuerdo mal o habíamos pasado a tutearnos?

Hubo una breve pausa. Entonces Caterina sonrió, o al menos eso imaginó él.

—Mañana te veo, Rocco.

El subjefe sintió un culebreo.

Tal vez estuviera volviendo a la vida.

MIÉRCOLES

—Taxi... taxi... ¿necesita?

En las llegadas del aeropuerto de Fiumicino había una nube de hombres panzudos que se acercaban a los pasajeros susurrando la palabra mágica: «Taxi...».

Rocco no respondía. Iba directo al aparcamiento bajo la marquesina, el de los taxis autorizados. No lo hacía por ser legal. Habían pagado por una licencia más que por un piso, así que simplemente le parecía ofensivo encomendarse a unos piratas sin licencia.

—¿Taxi, caballero? ¿Lo llevo al centro?

—¿Qué taxi ni taxi! —dijo él.

—¿Y cómo se va a ir a su casa?

Rocco se paró en seco para mirar al ilegal.

—Pues con el coche de servicio. Soy subjefe de la policía. ¿Deja de dar por culo, o tengo que ponerme nervioso?

El ilegal retrocedió dos pasos, lanzando miradas a sus colegas, que bajaron la vista y por un momento dejaron de mendigar.

—No se ponga así, hombre... ¡Uno tiene que buscarse la vida!

—¡Eso lo dirá usted!

Estaba soleado. Sin embargo, la peste de los tubos de escape le quitaba toda la poesía a aquel cielo celeste y despejado. Rocco se montó en el primer coche disponible.

—Vía Poerio, por favor... Número doce.

—Volando —respondió el conductor, y bajó la bandera—. Vaya día, ¿eh?

—Sí, pero hasta Monteverde me gustaría ir en silencio. Nada de la Roma, la Lazio, políticos ladrones, la ciudad no funciona, la culpa es de los comunistas y chorradas por el estilo. ¡Gracias!

—¡Sin pizca de acritud, jefe! Soy una tumba.

Encontrar a Antonio Biga y buscar a Stefania Zaccaria. No era tarea fácil. Y probablemente no conseguiría ningún resultado. Pero tenía que intentarlo, mirar a los ojos a esa gentuza y oler su hedor. Él primero sentía las cosas en la piel y luego ya las procesaba en la *res cogitans*. Entre las personas se dan vibraciones y ondas que a veces valen más que cien pensamientos. Un poco como cuando jugaba a las cartas con su tío, que siempre le decía: «Rocco, recuerda la regla de Chitarrella: ¡más vale un vistazo que cien ideas!».

La carretera de Fiumicino a Roma estaba atascada. El taxista tomó un atajo que atravesaba el barrio de la Magliana para llegar a la avenida Portuense. Porquería por doquier. Y unos baches colosales que hacían rebotar el taxi. Parecía que estuvieran atravesando un barrio de Beirut en

plena guerra civil libanesa. Se acordó de una canción de un cantautor romano que comparaba Roma con una perra entre cerdos.

—¡Schiavone! —El grito de sorpresa retumbó por el hueco de la escalera—. ¡Qué alegría volver a verlo!

—¿Cómo le van las cosas?

—Bien. ¿Y a usted?

—¿Cómo quiere que me vayan? Pero, dígame, ¿ha venido últimamente alguien buscándome? La portera de via Poerio se quedó pensativa.

—No, señor. Nada, aparte de las facturas de siempre, que le reenvió a Aosta.

—Gracias.

—Se encontrará la casa un poco sucia. Esta semana no ha venido la mujer. Su hija estaba de parto.

—No pasa nada.

Cogió el ascensor y subió a la última planta. El ático. Su casa.

Olía a cerrado, como era de esperar, y los muebles estaban cubiertos por plásticos. Ni se molestó en mirar el piso. Fue directo al baño, se dio un agua rápida, se cambió de camisa y salió.

Brizio lo esperaba en el bar de siempre, en la piazza de Santa María del Trastévere. Llevaban nueve meses sin verse. Se había afeitado el bigote e iba peinado con la raya a un lado. Seguía provocando que las cabezas de las mujeres se volvieran a su paso, y él tampoco dejaba de girar la suya. Era la única actividad que se tomaba en serio desde que tenía dieciséis años. Después se había cruzado con Stella y se había dado un descanso.

—Estás más viejo, Rocco.

—Lo mismo te digo.

Se abrazaron.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—El que haga falta.

—¿Cómo está Seba?

—He quedado luego con él y con Furio. ¿Damos un paseíto?

—Ya me conozco yo tus paseítos.

En mayo, el Trastévere se llena de turistas y los escalones de la piazza Trilussa estaban ya hasta los topes de chicos con cervezas y helados. Atravesaron el puente Sisto y se dirigieron hacia via dei Giubbonari. El Tíber era un purín fangoso que discurría despacio. Las gaviotas se entrecruzaban con los plátanos y los tejados de las casas. Pasaron dos chicos persiguiéndose en bici entre risas.

—Rocco, de los nombres que me has dicho... Walter Cremonesi debería estar en París.

—¿Y?

—Digo «debería» porque le hemos perdido el rastro. Pero ¿por qué iba a tenértela jurada?

—¿No te acuerdas? ¿El atraco en la piazza Bologna?

—Coño, Rocco, ¡estamos hablando del noventa y nueve!

—Sí, pero lo encerré yo.

—¿Y tú crees que trece años después...? No, yo lo descartaría. Además, Cremonesi no es ningún psicópata. Es un mierda, sí, pero no le pega ir de justiciero. Él siempre ha estado más relacionado con los peces gordos.

Rocco asintió poco convencido.

—¿Y qué me dices de Zaccaria?

—¿Stefania Zaccaria? Hace dos días tuvo un choque frontal en la ronda de circunvalación. Está en el Santo Spirito. Tiene más escayola que piel. Si sale con vida, tendrá que ir de peregrinaje a Medjugorje.

—Hace dos días... No le vale como coartada. Además, también pudo mandar a alguien en su lugar. ¿Y Antonio Biga? ¿A qué se dedica?

—No lo sé. No se le ve mucho el pelo. Cuentan que estaba asociado con el clan de los Casamonica. Pero no sé... Es demasiado capullo.

—¿Vive en Garbatella?

—No. Allí tiene a la madre. Él vive por detrás de la piazza de la Chiesa Nuova.

—¿Ahí es adonde me llevas?

—¿Te hace?

En la plazoleta entre los callejones había una enorme higuera retorcida y nudosa. Rocco y Brizio entraron en el bar frente al portal de Biga. El subjefe sonrió al ver los *tramezzini* bajo un trapo húmedo.

—Póngame dos, uno de atún con alcachofas y otro de ensalada de pollo. Y un agua... —pidió feliz a la chica que servía tras la barra.

Fueron a sentarse a las mesas de fuera.

—¿Seguro que no está en su casa?

—Seguro —respondió Brizio—. El vecino me ha dicho que ha salido. Pero no tardará en volver.

Llegaron los *tramezzini* y el café para su amigo. Rocco le hincó el diente al primero sin pensárselo.

—Aaah... esto sí... esto sí que lo echo de menos.

—Pero ¿qué pasa, que en Aosta no hay *tramezzini*?

—No.

—Esa gente está fatal... —dijo Brizio, dando un sorbo a su café.

—Sí, pero también hacen muchas cosas buenas.

—¿Como por ejemplo?

Rocco reflexionó un momento.

—Los bocadillos de *mocetta*.

—¿Eso qué es?

—La próxima vez que venga te traigo. Es indescriptible.

Lo tenían acorralado entre tres tipos que pesaban el doble que él y le sacaban al menos treinta

centímetros de altura. Bloqueaban el sol con las cabezas, obstaculizaban el aire y borraban los muros y la torre de vigilancia.

—Abdul, ¿hasta cuándo vamos a tener que esperar? —lo amenazó el rubio con los dientes apretados, uno con un ojo medio cerrado por una cicatriz y un tatuaje de una serpiente que le subía por el cuello. Erik *el Rojo*, lo llamaban—. ¿Qué me dices, Abdul?

A Omar no le pareció oportuno corregirlo.

—No lo sé. Ya os he dicho que yo esas cosas no las hago.

—¡Pues yo te digo que una mierda! —replicó el negro. El más grande, el que se pasaba el día en el gimnasio. Antes, fuera, era boxeador, y ahora, dentro, asesino—. ¡Mira, marroquí de mierda, tú esta mañana estabas esperando material!

Omar no era marroquí. Era de Túnez. Pero pasó por alto la pequeña imprecisión. El nigeriano le estrujó el pecho con su enorme manaza.

—¿Quieres morir con veinte años? —le vomitó encima el grandullón, mostrando sus dientes blancos comidos de sarro; el aliento del negro era casi peor que sus puños—. ¿Eh? ¿Quieres morir con veinte años, desgraciado?

Otra imprecisión: Omar había nacido en Túnez el 18 de mayo de 1988. De morir ese día, tal como amenazaba Oluwafeme, fallecería pocos días antes de cumplir los veinticuatro. Pero prefirió no decir nada, sobre todo porque la enorme mano del africano seguía presionándole la nuez.

—Escúchame bien —había tomado la palabra el tercero, el Profesor. El de las gafas. Un DPV, «de por vida». Dos cadenas perpetuas y otras minucias acumuladas durante años de honrado servicio. No había ojos tras las lentes. Dos pedazos de cristal sin alma. Dos cosas que servían para mirar, para espiar, para observar sin transmitir emociones—. Mis amigos y yo no somos tontos, Omar, y sabemos el tinglado que tienes montado aquí dentro. Que tus amiguitos te traen regalos, te dedicas a venderlos al personal y vas ahorrando dinero para cuando salgas. Porque tú piensas salir, ¿verdad?

Omar asintió: le faltaban seis meses.

—Mejor dicho, porque te gustaría salir, ¿verdad? —El Profesor lo miró muy serio—. Y, según nuestros cálculos, tus amigos de fuera tenían que traerte hoy regalitos. ¿Dónde están?

—Hoy no me han traído nada, os lo juro. Marini estaba de guardia en el locutorio, y con Marini de por medio... ¡Lo sabéis, con él no se puede pasar una mierda! No le miento, Profesor, yo no...

Oluwafeme fue rápido y preciso: un directo entre la nariz y los labios con todo el impulso del hombro. Un golpe seco, casi invisible por la velocidad de ejecución, de no ser por la sangre que salió a chorros del labio y la nariz de Omar, que se llevó las manos a la cara. En los ojos, centenares de flashes y un dolor sordo que le trepanó el cerebro. Las piernas no le respondían, pero tampoco podía dejarse caer: la otra mano de Oluwafeme lo mantenía en pie, bien pegado a la pared.

—¡Pues no te creemos! Y cuando nosotros no creemos algo, ¿qué es lo que pasa?

El cuatro ojos, el cerebro del grupo, negó con la cabeza.

—A nosotros no sé, pero él muere.

Lo agarró de la barbilla y lo miró a los ojos, que Omar lograba a duras penas mantener abiertos.

—¿Has entendido lo que te he dicho? Vas a morir. Te lo repito: ¿dónde está el material? — insistió el Profesor.

Omar no podía respirar. Bajó la cabeza y escupió al suelo un coágulo de sangre. Acto seguido, volvió a levantarla.

—Puede que no me haya explicado bien...

El tunecino miró de reojo por detrás del hombro derecho del negro, que tenía el puño dispuesto para el siguiente golpe, y vio en el patio a su amigo Tarek, que andaba buscándolo. Tenía que llamar la atención de alguien o era hombre muerto.

—Profesor, ¿qué parte no ha entendido? ¡No tengo una mierda! —dijo al fin.

El exboxeador nigeriano le encajó otro derechazo en la sien. A Omar se le cayó la cabeza hacia delante, pero Erik tuvo a bien volver a levantársela de un gancho bajo en el mentón que le desmenuzó un par de dientes y le hizo un corte en la punta de la lengua. A aquel golpe se sumó otro puñetazo en plena boca del estómago que Oluwafeme le asestó con la izquierda, para mantenerla también entrenada. Omar se vomitó el desayuno en los zapatos. Sin embargo, en ese punto la paliza dejó de ser un asunto reservado, estando como estaban ante la cancha del patio del penal de Varallo. Tarek y Karim, los amigos del tunecino, se percataron entonces de la reyerta y se abalanzaron sobre Erik y el nigeriano.

De un salto, Tarek se levantó medio metro del suelo y le pegó una patada en la nuca a Oluwafeme, que se dio de bruces contra la pared del patio. Karim, por su parte, se lanzó a peso muerto sobre la espalda de Erik y, aferrado cual koala a un eucalipto, le metió los dedos en los ojos. El rubio de la cara marcada intentó quitárselo de encima sin éxito. Omar se dejó caer al suelo con una mezcla de sangre y moco en la boca, mientras el Profesor aprovechaba para pegarle una patada a Karim, que seguía agarrado a la espalda de Erik por los riñones. Karim soltó un chillido, pero no por eso dejó de hundir los dedos en los ojos del Rojo, que intentaba a su vez librarse de aquella especie de gato salvaje que le había caído encima. Entretanto, el nigeriano se había incorporado meneando la cabeza. Tarek lo esperaba en guardia. Oluwafeme se abalanzó sobre él. El otro intentó mantenerlo a raya con lo poco de kárate que había aprendido en un gimnasio inmundo de Hammamet, pero lo único que conseguía era darle picotazos. El resto de los internos del penal contemplaban sin intervenir la reyerta que se había desencadenado entre los tres tunecinos y los amigos del Profesor. Los más jóvenes detuvieron el partido de fútbol y los mayores, el torneo de brisca. Aziz se separó del grupo que charlaba junto al taller de carpintería para ayudar a sus compatriotas. Corrió hacia Erik, que seguía con Karim enganchado a la espalda. Mientras, Oluwafeme, el exboxeador, había golpeado a Tarek en la cara y lo había mandado al suelo. Omar, con el rostro ensangrentado y los ojos medio cerrados, estaba intentando levantarse, pero entonces el Profesor lo clavó en el suelo poniéndole un pie en el cuello. De un caderazo, Erik se libró por fin de Karim y lo agarró al vuelo por el cuello. Empezó a apretar cada vez con más fuerza; el chico tenía ya los ojos hinchados y no conseguía respirar. Pero justo en ese momento llegó Aziz, que le soltó un derechazo a Erik en la oreja. Este aflojó el agarre y Karim cayó al suelo, echando el alma por la boca y tratando de recuperar el aliento. Aziz pegó un grito para armarse de valor y se lanzó contra el rubio de la cara marcada. Volteaba los puños con toda su fuerza y su miedo. Puños que no daban en el blanco. Él era comerciante, no estaba acostumbrado a las peleas, y Erik lo sabía. Esperó protegiéndose la cara para luego empezar a repartir una serie infinita de tortazos que le destrozaron el rostro a Aziz. Salpicones de sangre y de

saliva salieron disparados por todas partes. Llegados a ese punto, el resto de los presos decidieron que era hora de intervenir. Y se movieron todos a una para detener la masacre. Por fin aparecieron corriendo por la puerta dos funcionarios para acabar con la pelea. Hubo gritos y aún volaron varias patadas y puñetazos más. Un tercer funcionario, Federico Tolotta, de guardia en el módulo 3, llegó a la carrera, pese a la mole que tenía por cuerpo. Recogió del suelo las llaves de las rejas, las apretó con fuerza en el puño y lo descargó sobre la nuca del nigeriano, que se tambaleó. A continuación, se personaron en el patio otros guardias armados, que redujeron con las porras a Oluwafeme, Erik y Agostino, alias *el Profesor*. El altercado terminó por fin. Omar y Aziz habían salido mal parados. Karim había acabado con ligeros problemas respiratorios, mientras que Tarek, tras los golpes de Oluwafeme, se había levantado y, aparte de la mandíbula, que le crujía al menor movimiento, parecía que el resto seguía funcionándole.

Dos guardias custodiaron hasta la enfermería a los magrebíes. Erik, el nigeriano y el Profesor fueron conducidos a las celdas de aislamiento, donde esperarían medidas disciplinarias.

Entretanto, otros seis funcionarios al mando de Mauro Marini, el más veterano, intentaron restaurar la calma entre los internos. En la otra punta del patio, lejos de la reyerta, había un preso tirado en el suelo, junto a la puerta que daba al módulo número 3. El guardia Mauro Marini se acercó a él.

—¡Eh, tú! ¡Levanta!

Pero no se movió. Marini se inclinó para darle la vuelta.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —insistió.

Lo giró sin dejar de zarandearlo. El preso tenía los ojos abiertos y en blanco, la boca desencajada y un hilo de baba le caía de una comisura.

—Joder... —murmuró Marini, buscando a algún colega con la mirada.

—¿Qué pasa? —le gritó Daniele Abela, destinado hacía pocos meses al penal.

—¡Corred, joder! —respondió Marini, y le puso dos dedos en el cuello al hombre tirado en el suelo.

Abela y Tolotta, el guardia gigantesco del módulo 3, llegaron a su lado.

—¡Este se nos ha ido! —sentenció Marini—. Joder... ¡Avisad al director!

Rocco ya se había metido cuatro *tramezzini* y dos cafés entre pecho y espalda. La tarde avanzaba solemne y la luz empezaba a pasar del amarillo al naranja. Vigilaba desde su asiento la calle y los callejones en torno al portal de Biga. Brizio no lograba concentrarse con la continua distracción de las mujeres que le pasaban por delante.

—Empiezo a estar hasta las pelotas, Brizio. ¿Cuándo vuelve ese callo malayo?

—Hum... estaba yo pensando una cosa... —le respondió su amigo—. Que si fue él, no creo que lo encontremos así como así. Habiéndose cargado a Adele en vez de a ti, no me extrañaría que se hubiese retirado a algún rincón lejano.

—Yo no estaría tan seguro. Antonio es de la vieja escuela.

Brizio asintió. Sabían que la delincuencia romana siempre había tenido esa limitación: eran muy fanfarrones. Iban con la cabeza bien alta, orgullosos, cuando había que esconderse, y se escabullían como ratas el día que podían ir por ahí presumiendo de sus acciones. Biga debía de rondar los setenta y, a esas alturas, después de tantos años pasados a la sombra, se sentía

protegido e intocable. Por lo menos en Roma.

De pronto asomó por el callejón delle Vacche. Iba solo y, aunque hacía una tarde tibia y primaveral, llevaba un paraguas y lo iba clavando a su paso entre los adoquines, apoyándose en él. Rocco le dio un codazo a Brizio, que al punto se volvió, abandonando las nalgas de una espléndida teutona con pantalones cortos.

—Ahí está —dijo Rocco.

Se levantó. Sin embargo, conforme se acercaba, se dio cuenta de que lo que llevaba Antonio Biga no era un paraguas, sino un curioso bastón abombado por el centro que acababa en un mango con forma de gancho. Cuando el hombre vio al subjefe, no se sobresaltó ni vaciló. Siguió renqueando hacia el policía con una sonrisa en los labios. Visto desde fuera, podía parecer el encuentro de dos viejos amigos.

—Pero ¡mira quién es! Rocco Schiavone. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Te han mandado de vuelta a Roma?

—A ti te estaba yo buscando.

Antonio respiró hondo. Con un gesto rápido de la mano, pulsó un botón y el bastón se transformó por arte de magia en un taburete.

—¿Te importa? Me machaqué el fémur hace seis meses. Pero me han puesto una cabeza de no sé qué material que utiliza la Nasa. Aunque todavía renqueo un poco. —Se sentó en aquella banqueta de evidente factura china—. Es chulo, ¿eh? Lo utiliza la gente cuando va de pesca.

Rocco seguía de pie y lo miraba desde arriba.

—¿Y tú vas mucho?

—¿Adónde?

—De pesca.

—A mí la pesca siempre me ha parecido una chorrada.

Soltó una carcajada que se transformó en una tos convulsa. Se puso rojo y estaba medio ahogándose, pero Rocco no movió un músculo para ayudarlo.

—Antò, no vayas a espicharla aquí.

El hombre recobró el aliento y se enjugó la boca.

—Pero cuéntame, poli. Sé que, después de que me arruinaras la vida, a tu parienta no le fue mucho mejor.

—Estás bien informado. Por cierto, saludos de los padres de Semplici. ¿Te acuerdas? La mujer a la que te cargaste en el banco.

—Yo nunca he matado a nadie. Sabes que soy inocente.

—¡Claro, hombre! Y aparte de dar vueltas como un tullido, ¿a qué te dedicas?

—¿A qué quieres que me dedique? ¿Sabes que dentro de dos meses me dan la pensión?

—¿La pensión a ti?

—Digo. ¡El nuestro es un gran país!

—Desde luego, si deja campar a sus anchas a un desgraciado como tú, puedes decirlo bien alto. —Rocco se encendió un cigarro—. ¿Has hecho algún viajecito?

—¿Cuándo?

—Últimamente.

—¿Aparte de a Frascati? No. Ninguno. —Antonio reparó entonces en una figura al fondo del callejón, apoyada en la pared del edificio—. ¿Qué pasa? ¿Ahora llevas escolta?

—Es un amigo.

Antonio enfocó.

—¡Válgame Dios! Pero ¡si es Brizio! Está más viejo. ¿Y venís dos a buscar a un carroza como yo?

—¿Sabes dónde vivo ahora?

—Tenía la esperanza de que te hubieras ido con tu mujer debajo de un ciprés. Pero ya veo que sigues vivito y coleando, dando por culo como siempre.

—¿Te molesta?

—Bastante, la verdad. —El viejo delincuente estornudó—. Me pasé los dos primeros años de condena pensando en cómo mandarte a hacer compañía a los peces. Pero luego me dije: «Antò, ¿y a ti qué te importa? Sal de esta celda y vive la vida».

Rocco lanzó la colilla a lo lejos.

—Schiavò, ¿llegué a darte el pésame por tu mujer?

Rocco le pegó un puntapié al taburete de Antonio, que se encontró en el suelo en un visto y no visto.

—¡Tus muertos a caballo!

El subjefe se agachó y lo agarró por el cuello de la camisa.

—Te dejo hablar porque eres un viejo tullido y lo que puedas decir me la refanfinfla. Pero tampoco te pases.

Se miraron a los ojos.

—Ayúdame a levantarme, dame una mano... —le pidió Antonio.

—Una hostia es lo que te voy a dar —bufó Rocco, que acercó la cara a la del delincuente—. ¿Qué sabes?

—A ver si nos entendemos, madero. ¿Tú me has visto rajar alguna vez? En tu vida. Entonces, ¿para qué me haces tantas preguntas? ¿Qué esperas averiguar?

—¿Quién ha ido de viaje a Aosta últimamente?

Antonio sonrió. Tenía los dientes negros y le faltaban un par de incisivos.

—Estás cagado, ¿eh?

—¿Quién?

—Me da lástima sólo por la mujer de Seba, que no tenía que ver una mierda. Una pena. Estaba buena...

Rocco le dio una bofetada con la mano abierta.

—Ni se te ocurra mentarla. Venga. —Apretó con más fuerza la chaqueta del viejo delincuente.

—No lo sé. Busca entre los que te la tienen jurada. Somos muchos, Schiavone... ¡Ve arremangándote!

—Antò, como yo me entere de que tienes algo que ver, vengo y te parto el otro fémur. —Lo soltó, se incorporó y lo miró desde arriba—. Tantos años en la cárcel y no has cambiado nada. Sigues siendo el mismo cara de polla, pero con un fémur roto. ¡Por tu bien, será mejor que no me vuelvas a ver, Biga!

Rocco se volvió hacia Brizio, que no se había movido del callejón.

Antonio Biga intentó levantarse del suelo, pero agitaba las piernas como un escarabajo del revés.

—Schiavò, yo no tengo ya nada que ver con esas historias. Yo no he sido. ¿Y sabes por qué?

Porque yo no la habría cagado cargándome a la mujer de Sebastiano. ¡Te habría matado a ti! — Los gritos del viejo retumbaron por el callejón desierto—. ¡Como me hayas roto el fémur, te denuncio!

—¡Denuncia a la Nasa! —le gritó Schiavone, y le hizo una seña a Brizio—. Vamos. No es él. Sabe algo, pero no piensa hablar.

—Ojalá pase un coche y lo atropelle —respondió el otro, señalando a Biga, que se arrastraba en su intento por apoyarse en el taburete para incorporarse.

—Lo dudo, esto es zona peatonal. —Rocco entornó los ojos—. Aún es de día. ¿Vamos a ver a la amiga Zaccaria?

—Disculpe las molestias, pero el usuario no está disponible en estos momentos...

El juez Baldi colgó con fuerza el auricular.

—¿¿Dónde está?! —gritó a la habitación vacía. Después se llevó el índice a la oreja y se la rascó—. ¿¿Dónde se ha metido ese mentecato?! —gritó a las paredes de su despacho, antes de volver a coger el teléfono.

—Jefatura de Aosta, dígame.

—Soy Baldi. ¿Dónde está Schiavone?

—Hace unos días que no lo vemos, señoría.

—¿Con quién hablo?

—Agente Deruta.

—¿Me pasa con...? ¿Quién más hay por ahí?

—No sabría decirle. ¿Quiere que le dé la lista?

—¿El que esté sustituyendo a Schiavone!

—Ah... Pietra, el de la Judicial de Turín. No sé si estará en el despacho. ¿Quiere hablar con él?

—No, quiero invitarlo a cenar. ¡Pues claro que quiero hablar con él!

Percibió un ruido de fondo. Un parloteo en voz baja. Baldi alzó la vista en un gesto de exasperación. Alguien volvió a coger el auricular.

—Señoría, agente Italo Pierron, dígame.

—¿Dónde está Carlo Pietra?

—Si le soy sincero, no lo sé... No lo he visto desde ayer.

—¿Me cago en la leche que mamó! No hay tiempo. Venga ahora mismo al juzgado.

—¿Qué pasa?

—Hay que ir corriendo a la cárcel de Varallo. ¿Hay esperanzas de localizar a Schiavone?

—Haré lo que pueda. Se lo llevo mañana como muy tarde.

—Harás carrera, Pierron.

—Señoría, ¿por qué hay que ir a la cárcel de Varallo?

—¡Han asesinado a Mimmo Cuntrera!

Stefania Zaccaria se encontraba ingresada en la planta de Traumatología del hospital Santo Spirito de Roma. Estaba echada en la cama de una habitación individual, con un brazo escayolado, la

pierna derecha en tracción y una bota ortopédica en la otra, así como una venda en la cabeza que le tapaba el ojo izquierdo. Los labios, reconstruidos por un pésimo cirujano plástico, estaban tumefactos y llenos de costras. A los pies de la cama había una mujer mayor haciendo ganchillo. Los rayos de sol que entraban por la ventana reavivaban el verde burocrático de las paredes, que exhibe su mejor cara en cárceles y hospitales. Stefania Zaccaria había levantado un imperio de prostitución. Había comprado decenas de estudios en semisótanos de distintos barrios romanos y los había llenado de chicas esclavas y sudamericanas. Un negociete que le procuraba varios centenares de miles de euros, incluso en años de vacas flacas. Rocco la había encerrado en un par de ocasiones, pero las dos veces la madame había logrado salir. El poder del dinero y de unos buenos abogados, muchos de ellos clientes de sus chicas. Cuando el subjefe entró en la habitación, la anciana que le hacía compañía dejó la labor y se llevó el índice a la punta de la nariz.

—Chis —conminó a Rocco—. Está durmiendo.

El subjefe se apostó junto a la cama. Stefania tenía el ojo cerrado. Pero el párpado le bailaba demasiado. Rocco decidió seguirle la corriente.

—¿Cómo está?

—Pues ya ve —respondió la mujer—. ¿Quién es usted? ¿Un amigo?

—Sí, íntimo. ¿Cómo se las ha apañado para acabar así?

—Se estrelló con el coche por Casalotti. Se empotró contra un camión hormigonera de Tráfico.

—Entonces, está viva de milagro —comentó Rocco, que se le acercó a la cara y vio que Stefania tenía la frente y los pómulos llenos de arañazos—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Con hoy va ya para tres días.

—¿Qué dicen los médicos? ¿Puedo llevármela a la jefatura?

—¿A la jefatura? —repitió la mujer, dejando el ganchillo sobre la colcha.

—No, ¿verdad? Bueno, si eso, vengo con el juez. Stefà, otra vez con las mismas. Me da que te vas a chupar unos díitas a la sombra.

La mujer seguía sin abrir el ojo.

—Pero ¿qué dice? ¿Es que no ve cómo está?

—Sí, sí, lo veo. Pero Stefania la lio bien gorda hace una semana. Y como la hemos pillado, tendrá que pagar el pato. Así son las cosas.

—¡Los cojones! —respondió Stefania Zaccaria, abriendo por fin el ojo bueno—. ¡Me vas a encerrar otra vez por los cojones, Schiavone! Y a ver, ¿qué es lo que hice hace una semana, si puede saberse?

—Ah, pero ¿estás despierta? —preguntó el subjefe, haciéndose el sorprendido. Se fijó en que también le faltaban un par de dientes—. Ay, Stefania, ¡volvemos a las andadas!

—Schiavò, yo contigo no voy a la comisaría ni muerta. Mándame al juez o a quien te dé la gana. ¡Tendréis que hablar con mis abogados! —Acompañó la amenaza incorporándose ligeramente con el torso, movimiento que le causó un latigazo de dolor lacerante en la base del cuello.

—Espacio... —le aconsejó la anciana.

—¡Tú calla, vieja estúpida! —le gritó Stefania.

—Así no se trata a una madre...

—No es mi madre, comisario.

—Y yo no soy comisario. Soy subjefe. Entonces, ¿quién es la señora, tu tía?

—Tampoco. Es una desgraciada que me ayuda con las cosas de la casa.

La vieja asintió con una sonrisa.

—¡Yo llevo la casa! —confirmó, orgullosa.

—Venga, subjefe, cuénteme. ¿Qué es lo que hice hace una semana?

Rocco cogió una silla de formica y la acercó a la cama. Miró a la viejecilla.

—Señora, perdone, ¿me haría un favor?

—Claro —contestó ella, sonriendo.

—¿Podría dejarnos a solas un par de minutos?

La mujer miró a Stefania.

—¿Puedo?

—No tiene que preguntárselo a ella. Lo que debe hacer es levantarse y salir de la habitación un par de minutos. ¿Se ve capaz?

La mujer dejó de nuevo la labor sobre el colchón.

—Entonces, con su permiso, voy a hacer pipí.

Se levantó, se arregló la falda y salió de la habitación con una media sonrisa.

—Bien, Stefania, ahora que estamos cara a cara... o cara a media cara —se corrigió Rocco, señalando la venda que le cubría el rostro a la mujer—, ¿nos ponemos serios?

—Yo siempre soy seria.

—¿Sabes decirme dónde estabas hace siete días?

Stefania puso el ojo bueno en blanco. Estaba pensando.

—Hace siete días... Hace siete días... ¿Te refieres al jueves por la noche?

—Exacto.

—Déjame que piense... Ni me acuerdo. Creo que en casa. Nada especial. Pero ¿por qué?

—Esfuézate un poco.

Stefania lo intentó.

—Nada, no se me ocurre nada. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé.

—Lo sabe toda Roma.

—Pues yo no. Te has pasado de listo.

Rocco alargó una mano y la posó sobre el brazo bueno de la mujer.

—Déjame el brazo.

Pero él no le hizo caso.

—Sabes por qué estoy aquí y estabas esperándome. ¿Has sido tú?

—¿El qué?

Le apretó el brazo. Stefania hizo una mueca de dolor.

—Te he dicho que nos pusiéramos serios. Mira que te reviento también el bueno...

—Que no lo sé, no sé nada...

Apretó con más fuerza.

—¿No lo sabes?

—Sí, o sea, lo sé... Sé lo que te ha pasado... ¡Déjame, que me haces daño!

—Esa era la idea. ¿Y bien?

—Duele mucho... No aprietes...

—Como no cantes, paso a la pierna rota.

—Yo no tengo nada que ver. Me habría gustado, te lo juro. Pero yo paso de ti, no sabía ni dónde estabas.

—¿Y quién te contó que alguien había ido a hacerme una visita?

—Déjame, ¡si me dejas, te lo digo!

Rocco le soltó la muñeca. Se quedó mirándola.

—Estoy esperando.

Zaccaria tragó saliva.

—Me lo dijo uno...

—¿Uno que se llama...?

—El tío ese... ¿Cómo se llama...?

Rocco alargó el brazo hacia la pierna con la bota ortopédica. Stefania casi pegó un bote.

—¡Paoletto Buglioni!

Él sonrió. Acarició el brazo que acababa de estrujar y se levantó de la silla.

—¡Eres un cabrón, Schiavone, ¿lo sabías?! ¿Por qué no te vas por donde has venido?

Mientras le gritaba, Rocco devolvió la silla a su sitio y se dirigió a la puerta. Ya de espaldas, se despidió con la mano. Stefania seguía gritando, entre los crujidos de la cama y la tracción:

—¡Eso es, así me gusta! ¡Vete a tomar por culo! Ya estoy llamando a mi abogado, comisario, a ver qué te has creído. ¡Te piensas que puedes venir aquí a amenazarme! Como un día me dé, voy y...

Schiavone no oyó el final. Estaba ya en el pasillo. Se cruzó con un enfermero.

—Perdone, pero a la paciente de la doscientos nueve se le han cruzado los cables.

—¡Y a mí qué me cuenta! ¡Por mí como si se electrocuta!

El auxiliar siguió su camino como si tal cosa.

Alessandro Martinelli, con una larga carrera en la Administración para arribar con cincuenta y cuatro años al penal de Varallo como director, estaba sentado con los brazos cruzados. La única concesión de su despacho, tan parco como su vestimenta, eran las fotografías de sus tres hijos, enmarcadas y expuestas sobre el escritorio. Por lo demás, podía pasar por una celda monacal.

—No sé —decía, negando con la cabeza—. No puedo aventurar nada... Me gustaría que hablasen antes con el médico...

Tenía delante al juez Baldi, que llevaba una elegante chaqueta de cuero, y al agente Italo Pierron, de pie junto a la puerta.

—¿Cómo se llama el médico? —preguntó Baldi.

—Es el responsable sanitario. Se llama Oreste Crocitti —les informó el director.

Atravesaron una decena de corredores, cruzando rejas que se abrían y se cerraban en un concierto de traqueteos, crujidos y porrazos metálicos. Las paredes estaban pintadas con el típico verde burocrático. Por fin llegaron al patio, que en realidad eran dos, separados por una tapia alta.

—El cubierto es para los que están en aislamiento. Este más grande es para el resto de los

presos.

El director hacía las veces de cicerón con los visitantes. Junto a un pequeño recoveco en la pared, no muy lejos de la entrada del módulo 3, inclinados sobre una sábana blanca de la que asomaban unas piernas, había dos funcionarios de prisiones y el médico, Crocitti.

—Baldi, fiscalía de Aosta. Encantado.

El facultativo se incorporó. Un metro noventa de delgadez, desprovisto de pelo, mirada apagada tras las gafas.

—Crocitti...

Baldi observó el cadáver sin denotar emoción alguna en la mirada.

—¿Qué tenemos aquí?

—Infarto de miocardio —respondió el médico—. Fulminado al instante. Debió de alterarse con la reyerta.

—¡Domenico Cuntrera no puede morir de un infarto! —gritó el juez Baldi con tal fuerza que, del susto, el médico y los funcionarios pegaron un bote.

Italo no se inmutó, mientras que el director del penal miró hacia otro lado, avergonzado.

—A este Cuntrera lo mandé arrestar yo. Es un mafioso que prestaba dinero, un usurero, vinculado además con el secuestro de una chica... Un tipo así no se muere de un infarto. Quiero una autopsia.

—Como usted diga, señoría. Además, la autopsia se hace de oficio. Lo llevamos a Vercelli y...

—¡A Vercelli se va usted de vacaciones! ¡A este me lo llevo yo conmigo a Aosta! —gritó una vez más el juez.

—Pero... —intentó oponerse el director—. Nosotros dependemos del tribunal de Vercelli y...

—Escúcheme bien, Martinelli. Este hombre es mío. Ya hablo yo con el fiscal de Vercelli. ¡Italo! Avisa a Fumagalli. Quiero que haga él la autopsia.

—¡Ahora mismo! —Italo se alejó del grupito.

—Sería algo irregular... —objetó el director.

—Martinelli, ¡díganos que me la trae al fresco!

—Entonces, ¿está usted seguro de que no ha sido un infarto? —preguntó Crocitti.

El juez lo miró a los ojos.

—Me juego mis dos testículos a que se trata de un homicidio.

Aunque era más de medianoche, en la avenida del barrio de Trieste había tanto tráfico que parecían las cinco de la tarde. Paoletto Buglioni estaba en la puerta del Hysteria, controlando la fila de chicos que querían entrar en la discoteca. De brazos cruzados, todo vestido de negro, sin un pelo en la cabeza, mirada feroz y barba de dos días, les sacaba al menos treinta centímetros a los clientes. Parecía que los bíceps le iban a descoser la chaqueta cuando menos se lo esperase. Los que llegaban ante la doble puerta metálica gritando y blandiendo vasos de plástico con brebajes alcohólicos enmudecían nada más ver al gigante y esperaban, con amabilidad y paciencia, a que el gorila los dejara pasar. Rocco y Brizio lo observaban a diez metros de distancia, apoyados en la persiana metálica de una tienda de antigüedades. Paoletto levantó la vista y los vio. Le hizo una señal de aprobación a Brizio, que se la devolvió.

—Ahora viene —le dijo este a Rocco.

No habían pasado ni dos minutos cuando salió de la discoteca otro gorila, bajo pero más musculoso que Paoletto. Negro, con el pelo teñido de rubio y gafas de sol. Buglioni le dijo algo al oído, su colega asintió y, acto seguido, el gigante se alejó de la fila de chicos impacientes y, con paso decidido, se reunió con el subjefe y su amigo.

—¡Ese Brizio!

Rocco estuvo a punto de echarse a reír. La voz de Paoletto estaba una octava por encima de la de la Callas, pero sonaba débil y quejumbrosa. Parecía la voz de una niña inocente.

—¿Qué pasa, Paolè...? ¿Conoces a Rocco?

Paoletto asintió, pero no le tendió la mano.

—Alguien te la tiene jurada, ¿eh? —le preguntó directamente.

—¿Cómo sabes tú eso? —respondió Rocco.

El gorila miró a ambos lados, sacó un paquete de tabaco del bolsillo y se encendió un cigarrillo con un movimiento que debía de haber copiado de algún actor.

—Es lo que se dice por ahí...

—Y tú se lo contaste a Stefania... Pero ¿quién te lo dijo a ti? ¿Qué puedes contarme? —le preguntó Brizio.

—Bah, ya sabes cómo son estas cosas, Brizio...

—No, ¿cómo son?

—Rumores que corren. Siento lo de Adele. ¿Cómo está Seba?

—¿Cómo va a estar? —intervino Rocco—. Encabronadísimo.

—Yo, por Seba, cualquier cosa. Pero, tíos, de verdad que no sé nada.

Le dio una calada al pitillo sosteniéndolo entre el pulgar y el índice. Entornó los ojos, miró a Rocco y preguntó:

—¿Cómo murió?

—Ocho tiros. Con una seis treinta y cinco, un calibre pequeño.

Más silencio. De un portal salieron dos chicas que captaron la atención de Brizio. Paoletto tiró la colilla. El neón del letrero del anticuario le daba en la calva y se la coloreaba de azul.

—¿Cómo está tu hermano? —se interesó Rocco.

—Ahí va.

—¿Te lo dijo él?

—¿El qué?

—Lo que pasó arriba.

—Llevo un tiempo sin verlo. ¿No sabéis que Flavio vive con nuestra madre? La pobre tiene ochenta y cinco años, está sorda y más allá que acá. Aunque, ahora que lo pienso, creo que me lo contó Antonio Biga. Lo conocéis, ¿no?

Brizio asintió. Se pasó una mano por el pelo.

—Paolè, escucha... Si te enteras de lo que sea, nos lo dices, ¿vale? A mí o a Seba.

—Claro, hombre. Cuenta con ello.

Brizio le tendió la mano. El gorila se la estrechó. Y después hizo otro tanto con el subjefe.

—Lo siento, Rocco.

Los dos amigos se alejaron. Paoletto volvió a la discoteca y, apenas vio que los otros dos desaparecían al doblar la esquina, se llevó una mano al bolsillo y sacó el móvil.

—Flavio... Soy yo...

Respondió la voz adormilada de su hermano:

—¿Qué pasa?

—¿Cómo está mamá?

—¿Me llamas a la una de la mañana para saber cómo está mamá?

—No, escúchame. ¿No habrás vendido hace poco alguna nena, una seis treinta y cinco?

—¿Por qué?

—Joder, Flavio. Te dije que esa no la vendieras. ¿A quién se la has dado?

—No te metas en lo que no te importa.

—¿Es que sí me importa, capullo! ¿A quién se la has vendido?

—Pero ¿por qué?

—Porque la han usado... Probablemente para disparar a Adele en Aosta. ¿Contento?

—Hostia puta... Creía que era para un atraco.

—¿Quién?

Flavio respiró hondo.

—Enzo. ¡Enzo Baiocchi!

Paoletto puso los ojos en blanco.

—El poli está buscándolo. Tú no sabes nada. Mantén la calma. Y si vuelve a aparecer, tírala al Tíber.

—¿Te refieres a si vuelve a mí?

—No lo sé. Pero tú no sabes una mierda, ni yo te he dicho una mierda. A Enzo Baiocchi... ¿Se puede ser más capullo?

Rocco se quedó dormido directamente sobre el plástico que recubría la cama. Pero fue una noche sin descanso, con fantasmas que asomaban la cabeza en cuanto cerraba los párpados y no le daban tregua. A veces le parecía que había alguien a los pies de la cama, mirándolo con los ojos cerrados. Y tenía una sed constante.

JUEVES

Se levantó con la luz del alba, contento de acabar con aquella noche sin sueños. Deseó no tener que pasar otra igual en su vida.

A las seis y cuarto, Rocco estaba en la terraza, fumando el primer cigarrillo del día y sentado frente al sol, que asomaba ya pintando la ciudad de rojo y naranja.

—Es bonita, ¿verdad? —dice Marina, que tiene la taza de café sujeta con ambas manos, y, de pronto, le entra un escalofrío—. Por eso compramos la casa, ¿no?

—En realidad fue porque está al lado de casa de tus padres.

—Anda, vamos a jugar. Te toca a ti señalar y a mí describir.

Total, las adivina todas.

—Empecemos por una fácil. ¿Aquel grupo de tejados de allí arriba?

—Santa Anastasia, al lado del Circo Máximo.

—Bien. ¿Y aquello detrás del Altar de la Patria?

—¡La Torre de la Milicia! Puf, ¿un poco más difícil?

—A ver... aquel grupo de cipreses... ¿Lo ves? ¿Por encima del Testaccio?

—¡Santa Sabina! ¡No sé si te acuerdas, pero nos casamos allí! —Tiene razón. Al lado de los cipreses del Aventino y el Jardín de los Naranjos—. Pero ¿tú sabes por qué ponen cipreses en los cementerios? —Bebe un poco de café—. Por las raíces. Tienen forma de cono y se hunden en línea recta, no hacia los lados, así no molestan a las tumbas y no les hacen cosquillas a los muertos.

Me mira y me sonrío.

—La de cosas que sabes.

—¿Verdad?

La miro. Dirige los ojos hacia la ciudad y los entorna ligeramente.

—¿Eso que veo ahí alrededor son arrugas? —le pregunto.

—No, son líneas de expresión. Las arrugas no llegaron a tiempo. —Se vuelve hacia mí—. ¿Quieres saber la verdad? Se te han olvidado mis defectos. Siempre pasa con los que se van, ¿no te parece? Lo primero que olvidáis de nosotros son los defectos.

—Tú no tenías.

—¡Buah! —Se echa a reír—. Di la verdad, Rocco. Empiezas a ver una neblina...

—¡Mentira!

—La cosa no tiene fácil solución... —opinó Furio, y se encendió un cigarrillo.

Sebastiano vigilaba que el cacao en polvo no se le mezclara con la espuma de la leche. Brizio, para no variar, miraba alrededor. A esas horas de la mañana, la piazza de Santa María del Trastévere estaba llena de gente, sobre todo de chicas.

Rocco cogió la tacita de café.

—Antonio Biga no habla. Zaccaria no está implicada. Y Paoletto no es más que un megáfono.

—Es que parece que lo sabe toda Roma —añadió Furio.

—Te lo dije —intervino Brizio—. En fin, no sé... A mí por ahora no se me ocurre nadie más.

—¿Y Walter Cremonesi? —preguntó Furio.

Rocco apuró el café y se recostó en el respaldo de la silla.

—No sé. Lo suyo viene de largo... ¿por qué ahora? Podría haberlo hecho hace tanto... cuando yo aún estaba en Roma...

—¿Esperaba el momento oportuno?

Brizio volvió la cabeza hacia sus amigos.

—No. Cremonesi trabaja a otro nivel. Estaba metido en licitaciones, control territorial y esas historias. ¿Para qué arriesgarse de esa manera? Además, tampoco es que lo pillara Rocco solo.

—Eso es verdad —concedió Furio—. Tendría que haberse cepillado hasta al subjefe de las fuerzas especiales... El tío ese... ¿cómo se llamaba?

—Nardella —apuntó Rocco.

—Exacto. No, Walter Cremonesi no está metido en esto.

—Le doy vueltas y vueltas, pero no logro saber quién es. Y no me gusta.

—Es una rata que ha salido del trullo —sentenció Sebastiano, sin apartar la vista del capuchino y el cruasán, que seguía intacto—. Llevaba mucho tiempo sin pisar la calle. —Por fin los miró con sus ojos brillantes.

—Estoy de acuerdo —dijo Rocco—. Yo he pensado lo mismo. Tenemos que buscar a alguien que haya estado emparedado y haya salido hace poco.

—¡Eso es! —añadió Sebastiano—. ¡Pongo la mano en el fuego por que a Adele le disparó una rata de alcantarilla que ahora está escondiéndose!

Al oír el nombre de la mujer, todos los de la mesa bajaron la mirada. Sebastiano, en cambio, sonrió.

—No, de eso nada. ¿Por qué no intentamos sonreír cada vez que alguien diga «Adele»?

Y eso hicieron. Aunque Sebastiano tuvo que secarse alguna lágrima.

—A tomar por culo —masculló.

Con su manaza peluda agarró el cruasán y arrancó la mitad de un mordisco, y las migas le cayeron por la barba y la chaqueta.

Después, los ruidos de la piazza Santa María se impusieron y los cuatro amigos se quedaron mirando a los cingaleses que vendían cachivaches, a los chicos que había sentados en los escalones de la fuente, fumando. Rocco recordó una tarde de hacía muchos años, cuando justo en esas escaleras vio a Marina por primera vez y decidió, mientras el sol lamía los mosaicos dorados de la basílica, que aquella joven sería su mujer.

El viaje de regreso fue una pesadilla. Más de una hora de retraso en Fiumicino. Y, al llegar a Turín, alguien le había bloqueado el coche en el aparcamiento. Tuvo que llamar a la grúa para rescatar el Volvo de Caselle. Una vez que estuvo en el vehículo, camino de Aosta, encendió por fin el móvil. Una descarga de sonidos anunció la presencia de decenas de mensajes. No perdió el tiempo comprobando de quiénes eran. Lo sabía: curro, fiscalía y Anna. Llamó a De Silvestri.

—De Silvestri, hazme otro favor, anda.

—Usted dirá, jefe... —respondió el veterano agente romano.

—El tipo al que busco no salía de sus cuatro paredes.

—¿Piensa en alguien que estaba enchironado?

—O que tenía miedo de que lo vieran por ahí. Deberías hacer una cosa...

—Un buen rastreo. Quién ha salido hace poco, quién se ha fugado...

—¿Has probado a ver si cruzando datos sale algo?

—Eso espero, jefe. Pero no vuelva a cometer el error otra vez.

—¿De qué hablas?

—Ha estado en Roma y ni siquiera ha pasado a saludarme.

—Tienes razón, Alfrè, tienes toda la razón.

Caterina estaba esperándolo en la piazza Chanoux, delante del bar. En cuanto *Loba* lo vio asomar por via di Porta Pretoria, salió corriendo a su encuentro y se le echó encima como si llevara media vida sin verlo. Los perros no tienen noción del tiempo. Les da lo mismo cinco minutos de ausencia del dueño que veinte años, como Ulises. Sobre todo los perros como *Loba*, que no se fían ni un pelo de los humanos.

—Gracias, Caterina. ¿Se ha portado bien?

—De maravilla. Somos amigas. Verdad, ¿pequeñaja? —Sonrió a la cachorrilla, que no paraba de mover la cola y de dar vueltas y soltar gañidos alrededor de Rocco—. Por cierto, que sepa que...

—¡Y dale! ¡Que me tutees!

—Lo intento... Que sepas que Baldi está buscándote. Un homicidio en la cárcel.

—¿Un homicidio?

—Exacto. No sé más. No me he enterado bien. Ayer Italo tuvo que salir corriendo para allá con el juez.

—¿Y él qué dice?

—No tengo ni la más remota idea. No lo he visto desde ayer, la verdad.

Rocco asintió.

—¿O sea que no habéis pasado la noche juntos?

—Está ofendido. Descubrió que le había mentado.

—¿Tú mintiendo?

—Sí, yo. Teníamos que ir a cenar a casa de su tía, que está pachucha, y no me apetecía. No me gustan las cenas con parientes. Digamos que tengo ciertos problemas con la institución de la familia. Y se ha enfadado.

—¿Por tan poco?

—¡Y a veces se cabrea por mucho menos!

Una fisura. ¿Aquella relación que parecía tan sólida, dura como un diamante, estaba ya mellada por el desgaste del tiempo y la rutina? Se avergonzó, pero no podía engañarse: los problemas de aquella pareja jugaban a su favor.

—¿Habéis discutido?

—Digamos que... bueno, jefe, tal vez eso no sea asunto suyo.

Rocco se puso a acariciar a *Loba*.

—Perdona, Caterina, tienes razón. No es asunto mío. Gracias por lo de *Loba*. Me voy a la pensión.

—¿Cuándo se reincorpora?

Rocco alzó la mirada al cielo.

—Vale, Caterina, renuncio. Ya te acostumbrarás a tutearme, tarde o temprano...

—¡Parece una amenaza! —respondió con una sonrisa la inspectora.

—¡Lo es!

Llamó a *Loba* con un silbido y regresaron juntos a la pensión. Caterina se quedó mirándolo antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la catedral, donde había dejado el coche.

Acababa de ducharse y de cambiarse de ropa cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —gritó Rocco.

Sin respuesta. El asedio recomenzaba. Sería el recepcionista.

—¿Quién es?

Silencio. Se levantó resoplando de la cama y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —repitió a pocos centímetros de la madera.

Silencio.

Abrió.

Delante tenía al agente D'Intino, que lo observaba con la mirada perdida y la gorra en la mano. Oriundo de las lejanas tierras de los Abruzos, era el peor castigo que le había reservado Aosta desde su llegada a la jefatura. Peor que la nieve y el frío.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¿No has oído que estaba gritando?

—Pero si he hecho nuestro toque secreto... —Sonrió.

—¿Qué toque secreto?

El agente levantó el puño y golpeó tres veces la madera sin dejar de sonreír a su superior.

—¿Qué historia es esa?

—Nuestro toque, ¿no?

—No. Tú y yo no tenemos ningún toque secreto. Y además, ¿qué clase de toque secreto son tres golpes seguidos? D'Intino, joder, tienes que aprender que, cuando llamas y te preguntan «¿quién es?», ¡tú respondes!

Loba ladró como para subrayar la lógica absoluta de lo dicho.

—Qué mono es —comentó D'Intino.

—Mona —lo corrigió Rocco—. ¡Es hembra!

—Ah. ¿Y de qué raza?

—Es un Saint-Rhémy-en-Ardennes.

—¿Un...?

—Saint-Rhémy-en-Ardenne. Una raza muy rara que creó el barón Gaston De Veilleuse en el siglo dieciocho. Originaria de la ciudad de Sedán. No es una raza muy conocida, porque tiene contradicciones, pero es una compañía ideal. Alterna momentos de gran afectividad con arrebatos de ferocidad y de negación de los famosos instintos fraternales y amistosos de la raza canina. De modo que no te acerques demasiado, podría lamerte o arrancarte una mano, quién sabe... ¡No me digas que nunca habías oído hablar de estos perros, D'Intino!

—No, no, ahora que lo pienso sí que... Saint-Rhémy...

—... en-Ardenne. Y ahora, ¿vas a decirme qué haces aquí?

—Es por una historia... una cosa chungu... que ha pasado en la cárcel de Varallo.

—Vale, muy bien. ¿Y podrías explicarme qué es eso que ha sucedido en la cárcel de Varallo?

—¡Un muerto!

Rocco asintió.

—¿Sabes qué, D'Intino? En la jefatura hay un hombre, si buscas bien, no te costará encontrarlo, que pesa unos ciento veinte kilos. Cara simpática, alegre y muy muy inteligente...

—¿Deruta?

—He dicho muy inteligente. ¿Te da la impresión de que he descrito a Deruta?

D'Intino no respondió.

—Vale. Ese hombre responde al nombre de Carlo Pietra. Es el jefe de la Judicial de Turín. De momento tienes que dirigirte a él, porque aquí el menda está de vacaciones forzosas hasta que le venga en gana. ¿Me he explicado bien?

El agente seguía en el umbral con la boca abierta.

—D'Intino mío, ¿qué parte del discurso no te ha quedado clara?

—Jefe, no sé qué debo hacer.

—Venga, pues toma nota. ¡Uno! Volver a la jefatura.

D'Intino fue repitiendo en voz baja:

—... volver a la jefatura.

—Dos: hablar con Carlo Pietra.

—... hablar con Carlo Pietra.

—Tres: dejar de tocarle los cojones a Schiavone.

—Tres: dejar de tocarle los cojones a Schiavone.

—¿Todo claro?

D'Intino sonrió.

—Tengo que ir a la jefatura, buscar a Pietra y decirle que deje de tocarle los cojones a Schiavone.

—Más o menos.

—Entonces, ¿usted no viene?

—¿Adónde, D'Inti?

—¿A la cárcel?

—¡Largo!

Le cerró la puerta en la cara. Fin de la guarida secreta. La vida había vuelto y estaba llamándolo a gritos. Iría a la jefatura al día siguiente.

—¡Ya está bien de rascarse los huevos, Rocco! —se dijo en voz alta.

Alessandro Martinelli había tenido la generosidad de poner su despacho a disposición de Baldi y Pietra. En dos sillas de madera, los funcionarios Mauro Marini y Daniele Abela miraban al enorme jefe de la Judicial, que estaba de pie junto a la ventana. El juez Baldi, por su parte, jugueteaba con un bolígrafo Bic, despatarrado sobre el sillón de cuero del director, que se había quedado de pie en el umbral, como si fuera el invitado. Italo Pierron estaba a su lado con las manos a la espalda, observando a los dos guardias.

Marini más de cincuenta, el otro menos de treinta. Los dos con el rostro tostado por el sol.

—¿Podrían explicarme detalladamente cómo pasó todo? —empezó Baldi sin tan siquiera mirarlos a la cara.

—Abela y yo intervenimos para detener una reyerta que había estallado en el patio, junto a la puerta del módulo dos. Había unos cuatro o cinco presos enzarzados y, entre Daniele, otros compañeros y yo, los separamos.

—Cuatro tuncinos acabaron en la enfermería —prosiguió Abela—. Los otros, en aislamiento. Hasta que terminó la reyerta no nos fijamos en que el cuerpo de Cuntrera estaba en el suelo, muerto.

—¿Y Cuntrera participó en la reyerta? —intervino Pietra mientras observaba los tejados de la cárcel por la ventana del despacho.

—No lo sabemos. Nos han dicho que estaba a su aire, fumando.

Baldi le echó una ojeada a Pietra, que seguía mirando fuera.

—¿Quiénes son los que están en aislamiento?

—Los responsables de la pelea. Uno es Enrico Carini, conocido como Erik *el Rojo*. El otro se llama Oluwafeme Chiama, nigeriano y exboxeador aficionado, y el tercero es Agostino Lumi, apodado *el Profesor*. Fueron ellos quienes empezaron la reyerta. Los que salieron peor parados fueron Omar ben Taleb y su primo Aziz. Tarek Essebsy y Karim Lakal, poca cosa.

—¿Y el motivo?

—Qué quiere que le diga... —respondió Marini—. Llevo veinticinco años trabajando en prisiones, señoría, y los motivos de las reyertas son siempre los mismos: dinero, tráfico de estupefacientes, tabaco, no haber respetado las jerarquías. Aquí dentro se crea todo un mundo, ¿sabe? Y se mata para hacerlo respetar. Existe una escala de poder, y el Profesor y sus dos acólitos están en lo más alto. Es posible que Omar no haya cumplido un pacto, o quizá simplemente les debía dinero.

Baldi puso fin a la conversación.

—Por ahora pueden irse. Gracias.

Los dos funcionarios se levantaron y salieron del despacho del director.

—¿Puedo hablar con los que están en aislamiento? —preguntó el juez, mirando a Martinelli.

—¿Con los tres? —preguntó este, a su vez.

—Sólo con el jefe, ese tal Agostino Lumi.

—Le aconsejo que eche un vistazo a mis archivos, para que se haga una idea de con qué clase de elemento va a tratar.

El director señaló un viejo armatoste metálico con una letra del alfabeto en cada cajón. Baldi le hizo una seña a Pietra, que rebuscó al instante entre las carpetas de la letra «L». El juez se

quedó pensativo, mirando la típica foto del presidente, el crucifijo, la bandera y la pequeña estantería de Ikea con decenas de libros amontonados sin orden ni concierto.

—Aquí está: Agostino Lumi.

El jefe de la Judicial le pasó la carpeta a Baldi, que la abrió.

—Vamos a echarle un ojo.

Agostino Lumi era un delincuente de lo más respetable: nacido en Varese en 1968, había llevado a cabo una decena de atracos a mano armada, había participado en tres tiroteos con los carabinieri y había sido acusado de doble homicidio por haber liquidado a dos hombres de su banda, por no hablar de un homicidio en grado de tentativa y otros delitos sueltos, como hurto y estafas varias, que, acumulados en treinta y ocho años de carrera, le habían valido dos cadenas perpetuas. La última le había caído mientras cumplía condena en el penal de Viterbo. Después de ser trasladado a Varallo por motivos disciplinarios, había vuelto, cómo no, a crear su pandilla para mandar también dentro de los muros de aquella cárcel.

—Una personita de bien, vamos.

—Si la experiencia no me engaña, señoría, de un tipo así se saca poca cosa... Y, además, yo ya he pedido y obtenido su traslado —apuntó Martinelli.

—Bien —dijo Baldi con un suspiro—. Una última cosa. ¿Hay grabaciones de las cámaras de vigilancia?

—Claro. ¿Las quiere?

Baldi no respondió. Se limitó a asentir y a continuación miró a Italo, que no había abierto la boca durante el interrogatorio.

—Pierron, encárguese de custodiar el material que le dé el señor Martinelli.

—Por cierto, señoría, yo mañana tengo que regresar a Turín —informó Pietra.

Baldi asintió.

—Pierron, ¿tenemos noticias del mentecato?

Por toda respuesta, Italo extendió los brazos, desconsolado.

—Agente, recuerde que prometió traérmelo.

—¡Por supuesto, señoría! ¡Descuide!

—*¿Buscas a alguien que estaba preso?*

Marina dibuja en una hoja garabatos sin sentido, sentada ante el pequeño escritorio que hay al lado de la ventana. No le gusta estar en la pensión. Se agobia con tan poco espacio. Le gustaría volver a una casa normal, lo sé.

—Es posible... —le respondo—. Si no, ¿por qué habría esperado tanto tiempo para ir por mí?

—A lo mejor estaba en el extranjero.

—Tienes razón. Se lo sugeriré también a De Silvestri.

—Ya no me hablas de tu trabajo.

—Porque no es mi trabajo. Estamos hablando del hijo de puta que ha llenado de plomo a Adele, y que en realidad quería matarme a mí. Se llama «supervivencia».

—«Agostado» —me dice, sacando su típico bloc de notas—. ¿No te parece bonita? «Agostado». Hace pensar en alguien aovillado como un cachorrillo.

—¿Y qué significa?

—¿No lo sabes? Es importante, Rocco, muy importante.

Sergio Mozzicarelli miraba el somier de la litera de arriba, vencido por el peso de Aldo, uno de sus compañeros de celda. Tenía las manos sobre el pecho, daba la impresión de que estaba rezando. Pero sólo pensaba. La noche era silenciosa. Algún ronquido. Alguna tos. Un puñado de hombres solos y olvidados que, como él, intentaban conciliar el sueño. Se volvió hacia la cama vacía, donde había dormido unos días Mimmo Cuntrera. Se habían llevado las sábanas y habían doblado en dos el fino colchón, dejando al descubierto el somier metálico. Sus dos compañeros de celda parecían dormir profundamente. La luz de la luna lamía las paredes y rebotaba en los barrotes pintados de verde de la ventana. El agua del desagüe del pequeño retrete borboteaba. Respiró hondo e intentó cerrar los ojos, dejar atrás los pensamientos y fingir que aquel desagüe del inodoro turco en realidad era un manantial de alta montaña, fresco y potable. Pero el ruido seguía siendo una avería hidráulica y él estaba en una celda, no en medio de un prado en un valle alpino. Se le volvieron a abrir los ojos como si tuviera dentro un muelle bien engrasado. Echó una mirada a la litera contigua. Karim parecía dormido. Sin embargo, de pronto se volvió y Sergio pudo ver el brillo de los ojos del chico en la oscuridad. El tunecino estaba despierto. Sus miradas se cruzaron.

—¿No duermes? —le preguntó Sergio en un susurro, para no despertar a Aldo, que roncaba y hundía el somier con sus noventa kilos.

—No —respondió Karim—, y tú tampoco.

Sergio se puso de costado.

—¿Cómo estás?

—Me duele un poco la boca... pero se me pasará. —El chico se acarició la mandíbula, donde se había llevado el peor golpe—. Esos cabrones. Me lo pagarán.

—Déjalo estar. Si he llegado a los sesenta y ocho años es porque aprendí a dejar pasar las cosas.

El africano asintió. Después se volvió hacia el otro lado, dándole la espalda a su compañero de celda. Señal de que no quería seguir hablando. A Sergio, en cambio, no le habría importado. Le costaba quedarse a solas con sus pensamientos, que no eran en realidad ni de nostalgia ni de desconsuelo. Ya no tenía a nadie esperándolo fuera. Su mujer había pasado a mejor vida y sus dos hijos trabajaban en el extranjero. Su hermano cumplía condena en la cárcel de Lecce y sólo saldría de allí con los pies por delante. Sergio estaba solo, y esa noche la soledad le pesaba más que nunca.

«¿De quién puedo fiarme?», llevaba horas preguntándose. Necesitaba hablar con alguien, contar lo que estaba matándolo minuto a minuto. Porque Sergio Mozzicarelli había visto...

Lo había visto todo.

Echado sobre el durísimo colchón de la pensión, Rocco tenía los ojos clavados en el techo iluminado por el neón de un pub de la calle. Destellaba regularmente, como un metrónomo, y cambiaba de color: rosa claro, rosa oscuro, morado. Un dos tres, un dos tres. Un vals.

Medianoche todavía. ¿Cómo era posible que las noches en la pensión duraran tantísimo? Un dos tres. ¡Un dos tres! Se levantó de la cama. *Loba* lo miró pasmada.

—Yo voy a salir, *Loba*. ¿Qué haces, te vienes?

Se puso los pantalones. La perra lo esperaba ya en la puerta.

Era una noche de mayo, había estrellas, y algún que otro rezagado daba vueltas por la ciudad. Pasó por la calle Piave, donde había vivido nueve meses. Observó el edificio. Miró el canalón que el asesino había utilizado unos días antes para trepar por la fachada y entrar en su piso. Ahí estaba. Las persianas bajadas. Unos ojos cerrados. Muertos y ciegos. Como los de Adele. Que descansaba ya en el cementerio de Montecompatri, cerca de Roma.

—¿Cómo se llama la calle donde me ha encontrado la casa el jefe? —le preguntó a *Loba*, que estaba olisqueando la boca de una alcantarilla—. Via Laurent Cerise...

La perra fue trotando hasta su lado.

—Anda, vamos al bar de Ettore y le preguntamos dónde está...

Dirigió sus pasos hacia la piazza Chanoux.

Via Cerise era una calle corriente. Pocas casas, todas bajas. Le gustó. Sobre todo el edificio que formaba un arco bajo el que discurría via Archet. Esperó que fuera justo ese el bloque donde le había conseguido el piso su jefe. Se acercó al portal. Sobre los batientes de madera había colgado un cartel de «SE ALQUILA». Rocco Schiavone sonrió.

—Pues sí, parece que es este bloque. Mañana venimos a verlo, ¿eh? ¿Te gusta? Es bonito. Mira, montañas por aquí, montañas por allá... ¡Me parto!

Y, dicho esto, se volvió en redondo para regresar a la pensión. Pero entonces se fijó en que la calle quedaba detrás del juzgado.

—¿Cómo? ¿Vivir al lado de la fiscalía? —le dijo a la noche—. ¡Ni hablar!

Sería presa de Baldi y compañía cada minuto de cada día de su vida.

—¡Yo no me vengo a vivir aquí ni muerto!

Loba ladró para mostrar su acuerdo.

Había alguien esperándolo ante el portal de cristal y hierro forjado de la pensión. Era la sombra de un hombre. Y estaba fumando. Habría esperado que fuese Anna. En el fondo se alegró de que no fuera así: a esas horas de la noche no habría aguantado una discusión sobre el futuro de la relación de pareja en la sociedad del siglo XXI. En un acto reflejo, Rocco se llevó una mano bajo el loden. Pero hacía años que no llevaba pistola. La sombra dio dos pasos y, a la luz del letrero del pub, tomó la forma de Italo Pierron.

—Buenas, Rocco.

—Buenas, Italo. ¿A estas horas?

—¿Cuándo vuelves al tajo?

—No lo sé.

Loba fue a olisquear los pantalones del agente de paisano, que la alejó con un leve gesto de fastidio. A Italo no le gustaban los perros.

—Lo de la cárcel es grave.

—¿Cómo de grave?

—Mucho.

—Dame un cigarro.

Italo sacó el paquete y a Rocco se le iluminó la mirada.

—¿Camel? ¿Has comprado Camel?

—No quedaba del mío.

Mientras se encendía uno, el subjefe miró al agente a los ojos.

—¿Estás intentando sobornarme?

—No, te lo digo en serio. Estaba en la máquina, tenía que escoger y me he dicho: «Ya que voy a ver a Rocco, ¿por qué no compro de los que más le gustan?».

—Gracias. Es una forma de pensar muy femenina.

—Me haces un cumplido.

—¿Cómo sabías que estaba despierto?

—Porque llevo llamando todos los días a la pensión desde que estás aquí y ya me sé tus costumbres.

Rocco soltó el humo apuntando al cielo, que estaba perforado de estrellas.

—Vayamos a los temas serios.

—El muerto de la cárcel es Mimmo Cuntrera.

Al oír ese nombre, Rocco cerró los ojos.

—Me cago en la puta... —murmuró—. ¿Cómo puede ser? ¿Se lo han cargado?

—Parece un infarto, pero el juez insiste en que es otra cosa.

—Ya. Mimmo Cuntrera no puede morir así. Sería demasiado bonito que los mierdas como él palmasen de un infarto. Mala hierba nunca muere.

—Rocco, convendría que volvieras al curro.

Italo tenía razón y él lo sabía. Mimmo Cuntrera era una consecuencia del caso Berguet. Y de las investigaciones que Rocco había llevado a cabo para salvarle el pellejo a la hija de este, Chiara. No podía seguir encerrado en el Vieux Aosta. Adele estaba muerta. Y él se sentía culpable, por mucho que su amigo Seba no lo viera así. Esas balas del calibre 6,35 iban dirigidas a él, a Rocco Schiavone.

—Que conste en acta, Italo: en una noche de mayo, a la... una y diez de la madrugada, al subjefe Rocco Schiavone le cae encima ¡una tocada de cojones de décimo grado!

Italo sonrió pensando en la cartulina que había colgado a la entrada del despacho de su jefe.

—Estupendo, mañana lo apunto.

Rocco lo miró sin comprender.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Italo.

—Dormir ahí arriba.

—¿Te ha entrado sueño?

—A mí no, pero a *Loba* sí.

Era verdad. La cachorrilla se le había dormido en los Clarks.

Sus pensamientos volvieron a Mimmo Cuntrera. Y a la historia de la familia Berguet. En aquel enredo había algo que no encajaba. La partitura tenía una nota que desentonaba demasiado. Cuntrera había sido descubierto, Rocco y sus agentes habían liberado a Chiara Berguet, el intento de la organización mafiosa de quedarse con Edil.ber se había ido al traste, ¿por qué quitarlo de en

medio? ¿Qué sabía? ¿Quién querría verlo muerto? Enfrascado en esas reflexiones, subió la escalera y pronto estuvo de vuelta sobre el duro colchón del Vieux Aosta. En el techo seguía el vals tricolor del pub de la calle.

—Un dos tres, un dos tres...

No tardó en dormirse.

VIERNES

—¿Te parece bonito que para hablar contigo tenga que buscar el número de la pensión en el listín, que, además, como está anticuado, no lo encuentre y tenga entonces que meterme en internet, y sólo tras seis páginas no actualizadas consiga por fin oír tu voz de gilipollas por el auricular?

—¿Qué hora es? —preguntó Rocco.

—Las siete y media, ¡mal dolor te diera! —gritó Alberto Fumagalli—. Vente para el hospital, que estoy trabajando aquí, y me ha pasado una cosa que ni en las películas de Spielberg. ¡Corre!

—¿Qué tienen que ver las películas de Spielberg?

—¡Es de película de terror!

—Spielberg no hace películas de terror, ignorante.

—¡Lo que tú quieras, pero mueve el culo!

—Pero ¿el caso no lo llevaba Pietra?

—Pietra se ha vuelto a Turín por un homicidio en Parella. He llamado al jefe y luego al juez. Y han decidido de oficio que se te han acabado las putas vacaciones. ¡Espabila! —El patólogo cortó la comunicación.

Rocco se restregó los ojos. Pero no tenía intención alguna de salir corriendo, como le había sugerido Fumagalli. Si la vida quería volver a absorberlo, estaba decidido a venderse caro. ¿Que querían encasquetarle una tocada de cojones de décimo grado? Pues bien, él pensaba retomar su ritmo de siempre: ducha, desayuno en el bar de Ettore, en la piazza Chanoux, jefatura, canuto mañanero. Y después de todo eso, y solamente después, visita al depósito.

Y eso hizo. Regresar al trabajo fue como reencontrarse de cara con alguien que se dice amigo tuyo desde hace años pero que nunca lo ha sido. Los de la limpieza habían evitado quitarles el polvo a los muebles. Cerró la puerta, abrió la ventana al mayo oloroso, que traía consigo una brisa ligera, se sentó, rebuscó en el cajón del escritorio y se encendió el primer porro después de una semana de abstinencia. Se asomó. Los coches pasaban por la calle, los picos, aún con churretes de nieve, brillaban bajo el tímido sol primaveral, mientras que las laderas de las montañas se habían tornado verde esmeralda. Hierba nueva, buena para las vacas.

—¿Sabes una cosa, *Loba*? Podría tirarme de la ventana, pero aterrizaría en la marquesina del pasaje de entrada de la comisaría. Ni un metro. Como mucho, me torcería el tobillo. Mira eso...

El cielo se había abierto. Las nubes eran blancas y ligeras. Se veían flores por los prados.

—*Ninetta mia, crepare di maggio* —canturreó en voz baja mientras admiraba el paisaje—, *ci*

vuole tanto troppo coraggio, Ninetta bella, dritto all'inferno avrei preferito andarci in inverno...

Dio otra calada. Rica. Suave y aromatizada. Los trenechos retomaron sus trayectos por el interior de las venas. El cerebro aumentó las revoluciones, los pistones se sacudieron el polvo, el aceite engrasó todos los ganglios nerviosos y, por fin, el subjefe Rocco Schiavone volvió a sentirse bien. Ahora ya podía salir y presentarse ante Fumagalli para que le contara sus novedades y sus películas de terror. Tiró la colilla por la ventana, se puso el loden y abrió la puerta.

—¡Es un placer verlo por aquí de nuevo, jefe! —lo saludó Casella.

Se habían apiñado todos delante de su despacho: Casella, D'Intino, Deruta, Italo, Caterina y Antonio Scipioni.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rocco—. ¿Queréis pasarme por las armas?

—¡Qué alegría verlo, jefe! Lo hemos echado de menos, ¿sabe? —le dijo Deruta.

Lo miraban sonrientes, parecían una clase que hubiese puesto pegamento en la silla del maestro y no viese la hora de que se sentara.

—¿Se puede saber qué os pasa?

Italo le señaló la pared de su derecha con los ojos.

—¿Qué hay ahí, Italo?

—Mire, mire...

Rocco se volvió. No se había fijado al entrar, un cuarto de hora antes. Un cartel colgado, dividido en cuadrículas numeradas. Arriba, el título: «LAS GRANDES TOCADAS DE HUEVOS». Rocco se acercó. Los agentes se desternillaban.

—¿Quién ha sido? —preguntó.

Italo levantó la mano.

—«Las grandes tocadas de huevos»... —empezó a leer el subjefe. Cada tanto sacudía los hombros: reía—. «Los bares sin helados Algida». Es verdad, cómo me toca las pelotas... Y «Radio Maria». «Los ceros de las cuentas bancarias»... ¿Lo has ido apuntando todo?

—En estos meses —respondió Pierron—. Y conforme vayan surgiendo nuevas, las iré escribiendo.

—Entonces apunta estas: en el sexto grado, perder la página del libro. En el séptimo, esperar la maleta en el aeropuerto, o verla aparecer rota, o que no aparezca. En el octavo, añade a los que mandan mensajes sin firma. En el noveno, asistir a espectáculos de bailes populares. En el décimo, por supuesto, el caso de homicidio. Y, hablando del tema, Pierron, prepárate, que hay que irse. Fumagalli tiene algo para nosotros.

—¿Y tengo que ir yo también? Ayer ya vi al muerto en la cárcel.

—¡Es fundamental!

Italo asintió. Caterina se acercó a la cartulina con un bolígrafo.

—Voy a apuntar las tocadas nuevas.

Se puso a escribir.

—Caterì, cuando hayas terminado con esa ingrata tarea, ¿podrías llevarle un poco de agua a Loba? Está dormida en el sillón de mi despacho.

—Claro. ¿En qué grado iban las maletas del aeropuerto?

—En el séptimo. Ponlas en el séptimo.

—Pero ¿seguro que tengo que ir yo también? —insistió Italo, con la esperanza de ahorrarse la

visita al depósito—. Acabo de desayunar.

—Tranquilo. Al parecer no da asco, sólo miedo.

—Entonces, ¿no se vomita?

—Exacto.

Fumagalli estaba esperándolos a las puertas de la morgue. Miraba el cielo lleno de nubes, que, cual bolitas de algodón, planeaban tranquilas, siguiendo los apacibles vientos de la primavera. La nieve, el frío, el cielo negro, parecían a años luz.

—Es raro, ¿verdad? —comentó el médico en cuanto Rocco e Italo estuvieron al alcance de su voz.

—¿El qué? —preguntó el jefe.

—Cuando está uno metido en el invierno, los días se alargan que parece que no van a terminar nunca. Y da la impresión de que tampoco el frío. Pero, de pronto, ¡mira tú! ¡Zas! Ya ni te acuerdas de cuando era invierno.

—Habla por ti. Yo me acuerdo perfectamente. Fue la semana pasada —replicó Rocco—. Bueno, ¿y la peli de miedo?

Alberto Fumagalli frunció los labios y miró serio a los dos policías.

—Antes de entrar, Rocco, unas palabras.

Se hicieron a un lado y dejaron a Italo solo en medio de la explanada.

—Escúchame: el espectáculo es realmente chungo. Yo a él... —señaló al agente valdostano— lo veo ya desmayado en el suelo. Vamos, que tal vez sea mejor dejarlo fuera. A menos que...

—¿A menos que?

—Que hagamos una apuesta.

Rocco miró al médico a los ojos.

—Me gusta...

—En plan... yo le doy seis segundos.

—Juegas con ventaja, Alberto. Tú conoces el espectáculo, yo no. Así que si dices seis segundos, tu margen de victoria es más amplio que el mío. O sea, que tienes que concederme una ventaja.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, yo digo siete segundos y si Italo aguanta seis o menos, ganas tú. De seis y una centésima en adelante, hasta que se desmaye, que podría ser a los diez segundos, gano yo.

Alberto se quedó pensativo.

—O sea, que si se desmaya al sexto segundo, ¿gano yo?

—O antes.

—¡Hecho!

—Sí, pero ¿qué nos jugamos? —preguntó Rocco.

—Una cena. En la enoteca Croix de Ville.

—¿Entrante, primero, segundo y postre?

—¡Y licor!

Rocco le estrechó la mano. Se acercaron a Italo mientras el patólogo forense sacaba el móvil del bolsillo. No tenía intención de llamar. Estaba buscando la aplicación del cronómetro que

arrancaría en cuanto Pierron pusiera los ojos sobre lo que el médico había descrito como «un espectáculo de terror».

—¡Andando! —ordenó el subjefe, y entraron los tres juntos.

Italo tenía los ojos clavados en el suelo de linóleo. Rocco estudiaba con atención la cara del agente, que empezaba a palidecer. Nada más entrar en el pasillo, que apestaba a desinfectante para metales, había dado muestras de tener palpitations. El subjefe pensó que tal vez había apostado demasiado a la ligera. Fumagalli abrió la puerta del depósito y dijo con una sonrisa sádica:

—Adelante...

—Rocco, yo... —musitó Italo.

—¿Qué?

—Preferiría no...

—Me la suda lo que prefieras, Italo. Eres un policía, ¡aprende a hacer tu trabajo!

Entraron. Rocco tenía los ojos puestos en su agente preferido, como una madre aprensiva. No miraba a Alberto, que mientras tanto había ido a levantar el plástico del cadáver. La típica peste a podrido mezclada con alcohol que daba la sensación de pegarse a la ropa para siempre. Llegaron a la mesa de autopsias. Italo puso unos ojos como platos. El subjefe observó atentamente a su subordinado, en tanto que el médico, con gran diligencia, ponía en marcha el cronómetro.

Uno: los iris de Italo Pierron se dilataron como una mancha de aceite. Dos: los labios se le abrieron ligeramente. Tres: los párpados empezaron a batir como locos. Cuatro: la frente se le perló de sudor. Cinco: los párpados comenzaron a cerrarse. Seis: los globos oculares se volvieron hacia arriba. Casi siete: Italo se cayó al suelo.

—¡Mierda! —exclamó Alberto, parando el cronómetro—. Seis segundos y cincuenta y cinco centésimas, ¡me cago en la mar!

Rocco sonrió y se agachó para levantar a su compañero.

—¡Muy bien, Italo! ¡Sabía que no me decepcionarías! ¡Albè, me debes una cena! ¡Échame una mano!

—*Promissio boni viri est obligatio...* ¡La madre que te trajo! ¡Por sólo cincuenta centésimas de segundo!

Entre los dos cogieron al policía y lo sacaron del depósito. Lo acomodaron en un banquito.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Esperamos a que se despierte?

—Anda ya. Este está en pie dentro de dos minutos —respondió Rocco.

Lo dejaron tendido con las piernas en alto y regresaron a la sala de autopsias.

Esta vez, Rocco miró el cuerpo.

El cadáver de Mimmo Cuntrera parecía de lo más normal, algo que había visto decenas de veces. Lo único que no cuadraba era su estado de descomposición, más avanzado de la cuenta.

—Yo no veo nada raro —comentó el subjefe—. Bueno, está un poco marchito, pero... ¿dónde está la peli de miedo?

Alberto Fumagalli sonrió. Fue a la mesa de al lado y cogió una camiseta blanca. La levantó como si quisiera mostrar la perfección del lavado.

—Lo ves, ¿no?

—¿El qué?

—Me lo mandaron de la cárcel con esta camiseta puesta. Blanca, *made in China*, me imagino. De algodón. La llevaba cuando lo coloqué sobre la mesa.

—Sigo sin ver nada raro.

—Mira esto.

Tenía las costuras de las mangas desgarradas por varios puntos.

—Está rasgada. ¿Y bien?

—Se dice «desgarrada».

—En Roma decimos «rasgada».

—Pero estás en Aosta y aquí decimos «desgarrada».

—Lo que tú quieras, Alberto, está desgarrada. ¿Y qué?

—Ayer no estaba así cuando lo metí en su compartimento. ¿Qué ha pasado? La pregunta del médico quedó suspendida en el silencio de la morgue.

—No lo sé. ¿No estaba muerto?

—Domenico Cuntrera estaba más muerto que Julio César.

—¿Ha entrado alguien esta noche y, en un arrebato, se la ha arrancado?

—No. Sólo hay una respuesta.

—¿Zombi?

—Vete a la mierda, Rocco. Qué zombi ni qué zombi. Se ha hinchado.

—¿No les pasa a todos los cadáveres?

—Intentaré ser más claro: este se ha hinchado de una manera desproporcionada en una sola noche y luego, en cuestión de horas, se ha deshinchado.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Nunca me había pasado nada parecido. Llevo rompiéndome la cabeza desde esta mañana. Los cadáveres no hacen esas cosas... y, sobre todo, ¿quieres verle el ano?

—¿Puedo ahorrármelo?

—Como quieras. Era por precisión científica. ¿Ves que ya ha empezado a descomponerse? ¿En sólo veinticuatro horas?

—Eso sí es raro. ¿Y puedes averiguar por qué?

—No es fácil. No es fácil... Aunque apesta a envenenamiento. No sé con qué, pero ¡yo diría que es eso!

—¿Tienes una lente de aumento?

—¿Qué quieres ver?

—La piel.

—Rocco, querido, ese es mi trabajo. Además, yo no miro la piel con lentes de aumento. —El médico se acercó a un trípode—. Lámpara fluorescente Solenord. —La arrastró hasta el cadáver y la encendió—. Lente biconvexa con una intensidad de iluminación de quinientos cincuenta lux a cincuenta centímetros.

—Albè, que no quiero comprarme una.

Rocco desplegó el pantógrafo y se puso a mirar el cuello del difunto.

—¿Qué buscas?

El subjefe no respondió. Observaba en silencio los pigmentos de la piel, los lunares. De pronto se detuvo.

—Me vendría bien una opinión experta. —Le cedió el asiento a Alberto.

—Me cago en... —dijo el patólogo forense—. Me cago en la mar... Pequeña, pequeñísima, pero ¡me juego la paga a que es una punción!

—¿Habrá avispas en la cárcel? —preguntó sonriendo Rocco.

—Esto lo cambia todo. Una punción en la yugular. ¡En toda la diana!

—¿Qué me dices?

Alberto se incorporó de golpe.

—Que las cosas empiezan a aclararse. Tengo que darme prisa. Si quieres quedarte, quédate. Pero tengo que abrir al paciente y, créeme, para alguien como tú, no es un espectáculo bonito.

—Me largo.

Rocco se encaminó a la salida, mientras Alberto se lanzaba a la mesa para coger su instrumental de trabajo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el subjefe cuando hubo llegado a la puerta.

—Tengo que coger unos cuantos trocitos del bueno de Mimmo y mandarlos a analizar. Necesito un toxicólogo competente, uno bueno. Algo que, personalmente, no he visto en mi vida. ¡Y si te digo la verdad, me resulta de lo más excitante!

—¿Excitante?

—Eso he dicho.

Rocco asintió.

—Excitante. Me debes una cena.

Abrió la puerta.

—Ah, Rocco.

El subjefe se detuvo.

—Dime.

—¿Noticias del hijo de puta que entró en tu casa?

Rocco negó con la cabeza.

—Cuando lo encuentres, avísame. Porque, y que quede entre nosotros, me gustaría tenerlo como paciente unas horitas.

Ya en el pasillo, Rocco se acercó a su subordinado, que estaba volviendo en sí.

—Ánimo, Italo, volvamos al despacho. Yo conduzco.

El agente asintió y le pasó las llaves a su jefe.

—Perdona, es que era...

—Tranquilo, ¡he ganado una cena!

El mar estaba en calma. Una enorme planicie plateada que se volvía casi morada en el horizonte. Las olas bajas y continuas rompían con suavidad contra los escollos. Alguna que otra gaviota planeaba en solitario. A lo lejos, una barca se había puesto de perfil sobre la línea entre cielo y mar. Corrado Pizzuti estaba de brazos cruzados en la puerta del bar, con la mirada perdida en el paisaje. Estaba considerando la idea de entregar a Enzo Baiocchi. Al fin y al cabo, él era inocente. Lo único que había hecho había sido llevarlo a Aosta, ¿qué tenía eso de malo? No estaba al corriente del motivo del viaje, le diría a la policía. Cosa que, por lo demás, era cierta. Si hubiera comprendido antes las intenciones de aquel criminal, habría escapado dejándolo en algún área de servicio de la autopista. El problema era: ¿lo creerían? Corrado había estado dos veces

en la cárcel, por estafa a una compañía de seguros y por tráfico de estupefacientes. ¿Cuánto valía su palabra para un poli? Menos que nada. Sobre todo con la prueba de aquel maldito recibo que le habían dado en el hotel. ¿Cómo había cometido un error tan tonto? El enésimo de su vida.

Tenía que desembarazarse de Enzo.

«Es o él o yo», pensó.

—Ten. Un expreso corto, como a ti te gusta.

Tatiana había salido a la calle con dos tacitas de café.

—Gracias...

La mujer posó los labios en su taza.

—Mira que está bonito hoy el mar... Se acabó el invierno. Dentro de poco empieza otra vez el calor y la temporada alta.

Corrado sonrió mientras una moto pasaba petardeando por el paseo marítimo.

—Es verdad. Y volverá el ruido y seré incapaz de pegar ojo antes de las tres.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

Por fin se volvió para mirarla.

—Nada, tonterías que se me ocurren.

—¿Y no me las cuentas?

—No es nada, no te preocupes.

—Pues me preocupo. Desde que te fuiste la semana pasada, has estado raro. ¿Qué te ocurrió?

—Nada, ya te lo he dicho. A veces pienso en Roma. Me viene la nostalgia, eso es todo. Pero se me pasará.

—Te invito a cenar esta noche.

Corrado sonrió.

—¿Y tu marido, el contable? ¿Vas a dejarlo solo en casa?

—¿Y qué? Por una noche no se va a morir.

—¿Cómo se llamaba tu ciudad? Siempre se me olvida.

—Es imposible que recuerdes el nombre. Vsévolozhsk... cerca de San Petersburgo.

—¿Y si nos vamos y ponemos allí un bar?

Tatiana se echó a reír.

—No aguantarías ni tres meses. Hace demasiado frío para ti. Pero ¿por qué? ¿No te gusta esto?

—Ya no...

Rodeó a su socia y regresó al bar. Tatiana soltó un suspiro justo cuando la librera, Barbara, salía de su tienda.

—Buenos días, Tatiana...

—Buenos días.

Barbara miró a su alrededor. Siempre parecía tener algo urgente que decirle. Escrutó de reojo el interior del bar.

—Tenemos que hablar —susurró sin acercarse.

—¿Y a qué esperas?

—Aquí no. Luego. Tengo que irme.

Y se marchó. «Están todos cada vez más raros», pensó Tatiana.

Corrado había empezado a preparar los bocadillos. Lento, metódico. Una rebanada de pan,

mayonesa, una hoja de lechuga, atún, otra hoja de lechuga, un poco más de mayonesa. Al tercer bocadillo de jamón se detuvo. Miró el cuchillo de mango amarillo que tenía en la mano y retomó el hilo de los pensamientos que su socia había interrumpido. No tenía más alternativa. No podía seguir viviendo aquella pesadilla, rehén de aquel malnacido. Tenía que hacerlo. Prepararlo todo con calma y atacar de improviso. Cuando Enzo menos se lo esperase, cuando estuviera indefenso. Si no, no conseguiría vencerlo. Un corte seco, rápido y preciso, y sus problemas se resolverían. Debía armarse de valor. Quizá un tirito antes de acostarse lo ayudaría a mantenerse despierto, lúcido, para cuando tuviera que hundir el afilado cuchillo de mango amarillo en el cuerpo del monstruo.

Antes de entrar en el despacho, Rocco se fijó en que Caterina había actualizado el cartel de las tocadas de huevos. Sonrió ante el trabajo siempre meticuloso de la inspectora.

—¡Subjefe Schiavone!

La voz estridente e irritante de D'Intino resonó por el pasillo. Rocco se volvió.

—¿Qué quieres, D'Inti?

—El perro.

—¿Qué?

—Sigue ahí dentro. Durmiendo todavía. ¿No estará malo?

—Es un cachorro. Dormir es una de sus actividades favoritas.

—El juez Baldi lo ha llamado al menos seis veces. Está buscándolo como un loco.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

Rocco entornó los ojos con gesto de hastío.

—Me toca ir a la fiscalía.

—¿Quiere que lo acompañe?

—Ten piedad...

—¿Quiere que me ocupe del perro?

—Ni hablar.

—¿Quiere que haga otra cosa?

Estuvo a punto de responder: «Sí, dejar de tocarme los cojones». Pero de pronto se le ocurrió una idea que le iluminó la mente como sólo los golpes de genialidad pueden hacer.

—¡D'Intino! Tengo algo importante para Deruta y para ti. ¡Una misión fundamental!

El agente pegó un bote.

—¿Sí? ¡Sí! ¿Llamo a Deruta?

—¡Míralo!

Acababa de aparecer por una puerta lateral.

—¡Deruta! Ven aquí, haz el favor.

—Ahora mismo, jefe. —Se acercó tambaleándose sobre sus piececillos.

—Veréis, Deruta, D'Intino, hay algo muy importante y delicado que tenéis que hacer por mí.

—A sus órdenes como siempre —dijo de corrido Deruta.

—Y os lo pido por favor: informadme a mí y sólo a mí. A nadie más de la jefatura. ¿Entendido?

Asintieron al unísono con la cabeza.

—Es una misión dura, difícil, pero sé que podéis conseguirlo. De hecho, siempre lo conseguís...

En la boca de Deruta se dibujó una leve mueca de escepticismo.

—¿Qué pasa?

—Nada, jefe, que... una vez nos mandó buscar una cerradura con una llave que nos dio, y un poco más y nos matan a hostias.

—Eso es verdad —añadió D'Intino—, y otra vez fuimos a espiar a unos camellos y acabé con dos costillas...

—Y luego, la semana pasada en la montaña, en medio de la nieve, cuando a D'Intino por poco le tienen que amputar el dedo gordo del pie, por congelación...

—¡Todavía ando un poco cojo!

—Esta vez es mucho más difícil. Aunque, si no os veis capaces, no importa, se lo encargaré a Scipioni. ¡A él hay cosas que no le dan miedo!

—Pero ¿qué dice, hombre? —El orgullo de Deruta se rebeló—. ¡Díganoslo a nosotros!

—El miércoles nueve de mayo y el jueves diez de mayo...

—La semana pasada...

—Muy bien, Deruta. Tenéis que hacer la ronda por todos, repito, todos los hoteles y los hostales de Aosta y provincia para que os proporcionen la lista de huéspedes. Evitad sitios de lujo y de tres estrellas. Buscad de dos estrellas para abajo. O sea, baratos.

D'Intino bajó la voz.

—¿A quién buscamos?

—Vosotros buscad. Y, sobre todo, aguzad el oído si los huéspedes son de Roma. Repito: que os den los registros y me los traéis. Sólo a mí. ¿Me he expresado con claridad?

Volviéron a asentir.

—¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo, Deruta. ¡Ya!

Abrió la puerta y entró en su despacho, no sin antes volverse hacia los agentes, que se habían quedado plantados en medio del pasillo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Andando! —les ordenó.

—Pero para hacer eso... ¡necesitamos una cosa! —Deruta miró a D'Intino como buscando una señal de aprobación.

—¿Qué necesitáis?

Deruta levantó la mano derecha con cuatro dedos bien a la vista y dijo:

—¡Cuatro subrayadores!

—¡Rosa, amarillo, verde y azul! —precisó D'Intino.

Rocco frunció ligeramente el entrecejo.

—Pero ¿qué pasa, que no tenemos aquí?

—No —dijo Deruta con aire trágico—. Nunca nos han dado.

El subjefe extendió los brazos, resignado.

—¿Tenéis con diez euros?

—Claro.

Rocco echó mano de la cartera. No tenía billetes de diez. Les dio uno de veinte.

—¡Comprad cuatro por cabeza!

D'Intino y Deruta emanaban felicidad por los ojos, los poros y las manos, con las que se embolsaron los veinte euros con rapidez. Le dieron las gracias y se marcharon confabulando.

—Desde luego... —murmuró Rocco mientras entraba en el despacho.

Loba lo esperaba al lado de la puerta. Meneaba el rabo golpeándolo rítmicamente contra el respaldo del sofá, sobre el que se había dormido. Había oído su voz.

—Buenas, *Lobichuela*, ¿cómo estás?

Rocco cogió en brazos a la cachorrilla y la levantó para mirarla a los ojos.

—Tenemos que hablar seriamente tú y yo. Es posible que papá se ausente unos días. ¿Vas a ser buena?

Loba le lamió la nariz.

—Lo tomaré por un sí. ¿Te vienes conmigo a ver al juez?

La perrita lo lamió una vez más.

—Pero tienes que portarte bien, ¿de acuerdo? ¡Marchando, ar!

En cuanto la dejó en el suelo, la cachorrilla salió corriendo del despacho y se perdió por los pasillos.

A *Loba* se la veía muy interesada en los flecos de la falsa alfombra de Bujará que tenía Baldi en su despacho. Estaba deshilachándolos uno a uno.

—Los perros están prohibidos en la fiscalía —le dijo el juez.

—Lo sé. Pero en la entrada han hecho una excepción.

—Me va a apestar el despacho.

—*Loba* no huele mal. Huele a palomitas, sobre todo cuando duerme.

Baldi negó con la cabeza.

—Dígame sólo si se le ha ocurrido alguna idea, Schiavone.

—Antes de nada, tengo que darle la enhorabuena.

El juez lo escuchaba atentamente.

—Si usted no hubiera insistido en llevarse en el acto el cuerpo de la víctima al depósito de Fumagalli, no nos habríamos dado cuenta.

—¿Darse cuenta de qué, Schiavone?

—Tenía usted razón. No fue un infarto. Cuntrera fue asesinado.

—¡Lo sabía, lo sabía!

Rocco miró de reojo a *Loba*, que seguía comiéndose la alfombra.

—Pero explíquemelo mejor, por favor —añadió el juez.

—Fumagalli ha descubierto que el cadáver ha tenido una reacción extraña durante la noche. Y gracias a eso ahora está investigando por qué se convirtió en cadáver, por así decir.

—¡Perfecto!

Baldi pegó tal puñetazo en la mesa que hizo saltar la fotografía de su mujer, los bolígrafos y un viejo calendario de latón detenido en junio de 2005. *Loba*, por su parte, no se inmutó y siguió masticando el tapiz. El juez se levantó como un resorte y rodeó la mesa.

—¡Esa alfombra es propiedad del Estado! Si su perro no para ahora mismo, se lo haré pagar.

—*¡Loba!*

La perra pasó a hacer papilla los cordones de los Clarks de Rocco.

—De modo que estamos ante un homicidio... Y quien lo mató podría ser nuestro misterioso hombre en la sombra, ¿no es eso? —prosiguió el juez.

—Exacto. El que se hace llamar Carlo Cutrì.

—Se hace llamar, dice usted bien. Atienda ahora. Voy a hacer un resumen rápido. Domenico Cuntrera pertenecía a la banda que estaba apretándole las tuercas a la familia Berguet. Pero hay que juntar todas las piezas. Piezas importantes. La primera: los papeles de Cuntrera, los que llevaba cuando lo atrapamos en la frontera. Estoy trabajando en el tema... y hay muchas cosas que no cuadran. Pero se trata de complicaciones bancarias que a usted ni le van ni le vienen...

—Si usted lo dice...

—Y digo que no cuadran, porque si se siguen los números y las cuentas cifradas se llega muy alto, subjefe Schiavone.

—No me parece que sufra usted de vértigo.

Baldi se echó a reír.

—Me quedo con su frase. Pero sigamos con la segunda pieza: la Caja de Ahorros del Valle. ¿Se acuerda? Le prestaba dinero a Edil.ber, de Pietro Berguet. El banco le cerró el grifo a la constructora y entonces Berguet le pidió un préstamo a Cuntrera, o sea, a la 'Ndrangheta, y el amigo este quiso hacerse con el poder y arrebatarle toda la empresa.

—Lo recuerdo perfectamente, señoría. No han pasado tantos días.

Baldi no le hizo ni caso.

—Después, usted descubrió que ni más ni menos que siete víctimas de nuestro Cuntrera, todos pequeños empresarios que le debían dinero, tenían algo en común: las cuentas en la Caja de Ahorros del Valle. ¿Bien hasta ahí?

El subjefe se limitó a asentir.

—Y yo he empezado a examinar los papeles de la caja, a cuya directora, Laura Turrini, conoció usted. Y esa es la segunda pieza: la señora Turrini... Aunque, bueno, ya no sigue en el banco. La han echado, la han puesto de patitas en la calle de la noche a la mañana.

—Suenan sospechoso.

—Y llegamos ya al tercero en discordia, el más preocupante, Carlo Cutrì. Que debía de ser el cómplice del difunto Cuntrera.

—Así es. Vivía en Lugano, ¿no?

—Carlo Cutrì no existe.

Rocco puso los ojos como platos.

—No, no existe. En su domicilio vive una familia francesa y en el padrón de Lugano no hay ni rastro de ningún Carlo Cutrì.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Aparte de que Carlo Cutrì es el nombre ficticio del hombre que controlaba a Mimmo Cuntrera y que organizó el secuestro de la pobre Chiara Berguet.

Rocco se encendió un cigarrillo.

—O bien el nombre es real, pero se esconde bajo un nombre falso.

—Así es.

—Vaya follón, señoría.

—Tengo la sensación permanente de ir siempre un paso por detrás.

—¿Por detrás de quién?

—¡Y yo qué sé, Schiavone! Si lo supiera, habría resuelto el problema, ¿no cree? Es la sensación de cerrar el redil...

—... cuando ya se ha perdido el rebaño. Sí, es una sensación chunga.

—Y apague el cigarro. ¿Desde cuándo le permito yo fumar aquí?

Con una mueca, Rocco obedeció mientras el juez volvía a su mesa. Al ver que la foto de su mujer estaba caída boca abajo, la cogió y, por primera vez ante Schiavone, le dio la vuelta y la puso de cara a su interlocutor. Hizo las presentaciones.

—Mi mujer...

Rocco sonrió. Tal vez el matrimonio del juez estuviera a salvo. Tras todo aquel trasiego desde septiembre, con la foto viajando del cajón a la papelera, para volver a estar boca arriba sobre la mesa después de tantos meses, parecía que la serenidad había vuelto a la familia.

Baldi se agachó para comprobar que el perro no estuviese causando daños al mobiliario de su despacho.

—¿De qué raza es?

—Es un Saint-Rhémy-en-Ardenes.

—¿Cómo?

—Una raza muy rara. Es bipolar: puede ser muy pacífica o muy agresiva. Depende del carácter del dueño.

—Entonces, mejor no me acerco a acariciarla. Saint-Rhémy-en-Ardenes... Menuda chorrada. De modo que si descubrimos al asesino de Cuntrera...

—Podemos dar con el que hizo el encargo. Cuntrera acababa de llegar a la cárcel, un poco pronto para hacerse enemigos tan letales.

—No puedo estar más de acuerdo. Y, como le he dicho, los papeles que llevaba consigo son dinamita. Dinamita pura. Seguro que en ellos encontramos al que está detrás de esto. Estoy convencido. ¿Cómo tiene pensado actuar?

—Es muy difícil investigar dentro de una cárcel. Rige una ley del silencio más dura que los propios muros del recinto. Nadie me dirigiría la palabra, nadie daría un paso en falso delante de mí. Tendría que resolverlo desde fuera. Pero la vida me ha enseñado que si te toca tratar con barro y mierda, tienes que bajar a las alcantarillas, recubrirte con esa porquería y empezar a apestar.

—¿De infiltrado?

—Sería inútil, Baldi. Los presos se darían cuenta de que no soy uno de ellos. Y, además, para eso haría falta tiempo. No, me tocará entrar y fingir alguna labor rutinaria. Sólo así podré intentar ganarme alguna simpatía. Écheme una mano con el director, para que me preste toda la ayuda posible.

—Delo por hecho.

Lo único que quería era coger un par de camisas y unas maquinillas de usar y tirar. Entró como un ladrón en su vieja casa de la calle Piave. Fue primero al baño y luego, tras contar hasta tres, entró en el dormitorio. Tenía miedo. Miedo de que siguiera allí el colchón con las manchas color óxido,

que en realidad nada tenían de óxido. Miedo de volver a ver el cuerpo de Adele, acribillado por las balas que alguien le había disparado a la pobrecilla la noche del jueves. Abrió la puerta y fue directo al armario, sin volverse, sin pensar, rápidamente y con la respiración contenida, como si el aire estuviera todavía contaminado por el asesinato. Las camisas seguían allí, en el segundo estante. Las cogió y salió a toda prisa de la habitación. A continuación, cerró la puerta del piso sin echar la llave. Bajó la escalera aún con la respiración contenida y salió a la calle. Por fin cogió aire con la boca abierta y se dirigió hacia el coche. Apoyada en el capó todavía caliente del Volvo estaba Anna de brazos cruzados.

—¿Cómo andas? —le preguntó él.

—He estado mejor. ¿Y tú?

—He estado mejor.

Tenía una luz extraña en la mirada que Rocco no acertaba a entender si era de rabia o de profunda tristeza. Iba vestida de negro. Negro el jersey sobre el que descansaba un bonito colgante de plata. Negra la falda por las rodillas. Zapatos negros abotinados hasta los tobillos. Sin medias. Se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—Llevo días esperándote.

—Lo sé. Hasta hoy no he vuelto al trabajo.

—¿Estás libre esta noche?

—Como siempre.

—Tenemos una fiesta. ¿Vienes?

—No estoy de humor para fiestas.

—Esta te gustará. Estará la flor y nata de Aosta.

—¿Irá también tu amante?

—Mi amante eres tú.

—Digo el oficial, el arquitecto Bucci Nosequé.

Anna sonrió.

—Bucci Rivolta. ¿Será posible que no se te quede? No sé si estará. Pero tranquilo, ya no es mi amante.

—Es que verás... estoy empezando a hartarme de que la gente quiera dispararme.

—Por él no te preocupes, ni siquiera tiene licencia de armas. ¿A las ocho en mi casa?

Rocco asintió.

—¿Tienes algún traje negro?

—¿Vamos a un velatorio o qué?

—No, es una fiesta elegante.

—El negro no es elegante, es funerario. Iré lo mejor que pueda.

Rocco pulsó entonces el botón y el Volvo parpadeó con sus cuatro intermitentes.

—Y aquí se acaba la conversación —dijo para sí Anna—. Por favor, si vas a tardar o no vas a venir, avisa.

—Claro, claro.

Rocco se subió al coche. Anna llamó al cristal. Bajó la ventanilla.

—Dime.

—¿Te parece osado que te pida un beso?

Rocco se adelantó, apenas le rozó los labios y metió la marcha atrás.

—He besado tumbas más calientes —murmuró Anna para sí.
—¿Perdona?
—Nada —dijo la mujer, que se volvió y regresó a su casa.
—Pero ¿por qué? ¡Por qué! —gritó el subjefe, dando un manotazo al volante.

El único televisor operativo de la jefatura era el de la sala de espera. Rocco echó de allí a dos agentes que estaban descansando tras un turno de veinticuatro horas. Mientras Italo batallaba con los cables alrededor del aparato, entró Antonio Scipioni con un montón de DVD en la mano.

—Bien. —Rocco fue a su encuentro—. ¿Están todos?
—Son las grabaciones de las videocámaras cuatro, cinco y seis del patio.
—Perfecto. ¿Está ya, Italo?
Pierron se volvió.
—Listo.

—¡Son horas de grabación! —exclamó Antonio—. Empiezan veinte minutos antes de que encuentren el cadáver y terminan una hora después.

—Lo que pasó luego no nos interesa. Nos interesa el antes.

Rocco abrió el primer estuche.

—¿Las vemos todas seguidas?

—Las veis todas seguidas —repitió con soniquete Rocco—. Minuto a minuto, e id apuntando todo lo que os parezca interesante.

El desaliento más negro se dibujó en los rostros de Italo y Antonio.

—¿Qué pasa? —les preguntó él—. ¿Es que tenéis otros compromisos hoy?

—Bueno... yo...

—Antonio, hombre, un bonito día en el cine con un amigo, ¿qué más quieres?

Sonriendo, Rocco dejó a sus dos agentes con aquel ingrato encargo.

Atravesaba el pasillo cuando vio salir a Casella de un despacho.

—¡Casella!

El agente acudió corriendo.

—¡Diga, jefe!

Rocco abrió la cartera y sacó un billete de veinte euros.

—Llégate a la confitería a comprar unos pastelitos y llévaselos a Antonio e Italo a la sala de espera.

—¿Para qué?

—¿A eso hemos llegado? ¿A preguntarle el porqué de una orden perentoria a un superior?

—No, es que como tengo expedientes aquí, creía que...

—Creías mal. Venga, rápido. Te doy diez minutos para ir y volver. ¡A lo mejor luego te mando otra cosa!

—¡Voy!

Casella cogió el billete y se dirigió a la salida.

Antes de entrar en su despacho, Rocco echó una ojeada al cartel de las tocadas de huevos.

Sacó un bolígrafo del bolsillo. Añadió otra en el sexto grado: «los pastelitos de los domingos». A continuación, entró seguido de *Loba*.

Cerró la puerta y el ruido del batiente al golpear coincidió con el timbre del teléfono de la mesa. Levantó el auricular.

—¿Quién da por culo? —gritó.

—¿Schiavone? Soy Farinelli... —El adjunto de la Científica de Turín.

—Buenas.

—¿Cómo estás?

—Mejor que ayer...

—Todavía estoy esperando el día que me digas: «¡Bien!». Ese día compraré un cupón.

Rocco se sentó en el sillón de cuero mientras *Loba* se acomodaba en el sofá.

—Ese día sólo llegará cuando el agua recupere el control sobre los continentes y el planeta quede a salvo de la humanidad.

—Bien. Te noto en forma. Escúchame: hay avances.

—Dime.

—Te hablo de la pistola que dispararon en tu casa. La seis treinta y cinco. He cruzado unos datos y, ¿sabes qué?, se utilizó hace tres años, en un atraco a mano armada en un banco de Cinecittà en el que hubo un muerto. La víctima se llamaba Ugo Ferri, un jubilado. El pobre recibió una bala perdida.

—Sigue.

—Dos delincuentes. Arrestaron a uno, pero el otro logró huir y nunca más se supo de la pistola. Y ahora reaparece en manos del misterioso asesino de tu pobre amiga Adele.

—¿Sabes el nombre del que atraparon?

—Espera, lo tengo aquí...

Rocco lo oyó revolver unos papeles.

—Pero ¿dónde mierda...? ¡Ah, aquí está! A ver... Pasquale Scifù... murió en la cárcel unos años después.

—¿Y del otro no...?

—Nada. Scifù no habló.

—¿Hay algún testigo, algo que pueda servirme?

—Poca cosa. Lo único es que, mientras que Scifù era de complexión mediana, al parecer el otro era un gigante. Fue él quien disparó.

—Gracias. Has sido de gran ayuda.

—¿Te servirá?

—Eso espero.

—¡Por fin! ¡A ver si empiezas a ver el vaso medio lleno!

—¿Qué vaso?

Antonio Scipioni e Italo Pierron llevaban tres horas pegados a la pantalla. Sus ojos comenzaban a confundir líneas y colores.

Rocco Schiavone entró como una ráfaga de viento.

—¿Vamos bien?

—Gracias por los pastelitos... Estaban riquísimos —dijo Antonio.

—Rocco, ya no podemos más. Llevamos horas viendo lo mismo... —terció Italo, restregándose la cara.

—¿Y se puede saber qué habéis visto?

—Hagamos una cosa: le enseñamos las imágenes a cámara rápida y mientras tanto las vamos comentando.

—Antonio, pero ¿tú no me ibas a tutear como Italo?

—Ah... sí... Es que en la jefatura...

—Si no hay nadie, ¿qué más da?

—Tienes razón, jefe. ¿Le doy, entonces?

—Dale, dale.

Antonio pulsó un botón del mando a distancia y las imágenes en blanco y negro se pusieron en marcha.

—Esta es la cámara uno.

A velocidad acelerada, parecía que estuvieran viendo cine formalista soviético.

—Ahora. Aquí llega la reyerta. A ver, tenemos a los tres presos que agreden al marroquí a la izquierda del encuadre.

—Tunecino —lo corrigió Italo.

—Eso mismo. Después llegan estos otros dos magrebíes a echarle un cable al tunecino, ¿los ves? Uno se encarama a la espalda del de la cara marcada...

—Erik —precisó Italo.

—El otro intenta zurrar al moreno con movimientos de kárate.

—Negro, Antonio, «moreno» es ofensivo —lo corrigió Rocco.

—Tienes razón. El negro, que lo infla a hostias.

—Toma derechazo. Qué leches mete el africano, ¿eh?

—Ya ves. Y...

—Y... —tomó la palabra Italo— tenemos a otro magrebí que se une al grupo, este de aquí, ¿lo ves?, creo que se llama Aziz. Y Erik le zumba bien.

—El Erik este también mete buenas leches, ¿no?

—Y luego los demás presos corren a parar la reyerta. Entran los guardias y ponen orden. Siguieron mirando las imágenes.

—¿Quién es el tercero que agrede al tunecino?

—Uno al que llaman el Profesor. Es la cabeza pensante del grupito —respondió Italo.

—¡Y ya llegamos! —dijo Antonio. Señaló el lado derecho del televisor y prosiguió—: ¿Ves la gente que empieza a congregarse? Aquí detrás está el cuerpo de Mimmo Cuntrera.

—¿Y por qué no se ve?

—Porque está en un ángulo muerto.

Rocco se rascó el mentón. La barba de dos días crepitó al contacto, como aceite en una sartén.

—¿Y el resto de las cámaras?

—Ninguna de las seis muestra esa esquina del patio.

—O sea, ¿me estáis diciendo que no tenemos ni una toma del hombre cuando cae al suelo?

—No.

El subjefe se levantó.

—Era demasiado fácil, ¿verdad?

Los dos agentes se miraron como si fuera culpa suya.

—Pero por lo menos ya sabemos una cosa. Quien lo mató conoce perfectamente la cárcel y las videocámaras del circuito. Es decir, es alguien que lleva bastante tiempo allí metido.

Sergio Mozzicarelli regresó a su bloque. Saludó con un gesto al celador de turno. No le apetecía estar en el patio. No después de lo que había pasado. No después de lo que había visto. Apoyó la espalda en la pared del corredor y se puso a observar a sus compañeros de módulo.

¿Con quién podía hablar?

Excluyó de entrada a los extranjeros. No tenía trato con ellos, no los conocía. Los rumanos y los albaneses no se defendían muy bien en italiano. Los africanos ni siquiera lo hablaban. Le quedaban sólo los italianos, una parte exigua de la población carcelaria. Podría hablar con Sacacorchos, un paduano que antes tenía un bar y del que ni siquiera sabía el nombre de pila... Descartado. ¿Con Federico? Seguramente malinterpretaría sus palabras, pensaría que estaba insinuándosele, y luego no pararía de hacerle bromitas pesadas sobre un posible coito que podrían consumir en las duchas, o a escondidas en su celda mientras los demás estuvieran en el patio. ¿Mariano? ¿El camionero que se había cargado en una sola noche a su mujer y a su amante? Tampoco. Quedaban Marco y Federico. Demasiado jóvenes. Sólo pensaban en los hijos que habían dejado atrás y en los días que les faltaban para volver a casa. Lo único que se les daba bien era hacer pulseras de cuero con los signos del zodiaco tallados en una piedra negra. Y hasta ahí los compatriotas. Pocos, y ninguno de fiar o dispuesto a aceptar su secreto y custodiarlo celosamente. Y, sobre todo, ninguno en posición de aconsejarle.

«¡Pasa del tema! —le decía su cabeza—. Pasa de todo, Sergio. Vale, sí, lo has visto, ¿y qué? Tú a lo tuyo. Dentro de un año habrás salido y podrás disfrutar de los últimos retazos de la vida de mierda que has tenido».

—Me buscaría la ruina yo solo —dijo en voz baja, con la vista clavada en el suelo.

¿Y para qué? Domenico Cuntrera ni siquiera era amigo suyo. En los pocos días que habían compartido celda, apenas habían intercambiado cuatro palabras. Sólo sabía que era de Calabria, que por las noches le rezaba a la Virgen y que iban a trasladarlo al cabo de unos días. Pero no les había dado tiempo.

«Pasa del tema».

Pero le venía de nuevo a la cabeza la cara de aquel desdichado, que se había vuelto lívida y que parecía pedirle ayuda con los ojos desorbitados, mientras la vida lo abandonaba, veloz y mezquina. La espuma de la boca, el estertor. ¿Y él qué había hecho? ¿Cómo había respondido a aquel ruego desesperado? Se había escondido tras el pilar de cemento armado para que no lo vieran, mientras un grupo de gilipollas se masacraba al otro lado del patio.

«Pasa del tema».

—¡Adentro! ¡Cerramos! —gritó un funcionario.

Sergio regresó despacio a su celda, junto con Aldo y Karim. Los barrotes se desperezaron entre chirridos metálicos. No tardarían en llevarles la cena.

«Pasa del tema».

Las ocho y media. Rocco llegaba tarde. Se había retrasado llamando a Brizio y contándole los detalles de la pistola y el atraco con un muerto en Cinecittà. Su amigo le había asegurado que se pondría a la tarea, aunque no hubiera oído hablar del napolitano, el tal Scifù. Rocco volvía corriendo a la pensión, con *Loba* meneando el rabo detrás. Tenía que darse una ducha rápida y cambiarse. Pero en su mente empezaba a despuntar la idea de llamar a Anna y darle un plantón monumental. Entró en la pensión y pidió las llaves.

—¡Llegas tardísimo!

Se volvió. A su espalda, sentada en un sofá del vestíbulo, estaba Anna. *Loba* corrió a su encuentro, ladrando. La mujer la recibió con los brazos abiertos.

—*Loba*, ¿estás contenta de verme? —Se agachó para acariciarla y luego miró a Rocco—. Ella se alegra de verme. A ver si aprendes.

—Tardo tres minutos, me cambio y bajo. ¿Crees que podré llevármela?

—No lo creo.

—¡Tampoco el perro! En fin...

Silbó a *Loba* y la perra lo siguió escalera arriba.

Optó por su habitual traje de pana marrón, con la camisa azul sin corbata y, por supuesto, los Clarks.

—Voy a ponerte la cenita —dijo Rocco, y echó el pienso en el comedero de plástico rojo—. ¿Vale? No tardo.

Loba se abalanzó sobre la comida mientras él se ponía el loden, dejaba la luz de la mesita de noche encendida para la perra y cerraba la puerta tras de sí.

—Gracias por haber venido a recogerme. Llegaba tarde.

Anna lo miró de arriba abajo.

—¿Y a eso lo llamas tú ir elegante?

Desentonaba con el atuendo de ella: un vestido de tubo negro liso, adornado con un collar en forma de sarmiento con piedras rojas engarzadas entre las pequeñas hojitas doradas, un sobretodo púrpura ceñido a la cintura con botones de asta y un par de botines tobilleros en piel de pitón negra.

—Vas vestido como para trabajar.

Rocco se miró en el espejo de la recepción. No se había molestado en peinarse.

—¿Tú crees?

—¡Es que ni afeitarte! Anda, vamos, que llegamos tarde. ¿Cogemos tu coche o me vas a hacer conducir hasta allí?

—¿Hasta allí, dónde?

—Fuera de la ciudad. Por la carretera de Rumiod.

—¿Conoces el camino?

—Sí, vamos a casa de Berardo Turrini.

—No es la primera vez que oigo ese apellido. ¿Algún parentesco con Laura Turrini, la

directora de la Caja de Ahorros del Valle?

—Es el marido. Jefe de servicio del hospital.

Definir como «casa» la residencia de Berardo Turrini era quedarse corto. Se entraba en la propiedad a través de una verja de dos batientes coronada por seis faroles antiguos de hierro forjado. Rocco y Anna recorrieron una pequeña carretera flanqueada por una doble hilera de abedules de tronco blanco que sobresalían como esqueletos en la noche. Era un chalet gigantesco y estaba adornado con luces de fiesta. Rocco se quedó contemplándolo cuando aparcaron el coche en el césped, entre vehículos cuyo precio debía de superar el PIB de cualquier país africano. Tres plantas de arquitectura moderna, un triunfo del cristal, la madera y la piedra.

—No está mal, ¿eh? —comentó Anna, que caminaba fijándose en dónde ponía los tacones para no meterlos en un agujero y torcerse el tobillo, por mucho que el césped fuese terciopelo puro.

A través de un caminito de grava llegaron por fin a la puerta de la casa, un enorme arco de vidrio por el que se accedía a las estancias de la planta baja. Un verdadero trasiego de gente que daba vueltas copa en mano y camareros con librea revoloteando aquí y allá con bandejas en precario equilibrio. En cuanto la pareja entró, un criado mayor y calvo alargó los brazos para cogerles los abrigos y se alejó en el acto.

—¿Volveremos a verlos? Llevo la cartera dentro —preguntó Rocco, a lo que Anna ni se molestó en responder.

Unas luces difusas iluminaban con delicadeza los cuadros de las paredes. Rocco dio un respingo cuando se acercó a un lienzo rajado varias veces por el centro. El resto de las obras no le iban a la zaga: un Burri, un tapiz de Boetti, un buen puñado de dibujos a lápiz, de Miró a Léger.

—¿Tanto gana un jefe de servicio?

—Es de familia adinerada, Rocco. Deja ya de babear con todo esto y vamos a saludar.

—¡Anna! —Un hombre de poco menos de sesenta años, bronceado, con el pelo níveo y un traje negro al que una sencilla camiseta del mismo color le daba un aire deportivo, se acercó con los brazos abiertos—. ¡Por fin!

—¡Berardo!

Se abrazaron. Los dos besos en la mejilla de rigor.

—¿Puedo presentarte al señor Schiavone?

—Su fama lo precede —dijo el hombre, esbozando una sonrisa.

Se estrecharon la mano. Rocco dedicó una mirada apreciativa a la casa.

—Aquí hay que pagar entrada para venir de visita, ¿no?

Berardo estalló en una risa estrepitosa.

—Veo que aprecia usted el arte contemporáneo. Venid, vamos a ver a mi mujer.

Atravesaron un salón más grande que un apartamento y se acercaron a la mesa de los vinos, donde Laura Turrini charlaba con una mujer de más de setenta años. La telaraña de arrugas de su rostro desentonaba con los labios recién operados.

—Laura, mira quién ha venido.

—¡Anna!

La mujer se apartó de la mesa tras excusarse con un gesto ante su interlocutora.

—Anna, cuánto me alegro de verte.

Se abrazaron. Acto seguido, la mirada de Laura se entristeció nada más ver a Rocco.

—Señor Schiavone...

—¿Os conocéis? —preguntó Berardo.

—Sí —respondió Rocco—. ¿Cómo está, señora Turrini?

—Hoy podríamos tutearnos.

—¿Cómo estás, Laura?

—Bien. ¡Te veo en plena forma!

—No mientas —intervino Anna—. ¡Parece que acabe de llegar de una vigilancia de cuarenta y ocho horas!

—¿Has vuelto a ver a los Berguet? —preguntó Rocco.

Laura palideció. El marido se apresuró a intervenir:

—No hablemos de eso... De lo ocurrido... Ha sido tan... ¿desagradable?

—¿Sólo desagradable?

—Bueno... ¿Le parece mejor «terrible»? —se corrigió Berardo.

A Laura le volvió el color a la cara.

—Vamos, pero que yo siento muchísimo lo que les ha pasado a los Berguet. Giuliana, Pietro y yo somos amigos desde hace muchos años. El banco al que represento siempre los ha apoyado.

—Salvo en los últimos tiempos.

Anna entornó los párpados.

—Perdonadlo. Rocco, ¿te parece oportuno hablar de estas cosas? ¡Estamos en una fiesta!

—Anna tiene razón —la secundó el médico—. Tengo más invitados, disculpad —se excusó, y, mostrando una dentadura reluciente como el marfil, se alejó.

—¿Puedo ofrecerles un vino? —les preguntó la anfitriona.

—Con mucho gusto —dijo Anna, que, charlando en voz baja con Laura, se alejó de Rocco.

El subjefe no las siguió y se quedó mirándolas mientras se acercaban al bufet.

«¿Qué mierda estoy haciendo aquí?», se preguntó.

La música debía de provenir de algún altavoz oculto. Si bien el dueño de la casa demostraba tener cierto ojo para las artes visuales, no podía decirse lo mismo del oído. Rocco creyó reconocer una versión del *Strangers in the Night* de un recopilatorio del saxofonista italiano Fausto Papetti. Se dedicó a escrutar los rostros de los invitados: los hombres rezumaban engreimiento por todos los poros; las mujeres, bótox. Daba la impresión de que todas tenían la misma cara. Una cara recreada en el quirófano. Una homologación democrática de los rasgos faciales que anulaba razas y expresiones y dejaba aquellos rostros lisos, pulidos e inexpresivos. Una casa llena de reptiles.

—Entonces, ¿se va a quedar con el piso?

La voz amistosa del jefe superior Costa lo hizo volverse hacia una de las tres grandes cristaleras que dominaban el salón.

—Buenas noches, jefe.

—Me he enterado de que ha vuelto al trabajo. Me alegro. Aunque al mismo tiempo me entristece que no haya subido a verme... Sabía que estaba buscándolo. ¿Ha visto los periódicos?

—Me temo que sí.

Costa se subió las gafas sobre el puente de la nariz.

—No se ofenda por las cosas que han dicho de usted.

—¿Se refiere a Buccellato? ¡Me está poniendo a caldo!

Costa gruñó. Su odio por los gacetilleros no mermaba, avivado aún por la traición de su mujer con un reportero de Turín. Luego meneó la cabeza para eliminar las columnas, los caracteres, los destacados, las cabeceras, las entradillas y las portadas que le bailaban ante los ojos, riéndose de él y de su oficio. Miró a Rocco.

—¿Cómo está usted, Schiavone? ¿Se ve con fuerzas para volver a trabajar?

—No, Costa. La verdad es que no.

—Lo comprendo. ¿Y va a traerme al hijo de mala madre que entró en su casa?

—Eso espero.

Rocco se acordó entonces de la promesa que le había hecho con la boca pequeña a su amigo Sebastiano: que si encontraba al asesino de Adele se lo entregaría, para que él cerrara aquella historia con sus propias manos. Y vengase con sangre la muerte de su compañera.

—Confío en usted. —Costa recuperó la sonrisa—. Entonces, ¿qué? ¿Se queda con el piso de via Laurent Cerise? Tiene ochenta metros cuadrados y el precio es muy bueno. Si lo quiere, está ya todo hablado. Es una tercera planta, con antirrobo y rejas en las ventanas.

—Sólo le veo un defecto, pero como el monte Cervino de grande.

—¿Cuál?

—Está detrás de la fiscalía.

Costa miró a Schiavone.

—A mí me parece una ventaja.

—Lo sé. Por eso seguiremos siendo amigos: tenemos dos visiones de la vida muy distintas.

Costa asintió.

—Sobre eso, puede poner la mano en el fuego. Y hablando de visiones, ¿me cuenta la suya sobre la historia de la cárcel?

—Todavía no tengo ninguna formada. Aunque, eso sí, es un homicidio. A Cuntrera, el mafioso que chantajeaba a la familia Berguet, lo han matado.

—Entonces mal asunto. Y hablando de los Berguet, mire allí...

El jefe superior señaló con la barbilla hacia un punto del salón. De pie, junto a un tapiz, había un hombre. Rubio, ojos claros. Un traje gris antracita que se le adhería al cuerpo sin una sola arruga.

—¿Quién es?

—Luca Grange.

—¿El que le ha quitado la licitación del gobierno de la región a Edil.ber?

—El mismo. Dan la fiesta sobre todo por él.

—Vaya, pues menos mal que la señora Turrini es tan amiga de los Berguet...

—Sí, con amigos así... —comentó Costa con tristeza—. Pero la vida sigue, ¿no?

—Yo lo veo de otra manera. Siempre es más cómodo subirse al carro de los vencedores.

—Eso puede aplicarse un poco a todo, salvo a una cosa: el fútbol. Yo siempre seré del Génova, en la prosperidad y en la adversidad.

—Pero ¿cuándo no está en la adversidad?

—No empiece, Schiavone, que su equipo no se queda atrás.

—Tiene razón. Pero cuénteme más sobre ese tal Luca Grange.

—Es un joven empresario. Su padre tenía la licitación de la limpieza de los medios de transporte públicos con el Ayuntamiento de Aosta. Luca, por su parte, es arquitecto, fundó su propia empresa y, por lo que se ve, apenas dos años después ya ha dado el gran salto.

A Rocco le resultó muy fácil clasificar a Luca Grange en su bestiario mental. Los ojos azul hielo, atentos y firmes, capaces de penetrar las nieves de la estepa, sumados a los dientes blancos y la naricita respingona, hacían de Luca un husky siberiano, el perro originario de la estepa rusa que se criaba para tirar de trineos y que protagonizó numerosas aventuras de la literatura de frontera del diecinueve.

—O sea, que Luca Grange no se aburre... —masculló Schiavone.

—Eso parece.

Fausto Papetti proponía en esos momentos una versión del *Killing Me Softly*. Costa sonrió a Rocco.

—Vamos a tener que buscar el aparato y cambiar la música.

—Le estaría infinitamente agradecido, jefe.

Su superior se alejó sin dejar de sonreír.

—¡Faltaría más! ¡Pues claro que os lo enseño! —gritaba Berardo Turrini en el centro de la estancia, copa de vino en mano—. ¡Seguidme, por favor! —añadió, encaminándose ya hacia la salida.

Un grupo de seis personas se apresuró a seguirlo y Rocco vio cómo Anna se colocaba a empujones en la cola. La imitó y le preguntó:

—¿Adónde vamos?

—No me he enterado. Creo que a ver algo importante.

El grupo, formado ya por unas quince personas, salió por la puerta trasera y, como las ratas tras el flautista de Hamelín, siguieron en fila india al dueño de la casa. Se adentraron por un caminillo y el ruido de la grava pisoteada rompió el silencio de la noche. Una senda iluminada por unos preciosos farolitos antiguos conducía a un puñado de construcciones rosadas.

—Se ven las estrellas —comentó Anna.

—No mires para arriba —le advirtió Rocco—. Con esos tacones, puedes acabar en traumatología.

—Creo que hay, por lo menos, tres ortopedas en la fiesta. Podrías aprovechar y que te miraran la espalda.

El olor a caballo, mezclado con el aroma del cuero y el forraje, se hizo cada vez más intenso conforme el grupo se acercaba a los establos. A lo lejos, hacia la izquierda, el azul de una piscina inundada de luz prometía la llegada del verano.

Un hombrecillo bajo y regordete les salió al encuentro.

—Este es Dodò... El mejor *groom* del valle. Dodò, estos son mis amigos.

—Buenas noches —los saludó el hombrecillo.

Tenía tantas arrugas que parecía que le hubiesen doblado la cara varias veces, como un mapa viejo.

—Quieren ver a *Winning Mood*.

Dodò sonrió y extendió el brazo derecho para indicarles el camino.

—Por aquí...

Los zapatos de los invitados retumbaron contra el empedrado. En el interior de un box, un caballo daba potentes patadas contra el recinto. Más al fondo, otro relinchaba, quizá alterado por la molestia nocturna.

Seguido por los invitados, el *groom* abrió una doble puerta corredera y al punto se vieron todos envueltos por la humedad y el potente olor a orín equino. El hombre encendió las luces, que iluminaron un largo corredor. Cada diez metros había una valla con barrotes. Parecía un módulo penitenciario.

—*Winning Mood* es el último —dijo Berardo Turrini, sin aguantar ya la excitación—. ¡Venid, venid!

A ambos lados se veían caballos que dormían o masticaban con la cabeza gacha el forraje esparcido por el suelo. Uno gris asomó el hocico por su ventanuco. Tenía las orejas echadas hacia atrás y miraba con ojos inexpresivos al grupo de curiosos. Berardo se detuvo por fin.

—¡Dodò!

El *groom*, que había cogido una cuerda, abrió la valla y entró en el box.

—¡Señoras y señores, les presento a *Winning Mood*!

A un gesto de Berardo, el hombrecillo salió llevando del ronzal un caballo bayo.

—¡Aquí lo tienen, señores!

Era un animal enorme. Brillante, poderoso, con una larga crin y las patas fuertes y musculosas. Con los cascos, parecía prender fuego a las piedras del suelo.

Se oyó un «¡oh!» de admiración general entre los curiosos. Salvo por Rocco, que entendía menos de caballos que de mujeres.

—¡Es espectacular! —balbuceó una señora rubia, a la cabeza del grupo.

Un tipo con gafas se acercó y empezó a acariciar al animal.

—Con esto no hay ya quien te pare.

—Ya —dijo Berardo, sonriendo complacido—. A final de mes nos estrenamos en Cattolica.

—¿Quién va a montarlo?

—No lo sé todavía... quizá Rodrigo...

—Es bonito, ¿eh? —le dijo una mujer a Rocco, buscando su complicidad.

—Maravilloso —respondió el subjefe.

—¡Es nieto de *Chandelier*! —le explicó la mujer.

—Maravilloso.

—Ganará muchos concursos nacionales, ¡y eso que sólo tiene seis años!

—¡Maravilloso!

Anna se acercó a Rocco y le susurró al oído:

—¿Es que no sabes decir otra cosa?

—Es como el chiste ese... —susurró él—. «Maravilloso» es una manera fina de decir «¡Me la suda!».

El subjefe se volvió y se dio cuenta de que no eran los últimos de la fila. Detrás tenían a Luca Grange, que, con una copa en la mano, reía por lo bajo.

—No he podido evitar oírlo —dijo.

De cerca se parecía aún más a un perro de tiro.

—No era mi intención ofender a nadie.

—No, descuide, yo tampoco tengo ni idea de caballos. Son como una fiebre, o la tienes o no la tienes. —Le tendió la mano—. Luca Grange.

—Rocco Schiavone. Y ella es Anna...

—¡Cherubini! —terminó la frase ella, estrechándole también la mano al joven.

Rocco se sintió avergonzado. No recordar el apellido de su acompañante era imperdonable. Y así se lo hizo notar Anna lanzándole una llamarada por los ojos.

—¿Quieres que volvamos? —le propuso Rocco.

—Ve tú. Yo estoy mirando al nieto de *Chandelier*.

—¡Maravilloso! —dijo Rocco, pero Anna no se rio.

No le quedó más remedio que regresar solo a la casa. Se acordó entonces de una película en la que Peter Sellers, tras colarse en la fiesta de un rico productor cinematográfico, encadena una serie infinita de meteduras de pata. Pidió un vino tinto y se decidió por un canapé de color indefinido.

—¿Qué es? —le preguntó al camarero.

—Brandada de bacalao sobre una fina polenta de maíz...

Se lo zampó de un bocado. Estaba exquisito. Pero apenas acababa de tragarse el canapé, cuando se le cerró la garganta. Al fondo del salón, charlando con dos mujeres sonrientes, estaba Walter Cremonesi, un viejo conocido. El terrorista de extrema derecha, que había debutado en el sistema penitenciario en 1976, tenía en su historial robos, secuestros y un par de homicidios. Schiavone llevaba mucho tiempo sin verlo. Iba ya para los sesenta, pero tenía buen aspecto, sano y robusto.

«¿Qué hace en Aosta?», pensó Rocco. Y su mente voló en el acto hasta Adele, asesinada en su cama.

Atraído como una polilla, se acercó sin darse cuenta a pocos metros del hombre. Uno ochenta, delgado y esbelto, tenía una pequeña cicatriz en el mentón cuadrado, recuerdo de sus años peligrosos. No tuvo que esforzarse para encontrarle parecido con un animal. Siempre lo había sabido, Walter Cremonesi era una *Dendroaspis polylepis*, más conocida como «mamba negra». Los ojos vivos y separados, la boca sin labios y el cuerpo delgado, que parecía que fuera a saltar de un momento a otro. Pero lo que más lo emparentaba con el reptil era la forma de la cabeza: como la de un ataúd. Walter dirigió sus ojillos oscuros a Rocco y una luz casi imperceptible pareció atravesarle los iris. En la cima afeitada del cráneo se le reflejaban los focos halógenos de la barra. El subjefe frunció las cejas.

—¡Rocco Schiavone! Qué alegría volver a verte.

Él siguió acercándose. A las dos mujeres que hablaban con Cremonesi se les borró la sonrisa. Se las veía incómodas. Hicieron un mínimo movimiento de cabeza para saludar al recién llegado.

—El placer no es mutuo, Walter Cremonesi. Nada mutuo. Y no recordaba que nos tuteáramos.

Walter asintió sin borrar su media sonrisa. Por un momento, el labio superior dejó a la vista una dentadura de dientes pequeños y puntiagudos como cuchillas.

—¿Puedo presentarte a mis amigas?

—Si son amigas tuyas, mejor déjalo.

—¡Qué grosero! —dijo la más alta, que se alejó del corrillo.

La más baja, en cambio, unos años más joven, parecía divertida.

—Así es nuestro policía, Amelia. Un poco borde, pero siempre ha sido un cachondo.

—Ah, ¿es usted poli? —preguntó la joven—. Mucho gusto, me llamo Amelia.

Le tendió una mano con unas uñas rojo Ferrari de un par de centímetros. Tenía la boca trabajada por algún cirujano, mientras que un tatuador le había posado una pequeña abeja en el cuello. Rocco, sin embargo, no le estrechó la mano y se limitó a apurar el vino.

—¿Le gusta mi tatuaje? —le preguntó la mujer.

—No. Me gustan las abejas.

—A mí también. ¿Sabe por qué? Porque van de flor en flor. —Con una leve sonrisa, sorteó a aquel individuo con barba de tres días y traje de pana, que desentonaba en aquella velada tan chic—. Nos vemos, señor Schiavone... —se despidió, pasando a pocos centímetros de la nariz de Rocco.

Nardos. «Demasiados», pensó el subjefe.

—Es guapa, ¿eh? ¿Quieres montar en ella, Schiavò? Aunque a lo mejor una chica como Amelia es demasiado para un subjefe. O puede que no. Sigues engordando, por lo que veo.

—¿Sabes qué? Verte en la calle es peor que blasfemar en una iglesia.

Walter se puso serio.

—He pagado todas mis deudas.

—Lo dudo mucho. Tendrías que haber pagado un par de siglos, si no me falla la memoria.

—¿Y dónde metes la buena conducta? Me he chupado diez años. ¿Te parece poco?

—Eso díselo al cajero del banco al que te cargaste en via Nomentana.

—No fui yo.

—Y yo estoy esperando a que me convoquen para jugar en Wimbledon.

—Lo que tú digas, pero ahora soy un hombre libre, como tú.

—Serás libre, pero conmigo no te compares ni en sueños. ¿Qué haces en Aosta?

—Vivo en el valle, subjefe. Me dedico a los vinos. Por cierto, ¿te gusta? —Señaló la copa que Rocco tenía todavía en la mano—. Lo elaboro yo. Tengo una empresa. El que acabas de degustar es de nuestra bodega, Primot. Un tinto que está dándonos muchas alegrías. ¿Tienes más preguntas? Porque mi concepto de «velada divertida» no pasa por someterme a un tercer grado.

—Me encantaría saber dónde estabas la madrugada del jueves diez de mayo.

Walter se echó a reír.

—No me lo puedo creer. ¿Ya ha empezado el interrogatorio? ¿Ahora? ¿Aquí? ¿En medio de una fiesta?

—¿Te acuerdas o no?

Walter puso los ojillos en blanco con gesto burlón.

—Diez de mayo, diez de mayo... No, no me acuerdo. Puede que en mi casa, puede que en el club, o en el extranjero. No lo sé. A lo mejor follándome a tu mujer.

Rocco lo fulminó con la mirada. A continuación, con un lengüetazo rápido, se enjugó el vino de los labios.

—Está bueno este vino. En realidad, me alegra que te hayan puesto en libertad, Cremonesi. Será un placer volver a metértela doblada.

—Si quieres, habla con mi abogado. ¡Míralo! —Señaló un sofá del salón—. Es ese de ahí, el bajito con bigote que está hablando con el juez Messina. Se llama Ferretti, Stefano Ferretti. Al

juez seguramente lo conozcas, trabaja en el juzgado de Aosta. ¡Interrógalo a él! —le dijo, y acto seguido se fue negando con la cabeza.

Rocco se quedó allí plantado. Intercambió una última mirada con Amelia, que le sonrió entornando ligeramente los ojos. Habría podido ir con ella y charlar un rato, y a lo mejor hasta pasar una velada agradable. Pero prefirió esperar a que el abogado Ferretti dejara el sofá para acercarse al colega de Baldi.

—Esta noche no falta nadie. También usted...

El juez dio una palmada sobre el cojín para indicarle que se sentara a su lado.

—¿Se acuerda de mí, Schiavone?

—¿Cómo no iba a acordarme, señor Messina?

—He visto que conoce a Cremonesi.

—Sí, lo encarcelé una vez. Y créame si le digo que no me hace ninguna gracia verlo suelto.

Messina se acarició la espesa barba negra.

—No hay condena que dure cuando se tiene un buen abogado y se está relacionado con la justicia italiana.

—Dicho por usted resulta reconfortante.

—Ya. ¿Le gustaría saber por qué está libre Walter Cremonesi?

—No me importaría.

—Elabora vinos. Con su propia marca, Primot. Y adivine: tiene trabajando para él a un grupo de presos en rehabilitación. Una bonita cooperativa. Supongo que conocerá la ley Gozzini.

—Refréscuemela.

—Para los que somos ciudadanos libres, los años tienen doce meses. En cambio, para quien está cumpliendo condena, sólo tienen nueve. Si el reo participa en actividades de reeducación, se le va restando un mes y medio por semestre. Lo que nos da los nueve meses anuales. Pero participar en la reeducación no significa que se deba hacer algo concreto, basta con no matar o no robar, y listo. Vamos, que si no te metes en líos y te dedicas a lo tuyo, cuando te faltan cuatro años llega el sistema penitenciario y te manda a cumplir el resto de la condena a tu casa o en servicios comunitarios. Fácil, ¿verdad? ¡Y no se olvide del indulto!

—Pero él era terrorista... Mató, robó...

—Véngase un día conmigo al tribunal. Verá que a la cárcel sólo van los pringados. Que si cuatro procesos, que si el tribunal de la libertad, que si la prescripción del delito... El nuestro es un Estado basado en la inmunidad, señor Schiavone.

—¿Y usted sigue siendo juez?

—¡Qué remedio!

Rocco se recostó contra el respaldo del sofá.

—A lo mejor fue él quien entró en mi casa...

—No lo creo. Cremonesi se ha hecho empresario. Forma parte de la buena sociedad. Para mí que esas cosas ya las ha dejado.

—No. Es mala hierba... Y seguirá siéndolo hasta el fin de sus días.

El juez Messina sonrió. Volvió a acariciarse la barba y no contestó.

Las noches en la cárcel eran largas. Desde siempre. Pero a Sergio Mozzicarelli las últimas se le

habían hecho interminables. Daba vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. ¿Cómo leches conseguía dormir así Aldo? Pero su compañero no había visto nada, claro. ¿Y Karim? Él también parecía despierto. Aguzó la vista. Estaba escribiendo algo en la pared.

—¿Qué haces? —le preguntó Sergio en voz baja.

—Escribir mi nombre.

—¿Para qué?

—Para ver si mirándolo fijamente me entra sueño.

Sergio se incorporó en la cama.

—¿Y tú por qué no te duermes? —le preguntó Karim.

—Porque... vi algo.

El tunecino se volvió. Tenía los ojos empañados. Estaba llorando.

—¿Qué viste?

—El otro día en el patio. —Bajó la voz y siguió en un susurro—: Vi quién mataba a Cuntrera.

El chico respiró hondo y se pasó una mano por la cara.

—En mi tierra se dice que el fruto de la paz cuelga del árbol del silencio.

—Es que no paro de darle vueltas.

—Vale, pero a mí no me lo digas. Yo no quiero saberlo. No quiero saber nada. Yo cuento los días que me quedan para salir. Y cuando esté fuera —abarcó la pequeña celda con la mirada—, todo esto no será más que un mal recuerdo.

Sergio asintió.

—¿Tú qué harías en mi lugar?

—Dormir.

—¿No tomas nada, Rocco? —le preguntó Anna, que estaba comiéndose unas *dolmades* de arroz negro y parecía haberle perdonado la pifia de poco antes en los establos.

—¿Cómo es que conoces a esta gente?

—Por mi exmarido. Los frecuentaba antes de irse a vivir a Ginebra. Altas finanzas. Los Turrini son una familia riquísima de Milán. Tienen negocios, edificios. El abuelo de Berardo era dueño de las acerías.

—Sí, pero ¿por qué sigues viéndolos?

—No lo sé. ¿Porque me aburro, quizá? ¿La verdad? ¿Ves al tipo ese que se parece a Verdi?

Anna dirigió la vista hacia un hombre bajito, vestido con un traje gris antracita y con una flor amarilla en el ojal. Charlaba animadamente con una mujer más chupada que una vara de olivo.

—¿Qué pasa con él?

—Es un galerista. Quiero hablar con él, a ver si me organiza una exposición. Tiene una galería en Turín y otra en Milán. Y es socio de una de las salas más importantes de Berlín.

—Muy bien, pues tú trabájate a Verdi, que yo me largo.

Anna lo miró desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque me están entrando ganas de vomitar. Porque este sitio da asco y exuda mierda por las paredes, porque no quiero tener nada que ver con esta gente y porque considero una ofensa que me hayas traído aquí. ¡Nos vemos!

Se dio la vuelta y dejó plantada a Anna con el platillo en la mano.

—Deme el loden.

—Enseguida —respondió un criado casi calvo, deslizándose tras una cortina de brocado.

Sentía que el suelo le ardía bajo los pies. La música de Fausto Papetti atronaba en su cabeza. Las luces y el olor a comida empezaban a asfixiarlo.

—¿Es este, señor?

Rocco lo cogió. Comprobó que la cartera seguía en su sitio. El criado sonrió.

—¿No se fia?

—¡No! Y si quiere que le dé un consejo, búsquese otro trabajo.

—Tengo tres hijos.

—¿Entonces folle menos!

Cuando atravesaba el jardín, percibió una presencia, alguien que lo observaba. El subjefe se volvió hacia la casa. Había una cabeza rubia asomada a una ventana del primer piso. Fumando. La cara quedaba en sombras, pero entonces la silueta se adelantó y la luz le dio de pleno. Era Max. Rocco levantó una mano para saludarlo. El chico respondió con gesto indolente.

—¿Qué pasa, no bajas a la fiesta?

Max negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¡Hay un montón de gente estupenda!

El chico se encogió de hombros y regresó al cuarto tras cerrar la ventana.

La noche era fría y no había nadie por las calles. Rocco masticaba con rabia un bocadillo reseco e insípido que había comprado en el bar de la estación. Pensaba en la velada recién vivida. En Anna, que lo metía con calzador en situaciones en las que no pintaba nada. Y, sobre todo, en el hecho de que en ese momento estaba solo en plena noche, sin un coche en el cruce, ni una luz en las ventanas. Un blanco fácil, casi elemental. Miró alrededor. Su asesino podía estar tras la esquina del bloque amarillo. O apostado entre el coche y la farmacia cerrada. O quizá, simplemente, tras él, y acababa de fundirse con la sombra de los abetos. ¿Quién decía que el hombre que había entrado en su casa se había ido de Aosta? Podía haberse quedado escondido en algún hotelucho perdido, esperando un momento como ese. En cuanto Rocco Schiavone se quedara solo, sin testigos, desarmado y distraído, terminaría por fin el trabajo. El subjefe se encogió de hombros, resignado, y se volvió en redondo, lentamente. Aparte de unas ramas movidas por el viento y una luz en una tercera planta, no pasó nada.

—¡Aquí me tienes! ¡Aquí estoy! —gritó.

—¡Me la suda! —respondió una voz lejana.

Una voz familiar.

Rocco se echó a reír. Por la calle de su pensión asomó un hombre. Fumando. Caminaba con paso resuelto y nervioso y no tenía ni un pelo en la cabeza.

¡Furio!

—Pero ¿a qué juegas?

—¡A la diana!

Se abrazaron. Su amigo tiró el cigarrillo al suelo.

—Y el móvil, ¿qué? ¿No lo enciendes nunca?

—¿Qué haces aquí?

—Estoy de paso. Voy para Francia.

—¿A hacer qué?

—Cuanto menos sepas, mejor. Oye, ¿algún sitio tranquilo?

—Más tranquilo que este... ¡Aquí no hay nadie!

—¿En medio de la calle?

—¿Y?

Furio miró alrededor. Asintió. Después agarró a Rocco por el brazo.

—¡Ven!

Lo llevó a un rincón oscuro bajo un pórtico.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Qué tienes que contarme? —preguntó Rocco.

Furio se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta.

—No he venido a decirte nada. Pero si te quedas aquí, al descubierto, ese tipo puede volver.

Y no quiero pensar en ti haciendo el capullo en medio de la calle. Yo no te dejo así.

Y le puso una 9 milímetros en las manos.

Rocco se quedó mirándola.

—Yo ya no llevo armas.

—Ya lo sé, pero, si te la quedas, me dejas más tranquilo. Llevo días sin dormir. Es una Ruger semiautomática. Siete disparos, nueve milímetros, es pequeña y pesa menos de medio kilo.

Rocco la empuñó.

—Tiene el botón a la izquierda y extensión de cargador para el dedo.

—Pareces un representante —bromeó el subjefe.

—Y lo más importante es que la nena es virgen.

—Mira, Furio, aunque me la quede, no pienso usarla.

Su amigo lo agarró por el cuello del chaquetón.

—Escúchame bien, capullo. Esto no es ninguna broma. Alguien quiere tu pellejo, y no vendría mal que te lo metieras en la cabeza. No te separes de la pistola, en ningún momento. ¡Estoy hasta los huevos de funerales!

Rocco lo miró a los ojos. Luego asintió.

—Vale, Furio, vale.

Su amigo le arregló el cuello del loden.

—Perdona.

—Hablando de pistolas. ¿Has hablado con Brizio?

—Sí, me lo ha contado todo, que el arma con la que dispararon a Adele la habían utilizado en un atraco en Cinecittà.

—Lo que significa que el hijo de perra es de Roma. Por lo menos es una pista.

—Seguro que averiguamos quién la utilizó, Rocco.

—Sí. ¿Nos tomamos algo? Ettore sigue abierto.

—De acuerdo, pero sólo una, que tengo que conducir...

Salieron de los soportales y se dirigieron hacia la piazza Chanoux.

—¿Sabes con quién me he encontrado esta noche?

—No.

—Con Walter Cremonesi.

Furio se detuvo en medio de la calle.

—No me lo creo.

—Te lo juro.

—¿Y qué hace aquí?

—Vinos.

—¿Y tú te lo crees?

—Cuando el Catanzaro gane la liga.

—Entonces, ¿fue él?

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

—No lo pierdas de vista, es una cobra.

—No, es una mamba. ¡Cómo se nota que no tienes ni puñetera idea de animales!

El ronquido en la otra habitación seguía el compás de las olas sobre la playa. Un ritmo lento, senil. La luz de las farolas atravesaba tenue la persiana veneciana y transformaba la manta blanca de la cama en una piel de cebra. Corrado apartó las sábanas. Posó los pies en el suelo. Estaba helado. Se levantó. El somier apenas crujió. Se quedó a la escucha. En el cuarto de al lado, la respiración profunda de Enzo Baiocchi seguía siendo regular. Atravesó despacio la penumbra. Llevaba desde la medianoche con los ojos abiertos para acostumbrarse a la oscuridad y veía como un gato. El resplandor de los focos de la calle lo hacía todo más fácil. Agarró el pomo de la puerta, que había dejado entornada para no hacer ruido. Lo giró lentamente y los goznes que había engrasado mientras Enzo se duchaba obedecieron sin rechistar. Ya estaba en el pasillo. Lo conocía como la palma de su mano y sabía que sólo lo separaban del salón siete pasos cortos. Un pie delante del otro, con mucho cuidado, y llegó a la puerta que daba a la salita, donde Enzo dormía en el sofá cama. Asió el picaporte. Lo apretó y lo bajó poco a poco. También lo había engrasado, y consiguió llevarlo hasta el tope sin que rechinara. El mar seguía estrellando las olas contra la playa al ritmo de la respiración de Baiocchi. El olor a axilas y tabaco le golpeó la nariz. Flotaba en la habitación como una neblina espesa y aceitosa. El monstruo estaba allí, con la colcha hasta el pecho, en camiseta. Tenía los brazos abiertos, como un cristo salvaje. Respiraba con la boca abierta y se le hinchaba el pecho peludo. Sería cuestión de un minuto. Un solo minuto, un salto en la oscuridad, y luego todo volvería a ser como antes, antes de que Enzo Baiocchi cayese sobre su vida. Se llevó la mano a los glúteos. Sintió el mango del cuchillo remetido en el elástico de los calzoncillos. Estaba frío, más que la hoja. O tal vez no le circulaba ya la sangre. Un pie delante del otro, con mucho cuidado, sin apartar la vista del hombre del sofá cama. Ya lo había hecho una vez en el campo, con un cerdo. Fue fácil: le apoyó la hoja en el gaznate y la hundió con un movimiento seco y preciso; el animal chilló, pataleó cuatro o cinco veces, y se quedó en el sitio, colgando y chorreando sangre del tajo como de un grifo abierto. Enzo ni siquiera chillaría. No le daría tiempo. Le clavaría el cuchillo en pleno corazón, con las dos manos, con todo su peso y su rabia. «Es tu último aliento, pedazo de mierda», pensó.

Los postigos del salón estaban entornados. Una hoja fría de luz le iluminaba un cuarto de cara. Enzo Baiocchi dormía. Corrado apoyó el cuchillo en el cuello del hombre.

«Basta con presionar. Una simple presión, seca y decidida. ¡Ya!».

Un fuego repentino le estalló cerca del ombligo. A Corrado se le desorbitaron los ojos. Miró a Enzo, que ahora también los tenía abiertos, la boca en una burlona mueca de plata. Se le arrugó toda la cara. Dejó caer el cuchillo y retrocedió. La mano de Baiocchi, manchada de sangre, tenía apretado el mango, pero la hoja estaba dentro de él. Corrado no conseguía respirar, y menos aún hablar. Un vomito le bullía esófago arriba. Intentó rodear las manos de Enzo para apartar el fuego de su vientre, pero entonces el asesino se levantó y se plantó ante Corrado, que sintió la peste a axilas y el aliento a cebolla en su cara. Baiocchi tiró del cuchillo hacia arriba, directo al esternón, mientras le tapaba la boca con la otra mano. Corrado experimentó un dolor inmenso y sintió que una sangre caliente y pegajosa brotaba al exterior y le corría por las piernas y los costados. Después se le nubló la vista hasta que desaparecieron la luna, la habitación, la peste a axilas y a tabaco. Se cayó flácido al suelo como la peladura de una manzana.

Enzo limpió la hoja con la camiseta de Corrado. Tenía que darse prisa. No podía dejarlo todo así. Lo primero que hizo fue envolver el cuerpo con la sábana del sofá cama. El muy cabrón había perdido mucha sangre, luego tendría que limpiar. Debía aprovechar la oscuridad. Como una araña en su tela, envolvió con la colcha aquel capullo blanco ensangrentado. Se vistió a toda prisa. Buscó las llaves del coche, que estaba aparcado justo debajo de la ventana del salón. Debía actuar rápidamente, en silencio, y rezar para que los ojos insomnes de un jubilado o de un chaval de vuelta de parranda no se cruzaran con los suyos.

—Capullo —murmuró hacia el rollo de carne a sus pies.

Acto seguido, lo levantó. Menos mal que Corrado Pizzuti no pesaba mucho. No lo haría sudar. Se acercó a la ventana con su horrible carga. La abrió y escrutó la calle. Vacía. Ni un coche. Sólo el sonido de las olas tras las casetas cerradas de la playa. Arrojó por la ventana el cadáver, que cayó con un ruido sordo sobre la acera oscura, junto al coche de Corrado, un Fiat Multipla verde. Ya sólo le quedaba llevárselo lejos. Cogió las llaves de la casa y salió. Lo abandonaría en el campo, en la margen de un río, entre cañas y barro, donde a nadie se le ocurriría buscarlo.

SÁBADO

La primera oleada de clientes del desayuno había pasado dejando tras de sí la barra llena de migas y una pila de tazas grandes y pequeñas en el fregadero. Descafeinados, cortados, capuchinos, cruasanes sin crema, con mermelada, palmeras, *strudels*, un río de comandas que Tatiana había logrado satisfacer, saltando como loca de la Faema a la caja para dar el cambio. Eran las nueve de la mañana y Corrado seguía sin aparecer. Tenía el móvil apagado. Era la primera vez desde que habían abierto el bar. Siempre que llegaba tarde, avisaba, por lo menos con un mensaje. Vivía a sólo diez minutos andando del local.

«¿Qué le habrá pasado?», se preguntaba Tatiana, mientras se tomaba su tercer café, apoyada en el fregadero y con la mirada fija en un punto del suelo, junto a la nevera de los helados.

No se dio cuenta de que había entrado Barbara.

—¡Buenos días, Tatiana!

La rusa bajó de las nubes y sonrió a la librera.

—Hola, Barbara. Buenos días.

Barbara se acercó a la barra.

—¿Corrado?

—Exacto. ¿Café?

Su amiga asintió y Tatiana se volvió para prepararle uno.

—No da señales de vida.

—¿Cómo que no da señales de vida? ¿Lo has llamado al móvil?

—Lo tiene apagado.

Vació la cazoleta y volvió a cargarla.

—Ni un mensaje, nada.

—Se acostaría tarde anoche y estará todavía durmiendo.

—Ya.

Un chorrito de expreso espumoso y caliente empezó a caer en la tacita.

—Debe de ser eso —dijo, y cogió el café y se lo llevó a Barbara—. ¿Quieres un cruasán o una trenza?

La librera no respondió. Se echó medio sobrecito de azúcar moreno en el café y lo removió con la cucharilla.

—Oye... tengo que contarte una cosa.

—Dime.

Le dio el primer sorbo, dejó la taza en el platillo y miró a los ojos a la rusa.

—Tengo una sospecha.

Tatiana sintió un vacío en el estómago: sabía que a Barbara le gustaban las intrigas y los misterios y que a menudo se divertía viendo complots donde no los había, pero, en una mañana tan cargada de angustia como aquella, su frase tuvo el efecto de una sirena de alarma.

—¿Qué sospecha?

—Creo que Corrado no está solo en su casa.

—¿A qué te refieres?

—Te explico: ayer por la tarde vi que salía luz por las persianas bajadas. Cuando él estaba todavía en el bar contigo.

La rusa se encogió de hombros.

—¿Y qué? A lo mejor se la dejó encendida.

—No. Porque la vi cuando pasé con el coche para llevar a Diego al fútbol y luego, al volver, a los diez minutos, ya estaba apagada. Regresé a la librería y vi que Corrado salía entonces del bar. Te digo que hay alguien.

Barbara apuró el café con la mirada de quien ha descubierto un tesoro y no ve la hora de adueñarse de él. Tatiana se recogió detrás de la oreja el mechón de pelo que se le había caído sobre los ojos.

—Será... A lo mejor tiene a alguna.

Se dio cuenta entonces de lo mucho que le pesaba aquella afirmación banal. Una mujer. Nunca se le habría ocurrido pensar que Corrado pudiera tener novia, pareja, o siquiera una chica con la que pasar unas horas en la cama. Y no le gustó la idea. Es más, un ligero escalofrío eléctrico le bajó por la garganta y le estalló en el corazón.

—¿Tú crees que tiene una mujer? —preguntó con escepticismo la librera.

—¡No!

Habría querido añadir: «Espero». Pero no lo hizo.

—Oye, ¿y por qué no lo interrogas un poco cuando llegue?

—¿Que lo interrogue?

—Sí, en plan: «¿Ha venido a verte tu madre?».

Tatiana torció el gesto.

—No creo que su madre siga viva; en cualquier caso, nunca me ha hablado de ella.

Barbara asintió. Podía hacerlo mejor.

—A ver esto: «Corrado, ¿por qué no alquilas una habitación, para ahorrar? ¿No se te hace cuesta arriba estar siempre solo?».

—Pero ¡si su piso sólo tiene un cuarto!

—Entonces dile que tu hermana va a venir un par de días, que si puede quedarse en su casa.

—¡Yo no tengo hermanas!

—¡Joder! —resopló la librera.

¿Dónde estaban todos esos comisarios que había devorado durante años de canibalismo libresco cuando se los necesitaba, a ellos y su ingenio?

—¡Ya está, lo tengo! —añadió—: Dile: «Es mi segundo aniversario de bodas. ¡Os invito a cenar a ti y a tu novia!».

Tatiana reflexionó.

—¿Y si me pregunta qué novia?

—Lo miras a los ojos y le dices: «¡La que tienes en casa desde que volviste de tu viaje misterioso! ¡Quiero conocerla!». Y por favor, observa bien su reacción. Si se toca la nariz, mira a otro lado, baja la vista o evita discutir, ¡puedes estar segura de que miente!

Parecía una buena táctica. Directa, tajante, sin posibilidad de escape.

—¿Tú crees?

—Lo vi en una serie, un tipo que descubría a los mentirosos con sólo observar las expresiones de su cara. Verás como sonrío, te da las gracias y te dice: «¡Claro, Perica de los Palotes y yo iremos sin falta!». ¡Y habrás descubierto el pastel!

—Entonces es eso.

—¿El qué? —preguntó la librera, dejando un euro en la barra.

—Que por eso está tan pensativo y con la cabeza en las nubes. Eso es lo que esconde. ¡Una mujer!

—¿Lo ves?

Y, sonriendo, Barbara se encaminó a su librería.

Una mujer. Corrado tenía una mujer. Tatiana apretó los dientes, pero no logró evitar que le rodase por la mejilla una lágrima solitaria.

Rocco Schiavone estaba sentado a su habitual mesa de la piazza Chanoux, ante el desayuno que le había llevado Ettore. Soplaban un viento penetrante, los prados estaban verde esmeralda y la nieve que pocos días antes había caído en la ciudad había abandonado el valle y se había atrincherado en los picos. El sol brillaba bien alto en el cielo y acariciaba los edificios y los montes que encastraban Aosta. Una mañana de mayo, tan hermosa que había llenado todas las mesas. Los parroquianos sonreían, felices, había quienes disfrutaban de las bofetadas luminosas del sol repantingados en la silla y con los ojos cerrados. Parecía una indolente mañana de domingo. Todavía no era como para quitarse el chaquetón, pero los huesos empezaban a respirar de nuevo. Rocco se miró los pies. Sonrió a aquel par de Clarks que podían esperar resistir mucho más que los otros doce pares destruidos en poco más de ocho meses.

La vio pasar a unos diez metros de la mesa. Los vaqueros y la cazadora ceñida a la cintura le hacían también muy buen tipo. La mujer lo reconoció, le sonrió y cambió de dirección para acercarse a él.

—¿Qué, disfrutando del sol de la mañana?

—Antes de ir a trabajar...

—Anoche no estaba usted de muy buen humor, subjefe Schiavone.

—No, Amelia, no lo estaba. Digamos que las personas que frecuenta no son santo de mi devoción.

Ella retiró una silla y se sentó a la mesa.

—¿Quiere que le pida algo? —se ofreció Rocco.

—No, ya he desayunado. ¿Y este perrito?

Loba, que estaba echada en la acera, se limitó a dirigir las pupilas hacia la recién llegada.

—¿Cómo se llama?

—¡*Loba*!

—Oh... qué bonita. ¿Qué raza es?

—Un Saint-Rhémy-en-Ardenne.

Amelia lo miró antes de echarse a reír.

—¡No lo había oído en mi vida!

—No seré muy chic vistiendo, pero, en cuanto a perros, no recibo lecciones de nadie.

—Un Saint-Rhémy...

Amelia negó con la cabeza. Su perfume de nardos llegó hasta la nariz de Rocco: para su gusto, se echaba más de la cuenta.

—¿Hace mucho que conoce a Walter Cremonesi?

—No, lo habré visto un par de veces. Soy amiga del doctor Turrini. Y de su mujer, no me malinterprete.

—¿Es de Aosta?

—¿Es usted policía hasta cuando se relaja!

—Deformación profesional. Y, por cierto, ¿a qué se dedica?

—Trabajo como relaciones públicas para Luca Grange. Se lo presentaron, ¿no? Anoche...

—Ah, sí, la gran promesa del empresariado local.

La mujer sonrió.

—Tengo treinta y cuatro años y soy de Gruskavà.

—¿No es italiana?

Amelia sonrió.

—En italiano es Groscavallo y en provenzal Gruskavà... provincia de Turín. Italiana de los pies a la cabeza. —Se colocó bien un mechón de pelo—. Me mudé a Aosta hace años, cuando perdí a mis padres. ¿Algo más que quiera saber? —Lo miró con unos ojos grandes de color avellana.

—No. Creo que valdrá, gracias.

—Cualquier otro habría aprovechado para pedirme el móvil.

—Yo no soy cualquier otro.

Amelia sonrió y se llevó una mano al cuello.

—Créame, le aseguro que son todos iguales. Puede que sea usted más hábil que los demás, pero también quiere mi móvil, ¿a mí no me engaña!

Rocco sonrió, entornando ligeramente los ojos.

—En vez de su móvil, ¿por qué no me dice si la abeja del cuello es el único tatuaje que tiene?

Amelia se acercó a él y le susurró:

—Eso sólo hay una manera de averiguarlo... —Se levantó—. Que tenga un buen día, señor Schiavone.

—Lo mismo digo, Amelia... ¿Amelia qué más?

—Con Amelia le basta. —Le guiñó un ojo y se alejó.

Rocco se obligó a no mirarle el culo mientras se iba. Se rindió a los tres segundos.

Tenía dos hemisferios perfectos.

Por suerte, el tercer mechero funcionaba. Los otros dos se los había dado a *Loba*, que se divertía desmontándolos entre las patas. Ya a la primera calada comprendió que el caso que tenía entre manos era complicado y que sería igual de complicado salir de él. No pasaban muchos coches por

la avenida Battaglione Aosta. Abrió la ventana del despacho y tiró la colilla del porro. Pero le entró curiosidad y se asomó. Vio entonces que, justo sobre el techo de la entrada de la jefatura, había una cantidad indecente de colillas. Tiradas todas por él, día tras día, desde septiembre del año anterior. Formaban un montoncito que llamaba la atención. Si el jefe superior se asomaba desde su despacho de la segunda planta, seguramente se preguntaría qué eran esos trocitos de papel amontonados ahí abajo. Tenía que hacer limpieza. Trepó a la ventana y se quedó a horcajadas sobre el alféizar. A sus pies, a poco más de un metro, estaba la marquesina que protegía la entrada de la jefatura de las eternas lluvias valdostanas.

Ese día, la inspectora Caterina Rispoli había preferido ir andando a trabajar. Iba comiendo una barrita dietética mientras atravesaba la calzada. Tenía enfrente el edificio de la jefatura. Estaba de un humor de perros. La noche anterior había discutido con Italo. Lo mismo de siempre. Los típicos problemas que atenazan a las parejas jóvenes. Él quería que se fueran a vivir juntos y para Caterina eso era peor que una amenaza. Y no por miedo, sino porque prefería que las cosas siguieran como estaban. Se sentía bien en su pisito, con su espacio y sus libros. La aterraba la sola idea de tener a Italo por casa, con su desorden, sus calzoncillos, su váter salpicado de pis, la PlayStation siempre encendida... Como vivir con un adolescente.

—¿Tienes miedo de dar un paso tan simple como natural, un paso que dos enamorados deberían dar sin necesidad de hablarlo! —le había gritado Italo.

—Me angustia pensar en vivir juntos —le había contestado ella—. Cuando pasa, empieza uno a descuidarse, se va a la cama con el pijama gordo y los patucos de lana, más abrigado que Papá Noel, y adiós al sexo.

Italo había intentado, en vano, explicarle que cuando se quiere a alguien todo eso se hace de manera natural, vivir juntos, hacer las cosas juntos y, tal vez, hasta pagar un solo alquiler.

—¡Ah, conque ese es el problema! —le había gritado ella—. ¡El alquiler! ¡No me lo puedo creer!

—¿Es que no estás bien conmigo?

—¿Y eso qué tiene que ver? Sí, estoy bien, pero prefiero vivir sola. No tengo necesidad.

—¿Hay otro?

—¿Tú estás loco?

—¿Hay otro o no?

—Pero qué otro ni otro, Italo. ¡Me basta y me sobra contigo!

Tal vez habría sido mejor explicarle que ella nunca había tenido una familia de verdad, que sus progenitores sólo habían estado juntos para destrozarse, que su padre era un animal y que si cerraba los ojos y pensaba en ese hombre al que no llamaba «papá» desde que tenía seis años, le entraban ganas de vomitar.

—Caterina, a mí una relación así me pone malo. No me gusta, es fría y distante.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué futuro nos espera? —le había preguntado Italo, mirándola decidido a los ojos.

—No lo sé, no pienso en eso. Por ahora estoy bien así. ¿Por qué quieres precipitar las cosas y estropearlo todo?

—¡Porque hay que tener algún proyecto en esta vida! Mira a nuestro jefe.

—¿Qué tiene él que ver?

—Él tiene un proyecto. Quiere irse a vivir a la Provenza, hace lo que sea para cambiar de vida. ¡Trabaja por una idea!

—Pero ¿de qué mierda hablas? —Caterina nunca decía palabrotas, pero Italo se las había sacado a base de pincharla—. Nuestro jefe es un enfermo mental. Es un pobre desgraciado que vive solo en una ciudad que no es la suya, perseguido por gente que quiere su pellejo, y encima tiene unos amigos que no se los deseo a nadie.

—Pues ¡a mí Rocco me cae bien!

—Entonces, ¡vete a vivir con él!

Aún con el eco de aquella disputa en la cabeza, Caterina levantó la vista. En el tejado del pasaje de la entrada estaba Schiavone.

—Jefe, ¿qué hace ahí subido?

Rocco se asomó.

—Ah, Caterina, buenas.

—¿Qué hace en el tejado?

—Nada. No tengo balcón y quería tomar un poco el aire.

«Este hombre está fatal», se dijo ella.

—Pero ¿se ha vuelto loco o qué? ¡Puede caerse!

El subjefe miró a su alrededor.

—Qué va. Este tejado no está ni a un metro de mi ventana.

—Sí, pero, si se cae de ahí, ya son tres metros.

—Pero yo no me caigo.

—¿Qué se está guardando en los bolsillos?

—Se me habían caído unas monedas.

La inspectora negó con la cabeza.

—Ah, Caterina, ¿podrías añadir una tocada de huevos en el cartel?

—Dígame.

—«La gente que se mete donde no la llaman». Ponlo en el octavo grado.

—Recibido... —dijo, y entró en la jefatura.

Schiavone se apoyó en el alféizar y se impulsó hacia arriba. Estaba bajándose como podía de la ventana para volver a entrar en su despacho, cuando Italo abrió la puerta.

—Pero ¿qué haces, Rocco?

—Veo que es una manía de familia...

—¿De qué hablas?

—Tu mujer acaba de preguntarme lo mismo.

—No es mi mujer. Y además, tampoco creo que hacer preguntas sea una manía.

—No, Italo, lo que es una manía es meterte donde no te llaman. ¿Qué pasa?

—Por lo visto hay decenas de llamadas de gente buscándote. ¿Por qué no enciendes el móvil?

—Para no recibir decenas de llamadas. Y veo que perseveras en el error y no haces caso de lo que acabo de decirte.

—¿Meterme donde no me llaman?

—¡Exacto!

—Pero telefona al juez por lo menos. Si no, me hará la vida imposible.

Rocco se dejó caer en el sillón.

—¿Tienes miedo de que te traslade? No está tan mal, mírame a mí: una jefatura nueva, con personas interesantísimas con las que compartir el día a día, gente alegre, simpática, extremadamente estimulante. Jamás habría conocido a D'Intino o a Deruta, ¿y qué decir de Casella? ¿Quién no los querría como compañeros de trabajo? ¡Y esta ciudad! Acogedora, cálida, animada, ¡llena de vida y de sol! Te lo digo con el corazón en la mano: ¡no la cambiaría por nada del mundo!

Italo lo miró en silencio unos segundos.

—¿Me estás vacilando?

El subjefe no respondió.

—Pues te equivocas, Rocco: siempre podría ser peor.

—¿Ah, sí?

—¡Podrías acabar en Sacile del Friuli!

—¡Ahí es adonde le voy a sugerir a Baldi que te mande! Vale, luego lo llamo, te lo prometo.

Italo se apoyó en la mesa.

—¿No tienes miedo, Rocco?

—¿De qué?

—De que el que lo intentó vuelva a probar suerte.

El subjefe sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No, Italo, no tan pronto. El asunto está todavía demasiado candente. Puede que vuelva a intentarlo más adelante, cuando las aguas se hayan calmado un poco. Pero lo pillaré antes. —Dio una calada y echó el humo hacia el techo—. Por cierto, dime una cosa: ¿cómo catalogamos el nuevo caso de Varallo? Es un décimo grado porque tengo que investigar lo de Mimmo Cuntrera, pero es algo más. Porque es dentro de una cárcel.

—¿Diez *cum laude*?

—Ya lo hemos usado. Probemos con *magna cum laude*. Añádelo al cartel.

—Hecho. Por cierto... hay alguien esperándote fuera.

Rocco puso los ojos en blanco.

—¿Y quién es?

—Giuliana Berguet, ¿la recuerdas?

—Claro que la recuerdo. ¿Y qué quiere? ¿No tiene ya a la hija en casa? Por favor, no puedo. No estoy. Dile que he implosionado, que he entrado en un túnel espacio-temporal que...

—Rocco, ¿quieres un consejo? Charla con ella un rato. Merece la pena.

—¿Por qué?

Italo sonrió burlón.

—El juez Baldi le tiene mucho aprecio.

Dicho esto, abandonó el despacho sin cerrar la puerta y a los pocos segundos entró Giuliana Berguet. Rocco se levantó para salirle al encuentro y estrecharle la mano.

—Señora Berguet, ¡me alegro de verla!

La mujer tenía la cara más relajada que la última vez que la había visto, pero, aunque habían desaparecido las ojeras, una luz sombría asomaba a sus ojos velados. Sonreía sólo con la boca y batía lentamente las pestañas.

—Señor Schiavone, perdóneme... Siento mucho venir a molestarlo a su despacho.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Ha hecho ya mucho.

La mujer se acomodó ante la mesa. Rocco olisqueó raudo y veloz el aire. El cigarrillo había disimulado el olor penetrante de la hierba que solía flotar entre aquellas cuatro paredes.

—He venido sólo a darle las gracias. Me ha devuelto usted a mi hija.

—¿Cómo está Francesca? —preguntó Rocco, sentándose.

—Chiara —lo corrigió la mujer.

—Perdone, sí, Chiara. ¿Cómo está?

—No lo sé... —Giuliana tomó aire con esfuerzo y suspiró como sólo una madre puede hacerlo al pensar en la suerte de sus hijos—. Se niega a volver al instituto, apenas habla, come aún menos. No quiere ayuda psicológica. Mi marido opina que la mejor medicina es el tiempo.

—No lo crea —objetó el subjefe—. El tiempo sólo sirve para hacernos más viejos.

—Tiene ganas de conocerlo y darle las gracias en persona. Pero no se ve con fuerzas para salir de casa.

—Perdone, pero ¿se refiere a Chiara o a su marido?

—A Chiara. A mi marido... —Un nuevo suspiro. Distinto, más agudo. El de una esposa—. A mi marido, yo ya no sé. Hace días que no es el mismo. Le han quitado la licitación y se pasa las horas a saber dónde. No va a la oficina, es como si ya no le importara la situación de la empresa.

Rocco no era buen consejero matrimonial. Se limitó a asentir con cara de comprender y lamentar lo que oía.

—Está a la que salta —prosiguió Giuliana—, es como si se hubiera vuelto loco. He intentado hablar también con Marcello, su hermano...

—¿Cómo está el profesor?

—Él parece que ha reaccionado mejor, Pietro en cambio... me tiene muy preocupada. Pero no quiero robarle más tiempo. Sólo he pasado a saludarlo. Por cierto, esa historia terrible que he leído en el periódico, el asesinato en su casa. ¡Qué horror!

—Sí. Estamos en ello.

—¿Cree que es una venganza?

—No puede ser otra cosa, señora. Pero no ha sido la gente que enredó a su marido. Es por algo que acabaré descubriendo tarde o temprano.

Giuliana asintió y el subjefe pensó que ya no tenían nada más que decirse, de modo que volvió a tenderle la mano.

—Muchas gracias de nuevo por venir, y salude de mi parte a su marido y a su hija.

Pero Giuliana no se levantó. Lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Entreabrió apenas la boca y dijo con un hilo de voz:

—Ayúdeme.

Rocco frunció el entrecejo. No entendía.

—¿Cómo podría ayudarla, señora Berguet?

—Estoy perdiéndolo todo. A mi hija, la empresa, a mi marido. Se lo ruego. Sé que Pietro tiene a otra. Está frío y distante. Y no es él. Se lo ruego.

—Señora, ese es un trabajo para un detective privado, no para la policía nacional.

—¿Podría contratarlo?

—No, me temo que no.

Giuliana miró al suelo.

—Chiara, por lo menos ella. No habla conmigo. Sólo me ha dicho que tiene muchas ganas de darle las gracias, pero le falta el valor para venir a la jefatura. Se lo pido por favor, vaya a verla. Sólo una vez.

—Lo intentaré...

—No. ¡Prométamelo!

A Sergio Mozzicarelli le tocaba turno de enfermería. Tenía que llevarle la comida a Omar ben Taleb, el tunecino al que habían golpeado unos días antes el Profesor y sus compinches. Atravesó las rejas que los guardias iban abriendo a su paso sin saludarlo. No era una muestra de arrogancia por su parte, simplemente no se acordaban de su nombre, pese a que Mozzicarelli llevaba siete años en aquella institución. Sergio era invisible. Cara corriente, altura corriente, mirada corriente. Era una sombra fugaz, un soplo de aire. En el pasado, eso le había resultado útil para esconderse y no despertar sospechas; y si lo pensaba, también en la cárcel era una ventaja no estar en el punto de mira. El anonimato, ser un comparsa en la vida de los demás, era algo natural para él. Se sentía a gusto en aquel cuerpo transparente con el que nadie la tomaba nunca, al que nadie pedía ningún favor. En esos momentos, sin embargo, precisamente esa transparencia estaba metiéndolo en un lío, porque le había permitido verlo todo, enterarse de todo. «Las sombras no tienen conciencia», no paraba de repetirse, pero era incapaz de dominar su angustia, de guardarse para sí la información que incriminaría al asesino. Llegó ante los últimos barrotes, los de la sala de recuperación. Tolotta, un celador alto y corpulento, acudió sonriendo. Tampoco aquel guardia recordaba su nombre.

—¿Es para Omar? A ver... —Miró la bandeja. Al lado de la sopa había una loncha de carne clara—. ¿Qué es?

—Eh... ternera... cerdo.

—¿Cerdo? Pero ¿los de cocina son idiotas o qué? Este no come cerdo. Bueno, mira... tú dile que es ternera...

Sergio sonrió mientras Federico Tolotta abría la cerradura.

Omar era el único paciente en la sala de seis camas. Mozzicarelli se acercó. El chico estaba con los ojos cerrados. Tenía la cara hinchada, los labios partidos, la nariz vendada y los párpados amoratados. Le habían vendado una mano. En el otro brazo llevaba un gotero.

—¡Traigo la comida! —anunció Sergio, dejando la bandeja en la mesita—. ¿Puedes comer solo o aviso a un enfermero? ¿Llamo a alguien?

Omar abrió mínimamente un ojo. Miró al preso.

—Sergio... tú eres Sergio, ¿verdad?

Este se quedó pasmado.

—Sí, soy yo. ¿Por qué?

—No te metas donde no te llaman, Sergio. No hables con nadie. Guárdate para ti lo que hayas visto... y... —No terminó la frase y volvió a cerrar los ojos.

Mozzicarelli se quedó de piedra. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo le había llegado el rumor?, se preguntó. Después lo entendió. Él se lo había contado a su compañero de celda, Karim, y este a su vez había informado a su amigo, por supuesto. Ya se sabe, Radio Cárcel puede ser lenta como un

perezoso o rápida como un leopardo. Pero le dejó mal sabor de boca que lo supieran ya dos personas. Volvió a la puerta.

Federico lo esperaba para cerrar con llave.

—¡Sergio! ¡Ese era tu nombre!

—¿Nos conocemos desde hace años y ahora te acuerdas? ¿Qué, cotilleando?

Tolotta sonrió.

—¿Le has dicho que es ternera?

—Federico, ese hombre apenas puede beber. Mándale a un enfermero, hazme el favor.

Tolotta, sin embargo, cerró con decisión las rejas.

—Pero ¿estás loco o qué? ¿Vas a hablar tú con los sindicatos? Anda, Sergio, vuelve al módulo. Y cuídate.

El preso se puso un cigarrillo en los labios y se alejó de la sala.

—¡Y no te lo enciendas hasta que salgas! —le gritó el celador.

Él levantó el pulgar y respondió:

—Recibido. Y me apellido Mozzicarelli.

—Para que luego digas que los amigos no valen para nada —comentó el agente Italo Pierron, dejando una revista llena de fotos sobre la mesa de Rocco.

—¿Qué es eso?

—Mira en la página doce.

Rocco hojeó la revista. Era de una agencia inmobiliaria de Aosta.

—Ajá. ¿Y?

—Lee esto. —Italo se acercó—. Dormitorio, salón, baño, cocina y estudio. Última planta en pleno centro, sólo seiscientos cincuenta euros al mes. ¡Via Croix de Ville! ¡Es para ti!

El subjefe bajó la revista.

—¿Te llevas comisión?

Italo palideció.

—Tú no estás bien.

—¿Me estás diciendo que te has puesto a buscarme casa?

—Exacto.

Rocco volvió a mirar la revista.

—Vale. Hazme un favor. Espera...

Sacó la cartera. Extrajo la chequera y firmó un cheque. Lo arrancó y se lo dio a Italo.

—Ten, para el alquiler, la fianza y todo lo que haga falta. Pero, Italo, ten cuidado que está en blanco, no vayas a perderlo.

El agente asintió.

—¿Y si luego no te gusta el piso?

—Llévate a *Loba*. Si ladra, me conviene. Si no quiere entrar, pasa del tema.

—*Loba* y yo no nos llevamos muy bien.

—Entonces encárgale la misión a Caterina.

Italo hizo una mueca.

—Es que Caterina...

—¿Qué?

—Tenemos problemas. De hecho, si pudieras darme un consejo...

—¡Virgen Santa, hay que joderse! Pero ¿qué pasa hoy, me habéis tomado todos por consultor matrimonial?

—¿Por qué?

—La señora Berguet me ha contado que el marido tiene una amante.

—¿Y es verdad?

—Y yo qué sé...

—Antes de que se me olvide... El juez Baldi quiere saber si...

—Sí, sí, ya lo sé. Que sí. Tengo que ir a Varallo. Llama a Antonio y a Caterina. Tenemos que hablar un rato.

Italo se apresuró a salir del despacho. Pero, en cuanto abrió la puerta, se detuvo.

—Rocco...

—¿Qué pasa?

—¿No será peligroso?

—¿El qué? ¿Ir a la cárcel?

—Sí... ¿Y si el que entró en tu casa conoce a alguien ahí dentro?

—Es un riesgo que tendré que correr. Por cierto, ¿me ha llamado alguien de Roma?

—No, nadie.

—Entonces te dejo un encargo importante. Responde tú si llama alguien de Roma. Y, para ser más concretos, de la comisaría Cristóbal Colón del EUR, el agente Alfredo De Silvestri.

—Recibido.

Italo salió por fin.

El subjefe abrió el cajón. Vio la Ruger que le había dado Furio la noche anterior. Ni siquiera la rozó. En lugar de eso, sacó un canuto ya liado y se lo guardó en el bolsillo. Después volvió a cerrar con llave.

Antonio Scipioni, Caterina Rispoli e Italo entraron en la habitación. *Loba* ladró y corrió al encuentro de la inspectora. Parecía recordar que fue su salvadora en la nieve. Le lamió las manos mientras la policía la cogía en brazos.

—Escuchad, ya os habrá contado Italo que tengo que ausentarme un tiempo...

Las miradas vacías de Caterina y Antonio decían claramente que no.

—¿Otra vez?

—No, debo ir a la cárcel para aclarar la muerte de Cuntrera. Lo que tenéis que hacer mientras yo esté allí dentro es lo siguiente: estar en contacto con Baldi. Está investigando los papeles de un tal Luca Grange, el que le ha ganado la licitación a los Berguet. El asunto no convence a nadie. Italo y Caterina, haced lo que os diga el juez.

—Vale —asintió Rispoli, con la muñeca encajada entre las fauces de *Loba*—. ¿Quieres que me encargue de la perrita?

—Estaría bien. No creo que pueda llevármela.

Italo hizo una mueca, que no pasó desapercibida ni a Rocco ni a su novia.

—¿Algún problema, Italo?

—¡Que no me gustan los perros!

—¿Y qué más te da? —contestó Caterina—. Va a dormir en mi casa, no en la tuya.

—¿Vivir con un perro sí pero conmigo no?

—¡Mira que eres pesado!

—¡Ya está bien! —los interrumpió el subjefe, dando una palmada en el aire—. Ya está bien. Escuchad, ahora viene lo complicado. Hay un hombre, Walter Cremonesi... Es un exterrorista que nuestro querido sistema penitenciario se encargó de mantener lejos de la sociedad. Pero ahora tiene una empresa vinícola aquí en Aosta. Bodegas Primot, se llama.

—¿Lo investigo? —preguntó Antonio.

Rocco asintió.

—Pero ándate con ojo. Es una mala bestia. Antes de seguirle la pista, léete un poco su currículum. Sólo te digo que cuando tú todavía estabas colgado de la teta de tu madre, Cremonesi ya andaba disparando a gente. —Rocco se levantó—. Una última cosa. Pásame los DVD de las cámaras del circuito cerrado, que quiero llevármelos.

—Yo me encargo —respondió Antonio—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Espero que no mucho. La cárcel de Varallo no aparece precisamente en los folletos del Club Med.

Tatiana llamó al interfono por tercera vez. Esperó unos diez segundos.

Nada. Corrado no respondía. Tras el cristal de la ventana estaba sentada la vecina del primero, una viejecilla con unas gafas enormes a la que Tatiana nunca había visto por Francavilla al Mare. Le hizo señas para que abriera la ventana. La anciana parecía no entenderla.

—¡Abra! —gritó.

La mujer se levantó de la silla, asió despacio el tirador y abrió.

—¿Qué quiere?

—¿Conoce a Corrado Pizzuti? ¿El del entresuelo? —Le señaló con el índice las ventanas cerradas.

La mujer sonrió mínimamente.

—Sí.

—¿Sabe dónde está? ¿Lo ha visto?

—No.

—¿Podría abrirme la puerta, por favor? Es para entrar y preguntarle a otro vecino de la escalera.

—No.

—*Güera dahi*, golfa! —Una voz estridente retumbó en el patio detrás de Tatiana, que se volvió.

Había aparecido otra anciana en la ventana de la primera planta del bloque de enfrente, la escalera B. Su pelo tendía claramente al verde.

—*Qaces* ahí *asomá*, golfa? —siguió diciendo.

Se la tenía jurada a la del primero de la escalera A.

—*Métete padentro*, golfa asquerosa, ¡con tus gatos!

Las dos mujeres intercambiaron miradas envenenadas. Tatiana llevaba la vista de la una a la otra sin saber qué hacer.

—¡Tú *calláita*! —reaccionó al fin la mujercilla del primero, poniéndose bien la rebeca de

punto—. ¡Y piensa en tu *marío*!

—¡Piensa tú, si te gusta tanto!

—¡*Empor* culo! —gritó la de las gafas, que cerró la ventana y desapareció engullida por la oscuridad de la habitación.

Tatiana levantó la vista hacia la vecina de la escalera B.

—Buenos días, señora.

—¿*Qaces* hablando con la golfa esa?

—Quería saber si había visto a Corrado. Corrado Pizzuti, el del entresuelo de la escalera A.

—¿Tú quién eres, la novia?

—No. La socia del bar Derby, en la playa de la Sirena.

—Golfá. ¡Eres una golfá, igualita que mi hermana!

Dicho esto, también ella cerró los postigos de la ventana y se retiró a su casa. Tatiana se encogió de hombros. Después escrutó el resto de los pisos del bloque. Aparte de los del primero, parecían todos vacíos. Llamó al interfono de todos, pero nadie respondió. Salvo la vieja con gafas, que volvió a aparecer tras la ventana. Tatiana le rogó que abriera, pero la mujer se limitó a desaparecer una vez más.

—Pero ¿dónde estás? —preguntó en voz baja.

Se le ocurrió entonces intentar localizar el Fiat verde por la urbanización. El mar estaba agitado. Esa noche se había levantado un mistral que sacudía las palmeras y hacía rugir las olas. Tatiana se caló la gorra y dio tres vueltas a la manzana, pero ni rastro del coche de Corrado. La angustia se había convertido en un coágulo permanente en el pecho que le bloqueaba la tráquea. Se apoyó en una pared e intentó tomar aire. Lo presentía: había pasado algo.

—*Cto mne délat?* —dijo con un hilo de voz.

No tenía claro qué debía hacer, pero no le quedaba más remedio que regresar al Derby. Volver a abrir. Y esperar hasta la noche. Y si para entonces Corrado no había dado señales de vida, iría a la policía.

El subjefe Rocco Schiavone llevaba ya diez minutos en el silloncito amarillo delante de la puerta del juez Baldi. *Loba* se había dormido y él había leído todo lo legible: un ejemplar de *La Stampa* de hacía tres días, dos revistas de la policía fiscal, un folleto olvidado de un hotel de Courmayeur, todos los carteles de las paredes y hasta la etiqueta del extintor. La puerta seguía cerrada. Sólo le quedaba ya perder el tiempo mirando los garabatos de la madera para descubrir alguna figura misteriosa oculta. Estaba matando el tiempo concentrado en esta última tarea, cuando por fin se abrió la puerta. Apareció el juez Baldi con una chaqueta de espiguilla muy ochentera y la piel gris de no haber tomado el aire desde hacía horas. Tras él, sentados en el despacho, entrevió al juez barbudo, Messina, y un uniforme negro lleno de galones plateados.

—¡Schiavone! Me queda todavía para rato. ¿Podemos postergarlo?

Rocco se levantó.

—Sólo quería comprobar que estaba todo en orden. Mañana voy a Varallo. ¿Ha hablado con el director?

—Claro... —Lanzó una ojeada a la habitación y cerró lentamente la puerta—. Esta reunión no se acaba nunca. Pero vamos a todo tren, ¿sabe?

—No lo dudo.

—Los papeles de Cuntrera... los que llevaba encima en la frontera... ¡están resultando decisivos!

—¿Me equivoco o ahí dentro hay un carabiniere?

—Un coronel, sí. —Miró al subjefe—. No puedo contarle mucho. Pero esta vez, gracias a usted y al mentecato de Cuntrera, vamos a echarle el guante a un montón de gente. Y como decíamos el otro día, ¡de muy arriba! Usted resuélvame el asunto de la cárcel.

—¿AIE? —preguntó Schiavone.

—¿Cómo?

—El coronel... ¿es de Investigaciones Especiales?

Baldi asintió.

—Sí, están echándonos un cable.

—Ya sabe dónde estoy si me necesita. —Rocco le estrechó la mano y luego llamó la atención de *Loba* con un leve silbido—: ¿Vamos?

—¿Schiavone?

Este se volvió cuando ya iba por la mitad del pasillo.

—Mantenga el móvil encendido.

—Descuide.

Había caído la noche y con ella la temperatura. El sol calentaba durante el día, pero en cuanto se ocultaba tras las montañas, el frío que había acompañado a Schiavone aquellos nueve meses resucitaba entre las calles y las plazas de Aosta. El abrazo gélido de un viejo amigo, incómodo y entrometido. Iría a cenar a una *trattoria*, pero antes le daría de comer a *Loba*. Entró en la pensión iluminada y se acercó a la recepción para coger las llaves. El recepcionista lo saludó con una sonrisa y le indicó con la barbilla el sofá que había detrás. Rocco se volvió. Anna estaba sentada ante la chimenea apagada. Fue a su encuentro.

—¿Qué debo pensar? —le preguntó ella a bocajarro, sin levantarse.

—Eso es un poco genérico. Dime por lo menos el tema.

—Tú y yo, Rocco, ¿qué debo pensar?

Loba remoloneaba para que Anna la acariciase, pero bajo la piel de la mujer corría una electricidad que podría haber encendido una lamparita. La cachorra se alejó para acurrucarse a los pies de su dueño.

—Anoche te fuiste de casa de los Turrini sin siquiera despedirte. ¡No te hablo de amor o de relación de pareja, sino de mera educación!

—No soy una persona educada, deberías saberlo.

—Ya, tú haces sólo lo que te parece, sin pensar en las consecuencias.

—Es un defecto que tengo.

Pero Anna no había terminado.

—¿Sabes cómo tuve que volver a casa? ¿O es un problema que ni siquiera te has planteado?

—Alguien te traería, ¿no?

—¡Capullo! —Anna bajó la mirada.

«Ya estamos», pensó Rocco. La mujer estaba a punto de echarse a llorar, pese a los esfuerzos

que hacía para contener las lágrimas.

—¿Qué te he hecho, Rocco?

Fue a sentarse a su lado.

—Nada. No me has hecho nada. Al contrario.

—¿Y tanto te costaba llamarme? ¿O asegurarte de que había llegado a casa sana y salva?

—En eso te doy la razón. Había un ambiente de mierda, no tendría que haberte dejado allí. Por mucho que parecieras estar bastante a gusto...

—Pues en ese ambiente de mierda la gente hablaba de ti. Como los Turrini, por ejemplo, de los que tampoco te despediste.

—Tranquila, ya encontraré la manera de resarcirlos —respondió Rocco, sin molestarse en disimular la ironía.

—O mi amigo el galerista, que tenía ganas de conocerte.

—Pero yo no quería conocerlo a él. ¿Eso no cuenta?

Anna abrió el bolso. Sacó un pañuelo. Se puso en pie de golpe. Se alejó un par de pasos para darle la espalda. Estaba enjugándose los ojos. El recepcionista de la pensión bajó la mirada, abochornado. La mujer volvió al lado de Rocco.

—Cuando Nora me contaba lo cabrón que eras, ¡se quedaba corta!

El subjefe suspiró.

—Dime, ¿qué he sido yo para ti? ¿Sólo un polvo?

—Dos, en realidad.

—Ya. Dos. —Anna rio histérica—. Y tampoco tan memorables, créeme.

—Nunca he dicho lo contrario. Escúchame, Anna, siéntate.

—¡No!

—Por favor.

La mujer cerró los ojos, respiró hondo y volvió a sentarse a su lado.

—Mira, tienes que verlo como una balanza. En un lado estás tú, que has cargado el platillo, y en el otro yo, que no he puesto casi nada. Y eso es lo que pasa. —Movié las manos como si fueran dos platillos—. ¿Lo ves? No hay equilibrio. Y eso sólo se consigue de una forma. O tú quitas peso o yo lo pongo...

Anna lo miró a los ojos.

—¿Y no puedes?

—Puedo intentarlo. Pero tienes que darme tiempo.

Anna asintió.

—¿Por qué me he enamorado de ti?

—¡A mí que me registren!

Ella sonrió por fin y puso unos ojos como platos.

—Mi madre siempre me lo decía: «Anna, aléjate de los hombres que te hagan llorar, busca uno que te haga reír».

—Tu madre era muy sabia.

—Tú tienes un poco de los dos. ¿Me quedo a dormir contigo?

—¿Y luego? Nos vemos otra vez como hoy y, en vez de dos polvos, ya iremos por tres. Pero no habrá cambiado nada.

—¿Estamos en la fase «No te merezco»?

—No, sólo intento explicarte sin ofenderte cómo veo el tema entre nosotros.

—Es simple, no me quieres. Di esas tres palabras y acabamos antes.

Rocco respiró hondo. Cogió las manos de Anna entre las suyas.

—No te quiero.

Ella acusó el golpe. Cerró los párpados y le brotaron sendos lagrimones de sus dos ojos.

—Duele un poco oírtelo decir, pero por lo menos lo has dicho. —Volvió a abrir los ojos—.

Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser sincero.

Recogió el bolso y se puso en pie.

—Que tengas buena noche y te vaya bien mañana.

—De maravilla, tengo que ir a la cárcel.

Anna lo miró un par de segundos. Se le dibujó una media sonrisa en la cara.

—No veo qué tiene de extraño que vayas a la cárcel.

—A ti tampoco te falta sentido del humor.

—Cuídate, Rocco.

Se volvió de golpe y avanzó hacia la puerta de cristal de la pensión. Debía de tener los ojos empañados, porque a punto estuvo de darse contra los cristales, que tardaron en abrirse. Podría haberse despedido con una risotada catártica, pero en lugar de eso salió muy tiesa y desapareció por la calle. El subjefe miró a *Loba*.

—¡Eh, tú! Vamos a dormir. ¿He hecho una tontería?

Loba se incorporó y acercó el hocico al regazo de Rocco, que en el acto le rascó la cabeza.

—Eso parece, ¿no? He hecho una tontería. ¡A lo que llega uno, pidiéndole consejo a un perro!

—Ya no le apetecía ir a cenar—. ¡*Enga* a la cama, *amos*!

Cuando vio entrar a Tatiana y a Barbara en el puesto de la policía municipal, *Ciro* se levantó y esbozó su mejor sonrisa.

—¡Tatiana! Mecachis, si Luca se entera de que has venido, justo hoy que se ha ido antes, se tira al río, ¡se tira!

La rusa no sonrió. Estaba ojerosa y pálida. Barbara había ido como apoyo y no se despegaba de su amiga, convencida de que podía caerse en cualquier momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el guardia urbano—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Debo preocuparme?

—Tengo que poner una denuncia, *Ciro*.

Al municipal se le desorbitaron los ojos.

—¿Una denuncia? ¿Y eso?

—Se trata de *Corrado* —intervino Barbara.

—¿Qué ha hecho?

—Ha desaparecido —dijo Tatiana, que rompió por fin a llorar.

—Mecachis... ¡Sentaos, sentaos!

El guardia fue por una silla.

—Espera, que te traigo un poco de agua... Espera aquí... Barbara, tú no te apartes de ella, ¿eh? Espera, que llamo también a Lisa... —Se volvió hacia la puerta y gritó—: ¡Lisa!

Después, con gran diligencia, se llevó una mano al bolsillo, sacó una llavecita de plástico y se abalanzó sobre la máquina expendedora.

—¡Lisa! —volvió a llamar—. ¡Ven, haz el favor!

Se abrió la puerta y la agente apareció con cara de sueño.

—¿Qué pasa?

—Que está aquí Tatiana... ¡dice que Corrado ha desaparecido! —gritó de espaldas, mientras pulsaba los botones de la máquina—. ¡Qué manazas soy! Me he equivocado de botón. ¿Te vale con una Coca-Cola?

—¡Déjalo, Ciro! —respondió Tatiana.

Pero el policía ya había metido las manos por el hueco.

—¡Venga, que la Coca-Cola tiene cafeína y te dará energía!

Abrió la lata, cogió un vaso de la mesa y lo llenó.

—¿Desaparecido? ¿Estás segura? —le preguntó Lisa, retocándose la melena recién teñida de un rojo Tiziano muy osado que parecía ir a teñirle las manos.

—No sé nada de él desde ayer. Estoy llamándolo cada dos por tres, pero el móvil está siempre apagado.

—¡A lo mejor se ha largado! —dijo el agente, tendiéndole el vaso de Coca-Cola a la rusa.

—Me lo habría dicho. No se habría ido sin avisarme. La semana pasada se fue dos días y me llamó para ver si iba todo bien. Corrado es... aprensivo, eso es.

—Procedamos con orden —dijo Lisa, que fue a sentarse tras la mesa—. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Ayer por la noche, antes de cerrar.

—No es mucho tiempo para denunciar una desaparición, ¿no? ¿Quién te dice que no está ahora mismo en su casa?

—A ver, Corrado se fue la semana pasada dos días y desde que volvió ha estado muy raro, pero raro raro —intervino Barbara, que parecía poseída por el espíritu de Maigret—. Y no hablaba. Estaba nervioso, se sobresaltaba cada dos por tres.

—¡Dos por tres: seis! —bromeó Ciro.

—Idiota —lo regañó su compañera.

—Quería quitar un poco de...

—Pues estate calladito. Sigue, Barbara.

—A ver, desde que lo conozco vive solo, pero el otro día descubrí... —bajó el tono de voz— que había alguien en su casa. Y de eso estamos las dos seguras.

—¿Una mujer? —Ciro le guiñó un ojo a Barbara.

—¿Y por qué tenía las persianas bajadas? —prosiguió la librera—. Supongamos que era una mujer. ¿Qué hacía, vivir a oscuras? ¿Por qué? ¿De qué se avergonzaba?

—A lo mejor está casada y no quería que la viera nadie. —Ciro no renunciaba a su hipótesis.

—O era cualquier otra persona.

—Sabéis que Corrado tiene antecedentes. Y tal vez... —Tatiana temblaba al hablar—. Quizá... ¡quizá tenía en su casa a un fugado!

Se hizo un silencio denso y compacto.

—¿Un fugado? —repitió Lisa como un eco.

—¿Por qué no?

—¡Eso lo explicaría todo! —estuvo de acuerdo la agente—. Si se trata de un fugado, no puede decir, mira, que tengo que irme y esconder a este hombre... Está claro, ¿no? ¡Esas cosas se hacen en secreto!

—Pero ¡qué dices! —objetó Barbara, que había cogido las riendas de la investigación y parecía estar pasárselo en grande, a juzgar por su mirada excitada—. Si uno tiene que hacer algo de tapadillo, es mejor hacerlo a plena luz del día: llamas al bar, dices que tienes que irte por no sé qué historia a... ¿qué te diré yo?, Ancona, y te vas. ¡Si no, levantas sospechas!

—Es verdad. Barbara tiene razón —dijo Tatiana, que no había tocado ni una gota de la Coca-Cola—. ¡Eso de desaparecer de la noche a la mañana no cuadra!

—¿Alguien tiene llaves de su casa? —intervino Ciro.

La rusa lo miró con gesto desconsolado.

—Os lo ruego... ¡Presiento que le ha pasado algo!

Lisa tomó el control de la situación.

—De acuerdo. Vayamos al despacho y tramitemos la denuncia.

—¿Y luego qué se hace? —quiso saber Tatiana, levantándose ya.

—Damos parte a las jefaturas, el prefecto habla con el comisario de la unidad de personas desaparecidas y comienza la investigación.

—Esperemos que no sea nada, ¿eh? —dijo Ciro, abriendo la puerta del despacho.

Barbara y Tatiana entraron. El agente miró a su compañera y le dijo:

—¿Sabes qué me parece? Que Tatiana se ha enamorado de Corrado.

—¡Quita, quita, que Luca se nos mata!

DOMINGO

Alessandro Martinelli lo hizo entrar enseguida en su despacho. Había hablado con Baldi y se había puesto a su disposición.

—¿Dónde dormiré? —preguntó el subjefe.

—A tres puertas de aquí. Se parece un poco a una celda, pero, en fin, creo que eso no desentona con su misión, ¿no?

—No, desde luego. Un favor, solamente.

—Si está en mi mano...

—Necesitaría un televisor, da igual que sea viejo, y un lector de DVD.

—Mandaré que le traigan el de la sala de recreo de la planta baja. ¿Desea algo más? ¿Qué sé yo, lo despertamos a alguna hora, quiere que le subamos el desayuno?

Rocco respiró hondo. Clavó la vista en sus pies y luego la alzó hasta el director.

—No estoy pidiéndole un favor para hacer más agradable mi estancia en este agujero. Es por trabajo, así que, si puede ser tan amable de meterse la ironía en el culo, las horas pasarán rápidas e indoloras.

El director carraspeó.

—Ya me habían avisado de que no era usted un tipo fácil.

—Yo soy la persona más fácil del mundo. Pero no me gusta cuando gente como usted se cree que está tratando con un pobre desgraciado. Y ahora, si no le importa, me gustaría hablar con Agostino Lumi antes de que lo trasladen. ¿Cree que será posible?

Martinelli sonrió.

—Por supuesto. Y sin necesidad de rellenar solicitudes ni de comprar papel timbrado.

—Perfecto.

—Lo tengo en aislamiento. Está en el bloque de agresores sexuales. Mientras me ocupo de los trámites, échele un vistazo a su currículum.

El director le entregó a Rocco una carpeta que dejó caer sobre la mesa. No había mucha luz en la estancia, de modo que el subjefe tuvo que acercarse a la ventana. Desde allí había una panorámica del penal estupenda.

—Voy a...

—Una última cosa. También necesitaré moverme.

—Sí, ya lo había pensado, ¿qué se cree? Lo acompañará en todo momento uno de mis hombres, que lo escoltará allá donde vaya. Está esperando fuera, para cualquier eventualidad.

Abrió la puerta para salir.

—Ahora nos vemos. Usted, como en su casa —concluyó.

Rocco entornó los párpados e intentó pasar por alto la última pulla del director.

Era la hora a la que todos los presos estaban en sus respectivos módulos. Haciendo vida social, le habían dicho. Rocco dio un último vistazo a las construcciones grises, que le recordaban un barrio cualquiera de las afueras de Roma, y luego se puso a revisar la carpeta de Agostino Lumi. No le interesaba el currículum de aquel indeseable. Buscaba un punto débil.

—Mira tú... —dijo sonriendo, mientras seguía con la lectura.

Dejó los papeles en la mesa. Abrió la puerta. Fuera lo esperaba leyendo el periódico un funcionario de prisiones.

A Rocco le bastó una ojeada para clasificarlo rápido en su bestiario personal. Aquel guardia era una *Myocastor coypus*, también conocida como «nutria». La nariz grande y el bigote prusiano le daban un aire sonriente y burlón de coronel retirado.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Rocco.

El funcionario se cuadró de golpe.

—Mauro Marini.

—Usted halló el cuerpo de Cuntrera, ¿me equivoco?

—No se equivoca, señor. Yo y un compañero, Daniele Abela...

—¿Puede llevarme al patio?

—Sígame...

Empezaron a atravesar largos corredores, mientras se abrían y se cerraban rejas a su paso.

—Por aquí, venga...

—Dígame, Marini, ¿qué cree usted?

—¿De la muerte de Cuntrera?

—No, de las rebajas de enero.

El guardia miró al subjefe a los ojos. Sonrió bajo el bigotón.

—¿Que qué creo? Como le dije al juez, llevo muchos años trabajando en instituciones penitenciarias. A veces basta una mirada, una frase de más, o una ofensa cualquiera y... ¡zasca! Se desencadenan las venganzas.

Un olor a sopa y desinfectante flotaba en el aire. Provenía del suelo, de las paredes, de los uniformes de los guardias e incluso de su propia chaqueta. Por fin salieron al aire libre.

—Ya estamos, esto es el patio. Ahí al fondo hay una cancha de fútbol, ¿la ve?

—¿Y aquella construcción a la derecha?

—Es un taller. A Cuntrera lo encontramos allí, al lado del módulo tres.

El funcionario señaló una esquina en la que no daba el sol. Rocco fue hasta allí y miró alrededor. Tapia y alambre de espino. Las torres de vigilancia.

—¿Y los que empezaron la reyerta dónde estaban?

—Allí, al lado del módulo dos.

Marini señaló un muro al otro lado del patio. A más de cien metros. Rocco midió la distancia en pasos y se plantó en el punto donde se había desarrollado la reyerta. Volvió a mirar alrededor. Más de lo mismo, alambre de espino, tapia, torres por encima. Desde allí no se veía el rincón donde habían matado a Cuntrera.

—¿Quiénes montaban guardia en las torres?

—No lo sé. Lo preguntaré.

—Gracias. Quiero hablar con todos los que estuviesen en esas dos torres de allí. Los demás no me hacen falta. Explíqueme un poco cómo van los horarios...

—Claro. A ver, de nueve a once y de una a tres, los presos pueden salir aquí, al aire libre.

—¿Y qué hacen?

—Algunos charlan, otros juegan al fútbol, hay quienes van allí, ¿lo ve? A los talleres. Tenemos dos talleres de informática y uno de carpintería. Luego, de cinco a nueve, pueden estar en sus bloques y relacionarse. Pero sin salir de allí. A las diez cerramos las rejas, y hasta el día siguiente.

—¿Y el rancho?

—El almuerzo se reparte de once y media a doce y la cena a las seis y media. Tenemos una biblioteca y un gimnasio, que son los dos espacios más utilizados.

—¿A qué hora murió Cuntrera?

—¿A las dos y media?

—¿Me lo está preguntando?

—No, no. A las dos y media —se apresuró a confirmar el guardia.

—Volvamos... Este patio me pone malo.

—Ya. Pues tendría que ver las celdas. Son peores todavía. Nuestro principal problema aquí es la salud. Hemos tenido casos de tuberculosis e incluso de enfermos de sida. Pero con los recortes...

—Perdone, pero ¿los cuatro magrebíes siguen en la enfermería o han vuelto a sus celdas?

—Allí sólo queda Omar. Dos han vuelto a su pabellón y el que salió peor parado, Aziz, está en el hospital.

—A ver si puede ayudarme a entender mejor una cosa. ¿Cómo se accede a este patio?

Marini asintió y respondió:

—Cada módulo tiene su propia puerta de entrada. ¿Lo ve? Hay tres. Menos la del bloque de aislamiento, que no da a este patio, sino a aquel de allí, el cubierto.

Rocco se volvió hacia la esquina donde Cuntrera había entregado el alma. Un recoveco, a pocos metros de la entrada del bloque penal 3.

—¿Y esa entrada?

—La del módulo tres.

—¿Cuntrera pertenecía al tres?

—Sí, estaba en ese bloque.

—Entonces, cuando murió se encontraba muy cerca de la puerta de su módulo. Bien. ¿Quién vigilaba esa puerta el día de la reyerta?

—No me acuerdo. Creo que Tolotta, Federico Tolotta.

Rocco se acercó a las rejas.

—Avisé para que nos abran.

Marini llamó por radio. Al instante se abrieron las rejas que conducían al módulo. Un guardia bajito y calvo asomó con cara triste y gris.

—Subjefe Schiavone. ¿Es usted Tolotta?

—No. Soy Biranson. Tolotta es mi compañero, hasta mañana no viene.

Rocco entró en el pasillo, seguido como una sombra por Marini. La escalera estaba justo enfrente. A la derecha, una puerta metálica.

—¿Y esta?

—Da a un corredor interno —respondió el pequeño Biranson.

—¿Y adónde lleva ese corredor?

—Al otro lado —respondió Marini—. Abre, Bruno, que le enseñaremos al comisario adónde da.

—Al subjefe —lo corrigió Rocco.

—Ah, sí, perdone.

Bruno metió la llave en la cerradura, le dio tres vueltas y abrió la puerta metálica.

—Por aquí, por favor.

Era un pasadizo largo y curvo, de poco más de un metro de ancho, con paredes altísimas y rematadas por una red metálica que hacía las veces de techo.

—Mire, ¿ve? Es un pasaje que apenas utilizamos, es sólo para los guardias en caso de altercados y cosas así. A duras penas cabe un hombre —dijo Biranson, que iba apartando a su paso la maleza que había crecido en el cemento, seguido por Rocco y Marini en fila india—. Pero no lo utilizamos nunca —añadió al llegar a otra puerta. También metálica—. Ya estamos. Aquí termina el corredor. —Biranson volvió a sacar las llaves y abrió aquella segunda puerta oxidada, y dijo—: Pasen...

Se encontraron en el patio de recreo, junto al escenario de la reyerta, frente al módulo 2.

—Entonces, si no he entendido mal, este pasillo une el módulo tres con el exterior del patio.

—Sí, a la altura del módulo dos —precisó Marini—. Y allí, ¿lo ve?, es donde agredieron a Omar. Vamos, que sirve para ir de un lado a otro sin tener que atravesar la explanada.

—Pero ¿no lo utilizamos casi nunca! —repitió el guardia bajito.

—Biranson, me ha quedado claro. Pero dígame, ¿quiénes tienen la llave de estas puertas y las del módulo?

—¡San Pedro! —respondió Biranson, levantando dos juegos con unas diez llaves en total—. El que está de turno en la puerta del patio custodia las llaves de las rejas... —Levantó el primer aro de metal y añadió—: Y de estas dos puertas metálicas. —Enseñó las otras dos llaves—. Y lo mismo vale para las otras, las del resto de los módulos, me refiero. También tienen un pasaje interno, igual que este. —Golpeó con los nudillos la puerta metálica.

Rocco asintió.

—¿Quiere ir a ver el módulo? —le propuso Marini.

—No, quiero ir a hablar con Agostino...

—Es un honor conocerlo, señor Schiavone. He leído mucho sobre usted.

Rocco ya había visto los ojos de Agostino Lumi, alias *el Profesor*, en el rostro de los peores criminales. Ojos inmóviles, sin una chispa de vida, guijarros negros y secos.

—Es usted un policía hecho y derecho. Acaban de matarle a una amiga en su casa, ¿no es eso?

—Veo que se mantiene informado.

—Leo la prensa todos los días. Había un filósofo alemán que decía que leer el periódico...

—... es la oración laica de la mañana —terminó la cita Rocco.

—Veo que ambos hemos realizado estudios clásicos.

—Eso parece. Los mejores. ¿Por eso lo llaman el Profesor?

Agostino Lumi se puso a liarse un cigarrillo.

—¿Le importa si fumo? Verá, aquí dentro no habla uno todos los días con personas como usted. Tengo que tratar con gente zafia, ignorante, analfabeta. Extranjeros, sobre todo. Y burros. Burros que dan vueltas y gastan el suelo del patio. Con usted, en cambio, me da la impresión de que tendremos una buena charla. ¿Y la amiga esa que le han matado era su novia?

—No.

—Ah, entiendo, después de la muerte de su mujer se ha entregado a una vida casta y sin compromisos, ¿no es eso?

—Vaya, ¡cuántos periódicos lee!

—Leo e imagino. Cuando dispone uno de tanto tiempo, ya se sabe. Pero usted es todavía joven, ya se le cruzará alguna. ¿Qué hace? ¿Ni siquiera folla?

—¿Cogiendo apuntes para la paja nocturna?

Agostino sonrió, sólo con la boca.

—¿Y tiene idea de quién ha matado a su amiga?

—Sí —mintió.

Lumi aplaudió como un niño en un teatro de marionetas.

—¿Y cuándo piensa arrestarlo?

—No quiero arrestarlo —dijo Rocco, y se acercó a la cara de Agostino, hasta el punto de olerle el aliento a ajo y tabaco—. Arrestar a alguien así es hacerle un favor. Y yo no hago favores. A nadie.

Volvió a la distancia de seguridad. Agostino Lumi frunció el ceño.

—Eso no es propio de un policía legal.

—Yo no he dicho que lo sea.

—Dígame la verdad, el blanco no era su amiga, era usted, ¿no?

—¿Sabe algo?

—Son sólo suposiciones...

—¿Cómo fue lo del otro día, la reyerta? —preguntó bruscamente Rocco.

Agostino lamió el cigarrillo.

—Ah, se refiere a la escaramuza esa del patio. Yo no la definiría como «reyerta». Fue poca cosa, la típica pelea de gallitos.

—Quisieron reventar a un chico entre tres...

—A un camello, subjefe. —Agostino se encendió el cigarro—. Un camello que pasa su mierda aquí dentro.

Rocco asintió. Abarcó de un vistazo la celda en la que se alojaba el Profesor. Una cama, un ventanuco, el baño privado. Las paredes no estaban desconchadas, las habían pintado no hacía mucho con el típico verdín burocrático. Había una repisa llena de libros con lomos ajados.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué juega usted? ¿Es una especie de poli interno de la cárcel? —preguntó Rocco.

—Preferiría que me consideraran alguien que mantiene el orden. Lo único que quiero es conservar limpio este lugar.

—Le honra.

Agostino sonrió y le dio otra calada al cigarrillo.

—¿Y cómo hace este Omar para entrar la droga?

—Lo ayudan sus amiguitos extracomunitarios de fuera. Se la pasan en el locutorio. Evidentemente, gracias a que algún funcionario hace la vista gorda a cambio de regalitos. Y Omar, Tarek y Karim la despachan. Aquí dentro hay doscientos presos desesperados y aburridos. Una clientela ideal, ¿no le parece?

—No sabría decirle, nunca he estado en la cárcel —respondió Rocco.

—Pues yo creo que todo policía debería pasar un tiempo dentro, aunque sea de tapado. Se entera uno de muchas cosas con un mesecito en la cárcel, y podría venirle bien para el trabajo.

—¿En qué sentido?

—Se entiende mejor la psicología de los delincuentes.

—La psicología de los delincuentes me la paso yo por el forro de los huevos.

—No me comprende. Estoy diciendo que si los polis se chuparan un poco de cárcel, trabajarían mejor y entenderían antes los movimientos y las intenciones de gente como yo. Pero ¡estoy hablando en contra de mis intereses!

—Para eso no hace falta chuparse días de cárcel. A mi entender, su psicología es muy básica.

Agostino apagó el cigarrillo. Sonreía. Sólo con la boca. Los ojos permanecían negros e inmóviles, como dos canicas de cristal.

—Pero, por cómo afronta usted su papel de policía, me da a mí que tarde o temprano pasará aquí una temporada.

—¿Verdad? Así podríamos tener tiempo de sobra para charlar. Pero le contaré una cosa: yo nací en el Trastévere y, como sabrá, la cárcel de Regina Coeli está justo al lado, a los pies del Janículo. Digamos que frecuentaba malas compañías, así que un día mi padre me llevó al cerro de delante de la cárcel, que está a doscientos metros del mirador. ¿Sabe qué pasaba allí? Las mujeres de los presos solían agarrarse al muro que las protegía de la caída y hablaban con sus maridos pegando gritos hacia los barrotes de las ventanas. Así podían intercambiar información, decirse lo mucho que se querían e incluso tratar problemillas domésticos. Ese día había una mujer, de unos treinta años, que llevaba un chiquillo en brazos, de ocho, calculo. Estaba gritándole al marido: «¡Aldo! ¡Que a tu hijo le han cateado dos!». A los pocos segundos se oye la voz de Aldo por el módulo exterior de Regina Coeli: «La puta que me... ¿dónde está?». Y la mujer: «¡Está aquí conmigo! ¡Te está escuchando!». Y el marido responde: «¡Dile que en cuanto vuelva a casa le doy de tortas hasta que le vuelvan las ganas de estudiar!». «Pero ¡para cuando salgas, tu hijo ya habrá hecho la carrera!». Mi padre me miró y volvimos a casa. ¿Entiende? No hizo falta más. Es verdad que siempre le di quebraderos de cabeza, pero él sabía que aquel día lo comprendí todo.

Rocco se quedó mirando al preso. Sacó un cigarrillo, se lo encendió. Con movimientos lentos, para prolongar todo lo posible aquel silencio.

—¿Y? —lo rompió Agostino.

—Y ahora se ha terminado la tertulia y estamos nosotros dos en una celda de aislamiento charlando como hombres que se revuelcan en la mierda todos los días de su vida. Bueno, ¿puedo hablar o quiere seguir insistiendo con las preguntas personales para cabrearme? ¿No? ¿Empiezo? Bien. ¿Me dices quién coño te mandó organizar todo ese jaleo?

—¿Ahora nos tuteamos?

—Ahora nos tuteamos.

—¿Estás refiriéndote una vez más a la escaramuza, Rocco?

—Exacto. Pero el tuteo no te autoriza a llamarme por mi nombre. Para ti soy Schiavone.

—¿Qué mierda quieres de mí, Schiavone? ¿Que te diga cosas que no sé y que tienes que averiguar por tu cuenta? Es gracioso verte dar vueltas en la rueda como un hámster, hijo de puta.

—Hablando de putas, ¿cómo está tu hermana?

Un destello rápido y casi invisible cruzó por primera vez los ojos de Agostino.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Cómo la llaman? ¿Cricrí? ¿Y eso? ¿«Carmela» no queda chic? ¿No pone? ¿O se avergüenza de llevar el nombre de su madre?

—Mira, madero de mierda, mi hermana es un tema poco interesante.

—A mí no me lo parece. De hecho, cuentan por ahí que Cricrí hace unas mamadas bastante apañadas.

Agostino sonrió. Inclino la cabeza a izquierda y derecha, haciendo crujir los huesos del cuello.

—Mi hermana vive en Varese y es maestra. Infórmate mejor, Schiavone.

—Tu hermana hacía la calle en Milán, en la avenida Como, doce bis, en el semisótano donde te escondiste un par de veces para que no te arrestasen. Pero al parecer ahora sólo la chupa en hoteles buenos.

El Profesor parecía una olla a presión.

—Cricrí ha hecho carrera. ¿De quién habrá aprendido? ¿De tu difunta madre?

Agostino pegó un salto, pero Rocco estaba preparado. Le golpeó con la palma de la mano bajo la nariz y el preso cayó al suelo. Rocco se incorporó y le asestó una patada en el costado.

—¿Dónde están tus dos amigos cuando los necesitas, eh, Agostino?

Le encajó una segunda patada.

—¿Dónde están?

Volvió entonces a su asiento. Marini se asomó por los barrotes y vio al preso en el suelo. Hizo ademán de coger las llaves, pero Rocco lo detuvo.

—No pasa nada, no se preocupe —dijo el subjefe.

El celador desapareció por el corredor con cara de perplejidad. El subjefe se encendió otro cigarrillo, mientras Agostino se removía lentamente en el suelo. Con la mano en la nariz ensangrentada, levantó la cabeza y fue a rastras hasta la cama, donde cogió una toalla para detener la hemorragia.

—Hijo de la gran puta... —gruñó, mirando a Roco, que fumaba tan campante.

Después recogió sus gafas y se las puso.

—Profesor, te voy a contar ahora cómo lo veo yo.

Agostino no respondió; tenía la mirada clavada en un punto fijo del suelo. Se incorporó y volvió a sentarse en el catre.

—Alguien te mandó organizar aquel jaleo. Alguien te lo sugirió. Tú obedeciste, y quizá no supieras ni por qué. Pero el tipo al que mataron en el patio era de la 'Ndrangheta. Gente que se desayuna a mindundis como tú todos los días. Así que si lo piensas un poco y te acuerdas de cualquier cosa, dímelo. A lo mejor así salvas el culo.

Rocco se levantó y se acercó a la puerta de barrotes.

—Como toques a mi hermana, te...

—Yo a tu hermana no la toco ni con tres condones. Pero los otros, esos que hacen ciertas cosas de oficio, podrían hacer que te la encontraras más abierta que un sofá cama. Piénsatelo. La dirección de una puta está en boca de todos.

Tiró el paquete medio lleno al suelo.

—Toma, para que fumes algo decente, no esa mierda que ni siquiera sabes liar. ¡Marini —gritó el subjefe entonces—, ábrame la puerta!

La enfermería de la cárcel estaba bajo las oficinas de administración. Debían de haberla reformado hacía poco, porque aún olía a pintura. Las paredes verdes y los fluorescentes teñían la piel de un gris enfermizo y marcaban las caras con unas ojeras que ni en las películas de Murnau. Había tres salas, con seis camas cada una. En la primera, Rocco entrevió a un chico delgado con la mirada clavada en el techo, al que le costaba horrores respirar. El médico, Crocitti, que estaba con Marini, saludó al preso, que no respondió.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rocco.

—Síndrome de inmunodeficiencia. Vamos a trasladarlo a una planta de epidemiología de Turín. Tiene que estar aislado y nosotros aquí no disponemos de medios. ¿Sabe cuántos enfermos de sida hay en la cárcel?

—No...

—Siete. Y a veces no tenemos ni aspirinas para un resfriado... En fin, vamos a dejarlo. ¿Quiere que le diga una cosa, señor Schiavone? Yo estoy esperando la jubilación y luego ya no será cosa mía. Pero todo esto —abarcó con una mirada el corredor— lo llevaré siempre conmigo mientras viva.

Crocitti estaba tan delgado que daba miedo, con el rostro hundido y los ojillos desorbitados de lémur. La barriga proclamaba una falta absoluta de actividad física. El pelo rizado y abundante salpicado de blanco parecía un casco de camuflaje.

Marini jugueteaba con las llaves. Tenía varios juegos. Se cruzaron con un enfermero. Llevaba un bote en la mano.

—Doctor, acabo de cambiarle el gotero a Omar...

El médico asintió y siguió la marcha junto con Rocco y el guardia. En la segunda sala había también un solo convaleciente.

—Es aquí. Omar ben Taleb. Le dieron una paliza entre tres. Pero está recuperándose. Unas cuantas fracturas, aunque, por suerte, nada grave.

Marini cogió las llaves. Abrió las rejas.

—¿Quiere quedarse a solas con el chico? —le preguntó.

Rocco asintió y entró en la sala. El funcionario de prisiones volvió a cerrar los barrotes a su espalda.

Omar estaba despierto. Tenía un botellín de agua y un viejo tebeo de *Tex Willer* en la mesita de noche. Cara, labios y ojos amoratados e hinchados.

—¿Puedes hablar? —le preguntó.

El joven asintió.

—¿Podrías explicarme qué pasó?

Omar levantó la mano vendada y se la llevó al labio para que no se le abriera un punto que le hacía rabiarse.

—No lo sé. Empezaron a amenazarme...

—¿Con qué?

—Decían que yo entraba hachís... y querían...

—¿Y es verdad eso?

El tunecino negó con la cabeza.

—Mira, Omar, estás aquí por tráfico de estupefacientes, así que no me vengas con tonterías...
Limitate a decirme la verdad. Hay un muerto de por medio.

El chico tomó aire.

—De vez en cuando. Porque no tengo familia cerca. Y aquí dentro se pasa mal sin dinero. No me gusta comer todos los días la bazofia que dan. Y tengo que comprarme algunas cosas...

—¿Y no te entran maría?

Omar miró al subjefe sin entender.

—María... ¿marihuana?

—Exacto.

El joven negó con la cabeza.

—Qué lástima. Y dime, ¿ese día estabas esperando algo?

—No, nada. Se lo juro, comisario...

—Subjefe.

—¿Cómo?

—Que es «subjefe», no «comisario». ¿Y tú qué explicación le das a la pelea?

—Ninguna. Que soy un desgraciado, sólo eso. Antes era mecánico. Pero cerraron el taller.
¿Qué podía hacer? ¿Volverme a Túnez a pasar hambre?

—¿Conocías a Mimmo Cuntrera?

—¿Quién es ese, el que murió?

—El mismo.

—No, no sé quién era. No me suena ni de nombre.

—¿Habías tenido algún desencuentro previo con esos tres?

—¿Está usted loco? Nunca había hablado con ellos. Cuando te cruzas con Erik, el negro y el Profesor, lo mejor que puedes hacer es no acercarte. No sé por qué les dio por atacarme ese día. No tengo ni idea...

—¿Cuánto te queda?

—Dos años. ¿Y sabe qué? Que me vuelvo a mi casa. Ya no quiero quedarme aquí. Prefiero pasar hambre, ¿sabe? En mi país nos bañamos en la playa en mayo. Empieza a hacer calor y los melones maduran.

—Te entiendo, Omar. Pero no estarás escondiéndome nada, ¿verdad?

—¿Y qué iba yo a esconder?

Una lágrima salió rodando del ojo amoratado del chico. Rocco se levantó, devolvió la silla a su sitio y dejó a Omar con sus recuerdos.

Rocco, Mauro Marini y el doctor Crocitti habían salido a un balcón a fumar.

—¿Lo ve complicado? —preguntó el médico.

—¿Está casado?

—Más o menos —respondió el responsable sanitario.

—Pues así veo yo la situación: más o menos complicada. ¿Es usted el único médico?

—Aparte de mí, está el del SCAS.

—¿Eso qué es?

—El Servicio Complementario de Asistencia Sanitaria. Vino el día después de la reyerta en el patio... Y luego están el psiquiatra, el dentista, un inmunólogo y cuatro enfermeros que se relevan.

Rocco tiró el cigarrillo al suelo.

—¿Me enseña dónde guardan los medicamentos?

—Por supuesto. Sígame...

Marini tiró también su cigarrillo.

Entre el médico y él le mostraron el camino a Rocco.

Para acceder a la farmacia del penal, Crocitti tuvo que abrir una puerta blindada cerrada con tres vueltas de llave. Rocco examinó la cerradura. No la habían forzado.

—Pase, por favor...

Era una estancia con una camita, una mesa con una máquina de ECG y una gran vitrina llena de cajas de medicamentos.

—De todas formas, como le contaba antes, sólo tenemos medicamentos de intervención primaria. ¿Busca algo en particular?

—No, por desgracia no tengo mucha idea. ¿Jeringas?

—Están aquí.

Crocitti abrió con llave un cajón. Esa cerradura también parecía intacta.

—Son todas estériles, de un solo uso... —dijo—. Veo que hay también algunos catéteres...

Pero el caso es que aquí está todo.

Rocco asintió y preguntó:

—¿Cuántas personas tienen acceso a esta habitación, a estos medicamentos?

—Los médicos. Los enfermeros han de acudir a nosotros para cualquier necesidad.

Rocco se acarició la barba desaliñada.

—¿Podría pasarme la lista de los convalecientes de la enfermería de... pongamos... las dos semanas anteriores al día de la reyerta?

Crocitti levantó la mirada.

—No hace falta, se lo digo de memoria. Aparte del desgraciado que ha visto, estuvo Ilie Blaga, un rumano, por un ataque de disentería. Tuvimos que mandarlo al hospital y volverá dentro de unos días. También estuvo Aziz ben Taleb, por un absceso, y, por último, Sergio Mozzicarelli, un viejo preso, por un posible caso de cálculos renales.

Rocco respiró hondo.

—Gracias, ha sido de gran ayuda. ¿Vamos, Marini?

—¡A sus órdenes!

El director había mandado poner sobre una silla de plástico coja el viejo televisor de tubo catódico y un lector de DVD reparado con cinta americana. En perfecta armonía con la habitación. Una cama, apenas un catre con una almohada pequeña y plana, y un viejo fichero reciclado en mesita de noche conformaban todo el mobiliario. En una pared, un calendario de los carabineros y

un cuadro aterrador que retrataba a un payaso sonriente haciendo malabares. El subjefe ya había introducido el DVD con la agresión. Pulsó para reproducir las imágenes.

Allí estaba Omar recibiendo la paliza del trío mortífero, a la izquierda de la pantalla, y, por el otro lado, Tarek y Karim corriendo en su ayuda. Después seguía la llegada de Aziz. Pero de Mimmo Cuntrera nada. Y tampoco se veía que se acercara ningún preso a aquel ángulo muerto a la derecha de la pantalla, donde quizá el calabrés ya estuviera estirando la pata. Desde esa dirección fueron apareciendo, para apaciguar la reyerta, un preso, un funcionario y otros dos internos. Detuvo la imagen. Sabía que era inútil ir preguntando si alguien había visto algo. Quien sabía callaba. O se presentaría espontáneamente, por voluntad propia, a su debido tiempo.

—¿Vamos a cenar? —Era Marini, que se había asomado por la puerta.

Rocco asintió.

—Pase un momento, por favor...

El funcionario se acercó.

—Mire atentamente. —Rocco le indicó la imagen congelada en el televisor—. ¿Quién es ese? —Señaló el punto tras el cual debía de estar ya en el suelo Cuntrera—. ¿Quién es ese preso?

Marini miró la imagen congelada.

—Ese es Radeanu.

—Y el grandullón este, el funcionario que llega corriendo desde la derecha de la pantalla, donde debía de estar Cuntrera, ¿quién es?

—Ese es Federico Tolotta, el compañero que estaba de servicio en el módulo tres, y sí, llega por la derecha de la cámara.

—Mientras que el de la izquierda es usted...

—Ajá.

—Lo felicito, da usted muy bien en cámara. ¿Y este otro?

—El compañero Abela. Llegamos los dos juntos desde el patio que está al lado del módulo dos.

Rocco dejó correr el vídeo. Las figuras recuperaron el movimiento. Mientras Abela y Marini reprimen la reyerta con ayuda de otros presos, Tolotta recoge del suelo un juego de llaves con el que golpea en la nuca al nigeriano. Abela inmoviliza a Agostino Lumi y a Erik, y en ese momento llegan otros tres funcionarios corriendo para ayudar a sus colegas. El último mamporro lo lanza Marini, que le da de lleno a Erik y lo manda a la lona.

—¡Buen derechazo, Marini!

—Gracias.

—Mañana quiero hablar con el rumano y con Abela. Y también con Tolotta, si nos honra con su presencia.

—Es que hoy tenía el día libre.

Rocco apagó el televisor.

—¿Qué hay de comer?

—Le aconsejo que evite la pasta. Y el segundo plato.

—¿Qué queda?

—Guarnición y fruta. Con eso va sobre seguro.

—Me parto.

—Está usted en una cárcel, jefe, ¿qué esperaba? ¿Trucha asalmonada?

—Corrado ha desaparecido. He ido a su casa y no responde. Tampoco he visto el coche.

Tatiana estaba sirviéndole a su marido unas empanadillas ligeramente quemadas. El contable, que llevaba un gorrito de lana pese a la temperatura estival, tosió tres veces y se sentó despacio a la mesa.

—Se te han quemado, Tatiana...

Pero su mujer ni respondió.

—¡Así que me he ido a la policía y he denunciado la desaparición!

De Lullo tuvo un enésimo ataque de tos. Se puso rojo, parecía que fuera a entregar el alma en cualquier momento. Cuando las convulsiones remitieron, respiró despacio y dijo:

—¿A la policía? Pero ¿no crees que exageras? ¿Has probado con el móvil?

—Lo tiene apagado.

Al contable nunca le había gustado ese Corrado Pizzuti que había aparecido tres años antes procedente de Roma. No lo convencía. Y esperaba que tarde o temprano diera un paso en falso. Tatiana se había empeñado en ser socia del bar Derby, pese a su oposición. Pero él no había podido negarse. Era la última mujer. La última con la que había hecho el amor, la última que lo había besado, la última que le prepararía la comida, que le regalaría una sonrisa. La que le cerraría los ojos, con dulzura, sin dramas, como un hecho inevitable de la vida. Cuando pensaba en los dos nietos de los que no sabía nada desde hacía meses y que eran capaces de calumniar a Tatiana e informarse del precio de mercado de los escasos cien metros que tenía su piso, le venía otro ataque de tos catarrosa. La rusa sería su última compañera antes de que la bronconeumonía crónica obstructiva le arrebatara la vida. Y se sentía en deuda con ese último ángel que se había impuesto la misión de acompañarlo hasta el final.

La empanadilla quemada estaba más dura que un leño.

—¿Hay postre, aunque sea? —le preguntó.

—Si al menos me hubiera dado unas llaves de su casa, ahora podría entrar. A lo mejor se encuentra mal —siguió a lo suyo Tatiana, mientras iba a la alacena.

Había traído dos bollitos de crema del bar. Los puso delante de Arturo, que cogió uno al vuelo.

—¿No tendrá llave la vecina? —sugirió.

—Esa no hace más que pelearse con su hermana, que vive enfrente. ¡Tendrías que oír las cosas que se dicen!

Arturo se limpió la crema que se le había quedado en la barbilla.

—Las Iezzi se odian desde pequeñas... —dijo todavía masticando—. Tú tranquila, tesoro. ¡Esta noche dan el programa ese de baile en la tele! El que te gusta tanto...

Tatiana se sentó. Se sirvió un vaso de agua.

—¿Y tú no comes?

—No tengo hambre, Arturo...

El comedor era una sala grande con unas diez mesas. A la derecha estaban los mostradores donde se repartía la comida. Dos pilares centrales sujetaban el techo a unos diez metros de altura. Rocco

no había seguido los consejos de Mauro Marini y se había atrevido con la pechuga de pollo. Dos funcionarios de menos de treinta años se sentaron a la otra punta de la mesa.

—Buenas, Mauro...

—¡Mira tú por dónde! Subjefe, estos son Mattia y Ugo, los que estaban en las torres de vigilancia el día de la reyerta. —A continuación les dijo a sus compañeros—: Acercaos, haced el favor...

Los dos guardias cogieron sus bandejas y se deslizaron por el banco hasta quedar al lado de Rocco y de Mauro.

—Os presento al subjefe Rocco Schiavone... de la jefatura de Aosta.

Se estrecharon las manos. El policía se fijó en que los recién llegados habían optado también por la pechuga.

—¿Cómo está eso? —les preguntó Rocco, señalando los platos.

—Pufff... Por lo menos es a la plancha, con un poco de limón.

Rocco la probó. Sabía a hospital.

—Está estropajosa.

—Se lo dije, ¡que se limitara a las guarniciones! —Mauro Marini se encogió de hombros.

Al fondo de la sala, un viejo con un chándal de nailon y una camiseta blanca observaba al subjefe. Rocco levantó la mirada y sus ojos se cruzaron. El hombre le sonrió. Pero acto seguido bajó la vista y se escabulló en la cocina como un ratoncillo.

—¿En qué podemos ayudarlo? —preguntó Ugo, un rubio muy pecoso.

—Cuando se produjo la reyerta, vosotros estabais en posición de ver todo el patio desde arriba.

—Así es —respondió el otro, Mattia, moreno de pelo y con una nariz enorme. También él empezó a masticar la pechuga.

—¿No notasteis nada cuando Cuntrera se cayó redondo al suelo? ¿Si se le acercó alguien o algo?

Negaron con la cabeza al unísono, como dos perritos de peluche en la bandeja trasera de un coche.

—No, nada. Para ser sincero, yo estaba inspeccionando el exterior. Había un coche averiado —dijo Ugo.

—Yo vigilaba el patio. Pero la verdad es que, cuando vi que los presos estaban peleándose, di la voz de alarma y no miré hacia donde estaba el muerto. Hasta que se acercó Mauro con otro compañero más joven... —Miró a Marini—. ¿Quién era? ¿Abela?

—Exacto —respondió el veterano.

—Pues eso, señor, que hasta ese momento no miré hacia esa parte, cuando Marini y Abela se acercaron para ver qué había pasado y por qué aquel estaba en el suelo.

—Al principio pensé que tenía que ver con la reyerta —prosiguió Marini, que le dio un bocado a una manzana y se ensució los bigotes—, aunque me parecía raro. Porque, en fin, Cuntrera estaba a más de cien metros de la bronca, ¿no?

—Pues sí —admitió Schiavone—. Cerca del módulo tres. La reyerta tuvo lugar en la otra punta, junto a la puerta del módulo dos. Pero hay una cosa que está clara. Cuando llegasteis vosotros, Cuntrera ya estaba muerto. Así que el asesino hizo su trabajo antes.

—Ajá, antes...

Todos masticaron en silencio.

—Tengo que hablar con Tolotta.

—Entra a las seis... —le explicó Marini—. Lo sé porque me da el relevo.

Había esperado oír ronquidos, la densa respiración de doscientos y pico hombres encerrados, embutidos como sardinas en lata. Bajo presión, a punto de explotar. Pero, en cambio, nada. Del pasillo sólo llegaba el tictac lejano de algún aparato electrónico. Ni un coche, ni un ruido de pasos. Con todo, pese a aquel silencio irreal, no conseguía pegar ojo. Llevaba horas dando vueltas en el catre. Incómodo, demasiado corto, con tan sólo una manta fina y una almohada tan plana que era como si no tuviera. Se levantó y fue a la ventana. Los bloques estaban sumidos en la oscuridad. Desde su atalaya, las estrellas contemplaban las montañas, deslumbradas por las luces de las alambradas, que teñían de amarillo los prados de alrededor de la cárcel. Un coche salía en dirección a la ciudad y un pequeño camión se acercaba al penal. A saber cuántos no dormían, como él. Los funcionarios, seguramente. Y en los módulos, los presos echados en los catres con los ojos abiertos, recordando rostros familiares, lejanos e inalcanzables.

Encendió el móvil. Un carrusel enloquecido de pitidos le anunció la presencia de decenas de mensajes. La mayoría, de llamadas perdidas. Había uno de la inspectora Rispoli: «*Loba* está bien. ¡Come y duerme!». Otro de Italo: «¿Cómo va?». Y por último uno de Alberto Fumagalli: «¡Así te atropellara un coche! ¡Lámame en cuanto leas este mensaje!». Y media hora antes, una llamada. Anna.

Volvió a mirar fuera. Era casi medianoche. Vio su rostro reflejado en el cristal de la ventana. Apagó el móvil y regresó a la cama.

Debió de dormirse a eso de las tres.

Al agente Antonio Scipioni le recorrió un escalofrío por la espalda. El reloj del salpicadero del coche marcaba las 00.22. Llevaba ya tres horas a las puertas del restaurante Santalmasso, a las afueras de Aosta, en la carretera de La Salle. Walter Cremonesi había entrado a las diez y aún no había salido. El refugio de montaña donde estaba el restaurante tenía todas las luces encendidas y el letrero se reflejaba en las carrocerías de los cuatro coches de lujo que había en el aparcamiento. Empezaba a sentir un hormigueo en la pierna izquierda. Se le había dormido el pie. Bajaría y echaría un vistazo al interior a través de la ventana lateral. Cogió la pequeña cámara de fotos y abrió la puerta. Estampó el pie tres veces contra el suelo y la puñalada le llegó hasta el cerebro. A continuación, estiró el cuello, puso los brazos en jarras y se arqueó hacia atrás. Le crujieron varias vértebras. Luego respiró hondo y, con sigilo, se acercó al restaurante. Se asomó apenas. Walter Cremonesi estaba a una mesa con otros dos hombres y una mujer que atrajo en el acto su atención. Pelo moreno y liso, labios carmesí, nariz pequeña y afilada, un vestido rojo con un escote exagerado. Bebía el vino dejando en la copa su sello de carmín. El resto del salón estaba vacío. Un camarero con chaleco de flores se acercó con tres platos de postre. El agente dejó escapar un suspiro: la cena infinita parecía tocar a su fin y podría irse a dormir de una vez. Hizo fotos del cuarteto, no sin antes comprobar que el flash estaba desactivado. Se guardó la pequeña Nikon en el bolsillo, se despegó del cristal y volvió sobre sus pasos. En la puerta había

un tablón iluminado con la carta del restaurante. Se acercó, llevado por la curiosidad. Torció el gesto al leer los precios de los entrantes. Los primeros se disparaban por encima de los veinte euros. No era un restaurante que él pudiera permitirse. Volvió hacia el coche y se encendió un cigarrillo. La noche era apacible, pero una brisa gélida se le colaba por el cuello de la chaqueta de cuero y le ponía la piel de gallina. Las estrellas frías y chispeantes punteaban la bóveda oscura del cielo. Se montó en el coche y abrió una rendija la ventanilla para dejar salir el humo.

—Pon las manos sobre el volante. —La voz a su espalda le erizó el vello de la nuca—. ¡Tú, compadre! ¿Es que no me has oído? ¡Que tires el cigarro y pongas las manos en el volante!

Intentó mirar por el espejo retrovisor, pero el reposacabezas de su asiento le obstaculizaba la visión y no veía al hombre.

—Pero ¿qué mierda...?

—¡Venga!

Antonio tiró lentamente el cigarrillo por la ventana y agarró el volante. El hombre olía a colonia barata.

—¿Quién coño eres? —le preguntó.

—¿Quién coño eres tú? —quiso saber el otro.

El agente hizo ademán de volverse, pero al sentir un hierro frío contra la mejilla, desistió. Con el rabillo del ojo reconoció el cañón de una pistola.

—Te lo voy a repetir. ¿Quién coño eres?

El policía tragó saliva.

—Agente Antonio Scipioni, jefatura de Aosta...

—¿Y qué haces aquí a estas horas?

—Trabajar.

—¿Que te jodan...!

El hombre abrió la puerta y bajó del coche. Antonio le vio medio cuerpo reflejado en el espejo retrovisor. El otro se acercó entonces y llamó al cristal. Antonio bajó la ventanilla y por fin lo vio bien: unos cincuenta años, repeinado, con bigote y perilla.

—Capitán Pietro Andreotti... —Sonrió, tendiéndole la mano.

Antonio se la estrechó todavía sin entender.

—¿Capitán?

—De los carabinieri, compadre... ¿Se puede saber qué leches haces vigilando el restaurante?

—Órdenes del subjefe. Pero no vigilo el restaurante, estoy siguiendo a Walter Cremonesi.

El oficial asintió.

—Haz una cosa. Vete a tu casa y olvídate de Cremonesi.

Luego le guiñó un ojo y desapareció entre el follaje de los arbustos que rodeaban el aparcamiento. Scipioni recuperó el aliento y se llevó la mano al bolsillo del abrigo, donde tenía la cámara de fotos. No le pareció oportuno revelar al militar la existencia de las instantáneas recién tomadas. Arrancó el coche y dejó atrás el restaurante con la cabeza llena de interrogantes abiertos, peores que los expedientes que lo esperaban sobre su mesa.

LUNES

El de Rocco fue un sueño breve. A las cinco de la madrugada saltó de la cama como si hubiera sonado la alarma de incendios. Sin embargo, estaba todo en silencio, aparte de algunos pasos ocasionales por el corredor. Se vistió a toda prisa, cogió la toalla y salió de la habitación. El pasillo estaba iluminado con fluorescentes. Decidió bajar al comedor. Quizá se les diera mejor el café que la pechuga.

La cocina estaba ya en pleno funcionamiento para el desayuno. Había dos hombres trajinando en los fogones y un tercero que cargaba los carritos.

Schiavone cogió una jarra metálica, se sirvió el líquido negro en un vaso de plástico y el aroma a café le impregnó la nariz. Era negro, estaba hirviendo y, lo más importante, estaba riquísimo. Salió de la cocina y siguió las indicaciones hasta las duchas.

—Perdone... ¿el vestuario? —le preguntó a un funcionario.

—Ah, sí, sí... por allí.

Bajó una escalera y abrió una puerta doble que daba a una estancia enorme con decenas de taquillas metálicas. Había dos guardias cambiándose y otro en la ducha, masacrando una canción de Lucio Dalla. A Rocco le pareció reconocer la voz de Mauro Marini. Miró a los dos que estaban poniéndose el uniforme.

—Digamos que su futuro no está en San Remo —comentó el más joven.

—Pero ¿es Marini? —preguntó Rocco.

—Eso me temo —reconoció el otro, desconsolado.

—Marini, ¡pareces una morsa enamorada!

El funcionario asomó por la ducha.

—Hombre, jefe, usted por aquí. Acabo ya, me voy a mi casa.

—¡Eso no te autoriza a destrozarnos los oídos! —gritó uno de los jóvenes.

—¿Puedo ducharme yo también? —preguntó Rocco.

—Por favor, como en su casa. Si quiere, tengo gel y desodorante en la taquilla. Es la primera por la izquierda.

—¡Gracias!

La taquilla de Marini tenía el típico calendario infame con la tetona montada en moto, aunque esas fotos las ponía ya más por compromiso que por deseo real. Mudas colgadas, unas chanclas, gel de talco.

Rocco cogió el gel y empezó a desvestirse. Marini había pasado a destrozarse a Queen.

—Después de Queen, todo apunta a que el repertorio seguirá con *Rigoletto*.

—Subiendo de nivel, ¿eh?

—¡Sí, pero Verdi se revolverá en su tumba!

Como si hubiese recogido el guante, Marini la emprendió con el Cisne de Busseto.

—*Cortigiani vil razza dannata, per qual prezzo vendeste il mio beneee...*

Los dos jóvenes celadores cerraron las taquillas y, tapándose los oídos, salieron del vestuario. Rocco se metió en la ducha.

Tras una noche infernal, fue como recibir un agradable masaje. Dejó que el agua le resbalara por el pelo, los hombros, la cara, las orejas.

Marini le dijo algo entre gritos guturales.

—¡No le entiendo! —respondió Rocco, intentando superar el estruendo del agua.

—¡Toltt!

Rocco cerró el grifo y se asomó por la cortinilla.

—Marini, ¿que no le he entendido!

El hombre estaba secándose las partes íntimas con tal violencia que hacía temer lo peor.

—Que dentro de poco llega Tolotta. Al que quería ver... Mi compañero del módulo tres, donde encontramos el cadáver. Lo dejo con él.

—Ah... Sí... Así hablamos.

—¡Mírelo! —anunció con una sonrisa el bigotudo—. ¡Buenas, Federì!

Federico Tolotta era enorme. Más de metro noventa, calvo, con orejas de soplillo. Nariz grande pero proporcionada con la cara, redonda y rosada. Más de cien kilos seguramente. Los ojos cercados de negro lo incluían directamente en la familia del *Ailuropoda melanoleuca*, el panda gigante de Sichuán. Tenía dos taquillas. Sólo el abrigo ocupaba una entera.

—Mira, Federì, aquí el señor tiene que hablar contigo.

Tolotta sonrió.

—Claro. En lo que pueda ayudar...

—Es el subjefe Schiavone, de la jefatura.

—Supongo que por el marrón de Cuntrera.

—¡Supone bien!

Rocco volvió bajo el agua.

—Me toca a mí acompañarlo para lo que necesite... —le dijo Tolotta, abriendo la puerta blindada.

—Sí —respondió Rocco. Otro corredor. Empezaba a orientarse en aquel laberinto de puertas y salas separadas por rejas pesadas—. ¿Me habla del día de la reyerta?

—Por supuesto. Yo estaba de guardia en el bloque tres, el más cercano al cadáver...

—Sí, lo he visto en el vídeo. Continúe.

—Primero oí chillidos y luego, por detrás, un compañero gritó que estaban matándose. Entonces abrí la puerta y salí corriendo al patio. Me fui hacia...

—Espere —lo interrumpió el subjefe—. ¿Volví a cerrar la puerta?

—Claro. Nada más salir. Y luego fui disparado hacia la reyerta.

—¿No vio a Cuntrera en el suelo?

—No, no me fijé.

—¿Había más gente corriendo con usted hacia la reyerta?

—Sí, un montón de presos y de compañeros. Cuando llegamos, los separamos y...

—Sí, lo demás lo he visto en las grabaciones de las cámaras del circuito cerrado. Pero dígame, ¿no pasó nada raro?

Tolotta se detuvo en medio del corredor. Meditó su respuesta.

—No, nada raro. Ya luego, al final, Abela y Marini se pusieron a gritar cuando descubrieron el cadáver de Cuntrera. En el rincón. A unos diez metros de la puerta que estaba vigilando yo.

—¿Le importa acompañarme a mi cuarto? Quiero enseñarle una cosa...

Rocco encendió el televisor. Reprodujo la grabación de una de las cámaras del circuito cerrado.

—Este es el momento de la reyerta, ¿lo ve?

Aparecían Agostino Lumi, Erik y el nigeriano machacando a los tunecinos. Otros presos corriendo. Y luego la llegada de los guardias.

—Aquí, aquí está usted. —Señaló a Tolotta cuando se precipitaba hacia la reyerta. Detuvo la imagen—. Y aquí detrás, a la derecha de la pantalla, por donde aparece usted, en este punto que no captan las cámaras, está muriendo Cuntrera.

Tolotta asintió.

—¿Y no lo vio al pasar?

—No, ya le he dicho que no me fijé. Como ve, mi llegada coincide con la de dos presos más y otro guardia, Guidi, creo que se llama. Pasaron por delante y a lo mejor por eso no vi que había un hombre tirado en el suelo.

—¿Sabría explicarme por qué las cámaras no cubren ese ángulo?

Tolotta sonrió.

—Eso no es cierto, sí que hay una cámara, esa de ahí, ¿la ve? —Posó el dedo en el monitor, sobre un enorme poste de la luz—. Aquí en lo alto... Capta ese ángulo y la puerta del bloque tres. Por la que salí yo.

—¿Y por qué no tengo esa grabación?

—Porque esa cámara se rompió hace una semana y todavía estamos esperando a que vengan a arreglarla, por eso.

Rocco asintió.

—¿Y cómo sabe usted...?

—Lo sabe todo el mundo, señor Schiavone. Ese ángulo lleva una semana sin cobertura de las cámaras. ¡Tendría que ver las cosas que escriben ahí los presos!

Rocco reanudó el vídeo.

—Usted se acerca a la reyerta... aquí recoge las llaves... las empuña y golpea a Oluwafeme en la nuca.

—Sí. Pensé que el puñetazo sería más eficaz con las llaves. El tío ese es una bestia.

—Y es cierto, el nigeriano acusa el golpe. Un poco feo por su parte, ¿no?

—A grandes males...

La grabación proseguía.

—Bueno, y se impone, reduce a Erik y...

—Sí... Estaba llevándomelo cuando...

—Cuando Marini y Abela dan la voz de alarma porque han encontrado muerto a Cuntrera. Se ve sólo la espalda de uno, y usted se encamina hacia ese lado. Aquí, a la derecha de la pantalla.

—Pero ¿de qué murió Cuntrera?

—De nostalgia.

El panda gigante no lo entendió.

—Era broma. Le inyectaron algo...

—¿Y nadie lo vio?

—¿A usted también le parece raro, Tolò?

Había escrito «Acompañantes Aosta» en el buscador. Había aparecido una página web con un montón de fotografías y teléfonos de mujeres guapísimas. Todas con la cara oscurecida. Aunque con los senos, las piernas y la lencería, se habría excitado hasta un cadáver.

«Pero ¿serán fotos reales?», se preguntaba Alessandro Martinelli, director del penal de Varallo. Podía ser que las cogieran de revistas o semanarios de moda, y luego iba uno a la cita y se encontraba con una yonqui encanijada o, peor, un travesti. Se detuvo en una que prometía maravillas. Aparecía un número de móvil y otras tres fotografías, todas con el rostro oscurecido, cada una en una pose. Pero en ninguna desnuda. Siempre con algo de ropa, un pecho asomando, un muslo. Estaba en el apartado de «Acompañantes Top».

Cosa fina. De varios centenares de euros. Y puede que valiese hasta el último céntimo. Leyó el perfil:

Hola: No soy para cualquiera, sólo para una clientela refinada. Entre tus virtudes, ha de constar ser generoso en tiempo y regalos. No respondo a anónimos. En mi casa o en otro apartamento. Pero, por favor, sólo si estás realmente interesado. Mi tiempo es muy valioso. Si me llamas, no te arrepentirás, ya lo verás. El mayor peligro es que te enamores de mí, de mis labios, de mis pechos, de mis curvas.

Martinelli era un tiquismiquis de la ortografía y ese error final le cortó la excitación. Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el director, que, con un clic de ratón, cerró la página de acompañantes y la sustituyó por un miserable correo burocrático del Ministerio del Interior.

La puerta del despacho se abrió y asomó la cara barbuda de un guardia.

—¡Señor! Está aquí Mozzicarelli, el preso que pidió audiencia.

—Hágale pasar.

El celador hizo una seña y Sergio entró con la espalda encorvada, las manos en el regazo y la cabeza gacha.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —le preguntó contrariado el director, sin invitarlo siquiera a sentarse—. Llevas pidiendo esta reunión desde ayer, espero que sea importante.

—Señor, yo... me gustaría ver a alguien.

—Mozzicarelli, esto no es un hotel. ¿A quién quieres ver con tanta urgencia?

—Al subjefe.

Martinelli entornó los ojos.

—¿Y puedo saber por qué?

—En realidad no, señor. Es algo que... bueno, que sólo puedo decirle a él.

El director asintió con gravedad, parecía ofendido.

—De acuerdo. Luego lo pensamos. Y ahora vuélvete a tu celda y no des más la lata.

—En realidad, hoy estoy de servicio en el comedor.

—Mejor. Ahora vete al trabajo, y si el señor Schiavone tiene tiempo para ti, te lo haré saber.

—Pero dígame que es algo que le interesa mucho.

—Mozzicarelli, si piensas hacernos perder el tiempo al subjefe y a mí con tus fantasías, dílo ya y se acabó la historia.

—Señor, nos conocemos desde hace muchos años y nunca le he pedido nada. Si le digo que es urgente, debería creerme. Es urgente y muy muy importante.

—¡Sollima! —gritó el director.

La puerta volvió a abrirse y apareció de nuevo la cara barbuda del guardia.

—Acompañe al preso a su celda.

—Al comedor —lo corrigió Sergio.

—¡A donde sea!

Preso y celador salieron del despacho. Martinelli volvió a entrar en internet para recuperar la foto de la tal Amelia. Quería apuntar el móvil de la chica por si acaso.

La inspectora Caterina Rispoli apareció con dos vasitos en la sala de reuniones de la jefatura, donde la esperaban Antonio e Italo.

—¿Qué le digo a Schiavone? —preguntó, mientras les tendía los cafés a sus compañeros.

Antonio cogió el suyo.

—¡Y yo qué sé! Infórmale sobre lo que me pasó. Tampoco es para tanto: había carabinieri y vigilaban a Cremonesi. Ya sacaré él sus conclusiones.

—A mí no me parece tan normal —opinó Italo, tras probar el brebaje de la máquina—. Me da que hay ciertos movimientos que no entendemos. ¿Qué hago? ¿Informo al juez?

Caterina se quedó pensativa.

—No, por ahora mejor se lo contamos sólo a Schiavone. Que, por cierto, sigue con el móvil apagado.

—Sí, pero ¿qué hago yo? —preguntó Antonio—. ¿Sigo vigilando a Cremonesi?

—Déjalo. Vamos a esperar a ver qué dice Rocco —decidió Italo, tirando el vasito a la papelera.

—Bueno, pero de todos modos he impreso las fotos que saqué de esos cuatro.

—Guárdalas en el cajón del subjefe. Se las enseñaremos en cuanto vuelva —ordenó Caterina. Antonio asintió.

—Pues yo tengo que contaros... aunque me da un poco de vergüenza, la verdad.

—Desembucha, Italo —lo exhortó su compañero.

—Ayer tuve que ir a casa de mi tía, en Nus, para llevarle unas medicinas. Cuando volvía, vi a Pietro Berguet, el padre de Chiara.

—¿Y qué tiene eso de raro? —preguntó Caterina.

—Lo raro es que salía del hotel Pavone... —Le dirigió una sonrisita a Antonio.

—¿Por qué sonrías como un tonto? —le recriminó su compañera—. ¿Qué pasa?

—Venga, Caterina, como si no lo supieras... El hotel Pavone es famoso.

La inspectora negó con la cabeza.

—¿Famoso por qué?

Antonio fue en auxilio de su colega.

—Es un picadero. Para ir con la amante y esas cosas...

Caterina fulminó a Italo con la mirada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo.

—¡Todos los que hacen esas guarradas!

—Pues enfádate también con Antonio. Él también lo conoce.

—A mí me dejáis tranquilo —se defendió Scipioni.

—Sí, claro, pero ¿y tú cómo lo sabes?

Ahora los dardos envenenados que Caterina parecía lanzar por los ojos apuntaban al agente siciliano-marquiano.

—Caterì, lo sabe todo el mundo.

La inspectora torció el gesto.

—¡Porque sois todos unos animales!

—Oye, que los tíos van allí con mujeres. Sean amantes u otra cosa.

—Las amantes no son más que pobres desgraciadas a las que engañan prometiéndoles el oro y el moro. ¡Los animales sois siempre los hombres!

—Pues si fuera un animal —dijo Italo con calma— a lo mejor a estas alturas estaríamos viviendo bajo el mismo techo.

Caterina no respondió a la provocación. Salió de la sala dando un portazo.

Rocco había hablado con el preso rumano que pasó ante el cadáver de Cuntrera durante la reyerta, pero no le había sacado nada interesante. Mimmo Cuntrera parecía haber muerto en una dimensión paralela, invisible para los demás. Ante la máquina de café de la primera planta, la de las oficinas, el subjefe removía el vaso con el palito de plástico mientras miraba a los ojos al joven Abela.

—Así fue, señor. Yo estaba en el patio, al lado del bloque dos, cuando oí los gritos y vi la reyerta. Entonces fui corriendo con Marini para ayudar. Logré neutralizar a Agostino Lumi y lo dejé bajo la custodia de mis compañeros.

—Sí, eso lo he visto en las imágenes de las cámaras.

—Y luego me llamó Marini, porque había un hombre en el suelo... Cuntrera.

Rocco le dio un sorbo al café. Sabía a infusión de achicoria.

—Qué mierda de...

Tiró a la papelera el vasito aún medio lleno.

—Entonces no tiene sentido que le pregunte nada. Usted estaba en el lado opuesto a Cuntrera.

—Sí.

—Y no vio que nadie se acercara o hablara con él...

—No, jefe. En realidad estaba tomando el aire en el patio y andaba pensando en las vacaciones. ¡Me tocan en junio! —dijo con un punto de orgullo.

—¡Señor Schiavone! —reclamó su atención Tolotta, el panda gigante, desde el fondo del

pasillo—. Tiene una llamada. De Aosta.

Rocco puso los ojos en blanco.

—¿Dónde?

—Se le paso al despacho del director. Está fuera haciendo la ronda y no hay nadie.

Rocco asintió. Le dio una palmadita en el hombro a Abela y subió al despacho de Martinelli por la escalera.

—¿Le importa, señor, si voy a comer? Estoy abajo en el comedor.

—Vale, Tolò... Hasta luego.

—¿Qué pasa, se te ha roto el pulgar y no puedes encender el móvil? ¡Llevo horas buscándote! ¡He llamado a la jefatura y he hablado con un agente tuyo que ha tardado una hora en darme el número de esa cárcel de mierda!

Fumagalli gritaba por el auricular que Rocco, ya sentado en el despacho del director, mantenía a diez centímetros de la oreja. Miraba una foto enmarcada. Tres niños. Eran rubios y llevaban todos el mismo peto a rayas blancas y azules.

—¿No has visto mis mensajes?

—Sí, sí, los he visto.

—¿Y por qué no me has devuelto la llamada?

—No tenía ganas.

—¿Qué haces en la cárcel?

—¿Has terminado con las preguntas o quieres que sigamos así todo el día?

—Tengo que decirte una cosa de suma importancia, capullo. ¿Quieres saberla o no?

—¡Dímela ya, hombre!

—Escucha bien...

—Vale, pero deja de gritar, Albè.

—Se trata de Cuntrera... ¿Te acuerdas? ¿El cadáver que se hinchó y luego volvió a la normalidad, etcétera, etcétera?

—Lo recuerdo, sí. Si Dios quiere que tenga Alzheimer, todavía no me lo ha mandado.

—Les envié las glándulas a dos colegas míos de Brescia. Dos lumbreras. Sólo ellos podían conseguirlo.

—¿El qué?

—Descubrir la sustancia que mató a Cuntrera. Agárrate fuerte: ¡etilcarbamato!

Rocco frunció el entrecejo y no respondió.

—Oye, ¿me has oído o no?

—¿Eso qué mierda es?

—¡Que Dios queme a los ignorantes!

—Tengo un ordenador delante. ¿Quieres que lo busque en internet o me lo dices tú?

Movió el ratón con la mano y la pantalla se iluminó.

—Por su estructura, es un derivado del ácido carbámico... Se encuentra también en el vino, se desarrolla solo... Se lo conoce también como «etiluretano». Has de saber que hay carbamatos, como la neostigmina, que antiguamente se utilizaban en farmacología.

Rocco sonrió. En la pantalla del ordenador del director había aparecido la última búsqueda

del funcionario: «Acompañantes Aosta».

«Vaya con el padre de familia», se dijo.

—¡Oye! ¿Me escuchas o qué?

—Sí, perdona...

—¿Sabes lo que provoca si se inyecta en dosis masivas, Rocco?

—Dímelo tú.

—¡Te revienta! Pero tiene otra característica: es volátil. Y si no hubiésemos hecho la autopsia, no nos habríamos dado ni puñetera cuenta.

Rocco estaba distraído con la página de acompañantes. Le entraron ganas de leer el mensaje de bienvenida, pero le pareció más importante concentrarse de nuevo en Fumagalli.

—Explícamelo mejor... Le inyectaron el etiluretano ese, la palmó, el asesino esperaba una autopsia superficial, parcial, vamos, que no le prestaran mucha atención, y a los dos días...

—Exacto, y los resultados habrían concluido que Cuntrera murió por causas naturales. Un infarto de nada, para que nos entendamos...

—La sustancia volátil habría desaparecido...

—Y lo habríamos enterrado. Y, sobre todo, nunca habríamos visto ese repentino hinchamiento del cadáver, causado por la porquería que le inyectaron.

—¿Y dónde se consigue el etiluretano ese?

—Es complicado. Ya no se usa, antes se empleaba para curar el mieloma, pero descubrieron que era muy tóxico.

—Resumiendo, que no es fácil hacerse con él...

—No. A ver, quizá todavía pueda encontrarse para uso veterinario... Pero, como te digo, es difícil. Vamos, que no va uno a la farmacia y pide en el mostrador...

—Albè, ¡que ya me he enterado!

—¿Era importante o no?

—Claro que lo era. Quien liquidó a Cuntrera tenía un cómplice fuera de estos muros. Gracias.

—¿Cuándo vuelves a Aosta?

—¿Por qué?

—Te debo una cena. ¡Yo siempre pago mis deudas y mis apuestas!

—Te llamo en cuanto regrese.

Colgó. Un detalle de una fotografía en la que una acompañante con corsé y el rostro oscurecido ponía su mejor pose hizo sonreír al subjefe: una abejita tatuada en el cuello. Rocco reconoció el tatuaje.

—Vaya con Amelia... —dijo en voz baja—. «Trabajo como relaciones públicas para Luca Grange...».

Después pensó que, en cierto modo, también eso eran relaciones públicas. Una mera cuestión de matices.

Apagó el ordenador. Se levantó del sillón de piel y se acercó a la puerta. Cuando la abrió, a punto estuvo de chocar de frente con Alessandro Martinelli, de regreso a su despacho.

—Hombre, Martinelli... Me han pasado una llamada a su despacho.

—Sí, sí, ya me lo han dicho. Una cosa, Schiavone, antes ha venido un preso a verme. Sergio Mizzica... Mozzica... ahora no me acuerdo bien del apellido. Quería hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, no ha querido decirme nada. Pero, mire, muchas veces son chorradas, los presos se aburren y matan el tiempo inventando patrañas para ganar prestigio dentro de la cárcel.

—Y ese tal Mozzica, Mizzica o como se llame, ¿quién es?

—Es un veterano. Sin parientes, creo. Lleva con nosotros muchos años. ¿De verdad quiere hablar con él?

—Ya sabe lo que dicen, ¿no? Que los directores vienen y van, pero ¡los presos permanecen!

—Eso puede decirlo bien alto.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Creo que está abajo, en el comedor. Le tocaba cocina.

En cuanto entró en el comedor del personal, el olor a sopa mezclado con el de la cebolla frita le llenó la nariz. De las diez mesas, sólo había tres ocupadas. Masticando, Tolotta lo saludó desde el fondo de la sala. Reconoció a Biranson, el bajito del bloque 3, y al joven Abela. Se acercó a su Virgilio.

—Tolò, estoy buscando a un preso. Mizzica... Mozzica...

Federico tragó el bocado.

—Sergio Mozzicarelli, un viejecito. Está allí, en la cocina. —Señaló con la barbilla las puertas dobles tras el mostrador de la comida—. ¿Para qué?

—Cosas mías.

Un cocinero gordo y sudado removía una olla enorme con el fondo quemado. Tenía un cigarrillo en la boca y observaba con ojos bovinos la horrible pócima.

—¿Quién es usted? —preguntó una vocecilla detrás de Rocco.

Un hombre bajito y que iba sucio estaba secándose las manos con un trapo remendado.

—Subjefe Schiavone, policía nacional. Estoy buscando a Sergio Mozzicarelli.

—¿También usted es de Roma? —preguntó el hombrecillo.

—Sí.

—¡Yo soy de Frascati! —dijo con cierto orgullo.

—Frascati no es Roma, es Frascati. ¿Dónde está Mozzicarelli?

El pinche se quedó chafado. Se recluyó en un silencio ofendido y le señaló con la barbilla unas superficies de trabajo al fondo del todo. De espaldas, un hombre con un viejo chándal de nailon las limpiaba. Rocco se acercó a él.

—¿Mozzicarelli?

Sergio se sobresaltó al ser sacado de sus pensamientos.

—¿Sí...?

Rocco ya lo había visto el día anterior en el comedor. Le había sonreído y luego se había retirado a la cocina.

—Subjefe Schiavone. ¿Querías hablar conmigo?

—¿Yo?

—Sí, tú. Has ido a ver al director porque querías verme...

Sergio miró a su alrededor.

—No, nada. Me había equivocado.

Siguió repasando con la bayeta húmeda el acero de las superficies de trabajo. Hasta que Rocco lo agarró de un brazo y le dijo:

—Mozzicarelli... ¿qué querías decirme?

—Nada, nada. Nada importante. Era una chorrada.

El subjefe le soltó el brazo.

—A ver, cuéntamela.

Sergio respiró hondo.

—Si me ayuda usted con el director, podría serle útil en su investigación.

—¿Y qué podrías decirme?

—Cuntrera era mi compañero de celda... No dijo ni una palabra en tres días. No recibía paquetes...

—Mozzicarelli, déjate ya de gilipolleces.

—¿No puede ayudarme? Aquí se pasa mal. Si me dieran algún permiso de vez en cuando, un poco de libertad... Soy viejo y me vendría bien salir de la celda.

Rocco se volvió.

El cocinero seguía removiendo la olla. El hombrecillo de Frascati pelaba patatas. Ninguno parecía dar importancia a aquella charla.

—Dime la verdad, ¿qué quieres de mí?

—¡Ya se lo he dicho! Nada. Sólo una ayudita. Que me ayude un poco.

Rocco dejó escapar un suspiro.

—¿Quién te ha amenazado?

—¿A mí? ¿A mí por qué iban a amenazarme?

—Porque no dices más que chorradas y no quieres contarme lo importante.

—¡No es nada! —Sergio levantó la voz. Le temblaba la barbilla y se le había endurecido la mirada—. Si no me quiere ayudar, no me ayude. Pero déjeme terminar mi trabajo o me juego el permiso de cocina y tendré que volver a la celda.

Schiavone se acercó al viejo.

—¿Quieres hablar en otra parte, lejos de la cocina, o en privado? Puedo arreglarlo para que nadie te toque. Te lo prometo.

Sergio pasó a su lado y se dirigió con paso decidido hacia la puerta doble.

—¡Déjeme en paz!

Entró en el comedor, pero Rocco no tardó en alcanzarlo. Lo inmovilizó por un brazo y volvió a susurrarle en voz baja:

—Puedo hacer que te transfieran a aislamiento, para que estés más seguro.

Sergio lo miró unos segundos con ojos desesperados, aterrados.

—¡Déjeme! —gritó, pero en su rostro nada indicaba una rebelión repentina—. ¡Yo no he hecho nada ni sé nada! —La voz estridente de Mozzicarelli reverberó por el comedor.

El viejo se zafó de su agarre y se fue disparado hacia el mostrador de la comida. Los funcionarios que estaban en la mesa siguieron la escena con curiosidad. Abela sonreía y Biranson, al cruzar la mirada con el subjefe, la bajó al instante. Tolotta, en cambio, estaba trasteando con el móvil.

—Vamos, Tolò... Tenemos que volver al patio.

A esa hora el patio era un desierto. Los presos estaban en las celdas, esperando el momento de poder salir a tomar el fresco. Hacía un día soleado, sin una nube en el cielo, y el viento traía olor a campo y flores.

—Ya es primavera —dijo Tolotta, siguiendo a Rocco, que regresó al punto donde habían encontrado muerto a Cuntrera.

Miró primero hacia el bloque 2, en la otra punta del patio, donde se había desencadenado la reyerta, y luego hacia la puerta del 3, justo a su espalda. Levantó la vista al cielo y echó una ojeada a las torres de vigilancia.

—¿Cuántos metros diría que hay de aquí a las torres?

—Ciento cincuenta por lo menos...

Rocco se fijó entonces en la sombra sobre el terreno. Miró la hora.

—Acompáñeme a la entrada y salude de mi parte al director. Ha sido muy amable.

—¿Cómo...? ¿Se marcha?

—Sí. Este sitio me pone demasiado triste... Paso por mi habitación, compruebo una cosa y volvemos a vernos en la salida dentro de un cuarto de hora.

Tolotta se llevó la mano derecha a la gorra, simulando un saludo militar.

—Descanse, Tolotta, descanse.

—A ver si me entero, Maosetung... e intenta hablar italiano. Si no, te pego una leche que te cierro para siempre esas rendijas que tienes por ojos —amenazó Sebastiano a Guan Zhen, que estaba tras la caja de su tiendecita de via Conte Verde.

—Sebastiano, yo dicho... lo que sabía, ya dije a policía. Tres años ahora o más.

Seba apretó el puño. Brizio intervino antes de que el oso la emprendiera a golpes con el pequeño Guan y el mediocre género que tenía expuesto en su local.

—¿Y te importaría repetírnoslo a nosotros? Despacito.

Guan puso los ojos en blanco. Seba apoyó una mano en el mostrador: era más grande que la cara del chino.

—A ver... hace tres años atraco en Cinecittà, ¿no? Eran dos. Un napolitano que llamaba... espera.

—¡No hagas como que no te acuerdas, Maosetung!

El puño de Seba golpeó el cristal junto a la caja.

—Sí, sí, ya acuerdo. Pasquale Scifù...

—Sí, ese está criando malvas. Había otro. El grande. El que disparó y se cargó al jubilado.

¿Quién era?

Guan Zhen intentó hacer memoria.

—No sé bien. Dicen que...

—Venga, dime lo que dicen —lo urgió Brizio sin perder la calma.

—Primero decían uno. Luego otro. Quién sabe cuál es verdad.

Llevaban media hora haciéndole la misma pregunta a aquel hombre que sonreía con unos dientes sucios y prominentes. Y el tipo llevaba media hora respondiendo lo mismo. Seba había

perdido la paciencia al primer minuto y Brizio empezó a notar que la suya estaba rozando el límite. Pero, si se encabronaba, adiós a la información. Su amigo reduciría a Guan a un amasijo sanguinolento de carne y dientes.

—Pues dime los dos nombres, Maosetung.

—Que me llamo Guan. Guan Zhen.

—Como si te llamas Guan Zhan —dijo Brizio—. ¡Dime los nombres de una puta vez!

El chino volvió a quedarse pensativo.

—¿A cambio?

—De seguir con vida —gruñó Seba.

—Vamos a ver, Guan o como te llames. ¿Ves a mi amigo? Le han matado a la mujer. Y si nos echas una mano, tu tienda seguirá abierta y no vendrá nadie más a molestarte. Pero como mi amigo no averigüe quién ha sido, tú y tu tiendecita dejaréis de existir.

—¿Tú amenazas a mí, Brizio?

—Sí, como que sí.

El chino sonrió y negó con la cabeza.

—¿Tú sabes quién es amigo mío?

—Lo sé, y me la suda. Porque, verás, Sebastiano ya no tiene nada que perder. Tú sí. Tienes tu tienda, una mujer y dos hijos. Demasiado, ¿no crees?

Eso pareció acabar de convencerlo.

—Vale, los dos nombres. Primero decían había sido... él... —Levantó el índice y, con una uña negra y amarilla de dos centímetros, señaló a Sebastiano.

—¿Yo? ¿Yo, el atraco de Cinecittà? Pero ¿de qué cojones hablas, Maosetung?

—Es verdad, se decía. Y si se decía tu nombre, también el otro será falso, creo yo.

—Tú dilo, y ya será un avance.

—Si no crees uno, ¿por qué crees el otro?

Seba miró a Brizio.

—¡Te juro que lo reviento!

Brizio bloqueó el brazo de su amigo.

—En realidad no te vamos a creer, pero tú dinos el nombre.

El chino miró de reojo la puerta. Luego bajó la cabeza y esbozó una sonrisa tan irritante como llena de caries.

—¡Iros tomar por culo!

Brizio fue hacia la puerta de la tienda y bajó la persiana metálica. Sebastiano, por su parte, agarró a Guan del cuello de la chaqueta y lo levantó de la silla. Le pegó un cabezazo seco que hizo crujir la nariz del chino con un feo sonido. Al momento le brotó un riachuelo de sangre. Pero, no contento con eso, Sebastiano le encajó otro golpe. Guan se desmayó. Lo dejó en el suelo. Luego los dos amigos fueron preparando la silla y la cinta de embalar.

Rocco abrió con rapidez la puerta de su habitación en la cárcel. Lo primero que hizo fue encender el televisor e introducir el DVD en el lector. Sólo quería confirmarlo. Debía de habersele escapado un detalle, algo que no había captado, sólo eso. Ahora que por fin las cosas estaban claras, lo miraría con otros ojos. Porque era lo que ya sabía: el asesino aparecía en la grabación.

Pulsó el botón de reproducir. Por el principio, cuando empezaba la reyerta y los primeros dos funcionarios, Marini y Abela, entraban en escena por la izquierda de la pantalla, directamente desde el módulo 2. Detuvo la imagen. Se acercó al televisor. Entornó los ojos. Alargó el índice, casi como si quisiera tocar el objeto que había atraído su atención.

—¡Ahí está! —exclamó.

En el suelo, a los pies de Abela y Marini, había un juego de llaves.

Cuando el semáforo se puso verde, Italo metió primera.

—A ver si lo he entendido bien, ¿sabes quién ha sido, pero no vamos a arrestarlo? —le preguntó al subjefe.

—Ajá...

Rocco cogió un paquete de tabaco del salpicadero del coche patrulla.

—¿Otra vez con esta porquería? ¿No te habías pasado al Camel?

Italo no respondió.

—¿Cuál es el plan?

—Antes de actuar, tenemos que saber quién encargó el asesinato. A ese se le llama «mandante», Italo. Y todavía no sé quién fue, aunque tengo mis sospechas.

En la calle, la gente iba vestida con ropa más ligera. Los chaquetones y los abrigos largos hasta debajo de las rodillas habían dejado paso a los cortavientos y los pantalones verdes, rojos, amarillos, celestes. Todos se habían cubierto de colores, cual flores en medio del prado. Y tal vez no se dieran cuenta, pero en esos momentos prados y aceras se parecían.

Rocco se alegró. Que los seres humanos redescubrieran que formaban parte de la naturaleza era una señal de que aún quedaba esperanza.

—Estás sonriendo —comentó Italo—. Normalmente, cuando resuelves un caso, te pones triste y te enfadas.

—Es verdad, pero aún estamos a la mitad.

—Pues yo arrestaría de inmediato a quien fuese, pero ¡ya!

—No creía que todo esto se vería tan bonito. Aparte de las montañas, que siguen poniéndome enfermo, los prados... los prados tienen un verde que en Roma no se encuentra.

Rocco había mencionado la capital. ¡Luz roja! ¡Alarma! Italo sintió que se le encogía el estómago. En cualquier momento podía empezar la letanía nostálgica de Schiavone, y nada podría contenerla. Desde septiembre se tragaba dos al día. Que si el cielo de Roma, que si los edificios de Roma, que si los olores y las mujeres de Roma. Una lista infinita de maravillas que, según el subjefe, la capital sólo mostraba a quien sabía verlas.

—¿Tú has probado alguna vez las pavías de bacalao? —le preguntó de pronto.

—No, ¿eso qué es?

—Bueno, el bacalao sabrás lo que es, ¿no? El salado. Antes, en Roma, se comían sólo en Navidad. Mi abuela, por ejemplo, las preparaba con alcachofas fritas. Que deberías saber que son el artículo cuatro de la Constitución romana.

Italo podía recitar ya los tres primeros artículos que le había enseñado Rocco. Añadió mentalmente el cuarto.

—Esa que escribiste tú, ¿no, Rocco?

—Exacto. El artículo cinco en cambio dice así: «Nunca tires las migas del mantel por el balcón si no quieres montar un palomar». ¿Y el artículo seis? «No se te ocurra ir a comer sushi junto a la piazza Vittorio, porque son chinos y no saben hacer sushi». Pero, volviendo a las pavías de bacalao, ahora se pueden encontrar todo el año, no sólo en Navidad. ¿Sabes el truco para hacerlas como Dios manda? Todo depende de cómo lo desales. Mi abuela lo desalaba con leche, no con agua. ¡Y lo tenía en remojo casi tres días!

—Sí, pero ¿por qué te ha dado ahora por el bacalao?

—Si lo tienes menos de cuarenta y ocho horas en remojo, el bacalao te queda salado y no vale para nada. Hay que dejarlo empaparse con paciencia, hasta que se pone tierno. Y luego lo fríes. ¿Entendido, Italo?

No. Italo no entendía.

—¿Y desde cuándo eres también cocinero?

—Desde nunca. Es más, a mí la cocina me toca las pelotas. Y, pensándolo bien, en la clasificación de las tocadas de huevos que pusiste a la entrada del despacho, tendrías que añadir las recetas y los chefs. —Se encendió un Chesterfield de Italo.

—Vale. ¿En qué grado?

—En el octavo de cabeza. Chefs... o lo que antes se llamaban «cocineros». Lo que pasa es que si te llamas «cocinero», luego no puedes presentar una cuenta de doscientos euros.

—Hablando de restaurantes... —Italo adelantó a un coche que se había dormido en medio de la calle—, ¿qué piensas de lo que le pasó a Antonio?

—¿Del encuentro con la benemérita? Me lo esperaba. ¿No hizo fotos?

—Sí. Las ha dejado en el cajón de tu mesa.

—¡No en el que está cerrado con llave! —exclamó Rocco asustado, pensando en su maría.

—Ese, como tú mismo acabas de decir, está cerrado con llave, Rocco. ¿Cómo quieres que Antonio meta ahí nada?

—Y yo qué sé... Hay un montón de policías que saben actuar como el mejor de los ladrones. Italo lo miró.

—Sí, yo conozco muy bien a uno.

Rocco sacudió la ceniza sin responder.

—De todas formas —prosiguió Italo—, lo único que contó Scipioni es que Cremonesi estaba con dos hombres y una mujer, muy guapa, por lo visto. Pero Antonio dice que, por cómo iba vestida y maquillada, era una acompañante más que otra cosa.

Rocco abrió una rendija la ventanilla para que saliera el humo.

—Y hablando de acompañantes, ¿sabes que el otro día pillé a Pietro Berguet saliendo del Pavone de Nus?

—¿Qué es eso? —preguntó Rocco.

—Vale, como eres romano, no puedes saberlo. Es un hotel o, mejor dicho, un picadero. Salía con una mujer... Puede irse hasta Nus si quiere, pero para mí que lo sabe ya media ciudad.

—¿Y qué ha sido de la proverbial discreción aostana?

—Nunca ha existido. Tú estás convencido de que aquí somos todos callados, reservados y tranquilos. Nada más lejos de la realidad, Rocco. En Aosta, como en todas partes, la gente se mete donde no la llaman. ¿Tengo que recordarte cómo descubrió Nora que le habías puesto los cuernos con Anna? ¿No fue por el panadero?

—Cierto... y te contaré una cosa: el otro día, cuando vino a verme a la jefatura la mujer de Pietro Berguet, creo que ella ya sabía lo de su marido. Y encima tengo que ir a hablar con la hija... ¿Por qué me lo pidió a mí?

—Porque le salvaste la vida, Rocco.

—Será eso... ¿Qué ha pasado al final con el piso de Croix de Ville?

—Fui a verlo. Con *Loba*, como me dijiste. Bien. Entré. *Loba* ladró.

—Pero ¿la perra entró en el piso?

—Claro. Entró, olisqueó alrededor y de pronto... ¡plaf! ¡Se cagó en medio del salón!

—¡No!

—¡Te lo juro!

—Lo habrás alquilado, espero.

—Claro que lo he alquilado, ¿qué te crees?

Rocco sonrió. Le dio una palmadita en la rodilla al agente.

—¡Qué gran noticia! ¡Cagarse en el salón! ¡El mejor de los comienzos!

Italo dejó atrás la rotonda y por fin apareció el edificio de la jefatura en todo su esplendor: una caja de cemento cuadrada y sin gracia, capaz de borrar la sonrisa hasta en un día primaveral como aquel.

—¡Ah, ahora lo pilló! —gritó de pronto Pierron, tan alto que a Rocco se le cayó el cigarrillo de las manos.

—¿Por qué coño gritas, inútil?

—¡La historia del bacalao! Has pillado al asesino y ahora lo dejas en remojo para que se ablande y se ponga más rico... ¿no es eso?

—Te cuesta, pero al final llegas.

—A ver, señor Schiavone.

Costa se quitó las gafas de montura de titanio y las dejó sobre la mesa.

—No le negaré que me ha tenido en ascuas con su silencio —prosiguió—. Le ahorraré el relato de lo que está costándome evitar a los gacetilleros de esta ciudad, el eslalon de copa del mundo que tengo que hacer a diario, sobre todo desde que usted no me trae noticias ni resultados. Por ahora los mantengo a raya, pero espero que me haya traído algo.

—Por supuesto, jefe. Sin embargo, debo pedirle que espere un poco para convocar la rueda de prensa. Por ahora tenemos que dejar al responsable del homicidio en remojo. Por lo menos hasta que descubra al mandante.

Costa sonrió.

—Bien. ¡Lo escucho! —dijo excitado, y se frotó las manos.

—No tiene que escucharme, debe ver este vídeo.

Rocco se levantó de la silla y metió el DVD en el lector del ordenador del jefe superior. Tras unos pocos clics de ratón, el disco estuvo listo para su visionado.

—Lo que voy a enseñarle es la grabación de la cámara del circuito cerrado del patio de la cárcel. Fíjese bien.

A la izquierda de la pantalla se desencadena la reyerta de Oluwafeme, Agostino y Erik contra Omar. Luego Tarek y Aziz corren para intervenir. Los funcionarios de prisiones Abela y Marini

intentan aplacar la riña. El juego de llaves en el suelo. Más presos. Tolotta, el guardia gigante, que se abalanza sobre el montón de gente que se ha formado, recoge las llaves, las empuña y golpea al nigeriano en la nuca.

Rocco detuvo la grabación.

—¿Ha visto algo?

—No. ¿Qué tendría que haber visto? —preguntó Costa—. Hay una refriega, gente dándose palos, unos guardias que los separan y otros que se los llevan.

—Sí, sí, yo tuve que ver el vídeo un montón de veces. Pero al final me di cuenta. ¿Ve a Tolotta, este que es tan grande como un oso y que llega corriendo?

—Sí...

—Pues bien, ese es el guardia del módulo tres. Y se ve que llega, se lía a tortas y luego se agacha y recoge el juego de llaves.

—¿Se le había caído!

—Sí, eso mismo me dijo él. ¿Ve? Lo utiliza para golpear al nigeriano y luego se lo guarda en el bolsillo. ¿Son sus llaves! ¿Qué hacen ahí tiradas en el suelo?

Costa miró con interés a Schiavone, que volvió a sentarse ante la mesa.

—Ha de saber que esas llaves abren las puertas del módulo tres. Pero sobre todo una puerta en concreto, metálica, pequeña, que casi nunca se emplea. Da a un corredor interior, un pasadizo de no más de un metro de ancho, que lleva del tercer al segundo módulo. Es un pasaje que utilizan los celadores para ir de una punta a otra del patio sin tener que atravesarlo.

—Vuelvo a la pregunta de antes. ¿Por qué están las llaves de Tolotta tiradas en el suelo antes de que él llegue?

—Porque no las tenía él, sino otra persona. Quien mató a Cuntrera al lado de la puerta del módulo tres luego corrió por el pasaje que bordea el patio, salió por el módulo dos y apareció junto a la reyerta.

—Caray... —dijo Costa, mirando la pantalla—. Entonces, la reyerta era una maniobra de distracción.

—Tal cual. Organizada por ese mismo guardia. En cuanto Agostino Lumi, Oluwafeme y Erik se ponen a la tarea, actúa en perfecta sincronía. Mata a Cuntrera y aparece al otro lado sin que nadie se dé cuenta.

—¿Y qué guardia es? ¿El mayor o el joven?

—Al principio creí que era el veterano, Marini. Porque el que mató a Cuntrera sabía que las cámaras no enfocaban ese punto y Marini se conoce la cárcel como la palma de la mano. Pero después reflexioné. ¿Sabe?, un preso anciano, Mozzicarelli, sabía algo y quería hablar conmigo. Total, que fui a buscarlo al comedor, pero fue verme y cambiar de idea. Estaba asustado, casi se lo hace encima. Me gritó a la cara que no sabía nada del asunto, y eso en pleno comedor, a la vista de todos. Para que lo oyeran bien. Y en ese momento en el comedor estaban Biranson, Abela y Tolotta... El primero no tenía turno el día del homicidio de Cuntrera. ¿Quién nos queda? Los dos asesinos: Abela lo hizo todo y Tolotta fue su cómplice, por la historia de las llaves.

—¿Y por qué cree usted que lo hicieron?

—Tiene que haber un mandante. En primer lugar, porque Abela no hace mucho que trabaja allí. En segundo, porque Cuntrera no conocía a nadie en la cárcel y sólo llevaba en ella tres días. Debo descubrir quién les pagó y dónde consiguieron el etiluretano, que desde luego no sacaron de la

enfermería de la cárcel. ¿Quién se beneficia con este asesinato?

Costa sonrió de nuevo.

—Querido Schiavone, gracias. Es un placer volver a verlo por aquí.

—Nunca me fui. Y ahora le ruego la máxima discreción.

—¿Qué coño se cree, Schiavone! —gritó Costa—. ¡Que soy el jefe superior, no la portera!

—Perdone, tiene razón.

Tal como se había encendido, Costa se apagó.

—¿Y tiene alguna sospecha?

—Vaga, muy vaga. Pero es probable que esté relacionada también con la historia de los Berguet y la licitación. Ahí es donde hay que hurgar.

Costa hizo una mueca.

—No sé si sería mejor dejar estar esa historia.

—¿Y eso, jefe?

—Es que, verá, durante su ausencia han ocurrido unas cuantas cosas que... En fin, que es mejor dejarla estar.

—¿Se refiere a la presencia de los de Investigaciones Especiales en la fiscalía y a los carabinieri que van detrás de Cremonesi *and company*?

Costa lo miró a los ojos.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Bueno, uno que se informa, observa, se huele cosas, se fija en los detalles...

—... y da por culo —añadió el jefe con soniquete—. Deje lo de la licitación del hospital. Ya hay gente trabajando en eso, créame.

—Lo intentaré. Pero tengo la sensación de que acabaré metido hasta el cuello.

—Pues no se meta tanto. ¿Al final no se queda con la casa de via Cerise?

—He encontrado un piso estupendo en via Croix de Ville.

—¿Qué bien! ¡En pleno centro!

—Y lejos del juzgado.

No tuvieron que alargar mucho el tratamiento. Guan se había rendido nada más ver las tijeras que Brizio le había apuntado bajo el ojo izquierdo. Había pronunciado el nombre del segundo atracador de Cinecittà de corrido:

—Paoletto Buglioni.

Luego lo habían desatado de la silla y habían salido a la calle.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Brizio, contemplando la ciudad, presa de un temporal repentino.

Sebastiano no respondió. En el interior del coche, que apestaba a humo rancio, sólo se oían los limpiaparabrisas que arañaban el cristal.

—¿Vamos a buscarlo esta noche?

—¿A qué hora sale de la discoteca? —preguntó Sebastiano.

—A las cinco.

—Vayamos a comer algo mientras.

—Voy a mandarle un mensaje a Rocco —dijo Brizio, que cogió el móvil.

—¡No! —gritó Sebastiano—. Esto es cosa mía, no metas a Rocco. Déjalo en paz.

—Pero Seba... él...

—¡Lo tomas o lo dejas! —gritó el grandullón—. Soy yo quien tiene que encontrar al que le disparó a Adele. A Rocco se lo contaremos cuando hayamos acabado. ¿Te apetecen unos espaguetis *cacio e pepe*?

—Sí, claro. ¿En el Roma Sparita?

—¿Acaso saben hacerlos bien en otro sitio?

—¡¿Qué son todos estos papeles encima de mi mesa?! —gritó Schiavone nada más entrar en el despacho.

La inspectora Caterina Rispoli apareció por la otra punta del pasillo.

—Bienvenido...

—Menudo lío... ¿Y dónde está *Loba*?

—En casa de mi prima, que tiene jardín, y allí está feliz. Los papeles los dejaron Deruta y D'Intino. No han querido contarme de qué se trata, porque al parecer tenían que informarle sólo a usted.

—Alégrate de que no tuvieran que hablar contigo... Pero ¿qué es tanta cosa?

Cogió el primer folio de una pila. Era una lista de los huéspedes de los hoteles correspondiente a los días 9 y 10 de mayo. Entre los pliegues de su memoria se encendió una luz. Los dos fieles y diligentes policías estaban identificando a todos los que habían visitado Aosta y alrededores en la víspera y la noche del homicidio de Adele, en la calle Piave.

—Pero ¡eso es muchísimo trabajo! —exclamó Caterina.

—Por supuesto. Pero ¿cuántos días llevamos sin tener que verles el careto?

Caterina sonrió.

—¿Y servirá de algo?

—Para nada en absoluto —dijo Rocco, lanzando los folios a la mesa—. Ve poniéndome al día sobre las novedades mientras vamos a casa de los Berguet.

—¿De los Berguet? ¿Para qué?

—Tengo que cumplir una promesa. Y a lo mejor, al ver una cara femenina, Chiara se suelta y coge confianza. ¡Hala! Cuanto antes vayamos, antes volveremos.

Habían pasado ya dos días. Tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo mientras servía cafés y cruasanes tras la barra. No se había rendido y había seguido llamando a Corrado al móvil. Pero siempre con el mismo resultado: «El usuario no está disponible en estos momentos». También había vuelto a via Treviso a primera hora de la mañana, para intentar hablar con otro vecino, pero, aparte de las dos hermanas Iezzi, que continuaban insultándose, no encontró a nadie. Y en casa de Corrado los postigos permanecían cerrados. Después había cogido la vieja bicicleta de su marido y se había dado una vuelta por todo Francavilla en busca del Fiat Multipla de Corrado.

Nada.

—¿Te acuerdas por lo menos de la matrícula? —le preguntó Barbara, dando un sorbo al último té del día.

La librería tenía una luz distinta en los ojos desde que había desaparecido Pizzuti. Parecía casi feliz de poder enfrascarse en aquel misterio digno de sus novelas favoritas.

—No... pero ¡espera!

Tatiana corrió a la caja registradora y hojeó una agenda que tenía guardada debajo. Encontró una factura pagada y dos recibos antiguos del seguro.

—¡Aquí está! —exclamó radiante la rusa, que leyó los papeles.

—Vamos a dárselos a los municipales, a Ciro y Luca. Si se encuentran el coche abandonado en alguna parte es que todo cuadra, ¿no?

—¡Buena idea! —coincidió Tatiana.

Pero entonces, como si un puño de hierro le golpeará el plexo solar, sintió una congoja repentina. ¿Y si lo encontraban, abandonado a saber dónde? ¿Qué significaría eso? Que Corrado... Meneó la cabeza para ahuyentar esos malos pensamientos y se precipitó al teléfono para llamar al puesto de los municipales. Sin embargo, llegó antes el Fiat Punto de los guardias, que aparcaban en ese momento ante el bar. Ciro y Luca se apearon sonrientes. Entraron y saludaron a Tatiana.

—Buenas tardes, mujeres hermosas.

—¡Buenas! —respondieron las dos.

—¿Qué? —preguntó Ciro—. ¿Se sabe algo de Corrado?

Tatiana negó con la cabeza.

—¿Nos pones dos copitas de sambuca?

La rusa fue tras la barra.

—Justo iba a llamaros...

—¿Has cambiado de idea? ¿Te has decidido a cenar conmigo? —Luca desenfundó la mejor sonrisa de su repertorio.

—Habíamos pensado daros la matrícula del coche —intervino con autoridad Barbara, que gozaba del pleno respeto de los municipales—, ya que también ha desaparecido.

—Muy buena idea, ¿verdad, Ciro?

—Buenísima.

Ambos se acodaron en la barra para tomarse las copitas de sambuca. Ciro se acabó la suya de un trago, mientras que Luca se la dosificó.

—Cursaremos también esa denuncia. ¿Vienes al despacho y rellenamos los papeles, Tatiana?

—¡Voy yo! —se ofreció Barbara, que empezaba a impacientarse ante la insolencia del guardia. Este, en cambio, sonrió y le dio otro trago al licor.

—A las malas, siempre podéis ir al programa ese de televisión... ¿cómo se llama?

—¿A ti te parece gracioso? —estalló Tatiana—. ¿Eh? ¡Esto es serio!

El municipal se sonrojó.

—¡Corrado ha desaparecido! Y su coche con él. No responde al móvil y no estaba solo en su casa. Tuvo historias feas e incluso pasó un tiempo en la cárcel. ¡Por eso tendrías que tomártelo en serio y no en broma, que para algo llevas uniforme!

—Tranquila, Tatiana —intervino la librería—. Luca sólo bromeaba. ¿Verdad, Luca?

—Claro...

—Haz el favor de ir al puesto y hacer el comunicado.

—¡Faltaría más! —respondió Ciro—. Tatià, te tenemos mucho cariño, y también al atontado

de Corrado. Espera a que Luca se trinque la sambuca, y vamos y lo arreglamos todo...

El otro municipal apuró la copa y se llevó una mano al bolsillo para pagar la cuenta.

—No, Luca, invito yo —dijo ya más serena Tatiana, arrepentida del arrebato anterior—. Y perdóname, es que estoy un poco nerviosa.

Él cogió el recibo del seguro de Corrado y salió del bar con su compañero.

Tatiana cruzó los brazos y se apoyó en la máquina de café. Barbara apuró el té en silencio. Sólo entonces se percató de que su amiga estaba llorando.

—¡Tatiana!

Corrió tras la barra.

—No, Tatiana, no.

Sin embargo, el abrazo de la librera, en lugar de calmarla, tuvo el efecto contrario: la hizo levantar el pie del freno y romper en un llanto desconsolado. Se le doblaron las rodillas y se dejó caer. Se quedó así, sujeta por los brazos de su amiga, como un trapo colgado a merced del viento.

—Ay, cariño... Ya verás como lo encontramos, ya lo verás...

—No, Barbara, no —respondió Tatiana entre sollozos—. Lo sé, lo presiento. Está muerto. ¡Corrado está muerto!

Chiara y Rocco estaban sentados en la cama, mientras que Caterina se había acomodado en un sillón con ruedas junto al escritorio de la chica, lleno de fotografías y CD. Desde el umbral, Giuliana miraba a su hija con tal intensidad que parecía querer transmitirle sólo pensamientos positivos y ganas de vivir. Chiara, sin embargo, tenía la mirada perdida en el paisaje al otro lado de la ventana. Pálida y seria, apoyaba la barbilla en las rodillas pegadas al pecho. Había anochecido y la única luz que iluminaba la habitación era la de la mesita de noche, una lamparita con forma de globo aerostático.

—¿Puedo ofrecerles algo?

Chiara empezó a entrechocar las rodillas a un ritmo compulsivo.

—No, señora, gracias —respondió Rocco.

Pero Giuliana no se iba.

—¿Un té?

—Gracias, señora, nada.

—Mamá, por favor, que no quieren nada —dijo Chiara con un hilo de voz.

La madre bajó la cabeza y salió del cuarto, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Qué coñazo! —bufó Chiara.

Rocco miró a Caterina. Y luego de nuevo a la chica.

—Estás hecha polvo...

Chiara no respondió, seguía mirando al exterior.

—Es normal que tu madre se preocupe, ¿sabes?

—Dar por culo es lo único que sabe hacer.

—Es su trabajo —comentó Rocco.

Chiara sonrió.

—Ya.

Había un libro en francés encima de la cama. De fábulas. Rocco lo cogió.

—¿Qué lees?

—Tareas de francés. Es una fábula de Anatole France...

Rocco miró la cubierta.

—*Abeille*... ¿Qué significa?

—«Abeja»... Es una fábula, como le he dicho. Pero no sé, no consigo concentrarme. Leo una línea y...

—¿Y?

—Y se me va la cabeza. Vuelvo a verme metida en el sótano ese, en medio de la nieve.

Rocco dejó el libro.

—Una chica sola en el bosque, presa de un ogro malvado, y luego llega el príncipe azul y la salva.

Chiara miró por fin al subjefe.

—¿Y el príncipe azul es usted?

—En el cuento sí. En la realidad no. Sólo soy un policía.

—Sí, la verdad es que yo me imaginaba distinto al príncipe azul.

—Lo supongo. Se parecería más a Max Turrini, ¿verdad?

Chiara se mordió el labio.

—Bueno. Max sigue viniendo, pero no sé... Dígame la verdad, señor Schiavone, me violaron, ¿no es cierto?

Caterina buscó la mirada de su jefe, que la ignoró y respondió:

—Sí, Chiara, así es.

La chica sorbió con la nariz y se secó una lágrima.

—Gracias, es el único que me dice la verdad.

—En la mayoría de los casos, sale uno ganando. Otras veces es mejor callársela. Pero creo que mereces saber cómo están las cosas. Aunque, por lo menos, los dos hijos de puta murieron.

—Ellos sí, pero ¿el que dio la orden está muerto?

—También, en la cárcel.

—Bien, no me avergüenza admitir que me alegro.

—¿Sabes lo que yo haría si fuera tú?

—No.

—Este curso no volvería a clase. Me tomaría un año sabático. Y me largaría. Iría a ver mundo: Londres, París, Ámsterdam... Que quede entre nosotros, pero en Ámsterdam hay una hierba que ni te la imaginas. ¿Has probado la Gran Mix?

Chiara sonrió.

—Si me lo pregunta un policía...

—Mira.

Rocco se metió la mano en el bolsillo y sacó un canuto bien gordo ya liado. Caterina abrió mucho los ojos. Y otro tanto hizo la chica. Rocco se lo encendió. Dio una calada.

—Aaah... ya me siento mucho mejor.

Le pasó el porro a Chiara, quien, sin embargo, siguió abrazándose con fuerza las rodillas. La chica miró al subjefe como pidiéndole permiso. Caterina no movió un músculo en el sillón de cuero en el que estaba. Chiara tendió despacio la mano, cogió el canuto, se lo llevó a la boca y aspiró. Cerró los ojos. Y echó el humo.

—Buena —dijo.

—¿Verdad? Esta viene de Ámsterdam, precisamente.

Chiara rompió por fin a reír.

—No me lo puedo creer, un subjefe pasándome un canuto.

—¿Verdad? Pues este porro también pertenece a la realidad, y no te veo yo a ti con un príncipe azul yonqui.

Chiara le dio otra calada y le pasó tímidamente el porro a Caterina, que negó con la cabeza.

—Caterì, nadie se ha muerto por una calada.

—Yo no... Desde que iba al instituto no...

—Pues por eso.

Caterina lo cogió. Lo miró.

—Oler huele bien.

Rocco le guiñó un ojo. La inspectora se llevó el porro a la boca, sujetándolo entre el pulgar y el índice, como si fuera a ensuciarse los dedos. Formó una «o» con los labios y aspiró hondo. Se tragó el humo. No tosió.

—Gracias —dijo, poniéndose colorada, y se lo devolvió a Rocco.

—Un año sabático, ¿eh? —preguntó Chiara.

—¿Por qué no? Los estudios te van bien, sé que sacas muy buenas notas. Puedes permitirte. Retrasas un año la universidad, ¿qué más da? Piensa en Max, que tiene veintiuno y este año seguirá sin aprobar.

—Como sus padres no unten un poco a los profesores, no aprueba ni de coña.

Los tres rieron. Rocco volvió a pasarle el porro a Chiara, que esta vez aspiró el humo sin tantos reparos.

—Tengo la sensación de que a usted puedo decírselo.

Se levantó. Cogió la muleta apoyada en la mesita, fue hasta el armario y lo abrió.

Cuando regresó a la cama, llevaba un montón de folios en la mano.

—¿Has escrito un libro? —le preguntó Rocco, asustado.

—No, tranquilo. Son fotocopias que ha hecho Max. —Chiara se sentó con las piernas cruzadas y se colocó los folios entre las rodillas—. Encontró unos papeles en el estudio de su padre. Porque, desde hace un tiempo, no le cuadran las cosas.

—No te sigo.

—Sus padres... los odia. Su madre es una capulla y su padre un putero. Los Turrini son mala gente. Y se juntan con mala gente.

—Eso lo sé por propia experiencia —corroboró Rocco.

—Se juntan con gente extraña. Max fotocopió los documentos que tenía su padre en la caja fuerte y me los trajo porque no entendía ni jota.

—¿Y tú qué es lo que has deducido?

—Poca cosa, pero... —Empezó a pasar las hojas—. Hay algo que está bastante claro. El padre tiene una decena de empresas, la mitad en Suiza. Y no se sabe muy bien de qué son. Además... —Le tendió una hoja a Rocco—. ¿Ve este documento? Es un contrato con una empresa de construcción... La que le ha fastidiado la licitación a mi padre.

—Chiara, todo esto es muy delicado.

—Lléveselo al juez Baldi. A usted lo escuchará.

—¿Y cómo le justificamos al juez que estamos en posesión de estos documentos? —preguntó Caterina.

—Caterì, eso importa poco. Baldi está acostumbrado, por lo menos desde que trabajamos juntos. —Rocco le devolvió la hoja a la chica—. Vamos a hacer una cosa, Chiara. Yo me llevo esto al juzgado. No digo nada de ti ni de Max. Y tú a cambio haces algo por mí.

—¿El qué?

—Te vistes, vuelves a ponerte tan guapa como eres, sales de este cuarto y de las fábulas de Anatole France y, o bien te vas al instituto, saludas a tus compañeros y te largas, o te sientas a tu pupitre y sigues haciendo lo que se da mejor a tu edad.

—¿Que es?

—Vivir.

Caterina se quedó mirando al subjefe Schiavone, que estaba acariciándole la cabeza a la chica. No sabía por qué, quizá por ese gesto, por las palabras que había oído o el porro que se había fumado, pero sintió algo en el centro del pecho. Ignoraba si aquella punzada se debía a una emoción o era simplemente una extrasístole. Sonrió y se descubrió una lágrima asomando por el ojo derecho. Se apresuró a enjugársela. Seguramente era fruto también de la turbación o de algún elemento alérgeno de la marihuana.

—¿Adónde va? —preguntó Caterina en cuanto Rocco detuvo el coche bajo el edificio de la inspectora.

—Me queda todavía otra visita que hacer. Tú mejor vuelve a casa, que ya está bien por hoy.

Caterina miró el portal.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—Llevo meses siguiéndote —respondió Rocco muy serio.

Caterina se puso blanca, pero luego comprendió que era una broma y sonrió.

—Entonces sabrá que me acuesto tarde...

«¿Para qué dices eso? —pensó Caterina—. ¿En qué estás pensando? ¿Te has vuelto loca? ¿Le estás abriendo la puerta a una invitación?». Pensamientos a la velocidad de la luz, aunque la frase inapropiada ya le había salido de la boca.

—No sabía que tuvieras problemas de sueño. Deberías buscarte a alguien que te hiciera compañía.

Caterina miró a Rocco a los ojos.

«Dios, ¿me está entrando?», pensó horrorizada.

—Vete, Caterì... que si no nos dormimos aquí los dos.

Ella asintió. Sonrió. Abrió la puerta y bajó del coche. Rocco se fue al instante. Ni siquiera esperó para ver si llevaba las llaves de su casa. Y esa desconsideración la molestó. Pero luego, mientras metía la llave en la cerradura, se sintió aturdida.

«Soy policía, soy su compañera, no soy una amiga a la que esté acompañando a casa después de cenar —se dijo—. Pero también eres una mujer, ¿no?

»No puedes elegir ser policía o mujer como mejor te convenga.

»Eres las dos cosas.

»Y ahora dejemos algo claro: con él eres policía.

»¡Mentira!».

Verse enfrascada en pensamientos tan contradictorios, abofeteada por sus propias reflexiones, estaba resultando más agotador que la jornada laboral.

—¡Ya está bien! —dijo, tras abrir la puerta y mientras subía la escalera—. ¡Date un respiro! Primero te mueres de vergüenza y luego te quejas de que no se despida... Es la primera y la última vez que fumo, ¡mientras el mundo sea mundo!

—¡Y haces bien, Caterina! —le dijo la señora Cormet, que bajaba a tirar la basura.

Ella se llevó una mano a la boca. Había hablado en voz alta.

Según le había dicho Giuliana Berguet, aunque las esperanzas eran pocas, a esas horas Pietro debía de estar aún en las oficinas de Edil.ber, la constructora. Las luces de la primera planta estaban apagadas. Rocco bajó del coche y se dirigió a la puerta. Entró. No había ni un alma. Ni siquiera un vigilante nocturno, nadie. Todo apagado. Tomó el ascensor y subió.

En el vestíbulo circular, la única luz que se filtraba procedía del despacho de Pietro. Del interior también salía una música amortiguada. Rocco llamó. Ninguna respuesta. Llamó más fuerte. Alguien hizo callar a Grover Washington Junior.

—¿Quién es?

—Schiavone, policía nacional —respondió, y abrió la puerta.

Pietro Berguet estaba sentado a su escritorio. En mangas de camisa, con el cuello abierto. La corbata yacía en el respaldo de una silla. La chaqueta en el suelo. Estaba solo y fumaba un puro que había apestado todo el aire. Fuera, engarzado en los montes, un belén de casas iluminadas. El empresario entornó los ojos.

—Ah, es usted. Creía que era el vigilante nocturno.

—No. Y, por cierto, no lo he visto.

—Estará haciendo la ronda —respondió Pietro.

—Pero igual que he entrado yo podría haber entrado cualquiera, ¿no?

—¿Y qué? ¿Qué tengo ya que perder?

Le hizo una seña a Rocco para que se sentara en el sofá donde, tan sólo unos días atrás, había estado Cristiano Cerruti, su mano derecha, el que lo había vendido al peor postor.

—Bueno, aunque usted... Mal asunto lo de su casa —comentó Pietro.

—Sí, mal asunto.

—Tampoco aquí está la cosa para muchas risas. —Pietro movió en el aire el rollizo puro. Se quedó mirándolo. Le dio vueltas en la mano—. No, la verdad es que no. —Lo apagó contra el cristal de la mesa—. Me han dejado para el arrastre.

—¿Y qué hace usted?

—Fumar.

—Podría hacer algo más.

—¿Como por ejemplo?

—Por ejemplo, echarle un ojo a su hija.

—Ya.

Pietro se levantó. Fue hacia la ventana. Tenía la camisa por fuera del pantalón.

—Chiara... puede que sea la que se ha recuperado mejor. Vaya fracaso, ¿no?

—¿De qué habla? —preguntó el subjefe.

—De mí. Como padre, empresario, marido...

En la mesa había una cajita sin envolver junto a un rollo de papel de regalo.

—¿Usted nunca se compadece de sí mismo, señor Schiavone?

—Como todo el mundo, pero luego me entra no sé qué y decido que ya está bien.

Se levantó. Se acercó también a la ventana.

—¿Sabe qué ocurre mientras usted está aquí haciéndose el deprimido?

Pietro lo miró a los ojos. Los tenía secos. Pero le temblaba la piel de debajo de los párpados.

—Mientras se dedica a hacer paquetitos a saber para quién... ¿Qué es eso de la mesa, un perfume?

El presidente de Edil.ber se volvió de golpe y miró la caja.

—Sí, un perfume —admitió.

—Carnal Flower... Y yo diría que no es para su mujer.

—Yo diría que no se meta donde no lo llaman.

—No puedo, porque resulta que las mujeres de su casa han vuelto a meterme en esta historia. Giuliana no puede más, y usted lo sabe. Su hija, en cambio, que tiene personalidad para dar y regalar, me ha entregado una cosa... algo que pienso llevarle mañana al juez.

—¿De qué se trata?

—De una pista. Poco perfilada si quiere, vaga, pero podría ayudarlo. Quizá sirva para putear a Luca Grange y su pandilla de hijos de mala madre.

Una luz, tenue, se encendió en lo más profundo de los ojos del hombre.

—¿Qué le ha dado mi hija?

—Unos documentos muy interesantes.

—¿Y por qué no me los ha dado a mí?! —vociferó Berguet.

—¿A quién? ¿A un padre devastado que no sabe a qué santo encomendarse y que se va de putas en su tiempo libre?

Pietro respiró hondo y no dijo nada.

—¿Qué habría hecho usted? Cagarla, se lo digo yo. Pero la chica, que es espabilada, muy espabilada, créame, me los ha dado a mí. Y puede que gracias a eso haya todavía una esperanza para usted, su familia y su constructora.

Pietro recuperó la sonrisa.

—¿Y no podría decirme...?

—No —lo interrumpió el subjefe—. De ningún modo. Cuanto menos sepa, mejor. Sólo un consejo, esta vez de amigo, no de policía. Vuelva a casa, con su familia. Ni se imagina la suerte que tiene. Y esté pendiente de Chiara. Pero déjese de borracheras y de pataletas y compórtese como un hombre.

Rocco se dirigió hacia la puerta. Pero a medio camino se volvió y señaló el paquete.

—Y ese perfume... tírelo o lléveselo a su mujer. Aunque no sea el suyo, a lo mejor le gusta. Y, evidentemente, yo no he venido a verlo.

—Evidentemente —asintió Pietro—. Pero, señor Schiavone, ¿qué hago? ¿Llamo a mis abogados?

—Veo que no me ha entendido. No haga nada. Ya se fio de mí una vez, ¿no? Pues vuelva a hacerlo.

Salió del despacho y regresó al ascensor. Al llegar a la planta baja, las luces se encendieron de golpe. Se vio ante un hombre con uniforme de guardia jurado y linterna en ristre.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Schiavone ni se dignó mirarlo.

—Sí, venga... ¡hasta luego!

Salió de Edil.ber. Se daba asco. ¿De dónde le venía todo aquel buenismo? ¿Ese arrebató de amor hacia la familia Berguet? ¿Qué eran para él? Poco más que un caso resuelto. Gente a la que no habría querido volver a ver. ¿Y entonces? Se había sentido idiota soltándole discursitos de viejo sabio a aquel desesperado medio borracho. ¿Qué le pasaba?

—¿Te estás volviendo un sentimental, Schiavò? —se preguntó, mirándose en el espejo retrovisor mientras arrancaba el coche—. Maldita primavera... —masculló, metiendo marcha atrás.

Loba dormía a los pies de la cama. Rocco, por su parte, había decidido que era hora de volver a las lecturas saludables. Tenía un libro apoyado en el estómago y sonreía a cada página que pasaba.

—¿Qué lees?

—*A Carl Hiaasen. ¿Lo conoces?*

—*Temporada alta... No, no lo he leído. ¿Está bien?*

—*Es bastante bueno... ¿Y tú qué?*

Marina está tendida a mi lado. Tiene la mejilla apoyada en la palma de la mano.

—*Te miro.*

—*¿Y ves algo interesante?*

—*Sobre todo esas arrugas que te han salido alrededor de los ojos. —Acerca un dedo, parece que quiera tocarlas. Pero lo retrae, como hacen las lechuzas con los ojos—. ¿Vas a mudarte a la casa donde Loba marcó su territorio?*

—*Sí, por supuesto. Tiro un par de cosas, aligero peso y me mudo. Ya he pagado la fianza.*

—*¡Seiscientos cincuenta al mes! En pleno centro. En Roma con eso no tienes ni para el garaje. No está mal, ¿no?*

—*Estamos en Aosta, que no es precisamente Roma.*

Resopla.

—*¿Cuándo vas a aprender a vivir lo que te toca?*

—*¿Por qué, qué he hecho?*

—*Fingir. Tienes que decidir entre entrar en el redil o quedarte fuera. No puedes estar siempre en medio.*

Hay que joderse.

—*¡Y no me vengas con «Hay que joderse»!*

—*No lo he dicho, Mari...*

—*Pero lo has pensado. Sabes que te leo el pensamiento.*

La miro. Creo que voy a tener que ponerme gafas de cerca, porque veo ligeramente

desenfocados los rasgos de Marina, como las páginas del libro. Y no estoy llorando.

—Estás perdiendo dioptrías... es normal. Con la edad...

—Tú siempre has llevado gafas.

—¡Quieto ahí! Lo mío es miopía. Y, además, llevaba lentillas. Con las gafas parecía un adefesio.

—A mí me gustas hasta con gafas.

—«Gustabas». El italiano tiene sus reglas, haz el favor de respetar por lo menos la sintaxis.

—A mí me gustas hasta con gafas —insisto—. ¿Ya no te las pones?

Marina deja caer la cabeza sobre la almohada y se queda mirando el techo.

—No me sirven de nada. No me hacen falta. Rocco...

Cuando dice mi nombre con esa entonación en concreto, con esa nota, con ese tono, siempre se me encoge el estómago.

—¿Qué pasa?

—Que yo no voy a ir a la casa nueva.

Algo se me ha atascado en la garganta. Y eso que ni he cenado.

—¿A qué te refieres con que no vas a ir?

—Que no voy, que ya no voy a ninguna parte. A lo mejor, cuando vuelvas a Roma, si vuelves, te espero allí. Pero aquí ya no tengo nada que hacer.

—¿Que no tienes nada que hacer? Tienes que estar conmigo.

Se pasa una mano por la frente. Es blanca como la nieve y ligera como el polen.

—Estoy cansada, Rocco. ¿Me crees si te digo que no puedo más? —Gira la cabeza. Se le tensan los músculos del cuello. Entorna los ojos—. Y tú tampoco puedes más, cariño.

Aprieto las mandíbulas. Dos, tres veces.

—¿Qué quieres decir con que no puedo más? Puedo perfectamente... Yo...

—No. Ya no puedes más.

Tiende una mano. Quiere acariciarme. Cierro los ojos. ¡Esta vez la siento! Siento su mano en la mejilla. Siento su piel, su calor, sus venas y su sangre corriendo veloz. Está aquí. Vuelve a estar aquí conmigo. Para siempre.

—Adiós, Rocco... Buenas noches.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero que me vea llorar. Ahora no. No se lo merece. Quiero cogerle la mano. Pero me la llevo a la mejilla. Me noto la barba. Abro los ojos. No está. Ya no está.

¿Marina? Sigue hablándome, ángel mío...

MARTES

Paoletto Buglioni echó el cierre a las cuatro y media y se montó en su Smart, aunque cualquiera habría dicho que aquel animal no podría ni cerrar la puerta. Desde la ribera siguió hasta el Testaccio y luego por la avenida Ostiense. A la altura del puente Marconi dobló a la izquierda para incorporarse a la avenida Cristóbal Colón. A esas horas, los que tienen que ir a trabajar están todavía desayunando y son pocos los que vuelven a casa tras una noche de parranda. Paoletto bostezaba e intentaba mantener alto el volumen de la radio. Lo ayudaba a no ceder al sueño. Dejó atrás la ronda de circunvalación y llegó al cruce de los tres pinos, donde torció a la derecha por una carretera que hacía quince años no era más que un camino de cabras, y más adelante, a la izquierda, por una pendiente de aúpa que llevaba directa a su barrio, Vítinia. Una aglomeración de viviendas —más de la mitad, casitas y bloques ilegales de la década de los setenta— atravesada por una retícula de sentidos únicos. Aparcó. Era un espacio reservado para discapacitados, pero en el barrio nadie, ni siquiera un municipal, habría osado decirle nada. Bajó del coche y sacó las llaves de casa. Franqueó el portal. Subió un tramo de escalera y se vio por fin ante el número 3, su piso. Abrió y encendió las luces. Colgó el chaquetón en el perchero y entró en el salón. Acomodados en el sofá, había dos hombres.

—Pero ¿qué mierda...?

—Buenas, Paolè —lo saludó Brizio—. ¿Te acuerdas de nosotros? Este es Sebastiano.

Paoletto recuperó la sangre fría.

—Cómo no me voy a acordar. Pero ¿por qué estáis en mi casa?

—Porque tienes una mierda de alarma —respondió, serio, Sebastiano.

—Estoy cansado y tengo ganas de acostarme, así que decidme lo que queréis e idos a tomar por culo.

—Ahora mismo te lo decimos, ¿verdad, Seba?

Este se puso en pie. La misma altura que Paoletto. Lo miró tranquilamente a los ojos.

—Hace tres años, en el banco de Cinecittà, con Pasquale... el otro eras tú.

—¿Yo? Tú estás fatal de la cabeza.

—No era una pregunta —prosiguió Sebastiano—. Es una afirmación. Nos lo ha contado Maosetung.

—Guan Zhen —lo corrigió Brizio desde el sofá—. Tiene una tienducha en la calle Conte Verde, propiedad de la familia del difunto Pasquale, amigo suyo de toda la vida.

—¿Guan? No me suena de nada.

—Ah, pues él sí que sabe que fuiste tú. Que disparaste tú y que además te cargaste al pobre

jubilado.

Paoletto se rascó la nariz.

—Brizio, mira, te digo que no sé de qué coño me estáis hablando. Son las cinco pasadas, llevo todo el día currando y me voy a la cama. Tenéis cervezas y leche en la nevera, así que elegid: desayuno o aperitivo. Cerrad la puerta cuando salgáis. La alarma será una mierda, como dice Seba, pero yo me quedo más tranquilo si cerráis.

Acto seguido, para recalcar sus intenciones, se quitó la chaqueta y se quedó sólo con la camisa blanca. Los enormes músculos de gorila del Hysteria saltaron como muelles bajo el algodón.

—A nosotros que te cargaras a alguien nos importa una mierda. Lo único que queremos saber es qué fue de la pistola que utilizaste...

—¡Y dale! —exclamó Paoletto, poniendo los ojos en blanco—. ¡Que yo no tengo nada que ver!

—¿A quién se la diste? —insistió Sebastiano—. ¿A tu hermano?

—¿A mi hermano?

—Sí, a esa basura de Favlio. ¿Se la diste a él?

Paoletto se acercó a pocos centímetros de Sebastiano. No le tenía miedo.

—¿Qué tiene que ver mi hermano con esto? Flavio vive con mi madre, que tiene ochenta y cinco años.

Parecían dos muflones a punto de enzarzarse a cornadas. De un lado, músculos y gimnasio, del otro, rabia contenida. Brizio intentó evitar que llegaran a un punto de no retorno.

—Paolè, te lo he dicho, no te buscamos a ti ni a tu hermano, lo que queremos es la pistola que utilizaste.

El gorila seguía mirando a los ojos a Sebastiano. Enseñó los dientes.

—¡Si te he dicho que no sé una mierda es que no sé una mierda!

—¿Sabes cuál es tu problema? —le preguntó Seba tranquilamente.

—No, ¿cuál?

—Que cuando vas a enfrentarte a alguien cara a cara, se te olvidan dos cosas. Lo primero, lavarte los dientes. Y lo segundo, que nunca, pero nunca, debes hacerlo de frente. Siempre de lado. Siempre...

Con una rapidez asombrosa, agarró los testículos de Paoletto, que gritó de dolor. Era tal la fuerza del apretón que el enorme gorila hincó poco a poco las rodillas en el suelo. La manaza de Seba era una prensa con las venas hinchadas de sangre y la piel enrojecida por el esfuerzo. Brizio no se había movido del sitio y se limitaba a observar la escena.

—¡Suelta! ¡Sueltaaa! —gritó Paoletto.

Pero Seba no aflojó. Sólo cuando el rostro encarnado de Paoletto se tornó morado, el oso de los Apeninos lo soltó. Buglioni se quedó en el suelo, arrodillado, con las manos en los testículos y una máscara de dolor por cara. Rodó por la alfombra del salón maldiciendo a la santísima trinidad. Seba se le subió encima muy despacio y le bloqueó las manos con las rodillas. Tras incorporarse como una torre sobre él, dijo con voz tranquila:

—La pistola. ¿A quién se la diste? —Acompañó la pregunta apretando el puño, una maza de hierro dispuesta a caer sobre la cara de Paoletto.

—A mi... mi hermano... Flavio. Me la había dado él.

Seba asintió. Se levantó y se sacudió los pantalones a la altura de las rodillas.

—Como me entere de que lo llamas, volvemos. Y no estaremos esperándote en el sofá.

—Lo que quiere decir —explicó Brizio, levantándose ya— es que si nos ves volver es porque vas a palmarla. Hasta otra, Paoletto. —Pasó por encima de él para llegar a la entrada.

Sebastiano le dedicó una última mirada al gorila, que continuaba en el suelo, y a continuación siguió los pasos de su amigo.

—Si su perro quiere esa alfombra, se la regalo.

El juez se había inclinado sobre el escritorio para observar el esmero y la precisión con que *Loba* deshilachaba la falsa alfombra de Bujará.

—*¡Loba!*

La perra detuvo el mordisqueo y apoyó el hocico en el suelo con ojillos de culpabilidad.

—Perdónela.

—¿Y esos papeles que decía? —preguntó Baldi.

Rocco le tendió el montón de folios que le había dado Chiara Berguet.

—Tenga. Hay muchas cosas interesantes.

—¿Y cómo han llegado a sus manos?

El juez cogió los folios y empezó a hojearlos.

—Por Max, el hijo de los Turrini. Lo fotocopió todo y se los dio a Chiara. Porque el chaval no será ninguna lumbrera, pero se dio cuenta de que algo olía a podrido en su casa y, claro, le dio asco.

Una sonrisa amplia, radiante, iluminó el rostro de Baldi.

—Qué cositas más bonitas hay por aquí... ¡Oh! —gritó de pronto, señalando con el dedo un folio algo arrugado.

—¿Qué pasa? —preguntó Rocco, casi asustado.

Hasta *Loba* enderezó las orejas.

—Nada. Lo sabía. ¡Lo sabía! —De pronto se levantó de la silla. Y volvió a sentarse. La excitación era evidente en cada fibra de su ser—. Esto nos va a venir muy bien, ¡nos va a venir de perlas! —Miró a Rocco—. Hace tiempo que sabíamos que los Turrini estaban conchabados con Luca Grange. ¿Quién más aparte de Chiara y nosotros ha visto estos papeles?

—Chiara, usted, yo... y Max, pero en su caso es como si los hubiera visto un ciego.

Baldi siguió leyendo los documentos.

—Seis sociedades en Suiza... Esta la conozco, esta otra también... —Parecía un niño enfrascado en un intercambio de cromos—. Esta la tengo... la tengo... ¡Ah! ¡Esta me faltaba! ¡Viber! ¡Qué bárbaro, qué bárbaro! Schiavone, esto es maná. De los dioses, y muy muy importante. —Dejó los documentos sobre la mesa—. ¿Qué puedo decirle? ¡Gracias!

—De nada. Pero tengo que preguntarle... Uno de mis agentes se encontró con un carabinero mientras le seguía la pista a Cremonesi.

—Lo sé. Lo sabemos todo. Eso lo estamos llevando nosotros.

—¿Nosotros, quiénes?

—Ya lo sabe, los vio el otro día aquí en mi despacho. Déjese de preguntas y cuénteme usted... ¿cómo va el asunto de la cárcel?

—Resuelto.

Baldi dio una palmada y se frotó las manos.

—Pero, bueno, ¿hoy qué es? ¿Navidad? ¿Sabe quién eliminó a Cuntrera?

—Sí. Lo que no sé todavía es quién se lo encargó. Bueno, tengo mis sospechas... me faltan dos piezas para cerrar la historia.

—¡Con el día de hoy, usted ha compensado meses de displicencia y blasfemia judicial! Dígame en qué más puedo ayudarlo.

—No puede. Ahora es problema mío. Me falta un detalle. —Rocco levantó un dedo y lo movió como simulando un molinillo de viento—. Tengo la sensación de que ese detalle me da vueltas y más vueltas en la cabeza, pero ¡va tan deprisa que no consigo atraparlo!

D'Intino y Deruta habían sumado otras diez páginas a la lista de huéspedes, entre hostales y hoteles de carretera, de las noches del 9 y el 10 de mayo, tal como Rocco les había ordenado. Resultaba conmovedora la dedicación que estaban poniendo. Por lo demás, se les había ocurrido una genialidad que, en su imaginación febril, sin duda simplificaría el trabajo del subjefe: resaltar con rosa las mujeres y con azul los hombres. Rocco aún no tenía del todo claro qué querían transmitir con el verde y el amarillo. Se dijo que se lo preguntaría en cuanto los viera. Encontró a Antonio Scipioni y a Italo en su despacho. Abrió el cajón con la llave. Allí seguía la Ruger, así como cuatro porros ya liados. Pero no era el momento. Buscaba las fotos que había hecho Scipioni en el restaurante.

—¿Dónde están?

—Las metí en el cajón de en medio. El que tiene llave yo ni lo toco, ya lo sabe —respondió Scipioni.

—¡Más te vale!

Las cogió. Cuatro personas en torno a una mesa. Reconoció al instante a Walter Cremonesi y a Amelia. Los otros dos, de espaldas, eran irreconocibles.

—¿Y estos dos quiénes son?

Le lanzó la foto a Antonio.

—No lo sé, no los he visto en mi vida. Uno tiene los ojos azules...

—¿Se parece a un husky?

Antonio reflexionó.

—¿Los perros esos de los trineos? Sí, puede ser.

—Vale, entonces es Luca Grange. ¿Y el otro?

—Era un hombrecillo bajo, brutote.

—¿Con muchas arrugas?

—Sí... Muchas arrugas, y camina con las piernas así.

Antonio intentó arquear los muslos transformándolos en dos paréntesis.

—Bueno, no me sale, pero vamos...

—¿A lo futbolista? —preguntó Italo.

—Sí, como si hubiese jugado al fútbol... pero con Mazzola por lo menos, porque tendrá como mínimo setenta años.

Rocco miró muy serio a Scipioni.

—¿Estás cachondeándote de Sandro Mazzola?

—Yo no, ¿por qué?

—Porque Sandro Mazzola es lo más cercano a la esencia del fútbol que ha tenido este país. Grábate esta frase a fuego en la cabeza, escríbela en la pared de tu cuarto, cómprate un póster del campeón y venéalo todos los días de tu vida.

—Pero ¡si era del Inter, no de la Roma! —objetó Italo.

—Cuando hablamos de un campeón de su talla, la camiseta es un detalle insignificante, ¡idiota! Es patrimonio de toda la humanidad, ¿entendido? —Volvió a mirar la foto—. ¿Por qué pondrías un *groom* en la mesa?

—¿Qué es un *groom*? ¿Una especialidad valdostana? —preguntó Scipioni, serio.

—No. Anda, Italo, díselo tú.

—¿Un *groom*? Es una cosa que... eso que tiene unos chismes... ¿no? —dijo, mientras dibujaba con las manos una especie de círculo.

Rocco puso los ojos en blanco.

—Vaya par de ignorantes. *Groom*, «palafrenero», «establero», o en nuestro caso, «mozo de cuadra». Repito, pues: ¿por qué dos empresarios y una chica de compañía irían a cenar con el mozo de cuadra?

—¿Una chica de compañía?

—Sí, Italo, eso es Amelia. ¿Y bien?

—No lo sé. ¿Para hablar de caballos?

—O porque el amiguito es algo más que un *groom*, ¿no?

Si hubiese estado en buenas condiciones, limpio y embellecido con una buena mano de cera, si no le hubiese faltado medio espejo retrovisor, si el parabrisas no hubiera tenido una raja de una punta a otra, si las llantas hubieran conservado los tapacubos, si las luces de marcha atrás y las de posición hubieran tenido su cobertura en vez de estar a la vista, si los neumáticos hubieran estado hinchados y sin rajas, ningún agente de tráfico de Pescara se habría fijado nunca en el Fiat Multipla verde que llevaba días aparcado al lado de la estación de autobuses. Por el contrario, aquella cafetera con ruedas había llamado la atención, y la noticia de que habían encontrado el vehículo de Corrado Pizzuti acabó llegando al puesto de la policía municipal de Francavilla al Mare, provincia de Chieti. El asunto había tomado un cariz bastante feo. De nada sirvieron las palabras de consuelo que Ciro y Luca emplearon con Tatiana, ni tampoco los abrazos de la librera. Era evidente para todos que aquel coche abandonado marcaba el inicio de algo trágico, negro y terrible.

—¿Por qué lo dejaría allí? —seguía preguntándose la rusa.

Estaba apoyada en la barandilla del paseo marítimo, de cara al mar. El viento le alborotaba el pelo y le secaba las lágrimas. Había cerrado el bar y estaba con Barbara, que intentaba ordenar las ideas.

—Si está en la estación de autobuses, será porque cogió uno, ¿no? Si no, ¿por qué?

—También podría ser que... —aventuró Barbara, pero más por consolarla que por auténtica convicción— que alguien robara el coche y lo dejase allí para volver a su casa en autobús.

—¿Y para qué robarían el coche? —preguntó Tatiana con un destello de esperanza.

—A lo mejor fue un quinqui que quería llegar a Pescara, vio aquella cafetera y la cogió.

Corrado es de los que se dejaba... o sea, de los que se deja hasta las llaves dentro.

—¿Y por no coger un autobús en el que nunca pasa un revisor y que encima te lleva a Pescara en menos de media hora va uno a jugarse la cárcel?

—¿Y si antes se dio una vuelta? ¿Y si lo utilizó para un robo?

—¿Un Multipla medio escacharrado?

Barbara lo sabía, tenía que haber otra explicación. La que fuera, menos la que Tatiana y ella misma habían deducido hacía un rato. Jugó su última baza.

—Oye, ¿y si quería desaparecer? A lo mejor hizo algo en Roma que no podía contarle a nadie. Acuérdate de estos últimos días, estaba asustado, pensativo...

Tatiana la miró a los ojos.

—Entonces no se habría escapado con su coche...

—Para que no lo encontrarán. Y por eso se fue también sin móvil. Para no dejar ni rastro. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Ir al banco a preguntar si por casualidad retiró una cantidad de dinero sustanciosa en los últimos días. Y, amiga, si lo hizo, ¡daríamos con la madre del cordero! Corrado tiene un problema gordo, pero todavía está por ahí, intentando resolverlo. ¡Te digo yo que dentro de poco dará noticias!

Ni ella misma sabía cómo había conseguido animar a su amiga, que esbozó una sonrisa. El destello de esperanza se había intensificado. Barbara les dio las gracias para sus adentros a Simenon, Le Carré y P. D. James, y se fue con Tatiana a la caja de ahorros para confirmar una intuición que, si el banquero corroboraba, cambiaría las cosas y devolvería a la vida a Corrado Pizzuti.

El perfume de las flores del campo entraba por la ventana abierta, imponiéndose a la peste de los tubos de escape. En todo el invierno, el único olor presente había sido el de la leña quemada. Y la resina de los bosques. La nieve también debía de tener un olor, pero Rocco no había conseguido catalogarlo, tan ocupado como estaba despotricando contra aquel manto helado que se le comía un par de zapatos tras otro. Ahora que la amenaza se había alejado, intentaba ponerle nombre. Pero no se le ocurría ninguno. Decidió que, igual que el disco de Newton suma todos los colores transformándolos en blanco, lo mismo podía decirse del perfume de la nieve, que los reunía todos para anularlos en su blancura. Aunque, en realidad, en cierta ocasión alguien le explicó el olor, un leñador de un pueblo de la comarca de Valtourneche. No sabía por qué le puso aquel ejemplo. Tal vez se apiadó al ver su loden y sus zapatos empapados. El hombre cogió un puñado de nieve, lo aplastó en la mano y se lo acercó a la nariz. «Hay quien dice que huele a bosque. Otros, que a rosa. Pero a mí la nieve me huele a nata», le dijo, acercándole la palma de la mano para que oliese. Rocco, sin embargo, sólo notó el fuerte aroma a madera que desprendía la mano del hombre, mezclado con cola y serrín mojado. Pero el anciano parecía hablar en serio. A él le olía a nata. Rocco sonrió ahora al pensar que él también, cuando quería, percibía el olor de Marina. Nata, agujas de pino, Marina. Al final, cada uno huele lo que quiere oler.

Volvió al escritorio. Cogió el móvil. Marcó el número de Amelia que había encontrado en el sitio web. A los dos tonos respondió una voz de mujer, cálida como un abrazo.

—Hola... ¿Quién eres?

No había pensado un nombre.

—Un amigo.
—¿Y qué quiere de mí este amigo?
—Pasarse a conocerte.
—¿Cuándo, cielo?
—Cuanto antes.
—Uyuyuy —rio la mujer—. Tenemos una urgencia.
—Sí.
—¿Y te gustaría que nos viésemos en tu casa o en la mía?
—En la tuya. Yo no tengo.
—Entonces, no eres de aquí.
—O eso, o soy un sin techo, ¿no? Pero es complicado que un sin techo pueda permitirse a alguien como tú... Amelia...
—Eres gracioso.
—Oye, las fotos de internet...
—¿Sí?
—¿Eres tú de verdad? A ver si llego y me encuentro con una sorpresa.
—Querido, ¡estás hablando con una profesional! —Jugaba a hacerse la dura—. Soy yo al cien por cien. Lo único que no se me ve es la cara. Pero porque me la reservo para los que... en fin, tú ya me entiendes, ¿no?
—Perfectamente. ¿Me das entonces la dirección?
—¿Tienes para anotar?
—Miedo me da...
—Veamos, hay que subir hacia Arpuilles... por la regional... Nada más entrar, la tercera casa a la izquierda. Una roja. Pero tienes que decirme cuánto tardas. ¿Estás en Aosta?
—Sí. Lo que tarde en salir... Un cuarto de hora, ¿te parece?
—Vale, aquí te espero. —La voz se volvió entonces fría y profesional, como los locutores al final de los anuncios de productos farmacéuticos, y añadió de corrido—: Sólo acepto dinero contante nada de tarjetas de crédito débito o cheques al portador el pago se efectuará antes del servicio.
—¿Y el descuento para estudiantes?
Clic. Fin de la llamada.

Sebastiano y Brizio habían ido a buscar a Flavio Buglioni, que vivía en el barrio de Ostiense, pero sólo habían dado con la madre. Una mujer de ochenta y cinco años que no oía ni los pitidos desquiciados de los coches del semáforo de abajo.

—¡Señora! —gritaba Brizio, mientras la mujer lo escuchaba con una sonrisa alelada en la cara—. ¡Que estamos buscando a Flavio! Flavio, ¿me oye?
—¡Flavio es mi hijo! —dijo ella orgullosa—. ¿Quieren un café?
—No, no queremos café. ¡Queremos a Flavio!
—¡Flavio es mi hijo!
—¡Virgen Santa! —exclamó Sebastiano—. Que ya nos hemos enterado, que sí, que Flavio es su hijo, pero ¿dónde está?

La mujer puso cara de no entender. Sebastiano repitió la frase, acompañando cada palabra con un gesto de la mano derecha.

—Flavio. —Señaló una foto sobre el taquillón de mármol de la entrada—. Su hijo. —Apuntó el índice hacia la anciana—. Ahora. —Mostró el reloj—. ¿Dónde está? —preguntó, apretando las yemas de los dedos entre sí y moviendo la mano de arriba abajo.

—No sé qué hora es. Tú tienes reloj, hijo mío.

Sebastiano cerró los ojos.

—Señora, ¿puede usted leer? —volvió a mediar Brizio, señalándole los ojos—. Vamos, que si ve lo suficiente.

La madre de Flavio se encogió de hombros. Brizio se llevó una mano al bolsillo, sacó un recibo arrugado, cogió el bolígrafo que había encima del mueble y escribió: «¿Dónde está Flavio?». Después le tendió el papelito a la mujer, que lo leyó apartándolo mucho de los ojos.

—¡Ah! —Sonrió—. ¿Quieren saber dónde está Flavio?

Seba estuvo a punto de abrazarla.

—Pues ¡se fue hace tres días!

Aquel diálogo a gritos amenazaba con acabar con las cuerdas vocales de los dos amigos. Brizio decidió no abandonar la estrategia comunicativa recién adoptada, que parecía funcionar. Cogió otro papelito y escribió: «¿Adónde ha ido?».

La mujer lo leyó.

—¡Ay, hijo mío, no lo sé! —gritó—. Puede que a ver a su hermano. O a casa de algún amigo.

Brizio escribió: «¿Llevaba maleta?».

—¡Anda, pues no me fijé! Se fue cuando yo estaba en la compra. ¿Quieren un café?

—¡No, gracias! —chilló Sebastiano.

A Brizio se le habían acabado los recibos de la cartera.

—Seba, dame un papel.

Su amigo se sacó del chaquetón una factura del mecánico. Brizio escribió bajo la mirada atenta de la anciana: «¿Sabe el número del móvil de su hijo?».

La mujer tardó en leerlo.

—¡Qué cosas dice! Pero si no tengo ni teléfono en casa. No, no, yo con esos chismes no hablo. Flavio tiene uno, pero ¡vete a saber el número!

Agotados, se rindieron. El último mensaje que escribió Brizio fue: «¡Adiós, señora!».

—Y si vuelve, ¿quién le digo que ha venido a buscarlo?

—Gino Bramieri y Corrado —respondió Sebastiano.

La mujer sonrió, asintió a modo de agradecimiento y los acompañó al rellano.

—¡Venga, a tomar por culo! —gritó sonriendo Sebastiano.

—Gracias, lo mismo para usted y su familia.

La madre de Flavio cerró la puerta lentamente.

—Total, no nos oye... —murmuró el oso. Empezaron a bajar la escalera parcheada y llena de humedades—. No ha podido avisarlo Paoletto. Si dice que se fue hace tres días, no puede haber sido su hermano...

—No —dijo Brizio—. O a lo mejor sí. Ten en cuenta que el miércoles pasado Rocco y yo le hablamos de la pistola. Quién sabe si no lo puso en guardia ya entonces y, para evitar jaleo, Flavio cogió y se quitó de en medio.

Salieron a la calle, donde los recibió la peste de los coches y el ruido del tráfico.

—¿Quieres que vayamos otra vez a ver a Paoletto?! —gritó Sebastiano, intentando superar el estruendo del cruce.

—No. Vamos a esperar. Tal vez sea conveniente hablar con Rocco. Y si luego, dentro de un par de días, seguimos sin nada, volvemos a casa de Paoletto y lo dejamos en el sitio.

Seba asintió. Regresaron en silencio al coche con la garganta irritada.

La tercera casa a la izquierda por la regional. Era una roja, de una sola planta. Rocco aparcó. Se volvió. *Loba* iba aovillada en el asiento trasero, con un osito de goma entre las patas.

—Cómete eso y no me muerdas el volante ni la palanca de cambios, que es un Volvo y los repuestos cuestan un ojo de la cara. Estate aquí tranquilita, ¿eh?

Abrió dos rendijas la ventanilla para que le entrara aire y bajó del coche.

La casita tenía un pequeño jardín muy cuidado y delimitado por una cerca de madera blanca. Una buena ubicación, con sol, rodeada de prados y silenciosa. Unas rosas asomaban la cabeza entre otras flores amarillas que apuntalaban el arco de forja de la cancela. En el timbre no ponía nombre. Sólo había dos letras: «A. A.». Rocco sonrió. Parecía el principio de un anuncio clasificado. Pulsó el timbre. La cerradura automática emitió un zumbido y la cancela se abrió. Atravesó un caminito de piedra y llegó a la entrada de la casa. Volvió a llamar. A los pocos segundos abrió la puerta una mujer. Cuando vio a Rocco, no mostró ninguna emoción. Sonrió.

—Pasa. ¿Ves como yo tenía razón y querías mi móvil?

Rocco entró.

Una casa moderna, con una chimenea central, un sofá Chesterfield y cuadros por todas partes. Le bastó un vistazo para evaluarlos: paisajes montañosos de poco valor. Amelia vestía un traje chaqueta gris muy sobrio, con falda hasta la rodilla.

—He reconocido tu voz por teléfono —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Nardo a espuestas.

—¿Ah, sí?

—Sí... ¿Quieres algo de beber?

Con un gesto lo invitó a sentarse en el sofá.

—No, gracias.

—¿La primera vez?

—¿De qué?

—Que pides una cita así.

—No.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eres igual que las abejas, vas de flor en flor. Pero dejas rastro.

Amelia sonrió y ambos se sentaron.

—¿Tienes alguna preferencia?

—¿Hablas de tus servicios?

—Exacto.

—¿Y qué ofrece la casa? —preguntó él.

—¿Doble penetración? ¿Te gusta el *bondage*? ¿Eres masoquista? ¿Te va el sado? ¿Una lluvia

dorada? ¿Travestirte?

Rocco se crujió el cuello.

—¿Follar es demasiado simple?

—No, yo creo que se puede hacer. ¿Alguna preferencia sobre la ropa?

—Normalmente no llevo. Ni yo, ni la compañera.

Amelia sonrió.

—Ya, pero a lo mejor tienes alguna fijación fetichista... ¿Medias, *bustier*, zapatos, sujetador?

—No. Como tu madre te trajo al mundo... ¿Es muy pervertido por mi parte?

—No sé... creo que no. —Se levantó—. Es que suelen pedirme toda clase de cosas. Anoche, un cliente me dijo que me vistiera de policía. Tuve que esposarlo y todo.

—No es para tanto. Yo lo hago muy a menudo. —Lo dijo con un leve tono de amenaza, pero Amelia no pareció darse por aludida.

—Bueno, mira, voy un momento... ¿Puedes...? —Tendió la mano.

Rocco lo captó al vuelo. Sacó la cartera y contó cuatro billetes de cien. Se los entregó.

—¿Y la factura? —preguntó Rocco.

Amelia sonrió y desapareció tras una puerta.

—Vuelvo en cuanto esté lista.

Tenía pocos segundos.

Se levantó y se precipitó sobre el bolso que había visto de pasada al entrar. No encontró más que maquillaje y un peine. Ninguna cartera. Abrió el cajón de la consola. Dos juegos de llaves y una cinta plateada para envolver regalos. Dejó atrás la entrada y se dirigió a la zona de la cocina. Rebuscó en todos los cajones: vacíos. Vacíos también los armarios. Miró a su alrededor. Había otros dos muebles. Uno junto al sofá y otro al lado de la chimenea. Pero allí tampoco encontró nada, aparte de bolas de pelusa y un clip metálico.

En aquella casa no vivía nadie. Le quedaba el buzón de fuera, pero no le dio tiempo. Amelia, cubierta con una bata transparente, lo llamó.

—Ya estoy.

«Yo no», pensó Rocco.

—¿Quieres darte una ducha antes?

—¿Huelo mal? —preguntó él.

—No. Pero a lo mejor podemos empezar con un bañito y luego... vamos viendo.

—Me parece una idea excelente —mintió.

Eso le daría un poco más de tiempo.

—Voy a ir llenando la bañera —dijo ella, y volvió a desaparecer tras la puerta.

Rocco salió pitando. Abrió lentamente la puerta de la casa, la dejó encajada y se encaminó al buzón, que por suerte no estaba cerrado con llave. Publicidad, publicidad y un poco más de publicidad. Nada, no había ninguna factura ni ningún certificado. Regresó dentro. Cerró la puerta despacio y decidió echar un vistazo al resto de las habitaciones.

Oyó el sonido del agua en el baño. Abrió la primera puerta y se encontró con un dormitorio rosa. Sólo había dos mesitas de noche, ningún armario. También vacías. La segunda habitación era una especie de estudio lleno de fotografías de un viaje a la India. También los cajones del escritorio estaban vacíos. La tercera puerta era la del baño. Sentada en el borde de la bañera, Amelia pasaba la mano por el agua, perdida en sus pensamientos.

—*De qué hes? Apéra'm s'as besonh d'ajuda?*

—¿Cómo?... No entiendo.

—Que si has encontrado lo que buscabas.

—No.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Por qué te juntas con tipos como Cremonesi?

Amelia no despegaba los ojos del agua.

—Porque son muy generosos.

—No son buena gente.

—¿Y tú conoces buena gente?

—¿Qué hacen Cremonesi, Grange y el doctor Turrini?

—Negocios.

—¿De qué tipo?

—No lo sé. No tenemos tanto trato.

—Pero bien que te vas a cenar con ellos...

Amelia levantó por fin la mirada.

—¿Me has puesto vigilancia?

—Digamos que ha sido casualidad...

—A ver, Schiavone, ¿vamos a echar ese polvo o prefieres citarme en la jefatura con mi abogado?

—Supongo que los cuatrocientos euros no se devuelven.

—Supones bien.

—Entonces dejémonos ya de poesía y echemos ese polvo.

—Te advierto que yo no beso.

—Yo tampoco.

Amelia se empleó a fondo. Era dulce, sensible y, desde luego, tenía experiencia. Tocaba donde había que tocar, fue facilísimo penetrarla. Y, mientras la poseía, Rocco le miraba la cara, los ojos cerrados. El pecho abundante parecía aún más bello sin tener que luchar contra la fuerza de la gravedad. Piel cuidada, sin estrías, piernas musculosas. La abeja tatuada en el cuello le latía bajo las venas y tenía la frente perlada por una ligera pátina de sudor. El pelo, moreno y extendido sobre la almohada, parecía movido por el viento. No debía pensar. Sólo sentir el cuerpo. Le acarició los brazos, le agarró los pechos, le tocó los muslos. El pene le ardía a pesar del preservativo, pero era un ardor tenue, casi agradable.

Rocco cerró los ojos. Las imágenes llegaron en avalancha: la cara de Caterina, la cola de *Loba*, el cabello de Marina y su mano blanca, diáfana, Giuliana Berguet poniéndose bien el collar, Adele riéndose, otra vez la cola de *Loba*, el cadáver de Cuntrera, el perfume a nardos, a prado, el libro de Anatole France, los cuadros de Fontana de los Turrini, las gafas del jefe superior. Volvió a abrir los ojos. Amelia estaba mirándolo. Se la veía impaciente. Decidió poner punto final y se corrió.

Mientras se vestía no dijo una palabra. Ella se había quedado echada en la cama, iluminada por la ventana, con cortinas plisadas de color rosa. Se ató los Clarks, se levantó y asió el pomo de la puerta.

—Creo que volveremos a vernos.

—¿Por qué? ¿Has quedado satisfecho?

—No. Creo que cuatrocientos euros es un poco exagerado. Me refería a la comisaría. Chao, Amelia. —Pero, antes de irse, le regaló un consejo—: Por cierto, «curvas» se escribe con uve.

—Mi lengua no es el italiano. Es el provenzal... *Dab plasèr*... ¡Ha sido un placer!

No entendía por qué le habían venido a la cabeza todas esas imágenes. ¿Eran notas mentales, pósits pegados a su cerebro? Lo del jefe y sus gafas era sin duda una premonición, porque Costa andaba buscándolo. Marina y Caterina, demasiado fácil para responder. ¿La cola de *Loba*? ¿A qué venía la cola de *Loba*? Giuliana Berguet con su collar... ¿Y por qué se había acordado del libro de fábulas de Chiara? «No son más que imágenes —pensó—, fotogramas de un carrete viejo». Un amigo suyo psiquiatra, con el que había pasado veladas estupendas cuando este aún vivía, le explicó en cierta ocasión que los pensamientos y los sueños rara vez son casuales. A menudo, imágenes e ideas quedan sepultados bajo las cenizas, pero basta un soplo de aire para que revivan. Volvió al coche. *Loba* había pintado con baba las ventanillas. Feliz del regreso de su dueño, saltó al asiento delantero y lo saludó olisqueándole el cuello y la cara.

—¿Qué pasa, hueles un perfume extraño? —le preguntó riendo.

La perra ladró.

—¿Estás celosa? Pero tú ya sabes cómo va el tema, ¿no? Los machos estamos hechos así...

La cachorrilla siguió lamiéndolo.

—Tenemos dos cerebros. ¡Uno arriba y otro abajo! Y a menudo el segundo le gana la partida al primero.

Metió la llave electrónica en la ranura junto al volante. En cuanto se iluminaron los testigos luminosos del salpicadero, sintió que también en el cerebro se le encendían decenas de lucecitas. Ahora lo entendía: ¡el libro de Anatole France sobre la cama de Chiara! La fábula. *Abeille*, que en francés es «abeja». Le vino una duda. Sacó el móvil y llamó a Italo.

—¿Tú hablas provenzal?

—No, valdostano. Es un poco distinto, pero, bueno, sí... ¿Por qué?

—Tienes que decirme cómo se dice «abeja» en provenzal.

Italo permaneció en silencio.

—Se lo pregunto a mi tía. Es de Castagnole Piemontese, ¿sabes?

—¡Y a mí qué coño me cuentas, date prisa!

Colgó. No tuvo que esperar ni un minuto. Un pitido le anunció la llegada de un SMS. Era Italo: «Abeja se dice *abelha*. Eso es lo que recuerda mi tía».

Abeja. Abela. El apellido del joven celador de la prisión de Varallo. «A. A.» escrito junto al timbre de la mujer.

«¿Amelia Abela?».

Tal vez, por fin, el cuadro había encontrado su marco.

—*Out!* —gritó el juez de silla.

Cientos de polillas volaban alrededor de los focos que iluminaban la pista de tenis.

—¡Qué *out* ni *out!* —protestó Vittorio Abrugiatì, que había visto dentro la volea.

—Papá, si es fuera es fuera —le respondió el hijo desde lo alto del asiento.

—Vittò, no insistas, que ha sido fuera —intervino Dario Cantalini, que le había dado una paliza a su amigo en el primer set por un contundente 6 a 1 y tenía encarrilado el segundo con un 2 a 0 y sirviendo en el tercer juego.

Vittorio le pegó una patada a la bolsa de deporte, que salió volando y vomitó tres pelotas amarillas y una toalla.

—¡Joder, pero si ha entrado por un metro!

El hijo, al que los dos amigos habían obligado a hacer de árbitro, y que sabía de tenis más que el padre porque era cabeza de serie de la región de los Abruzos, puso los ojos en blanco.

—¡Venga, papá, que era fuera!

Cantalini se frotó las manos.

—¡Cuarenta a cero y tres bolas de saque para el tercer juego! Recuerda, amigo mío, que tienes que lavarme el coche por dentro y por fuera, ¿eh?

—Todavía no hay nada decidido —protestó Vittorio—. ¡Además, encima tengo al árbitro en contra!

—¡Papá, para ya o te doy un *warning!* —gritó su hijo Carlo.

Vittorio se preparó para restar. Dario disparó un cañonazo a la línea al que su amigo ni siquiera intentó llegar.

—*Ace!* Juego para Dario, tres a cero, ¡cambio! —informó Carlo.

—¡Vete a la mierda! —bufó entre dientes Vittorio—. ¡Es que con estas luces eléctricas no hay quien vea! —protestó, acercándose a la silla para enjugarse el sudor.

—¡Que si las luces eléctricas, que si las pelotas demasiado infladas, la raqueta mal cordada! ¿Sabes qué, Vittorio? Conmigo vas listo... ¡Tu padre tiene que comer todavía muchas galletas, Carlo!

Dario y Carlo rieron juntos.

—¡Buenas tardes!

Vittorio levantó la mirada. Había dos mujeres tras la valla de la pista: Barbara y Tatiana.

—Hola, Barbara... Buenas tardes —respondió Vittorio.

—¿Puedes dedicarme luego dos minutos? —le preguntó la librera.

—¡Si te esperas cinco, termino con él y lo tienes a tu disposición toda la tarde! —le gritó Dario, mientras abría una botella de agua mineral.

—¡Juez, tiempo! —le pidió Vittorio, y se acercó a las mujeres—. ¿Qué pasa?

—Perdona, pero es que hemos ido al banco y estaba cerrado. Federica nos ha dicho que podíamos encontrarte aquí... y bueno... —Hizo bocina con la mano y le gritó a Carlo—: ¡Tu madre dice que necesita el coche esta noche, que no puede prestártelo!

El muchacho tuvo un arrebato de rabia en lo alto de la silla.

—¿Y ahora cómo voy yo a Pescara? Papá, ¿me dejas el tuyo?

—La volea ha ido fuera, ¿no? Pues ¡tú mismo te has respondido!

El banquero de la caja de ahorros se volvió de nuevo para hablar con Barbara y con Tatiana.

—Verás, es que hay un problema. Corrado lleva más de dos días desaparecido...

—¿Cómo que desaparecido?

—Que no sabemos dónde se ha metido —intervino Tatiana—. No está en su casa, el teléfono lo tiene siempre apagado y han encontrado su coche delante de la estación de autobuses de Pescara.

—Joder...

—Escucha, Vittorio, ¿Corrado no habrá ido por casualidad al banco últimamente? A retirar una cantidad sustanciosa...

El cajero miró a Barbara. Y luego a Tatiana. Tenía los ojos cercados de negro.

—Sí que vino, sí —dijo—. Hace tres días.

Una descarga eléctrica recorrió la piel de la rusa.

—Pero hizo un ingreso —continuó Vittorio—. De dos talones —concluyó, y le pareció que la muchacha se desinflaba.

—¿No sacó nada?

—No, ¿por qué?

—Porque si hubiese sacado dinero podría significar que se ha fugado a saber dónde a esconderse...

—¿Fugado? ¿Esconderse? Pero ¿de qué estáis hablando?

—Son sólo suposiciones —respondió Barbara.

—No, lo siento. Si queréis, puedo mirar mañana si ha utilizado la tarjeta en alguna parte.

—¿Me harías ese favor?

—Sí, claro. Aunque, por supuesto, yo no os he dicho nada.

—Descuida.

—Pero ¿ha pasado algo?

—No lo sabemos, Vittorio. Llevaba unos días raro. Y lo ha dejado todo sin decir una palabra.

—¡Bueno, ¿qué?! —gritó Dario desde la pista. Ya se había colocado en posición—. ¿Lo resolvemos en los despachos?

—Vete a jugar, Vittò... y gracias.

La librería le dio dos besos. Tatiana se limitó a estrecharle la mano.

—Os llamo con lo que sea...

Abrugiati volvió a la partida dando saltitos y recogiendo pelotas. Le tocaba sacar a él.

Barbara y Tatiana salieron del cono de luz de los reflectores que iluminaban la pista y se sumieron en la oscuridad del club de tenis, por un caminito que las llevaría de vuelta al coche.

—Lo siento —dijo la librería—. Lo siento mucho.

—Lo hemos intentado.

Tatiana se apretó la chaqueta como si la hubiese atravesado un escalofrío repentino. Pero la temperatura era suave, primaveral, y la brisa ligera traía el olor del mar y del verano, que estaba a la vuelta de la esquina.

—Espero que por lo menos encuentren el cuerpo.

Esa vez Barbara no tuvo fuerzas para contradecirla. Se había quedado sin argumentos. Sólo tenía esperanzas. Y sabía que, ante la lógica, la esperanza casi siempre lleva las de perder.

—No te esperaba a estas horas —le dijo Alberto Fumagalli, cerrando la puerta del depósito a su espalda—. Pero esta noche no puedo invitarte a la cena que te debo. He quedado. —Le guiñó un ojo.

—¿Tú, con una mujer? —se extrañó Rocco.

—¡Qué mujer ni qué mujer! Póquer de cuatro, a muerte. Yo, el jefe del servicio de Traumatología, un anestésista y un puñetero enfermero que siempre nos despluma.

—¿Cuánto os jugáis?

—¡Mil euros!

—Pero ¡bueno...!

—Al diez por ciento —rectificó el forense.

—¿Cien euros? ¿Tanto jaleo por cien euros? Avisame cuando subáis las apuestas.

Alberto se puso en jarras.

—A ver si me entero... ¿Quieres decir que por mil euros vendrías?

—Iría y os dejaría limpios.

—No te preocupes. Yo lo organizo. —Agitó la mano de lado, amenazante—. ¡Ojito!

—Escucha, Alberto, que es importante. El medicamento ese que encontraste en el cuerpo de Cuntrera...

—¡Para el carro! Precisemos. Descubrimos que se trataba de etiluretano por el análisis de las glándulas. Pero es una sustancia volátil y, para obtener el rastro, aún tenemos que esperar.

—Pero ¿era eso o no era eso?

—¡Sí!

—Madre mía, cuánto cuesta sacarte las cosas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Entonces, ¿qué querías saber?

—¿Dónde dijiste que se consigue?

—Es raro... Ahora ya apenas se emplea. Puede que todavía lo utilice alguien del sector veterinario, pero ya te dije que cuesta encontrarlo. Es muy complicado. Vamos, que si estás pensando que pudieron elaborarlo en la prisión de Varallo, te equivocas. Ni en el hospital. Ni en este depósito.

—Entiendo. ¿Has dicho veterinario?

—Sí, pero ¿por qué?

—Porque, poco a poco, tu subjefe favorito está juntando todas las pиеcitas del rompecabezas. Suerte en el póquer.

Alberto se rascó sus partes nobles.

La montaña de papeles sobre la mesa seguía aumentando. D'Intino y Deruta estaban haciendo su trabajo con precisión teutona. Echó en el comedero de *Loba* un puñado de pienso que guardaba en el despacho y ojeó aquellas listas infinitas. Hostellerie du Cheval Blanc, HB, Le Pageot, Milleluci. Habían ido incluso al Vieux Aosta. Los muy cretinos habían subrayado su nombre tres veces y habían añadido una exclamación. A saber lo que significaba. Italo entró sin llamar.

—Oye, ¿puedo molestarte un momento?

—Pasa, pasa.

Dejó los folios sobre la mesa. Su agente favorito tenía el rostro grisáceo y ojeras.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el sofá.

—Te aviso de que es el sofá de *Loba*. Si te salta encima, a mí no me mires.

El agente se sentó y ni tres segundos después la cachorrilla acudió a su lado, buscando caricias que Italo no le prodigó.

—Tengo problemas más importantes.

—¿Y eso?

—Caterina... —dijo Italo.

Rocco extendió los brazos.

—Pero ¿qué os pasa a todos? ¿Tú también me tomas por consultor matrimonial? Venga, a ver, cuál es el problema.

Italo sorbió por la nariz.

—Problemas, Rocco, en plural. Lo primero es que me parece que no tiene ganas de formar una familia. No quiere que vivamos juntos.

—Es normal. ¿Tú te has visto?

—¿No puedes hablar en serio por una vez? Dice que necesita su espacio. No quiere tenerme por casa, prefiere estar sola. ¡Para mí que tiene a otro!

—Tú no te enteras de nada. Lleváis muy poco juntos, a las relaciones hay que dejarles tiempo para madurar, ¿no lo sabes? Parecéis de papel de seda, en cuanto se os pone algo encima un poco más pesado de la cuenta, ¡crac!, se rompe.

—¿Cuánto tiempo?

—Y yo qué sé, Italo. Ya verás como te lo pide ella misma cuando se sienta preparada.

—¿Y si entonces yo ya no quiero?

Rocco se echó a reír.

—Italo, tú no vas a pillar a otra como Caterina en tu vida. Así que ¡tranquilo y no te salgas del tiesto!

—¿Sabes lo que te digo? Que no sé si quiero seguir así.

Rocco cortó por lo sano.

—Si le echas un vistazo al cartel que tú mismo colgaste ahí fuera, verás que los consultorios amorosos están en el noveno grado de las tocadas de cojones, si no me equivoco. Así que intenta apreciar mi esfuerzo. Pero voy a hacerte la pregunta que corta el nudo gordiano: ¿tú te imaginas una vida sin ella?

Italo reflexionó. Se miró las manos.

—¿Una vida sin ella?

—¡Exacto!

—No lo sé.

—Bien, pues cuando averigües la respuesta, vuelves y terminamos la charla. Pero tiene que ser una respuesta sincera. Pensada y meditada. ¿Entendido?

—Entendido...

Sabía que era una pregunta embarazosa. Pocos hombres eran capaces de responder con seguridad a ese dilema. Y la incertidumbre de Italo Pierron abrió para Rocco una autovía hacia la inspectora Caterina Rispoli.

—Y ahora escucha, ¿qué tienes que hacer esta noche?

Italo se encogió de hombros.

—Bien. Tú y yo tenemos una cita. Y de paisano. A ser posible, ropa negra.

Los ojos de Italo se iluminaron de emoción.

—¿Vamos a sacarnos un dinerito?

—No, vamos a descubrir una cosa. Es trabajo, amigo mío.

—Lástima. Ya no pasa nada, ¿verdad?

—¡No hace ni una semana te embolsaste varios miles de euros! ¿O te has olvidado ya del cubo con dinero que encontramos en el restaurante de Mimmo Cuntrera? Ten paciencia. Y no seas tan avaricioso.

De pronto sonó el *Himno a la alegría* de Beethoven, haciendo vibrar el móvil de Rocco sobre la mesa.

—¿Dónde...? —Lo buscaba bajo los papeles de Deruta y D'Intino—. ¿Dónde mierda...? — Por fin lo recuperó de aquel caos—. Schiavone...

—¡Rocco, muy buenas, soy Furio!

—Hombre, amigo... —El subjefe le hizo una seña a Italo para que saliera del despacho. Esperó a que el agente cerrara la puerta—. ¿Qué pasa?

—Óyeme una cosa: Seba y Brizio han seguido el rastro de la pistola que mató a Adele.

—Eso es una buena noticia. ¿Y...?

—La utilizó hace tiempo Paoletto Buglioni. Y luego, al parecer, se la dio a su hermano.

—¿Flavio?

—Exacto. Lo que pasa es que Flavio ha desaparecido. Está claro que fue él quien se la dio al asesino de Adele. Pero se ha escondido en alguna parte y me da a mí que ya no lo encontraremos.

—Bueno, pero ya es un paso. Un buen paso. ¿Estás en Roma?

—Sí, he llegado hace unas horas. Seba y Brizio no querían involucrarte, pero yo creo que tienes que saber estas cosas.

—¿Y por qué me han dejado fuera?! —preguntó Rocco, levantando la voz.

—Seba... está convencido de que como encuentres tú al asesino, acaba delante del juez. Y a él, en cambio, le gustaría tener antes una pequeña charla...

—Entiendo. No sé qué es mejor.

—Lo mejor es que llegues tú antes, Rocco. Seba es quien ha salido más perjudicado de todo esto.

—Bueno, yo diría que es Adele —lo corrigió el subjefe.

—Después de ella, me refiero.

MIÉRCOLES

El coche estaba lleno de humo de tabaco. La noche avanzaba tranquilamente, y en casa de los Turrini parecían no hacer otra cosa que organizar fiestas. Las luces estaban encendidas y había unos diez coches caros aparcados en el caminito de grava. Un labrador estaba aovillado bajo una farola y masticaba algo rojo. Una pelota, quizá.

—¿Cuánto tendremos que esperar todavía? —le preguntó Italo.

Rocco estiró las piernas.

—Hasta que se vayan todos los invitados.

El reloj del salpicadero del coche patrulla marcaba las tres.

—¿Para qué me has preguntado eso de la abeja?

—Necesitaba saberlo...

—¿Podemos poner la radio por lo menos, Rocco?

—¡No!

Italo resopló.

—Se me han dormido los huevos —se lamentó—. De vez en cuando me viene un hormigueo. ¿A ti nunca te pasa?

—No, a mí me pasa en las cachas.

—¿Puedo salir a desentumecerme?

—¡De aquí no sale nadie! —ordenó serio el subjefe.

Acto seguido, levantó un dedo y señaló un punto a los pies de la colina donde estaban aparcados. A unos diez metros de la tapia del chalet de los Turrini había un coche azul con los faros apagados.

—¿Los ves?

—¿Quiénes son? ¿Agentes del cuerpo?

—No, son los primos.

Italo no lo entendió.

—Carabineros —añadió Rocco.

—¡Ah! ¿Otra vez? ¿Están vigilando el chalet?

—Yo diría que son los mismos que pararon a Antonio.

Una risa inesperada, lejana y argentina, atrajo su atención. Varias personas estaban saliendo por la puerta principal de la casa.

—Luca Grange... y señora, posiblemente... —comenzó Rocco.

—Cremonesi con dos mujeres...

—La de la derecha la conozco. Se llama Amelia.

—Nada mal.

—¡Cuesta cuatrocientos euros!

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo sé... ¿Quiénes son esos otros? —preguntó el subjefe.

—A ver... el de la chaqueta gris... ¡mierda! Es un concejal de obras públicas.

—Con su esposa, parece... Los de la puerta son los Turrini...

—¡Mira! —exclamó Italo, señalando de nuevo el coche de los carabineros.

Aunque estaba a unos cincuenta metros, vieron claramente cómo el hombre del asiento del copiloto bajaba la ventanilla y tomaba fotos.

—También están espiándolos...

—Claro... —dijo Rocco.

—Pero ¿nosotros no estamos aquí para eso mismo?

—No. Nosotros tenemos que hacer algo que mola mucho más, créeme.

Los invitados se montaron en sus coches y uno a uno fueron dejando atrás el chalet de los Turrini. Salieron por la verja de entrada y tomaron la carretera hacia Aosta. Los dueños de la casa, por su parte, en cuanto regresaron al interior, apagaron las lámparas de la planta baja. La noche quedó iluminada tan sólo por las luces del primer piso y del torreón.

—¿Se han ido a la camita? —preguntó Italo, encendiendo el enésimo cigarrillo.

—Sí, vamos a esperar un poco más...

El reclamo de un ave nocturna resonó en la distancia. Las ramas de los árboles fragmentaban la luna casi llena. El aliento de ambos policías formaba una bocanada espesa. Por las noches, la temperatura volvía a ser la del invierno apenas transcurrido. Avanzaban en silencio, y tan sólo alguna rama rota traicionaba su presencia de vez en cuando. Llegaron hasta la tapia del chalet, justo a la espalda de la entrada principal. Rocco observó el muro: no mediría más de dos metros de altura, pero tenía trozos de botellas rotas por arriba. Localizó un hueco entre las piedras. Metió el pie y se aupó con la fuerza de los brazos. Miró con cuidado los fragmentos de vidrio.

—La pistola —le pidió en voz baja a Italo, que se la pasó.

El subjefe deslizó la corredera para comprobar que no había balas en la recámara, extrajo el cargador, cogió un pañuelo del bolsillo del abrigo, que prefería al loden para ese tipo de acciones, y envolvió con la tela el primer cristal. Con cuatro culatazos y poquísimo ruido, hizo añicos la capa de cristal cementada. Pasó al siguiente trozo.

—¿Te queda mucho?

—Me queda lo que haga falta, no me seas tocapelotas.

Seis minutos para abrir un paso decente y no correr el riesgo de dejarse la piel colgando. Le devolvió la pistola a Italo, que introdujo el cargador en su sitio, mientras él franqueaba el muro y llegaba al otro lado. Su compañero se le unió al poco y ambos se vieron en el interior de la propiedad de los Turrini.

—¿Habrán perros? —preguntó Italo, asustado.

—Claro. Un labrador y un perro lobo, así que ve despacito.

Atravesaron un soto de abetos. Un par de tilos formaban la linde. Al otro lado de los troncos,

la casa estaba a oscuras. Aparte de una luz solitaria en el torreón, ni una señal de vida.

—¡Corre ahora!

Ambos se agacharon para atravesar corriendo el césped, que reflejaba la luz de un foco encaramado a unos veinte metros de la tapia. Llegaron a una edificación de piedra.

—Bien... a ver si me acuerdo... —Rocco miró a su alrededor. Luego se decidió—: Por allí...

Avanzó hacia la derecha. Italo, sin saber aún en qué consistía la misión, lo seguía fielmente. La peste a orín y heces de caballo, mezclada con el olor a paja, se intensificaba a cada paso.

—Bien... ¡ahora por aquí! —susurró Rocco.

Llegaron por fin a las cuadras. En algún punto, un caballo golpeaba rítmicamente un casco contra el suelo. El subjefe se acercó a la cerca de madera, bajó la manija y abrió despacio. Chirriaba. La operación requirió más tiempo del previsto. Schiavone empujó con cuidado, hasta que tuvo el espacio suficiente para entrar. Y, como dos peces nocturnos, rápidos y silenciosos, los policías se colaron en los establos. El subjefe volvió a cerrar el pesado portón de doble batiente. Ante ellos se abría un largo corredor con boxes de caballos a ambos lados. Un albazano de larga crin se había asomado para ver qué ocurría. Rocco lo acarició al pasar a su lado.

—¡Si ves que echan las orejas para atrás, no lo hagas!

—Ni se me ocurriría —respondió el agente—. ¿Podrías decirme qué estamos buscando?

Schiavone no respondió. Dejaron atrás todos los boxes. Al fondo de la nave había dos puertas. Intentó abrir la primera. Nada. Sacó su navaja suiza mientras Italo seguía mirando nervioso a sus espaldas.

—Como nos pillen, la hemos cagado, Rocco.

—Como nos pillen... tú lo has dicho.

Un caballo relinchó. Italo pegó tal brinco que casi acabó en brazos de su superior.

—¡Si no me dices qué estamos haciendo, me voy!

—Tranquilo, hombre.

Rocco metió la hoja en la cerradura. La forzó dos o tres veces. Hasta que saltó. Abrió la puerta y entró con Italo a la zaga. La habitación no tenía ventanas. Rocco encendió la luz con total confianza.

Sillas de montar. Colgadas de ganchos atornillados a las paredes. De cuero negro, marrón, reinaba un olor a piel engrasada. Sobre una mesa había cinchas, salvacruces, amortiguadores, mantillas. A los lados, en el suelo, dos baúles grandes, cada uno con una etiqueta con el nombre de sus dueños: Max y Laura Turrini. Rocco los abrió: botes, cepillos, grasa para los cascos, una gorra, un par de fustas, zapatillas de deporte, botas, un portafolios vacío, una chaqueta azul con un escudo cosido al pecho.

—¡Nada!

Apagaron la luz y salieron de la habitación. Vuelta al pasillo en semipenumbra, iluminado gracias a las ventanas altas por donde entraba la luz de fuera y la de la luna. Un pajarillo voló de una viga a otra. Pierron volvió a asustarse.

—Leche, Italo, ¡pareces de pastaflora! ¡Venga, hombre!

Rocco se acercó a la segunda puerta. Que estaba abierta. Como tampoco había ventanas, encendieron la luz. Arreos, riendas, cuerdas de cáñamo, mosquetones y fustas. En la pared de enfrente, gamarras, cabezadas, protectores de cascos y de menudillos. Una estantería llena de botes de grasa para los cascos. Herraduras amontonadas en una esquina. Dos tumbonas y tres

rastrillos con briznas de paja enredadas.

—Aquí tampoco hay una mierda.

—Depende —replicó Italo—. Yo veo muchas cosas.

Por toda respuesta, Rocco apagó la luz.

Volvieron una vez más al largo pasillo de los boxes. Había una tercera estancia sin puerta, pero sólo servía para guardar dos carretillas y un cortacésped. Regresaron sobre sus pasos. Otro caballo asomó la cabeza. Este era gris con manchas negras. Como si hubiera llamado a sus compañeros, otros tres lo imitaron.

—Los hemos despertado... Ahora creen que es hora de ñam ñam. Chis, venga a dormir —les decía Rocco, empujándoles con suavidad el hocico.

En el centro había un cubículo más grande que el resto. Fuera había un cartel con el nombre: *Winning Mood*.

—Por lo visto, este es un campeón. Un caballo de varios cientos de miles de euros. —Rocco miró dentro.

—Secuestrarlo no es una opción, ¿verdad? —preguntó Italo.

El caballo estaba echado sobre un costado. Con sus ojos enormes contempló la cara del intruso que estaba perturbando su reposo nocturno.

Rocco se fijó en que el siguiente box estaba vacío. Habían levantado un muro con una puerta blindada tras una verja corredera.

—¿Y esto?

El subjefe deslizó la verja y entró. Tocó la pared. Se acercó a la puerta.

—¡Toma, qué pedazo de cerradura! —gritó.

—¿Esas las sabes abrir?

—Son difíciles. Es una Mottura.

De las dos paredes de madera que sujetaban la jamba asomaba cemento bajo las tablas.

—Estaba pensando en quitar el revestimiento, pero hay cemento por debajo. Es una habitación blindada, así que...

—¿Qué hacemos? —preguntó Italo.

—No lo sé —respondió Rocco, que miró entonces con odio aquel obstáculo de madera y hierro. Le pegó una patada—. La cosa se ha complicado...

—¿Y entonces?

—Entonces, tenemos que ir a buscar las llaves —lo dijo así sin más, como si le hubiera propuesto ir a tomar un trago al bar.

Al lado del chalet, a unos cien metros de distancia, una pequeña construcción hacía las veces de garaje. No estaba cerrado con llave. Dentro había un Jaguar, un todoterreno urbano y un pequeño jeep. Por encima del garaje, tres ventanas con otras tantas cortinas. Rocco e Italo, ocultos en un matorral espinoso de rosa canina del que habían brotado ya las primeras flores, observaban la construcción.

—Esperemos que viva ahí —dijo el subjefe.

—¿Quién?

—Dodò.

—¿Quién es Dodò?

—El *groom*.

—¡Ah! —Italo hizo memoria de la lección aprendida en la jefatura—. ¿El que estaba cenando con ellos?

—Exacto. ¿Entiendes ahora?

—Menos todavía.

Dejaron atrás el arbusto.

La puerta de entrada del pequeño apartamento estaba cerrada con llave. El subjefe intentó accionar el picaporte un par de veces, pero no se abrió.

—Nos toca subir al tejado.

—¿Al tejado?

—Sí... ¿No te has dado cuenta?

Sin esperar respuesta, dobló la esquina de la casita de piedra. Italo no tuvo más remedio que seguirlo.

Rocco cogió una pequeña mesa de forja del jardín y, con sigilo, la pegó al muro. Se subió. Luego alargó las manos y se agarró al canalón.

—Esperemos que aguante —le susurró a Italo—, si no, verás tú qué tortazo.

Se aupó. El canalón crujió, pero aguantó el peso. El subjefe estaba ya en el tejado.

—Venga, sube tranquilo, que pesas menos que yo.

Italo resopló, pero imitó a su jefe. Con cierta dificultad, se aupó también y al poco estuvieron los dos sobre las tejas del anexo.

—Ahora ve despacio, un pie tras otro, y, antes de dejar caer el peso, comprueba que la teja aguante, si no, no des el paso.

Empezaron a caminar lentamente por el tejado. Poco a poco, en equilibrio, con cuidado de no resbalar ni tropezar con nada, de lo contrario despertarían a toda la casa. Pararon a los pocos minutos.

—Ya hemos llegado —dijo Rocco, que se agachó junto a un tragaluz—. ¿Lo ves? ¡Está abierto!

También en el interior del anexo reinaba la oscuridad. Italo se volvió hacia el chalet. Estaba apagada hasta la luz del torreón. Un perro ladró a lo lejos. Schiavone ya había sacado la navaja multiusos y estaba soltando los tornillos que unían el plástico del tragaluz al mecanismo de apertura.

—¡Listo! —exclamó, y apartó la cubierta de plexiglás.

Ya podían entrar. Rocco bajó el primero.

Se vio en un cuartito con una lavadora, un fregadero y una repisa llena de detergentes y trapos sucios. Le hizo señas a Italo para que bajase. Este obedeció. Despacio, Rocco lo ayudó a apoyar la bota militar en el electrodoméstico y, agarrándolo por la cintura, lo acompañó hasta que el agente tocó el suelo. Abrieron la puerta del cuartito. Entraron en un pequeño salón, con una chimenea donde aún había ascuas.

—¿Qué buscamos? —preguntó Italo en voz baja.

—Llaves.

Del cuarto de al lado llegaba un roncar lento y continuo: Dodò dormía. Por suerte, la misión resultó más fácil de lo esperado. Junto a la puerta de entrada, en un panel de madera lleno de ganchos, había seis juegos de llaves, tres de coches y tres sin identificar. Rocco reconoció en el acto la de la puerta blindada de los establos. La soltó del gancho con delicadeza y se la enseñó al agente, que le guiñó un ojo. Un objeto llamó entonces la atención de Italo: en el mueble de la entrada, a la vista de todos, había una cartera. La cogió.

Pero Rocco se dio cuenta y se la quitó de las manos.

—No iba a robarla —protestó el agente.

—Ya lo sé, ni yo te lo iba a impedir. Tengo que ver una cosa.

La abrió. Unos cuantos billetes, pero lo más importante era lo que Rocco buscaba: el permiso de conducir suizo del *groom*, que seguía roncando en la otra habitación. Leyó el nombre.

—¡Dodò, y una mierda! Mira cómo se llama nuestro amiguito.

Italo amusgó los ojos y leyó con la poca luz procedente de la chimenea:

—Carlo...

—¡Cutrì! —El subjefe miró a los ojos al agente—. ¿Entiendes ahora?

Italo asintió.

—Me cago en...

—Eso.

Rocco devolvió la cartera a su sitio, abrió la puerta principal del anexo y salió.

—Venga, date prisa —instó a su subordinado.

—¿Y lo dejamos todo así?

—Luego lo arreglo. Pero ¡muévete ya!

Volvieron a los establos. Los caballos empezaban a despertarse. Había muchos con los hocicos por fuera de las portezuelas, moviendo los cascos. Rocco e Italo llegaron al box vecino al de *Winning Mood* y entraron. El subjefe metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de la habitación secreta.

Tres metros por dos, una nevera, grabados ingleses de hípica colgados de las paredes. Rocco abrió el frigorífico. La luz azulona le iluminó la cara. Estaba lleno de medicamentos: Fenilbutazona, Zylkene, Equanimity, Calmitan, Equiworm... Los examinó caja por caja. Leía las etiquetas y los devolvía a su sitio. Stanozol, Tefamin. Broncodilatadores, corticoides, antiinflamatorios, hormonas. Él no era ningún experto en medicina deportiva, pero se había encargado de algún caso. En aquella nevera, la mitad de los fármacos eran dopantes, cosas que había que mantener bajo llave. Y entonces una cajita atrajo su atención. Drontal plus, un vermífugo para perros. Lo conocía, era el mismo que le daba a *Loba*. Lo cogió. Le pareció extraño encontrarlo entre medicamentos para caballos. Bajo llave y en una nevera. Abrió la caja: dentro había tres ampollas de cristal. Con una misma etiqueta: «etilcarbamato». Etiluretano.

—¡Listo! —anunció Rocco, que devolvió las medicinas al frigorífico—. Y ahora, andando, Italo. Tengo que dejarlo todo bien y está a punto de amanecer. Vamos a cerrar esto y nos vemos luego en la tapia.

—¿Tú adónde vas?

—A devolver las llaves a su sitio y a atornillar el tragaluz.

De vuelta al tejado. El cielo empezaba a aclararse. Por un lado, era bueno, porque le facilitaba la difícil tarea de volver a atornillar el mecanismo de abertura del tragaluz. Por otro, si alguien se despertaba y se asomaba a la ventana, lo descubriría sí o sí. Se veía tanto como una mancha de sangre en la nieve. Respiró hondo y mantuvo la calma. Ya había devuelto las llaves a su sitio y había cerrado tras él la puerta del anexo. Arriba en el tejado, entre el frío y la humedad que había cogido durante la noche, parecía que tuviera los huesos y los nervios de las manos anudados entre sí. Le costaba mover los dedos y los tornillos eran de varios centímetros. Ya había fijado dos. Siguió con el tercero. Esperaba que Italo hubiese encontrado el lugar por donde habían bajado y que ya incluso estuviera al otro lado de la tapia. Por lo menos, si lo descubrían, asumiría él toda la responsabilidad, sin tener que involucrar al pobre Pierron. El tercer tornillo también entró bien. Cogió el cuarto. El índice y el pulgar de la mano derecha no respondieron a la orden. El tornillo se le escurrió y se cayó sobre las tejas dando saltitos. Siguió su carrera hacia el canalón, donde acabó cayendo con un sonido metálico.

—¡Me cago en la puta!

No podía perder tiempo buscándolo. Se vio obligado a abandonar a falta de un cuarto de tarea. Se incorporó. Paso a paso, cruzó de vuelta el tejado, con cuidado de no resbalar. La suela lisa de los Clarks no era muy adecuada para aquellos fines, pero por suerte salió de la prueba ileso. Se deslizó por el canalón hasta la mesita de hierro, que devolvió también a su sitio. ¡Todo listo! Estaba alejándose del anexo cuando algo llamó su atención. Asomado a la ventana del chalet, en la primera planta, Max lo observaba. Rocco se detuvo en medio del césped. Miró al chico, que levantó una mano y lo saludó. El subjefe hizo otro tanto. Max abrió entonces la ventana y le hizo señas para que se acercara. Rocco miró a su alrededor. No había nadie ni fuera ni en la casa. Corrió hasta los pies del muro exterior. El chico tenía cara de dormido.

—Buenos días.

—Buenas, Max.

—¿Le dio Chiara los documentos?

El subjefe asintió.

—¿Y ha encontrado algo?

Volvió a asentir.

—¡Haga que lo paguen caro, señor!

—Sabes que también están implicados tus padres, ¿verdad?

—Lo sé. Pero me da exactamente igual. Que hagan lo que quieran, pero con mi vida no.

—¿Estás seguro? Si desaparecen del mapa, ¿tú qué vas a hacer?

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya soy mayorcito. A lo mejor me voy con mi tío a Estados Unidos. O quizá me saque el examen de acceso de una vez. Estoy aquí para lo que necesite. ¡Y yo no he visto nada!

Cerró la ventana. Rocco le sonrió y desapareció rápidamente tras los arbustos. Mientras corría hacia la tapia, pensó asombrado en la actitud del muchacho, al que nunca había tomado muy en serio. Se arrepintió de la ligereza con que lo había juzgado. Qué típico de los viejos condenar a los más jóvenes. Cuando en realidad no es más que envidia por las cosas que han perdido para siempre.

¿Cuánto le habría costado a Max esa decisión? ¿Cuántas noches habría pasado en vela, escuchando a escondidas a sus padres, a los amigos de estos y a aquella banda de delincuentes que rondaban por su casa? Lo obligaban a frecuentar a gente como Walter Cremonesi, Carlo Cutrì o el capullo de Luca Grange. Otros chicos habrían hecho la vista gorda, interesados sólo en tener un coche nuevo y un par de tarjetas de crédito en el bolsillo. Max no. Había tomado la decisión de cambiar su vida, a sabiendas de que podía convertirse en un infierno. Pero al fin conseguiría pasar la noche en su cama, durmiendo, y no asomado a una ventana fumando y destrozándose el hígado.

—¡Son las seis y media, Schiavone!

—¿Lo he despertado, señoría? Yo estoy ya en el despacho...

—Usted no es normal. Cuando no desaparece varios días, está en el despacho a las horas más inesperadas. Espero que tenga algo realmente importante que comunicarme.

Rocco apoyó los Clarks destrozados en el alféizar de la ventana.

—Digamos que he encontrado a Carlo Cutrì. ¿Le basta?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

—¿Dónde?

—Trabaja de mozo de cuadra de los Turrini. Se hace llamar Dodò.

—¿Es... está seguro?

—Pongo la mano en el fuego. Necesito dos órdenes. Para Daniele Abela y para Federico Tolotta. Homicidio de Domenico Cuntrera.

—Espere, espere, espere, ¿qué está diciendo?

—El que lo ordenó, que es lo más interesante, fue Cutrì en persona. Por medio de Adele Abela, hermana del carcelero, de oficio acompañante profesional.

—Está usted vomitándome una serie de cosas que...

—Que ya le explicaré debidamente en la fiscalía. Pero necesito las órdenes de inmediato.

—No vayamos a dar un patinazo, ¿eh?

—No, señoría. —Rocco oyó un claxon lejano por el teléfono—. Pero ¿no está usted en casa?

Momento incómodo.

—No... Escúcheme, Schiavone. Ahora mismo no podemos vernos en la fiscalía. No es el momento.

—¿No es el momento?

—No. Hágame el favor de esperar hasta después de comer. Ya se lo explicaré yo también todo con calma.

—Está usted preocupándome, señoría.

—El que tiene que preocuparse no es usted. Es otro. Hasta luego. —Y colgó.

Rocco se quedó con el móvil en la mano sin saber qué pensar. *Loba* lo miraba con el hocico entre las patas.

—¡Buah! Yo creo que estaba con la amante y me ha colgado sin miramiento.

Llamaron a la puerta. *Loba* ladró.

—¡Pase!

Deruta y D'Intino hicieron su entrada. Se los veía apagados, descompuestos, y llevaban una pila de folios en la mano.

—¡Jefe! ¡Aquí estamos! ¡Hola, *Loba*!

—¿Qué hay?

—Hemos terminado. Sólo faltan Val d’Ayas y Cogne. —Dejaron una veintena de hojas sobre la mesa del jefe—. Estamos agotados, pero hemos hecho un buen trabajo, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Rocco, mirando las listas que acababan de dejarle delante. Llenas también de marcas fluorescentes—. ¿Podéis explicarme por qué están subrayados todos los nombres?

—Claro —se apresuró a responder D’Intino—. A ver, en rosa las mujeres, en azul los hombres, en verde las familias y en amarillo los extranjeros. Bien, ¿no?

—¿Extranjeros hombres o extranjeras mujeres? —preguntó Rocco.

D’Intino miró desconcertado a su colega.

—Todos los extranjeros.

—Y si yo buscara un extranjero hombre, o una familia, o una mujer, ¿cómo lo haría?

Acababa de plantearles un problema serio.

—¿Cómo lo haría? —repitió D’Intino para ganar tiempo.

—No podría —se rindió Deruta—. Tendría que leerlos uno por uno.

—¡Sí, hombre! No, no, tenéis que buscar algún método.

—¡Ya lo sé! —estalló Deruta—. Cogemos a todos los extranjeros y los ponemos en una hoja aparte, con los hoteles y los horarios, y luego pintamos de azul los hombres, de rosa las mujeres y de verde las familias.

—Entonces, ¿el amarillo ya no lo usaríais?

—Creo que no, jefe.

—Vale. ¡Me parece buena idea! —Rocco cogió los folios y se los entregó a los agentes—. Buen trabajo, chicos.

—¡Gracias! —respondieron, felices, los policías.

—¡Devolvedme los subrayadores amarillos! —El jefe tendió la mano abierta.

Con un gesto de fastidio, D’Intino los sacó del bolsillo del abrigo y se los entregó.

—Aquí tiene, jefe —dijo, mirando los dos rotuladores como una madre a un hijo que se va para siempre.

—Todo en orden. ¡Y buen trabajo!

—¡Adiós, *Loba*! —dijo D’Intino con tristeza, y los dos agentes salieron del despacho.

Aquel trabajito los tendría ocupados al menos otro par de días.

La mesa había quedado sepultada bajo los papelotes de los hermanos De Rege, el sobrenombre oficial de la pareja D’Intino-Deruta. Rocco vio una nota de Caterina: «De Silvestri, de Roma. ¡Es importante!».

Miró el reloj. Era demasiado temprano para llamar a la comisaría Cristóbal Colón del barrio del EUR. Y Rocco no tenía el número particular del agente romano. Se fijó entonces en que el fax parpadeaba. Se levantó, se acercó a la máquina y arrancó la página.

Querido Schiavone: tal vez no sea nada, pero puede que le sirva. Ha llegado una denuncia de una persona desaparecida. El nombre me ha puesto en guardia. Quizá pueda serle útil. Corrado Pizzuti. Por lo visto, lleva desaparecido desde el sábado pasado de su vivienda de Francavilla al Mare, provincia de Chieti. Me acuerdo muy bien de ese hombre, y seguro que usted también. Mientras, sigo con la búsqueda de personas fugadas o que hayan sido puestas en libertad últimamente y puedan tener alguna conexión con usted. Volveré a decirle

algo en cuanto tenga novedades. Suyo, Alfredo De Silvestri.

Rocco arrugó la página. ¡Corrado Pizzuti! Desde luego que le sonaba. El 7 de julio de 2007. Él iba al volante del coche.

Tardaría casi ocho horas en llegar a Francavilla al Mare. No podía perder tiempo.

Flavio Buglioni llevaba media hora llamando al interfono. Por suerte, salió una mujer del portal que le avisó:

—El portero automático no funciona.

—Buscaba a Roberta Morini... ¿está?

—Y yo qué sé —respondió—. ¿Qué soy, su madre? —Acto seguido, con una amabilidad inesperada, dejó la puerta abierta y dijo—: ¡es en la segunda planta!

—Gracias.

El bloque era una construcción fea de los años setenta, con una escalera que no habían pintado desde entonces. Entre grietas, manchas y parches de revoque caído, se comunicaba a los habitantes, por medio de pintadas gigantescas, que «Bebbo y Marta, juntos desde el 27/11/2010» y que «Me faltas como *laire*», todo junto. No se fío del ascensor y prefirió subir andando las dos plantas. Los propietarios habían decidido poner sus nombres en las puertas de manera autárquica; había quienes los habían escrito en una tarjeta, otros en una placa de metal, algunos incluso directamente en la puerta. En el número 7 de la segunda planta había dos: «Morini», «Baiocchi». Flavio pegó la oreja y llamó al timbre. Oyó que sonaba dentro. Menos mal que funcionaba. Pasos veloces. Le abrió una mujer de unos cuarenta y cinco años. Tenía una melena bicolor, morena de las raíces a la mitad y el resto, rubio estropajoso. Cara tensa, ojos enrojecidos, vaqueros y una sudadera verde donde se leía «*University of Ohio*».

—¿Sí?

—Soy Flavio Buglioni. Estoy buscando a Enzo... Enzo Baiocchi.

—Mi padre *nostá*.

—Oiga, por favor, es grave.

—Mire, a mí mi padre como si se la machaca. Él y lo que haya hecho. ¡Mal rayo lo parta!

La mujer intentó cerrar la puerta, pero Flavio se apoyó en la madera, impidiéndolo.

—No, espere, espere. ¡Déjeme entrar, por favor!

El hombre era amable y tenía cara de desesperación. Sin saber por qué, Roberta se convenció y lo dejó pasar:

—*Güeno, enga*, una cosa ligera, que estoy *liá* con la casa.

Un olor a espinacas y cebolla apestaba el aire. En la cocina, que hacía también las veces de salón, había un chiquillo de unos nueve años sentado a la mesa con unos rotuladores en la mano y un cuaderno delante. El crío se limitó a mirarlo sin una sonrisa.

—¡Tommà, tú a los deberes! Hoy no *ma* ido al colegio, dice que tiene fiebre...

Por fin el niño sonrió, mellado de un incisivo, y siguió escribiendo.

—Bueno, *usté* dirá...

—¿Delante del niño? —preguntó Flavio.

—*Delantel* niño —respondió Roberta.

—¿No sabrá dónde puedo encontrar a su padre?

—No. ¿Quién es usted?

—Soy un amigo. Vino a mi casa hace diez días. Y desde entonces no lo he visto.

—¿Le debe pasta?

—También...

—Acabáramos. Pues dese por jodido. —Roberta miró la mano del hombre: tenía un tatuaje en el pulgar. Cinco puntos. No era policía—. También estuvo *qui* hace diez días. Se quedó a dormir y luego, a Dios gracias, se largó.

—¿Y no ha vuelto a saber de él?

—Si me llama, le cuelgo el teléfono en la cara. ¿Y se *pue* saber por qué lo busca? Aparte la pasta, claro...

—Un asunto chungo. Cuanto menos sepa usted, mejor. ¿Se le ocurre dónde podría estar?

—No, no sé. Si por mí fuera, no salía la cárcel. Pero ahí está, libre como el viento. Seguro que está escondido *nalgún* lao. Si lo encuentra, avíseme. Así denunció a ese malnacido, ojalá lo metan otra vez *padentro*.

Flavio sabía que Enzo Baiocchi no levantaba pasiones allá donde iba, pero lo impresionó oír la opinión que de él tenía su propia hija.

—Además de su padre, ¿tiene usted más parientes?

Roberta reflexionó.

—No... que yo sepa. Aparte una vieja prima que vive en el campo, que a saber si no ha muerto. Yo fui una vez a verla de pequeña. Estaba medio *chalá*. Vivía con doce gatos y una cabra. Era la hija pequeña de su tía. Pero ya estará muerta.

—¿En el campo, dónde?

—Buah... Espere, a ver si *macuerdo*... Tommà, ¿cómo se llamaba el pueblo ese donde vivía la prima *elabuelo*? —le preguntó entonces al niño—. La que te conté que vivía con gatos y cabras.

El crío lo pensó un instante.

—¡Pitocco! —exclamó con una voz inesperadamente grave y catarrosa.

—Pitocco, es verdad.

—¿Y eso por dónde queda?

—Cerca de Guarcino.

Flavio sonrió apenas.

—¿Se acuerda de cómo se llama la mujer?

—No. Pero usted pregunte por la casa la majareta, que seguro le dicen dónde está. ¿Un consejo? Olvídese de mi padre, que no trae más que problemas.

—Sí, ya me he dado cuenta...

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Rocco detuvo el coche ante el cuartel de la policía municipal de Francavilla al Mare, muy cerca de Pescara, pero en la provincia de Chieti. Las necesidades de *Loba* lo habían retrasado más de lo previsto. El pueblecito parecía en pleno toque de queda; aparte de las tiendas que seguían abiertas, no circulaba ni un alma por las calles. Unos cuantos árboles consumidos por el invierno y que aún no se habían recuperado, palmeras raquílicas en un paseo marítimo estrecho y sin vida, como las casas, todas de veraneo, cerradas a

cal y canto a la espera del sol y de la temporada alta. Las olas se abatían pesadamente sobre los escollos y la playa.

Ciro Iannuzzi, cansado y aburrido, hojeaba una revista de motos y no se molestó en mirar a su interlocutor.

—Usted dirá...

—Quería informarme... —dijo Rocco, acercándose al cristal divisorio.

—Para eso está la oficina de turismo —le respondió el municipal, mascando chicle.

La goma de mascar baboseada era una de las miles de cosas que le revolvían la bilis a Schiavone. Se contuvo, sin embargo, e insistió.

—No estoy aquí de turismo. Es un asunto delicado, y si pudiera...

El agente lo miró y sonrió.

—¿Se trata de su mujer?

—¿Aquí hay que hacer un curso de comedia para ser municipal?

—Oiga, buen hombre, si no es nada urgente, aire. —Le señaló la puerta.

—¿Empezamos de cero? Bien, buenas tardes. Ahora le toca a usted, señor municipal, decir «buenas tardes».

—Ya veo que también usted ha estudiado comedia, ¿no es eso?

—Sí, en la academia de policía. —Rocco miró al municipal, que amusgó los ojos sin entender—. Soy jefe de la policía nacional, me llamo Rocco Schiavone y da gracias a Dios de que nos separe un cristal, si no, a estas horas estaría comiendo asfalto. ¿Te hace gracia ahora?

El municipal se puso serio. Se levantó.

—Hombre, podía haber empezado por ahí...

—¿Por qué, pedazo de capullo? Tú no tienes que hacer distinción alguna entre civiles y policías, ¡soplapollas! Te pagan por trabajar, así que trabaja. ¿He conseguido ya tu atención? ¿Me respondes ahora?

—Dígame.

—Corrado Pizzuti.

—¿Sí, claro, Corrado! ¿Cuándo fue? ¿El sábado? Tatiana denunció su pérdida.

—¿Qué es, un paraguas o qué?

—Bueno, es que no lo encuentra.

—¿Quién es Tatiana?

En ese momento entró sonriente su compañera, Lisa, la pelirroja de bote.

—¿Qué pasa, Ciro?

—Aquí el señor, que está buscando a Corrado. —Bajó la voz para añadir—: Es jefe.

—¡Ah! —exclamó la guardia—. Sí, Tatiana denunció la desaparición.

—Sí, hasta ahí hemos llegado. ¿Y dónde podría encontrar a esa Tatiana?

—En el bar Derby, en la piazza della Sirena. El local era de Corrado, pero sigue abriéndolo ella.

—Gracias.

Rocco se volvió sobre sus talones.

—Jefe, entonces la cosa pinta mal, ¿no? —preguntó Ciro.

Entre Tatiana y Barbara, la primera con lágrimas en los ojos y la segunda en estado de excitación, se lo contaron todo. Las sospechas, las suposiciones, los días de angustia y, luego, la noticia de la aparición del coche en la estación de autobuses de Pescara.

—Pero ¿usted conocía a Corrado? —quiso saber Tatiana.

—Digamos que nuestras vidas se cruzaron hace unos años...

—Tenía antecedentes, ¿no es cierto? —preguntó Barbara, mientras recorrían el paseo marítimo, camino del piso de Pizzuti.

—Bastantes —se limitó a responder Rocco.

No era cuestión de contarles lo del 7 de julio de hacía seis años. Era algo íntimo, un asunto personal, que tan sólo conocían De Silvestri, de la comisaría Colón, y sus amigos Seba, Furio y Brizio. *Loba* seguía al trío, atraída por aromas que olía por primera vez. Tras el murete del paseo estaba la playa y, tras la playa, el mar. De vez en cuando, la cachorrilla se subía al pequeño parapeto de piedra y observaba aquel extraño líquido gris que tanto ruido hacía y tanta espuma blanca rociaba a su alrededor, como si salivara por una galletita.

Via Treviso estaba desierta.

—Hemos llegado, esta es la verja del bloque. Corrado vive en la escalera A, en el entresuelo. ¿Llamamos a ver si nos abre alguien?

Rocco asintió. *Loba* se les unió.

—Señora, soy Tatiana, la amiga de Corrado. ¿Puede abrirme?

—¡No! —respondió una voz ácida y resquebrajada por los años.

Colgaron.

—Hay que joderse —dijo Rocco con un suspiro.

Volvió a llamar.

—¡Que le he dicho que no le abro!

—¡Policía nacional, señora, abra la puta verja!

La mujer del otro lado del interfono dudó y preguntó:

—¿La policía?

—Eso mismo. ¡Y dese prisa!

La viejecilla del primero obedeció. Entraron en el patio interior y se dirigieron al bloque A, donde la mujer ya se había asomado a una ventana para curiosear. En cuanto Barbara levantó la vista, se escabulló tras la cortina.

Volvieron a llamar a la inquilina para que les abriera la puerta de hierro y cristal. Esa vez, la vieja ni siquiera respondió y se limitó a pulsar el botón.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Barbara—. No tenemos las llaves.

Rocco no respondió. La puerta de Corrado era la primera a la derecha.

—Me estoy encomendando a esta cosita —dijo Rocco, sacando su navaja suiza.

Últimamente no hacía más que descerrajar puertas. Lo bueno era que estaba recuperando la maña.

—¿Qué hace? —preguntó la librera sonriendo.

—¿Usted qué cree?

A los veinte segundos, el mecanismo de la cerradura saltó. Barbara y Tatiana se miraron,

inseguras. Fue la primera la que se armó del valor necesario para hacer la pregunta.

—¿Estamos seguros de que es usted policía?

Rocco la miró con la puerta ya medio abierta.

—Por supuesto, señora, ¿quiere que le enseñe las credenciales? —La mirada del policía quemaba—. Quédense fuera, no vaya a ser que nos encontremos con un buen pastel.

Encendió la luz. Las dos mujeres obedecieron, pero sin dejar de asomar la cabeza por la puerta para, pese a todo, echar un vistazo. Rocco entró en la cocina. Dos platos en el fregadero y el grifo goteando. El mar rugía fuera. *Loba* lo seguía con el hocico pegado al suelo, se había transformado en una aspiradora. El dormitorio estaba desordenado. En el baño había un cepillo de dientes y cosas de aseo. En el bidet yacía una botella de agua oxigenada vacía. El albornoz colgado tras la puerta estaba seco. Igual de seco que el plato de ducha. Entró en el salón. Un sofá con cojines encima. Un televisor antiguo. Un aparador con cachivaches. Al lado, sobre las baldosas claras, destacaban unas manchas oscuras. Parecía óxido. Rocco se inclinó e imitó a *Loba* pegando la nariz al suelo. No cabía duda.

Sangre.

Impidió que el animal la lamiese y salieron juntos del piso. Cerró la puerta tras de sí. Los ojos de las mujeres eran cuatro signos de interrogación.

—Vosotras creéis que no estaba solo, ¿verdad?

—Sí, había alguien con él. Pero ¿qué ha encontrado?

Por toda respuesta, Rocco sacó el móvil.

—Voy a llamar a la jefatura de Chieti —las informó.

Tatiana y Barbara escucharon en silencio. La librera abrazó a su amiga.

—Subjefe Schiavone... Póngame con la unidad judicial... ¿Francè? Soy Rocco Schiavone... Bien, gracias... Tenemos un problema en Francavilla. Via Treviso, quince... Te espero aquí.

—¿Qué problema hay? —preguntó Tatiana con voz temblorosa, aunque ya lo sabía.

—Señora, a Corrado no volveremos a verlo.

Sólo entonces, cuando por fin obtuvo la respuesta a aquella pesadilla que llevaba días persiguiéndola, Tatiana clavó la vista en el cielo y se amustió como un viejo pañuelo usado.

Loba corría a su aire por la playa desierta. Estaba pasándosele pipa: se acercaba al agua, ladraba a las olas que rompían cerca, intentaba morderlas. Se quedaba pasmada cuando veía que eran incorpóreas y se deshacían en cuanto las rozaba con los dientes. Rocco, sentado en el murete, había dejado el asunto en manos de sus colegas de Chieti. Habían asesinado a Corrado Pizzuti. ¿Quién y por qué? Al registrar la casa y hurgar en los cajones, en el armario y hasta en la lavadora, no había encontrado nada interesante, más allá de los dos platos en el fregadero y la sangre del suelo. Sentía el cansancio encima. El viento lo despeinaba. A lo lejos, mar adentro, alguien se divertía navegando a todo trapo con un velero.

El *Himno a la alegría* del móvil hizo añicos sus pensamientos. Llamaban de la jefatura.

—Rocco, ¿dónde estás?

—En los Abruzos, Italo.

—¿En los Abruzos? ¿Haciendo qué?

—Lo que me sale de los huevos. ¿Qué quieres?

—¡Aquí tenemos una buena montada! ¡Te busca el jefe, te busca el juez! Una cosa exagerada. Hay una rueda de prensa dentro de media hora. ¿No lo has oído por la radio?

—No, ¿por qué?

—Han hecho una redada. Los de Investigaciones Especiales han arrestado al matrimonio Turrini, a Walter Cremonesi, a Luca Grange y a un par de concejales por la historia de las licitaciones. ¡Una movida gorda! ¿Cuándo vuelves?

—¡Joder! —dijo Rocco, y cortó la comunicación.

Barbara había dejado a Tatiana en la cama. De Lullo, su marido, el contable, estaba viendo un programa de Canale 5.

—Dejémosla descansar —dijo la librera.

El hombre cogió el mando y apagó el televisor.

—Entonces, ¿está muerto?

Barbara asintió.

—Tatiana lo presentía.

—Ya.

—¿Por qué lo habrán matado? —dijo él.

—No lo sé, no lo entiendo. Al parecer, había alguien en su casa y es posible que lo asesinara esa misma persona. Creo que tenía que ser alguien de su pasado.

Una tos convulsa sacudió al contable. Barbara corrió a la cocina, pero, cuando volvió con el vaso de agua, la tormenta ya había pasado.

—Qué pena, de verdad —dijo el hombre, y se enjugó los labios con un pañuelo—. Aunque a mí Corrado nunca me gustó. A Tatiana sí.

La librera bajó la mirada.

—¿Puedo contarle un secreto? —prosiguió De Lullo—. Es verdad que no me gustaba nada, pero para mí era importante, porque me queda poco. Y me alegraba saber que Tatiana no se quedaría sola. Cuando a uno le llega la hora y tiene tiempo suficiente, lo suyo es ir dejándolo todo en orden, ¿no le parece?

—No hable usted así, por favor.

Él rio quedo, con la boca cerrada.

—¿Qué esperaba de un contable? Es triste hablar de estas cosas, pero ¿por qué no? Así es la vida. —Miró a su alrededor—. Le dejo esta casa, y ahora que hemos arreglado los papeles, también algo de pensión. Pero la pregunta que me quita el sueño es: ¿encontrará a alguien que me sustituya?

Barbara no sabía qué responder. No quería decir nada.

—Se lo digo con total sinceridad. Para mí, Corrado era una especie de póliza de felicidad para Tatiana. Porque se la merece, ¿sabe? No ha tenido una vida fácil. Desde pequeña no ha hecho otra cosa que trabajar. Estudiaba y trabajaba. Llevaba a casa dinero y buenas notas. —De Lullo se miró la cara en el reflejo del tubo catódico apagado—. Merecía algo mejor que un vejistorio. ¿Sabe, Barbara? Estoy tan podrido por dentro que no me valen ya ni las piezas de recambio.

—¿Quiere que le prepare algo de comer?

—No, ya me sacaré algo congelado. Hay unos ñoquis a la sorrentina.

Tatiana había seguido toda la conversación desde el otro cuarto. A las lágrimas por la muerte de Corrado se añadieron nuevas por el contable. Después, ambos llantos se sumaron y se excluyeron entre sí. Se incorporó. Se alisó la camisa, se puso los vaqueros, se calzó las pantuflas y se fue a la cocina a preparar la cena. Su marido odiaba los congelados.

Otras siete horas de viaje de los Abruzos a Aosta, perseguido por la modorra y por la noche, portadora sana de faros que ciegan. *Loba* dormía en el asiento trasero, que había llenado de arena. Rocco recibió cinco llamadas, complicadas y largas, y dio las gracias al misterioso ingeniero que había inventado el *bluetooth*, por permitirle hablar a la radio del coche y oír la voz de su interlocutor directamente por los altavoces, en vez de trepanarse la oreja con los auriculares. La primera e interminable llamada del jefe superior duró desde la salida de Teramo hasta la de Ancona Sur. Costa se quejó de su ausencia durante la rueda de prensa por las detenciones.

—¡Fruto de la labor de todas las fuerzas del orden, Schiavone, incluido usted!

Siguieron después tres con Baldi. En la primera, de Senigallia a Rímini Norte, el juez le dio las gracias por los documentos y la revelación sobre Carlo Cutri.

—No se preocupe —le había dicho—. No diré su nombre. ¡Mañana no saldrá en ningún periódico!

En la segunda, de Ímola a Módena, Rocco tuvo que explicarle toda la historia de la cárcel por lo menos cuatro veces, que si el patio, que si las llaves del módulo 3. La tercera les llevó todo el trayecto de Reggio Emilia a Milán Sur; Rocco le hizo entender que había que resolver rápidamente el problema del arresto de los asesinos de Cuntrera. Ahora que quienes lo habían ordenado habían dado con sus huesos en la cárcel por otros delitos, debían actuar con rapidez antes de que aquellos se asustaran y levantaran el vuelo. Por último, ya en Pont-Saint-Martin, destrozado por los kilómetros acumulados en un solo día, a la una y media de la noche, con los párpados cerrándosele y los ojos hinchados por el sueño, le entró la quinta llamada, esta vez de Anna, una conversación hecha de silencios, suspiros y de «no sé para qué te llamo». Tras unos inicios agresivos al borde de la histeria, había acabado transformándose en una confesión: Anna estaba mal, experimentaba un vacío físico y existencial, tenía miedo de haber errado toda su existencia, no sentía ya ni una pizca de autoestima. Pero al final, cuando por fin Rocco logró conducir la charla hacia el carril muerto de la despedida, Anna volvió a desatar una agresividad feroz que había terminado con un «¡vete a la mierda, Rocco!» desgranado entre dientes y la consecuente interrupción de la llamada. Cuando a las dos y cuarto el subjefe aparcó el Volvo delante del Vieux Aosta, tenía dos cosas claras: necesitaba dormir y no volvería a mirar a una mujer en su vida.

JUEVES

LA CIUDAD EN SUS GARRAS

En el día de ayer, las fuerzas de la Dirección de Investigación Antimafia, comandadas por el coronel Gabriele Tosti, y efectivos de la Agrupación de Investigaciones Especiales practicaron el arresto de una organización mafiosa de empresarios que se había hecho con el control de numerosas licitaciones y actuaba bajo el paraguas de diversas sociedades italo-suizas. Son numerosos los apellidos notorios implicados. Luca Grange y su cuñado, Daniele Barba, presidente y director ejecutivo de Arquitectura Futura, el doctor Berardo Turrini, jefe de servicio del hospital, y su esposa Laura, exdirectora de la Caja de Ahorros del Valle, Walter Cremonesi, hoy vinicultor y en el pasado terrorista ligado a la delincuencia milanesa, y, por último, Carlo Cutri, el mozo de cuadra del doctor Turrini, que en realidad es miembro del clan calabrés de los Mileto y está relacionado con el rapto de Chiara Berguet, hija del famoso empresario Pietro Berguet, secuestro que hace apenas dos semanas terminó con un feliz desenlace gracias a la acción de los agentes de la jefatura de Aosta. En el punto de mira de las investigaciones ha estado la concesión de las obras del hospital y de dos ambulatorios regionales a Arquitectura Futura, la empresa que se la arrebató a Edil.ber, de Pietro Berguet.

Hoy es un gran día para nuestra ciudad, pero este cáncer que ha envilecido la parte noble y honesta de nuestra sociedad y que ha sido extirpado gracias a la labor acertada y heroica del juez Baldi, de la fiscalía de Aosta, debe servir de advertencia para...

Rocco volvió la página. Tendría que haber dormido para compensar las horas de sueño perdidas, pero a las seis estaba ya en pie y sentado en el bar. El café de Ettore no lo había ayudado a recuperar la conciencia, y la lectura del periódico lo aburría más que un espectáculo de danza.

¿EL CASO CUNTRERA, RELACIONADO CON LOS SONADOS ARRESTOS?

Y mientras la fiscalía y Antimafia realizan importantes arrestos en nuestra ciudad, cosechando los frutos de meses de investigación y de trabajo, es oportuno preguntarse qué ha pasado con el caso de la calle Piave. La muerte de Adele Talamonti en la casa del subjefe Rocco Schiavone sigue envuelta en el misterio. No ha habido ninguna información desde la jefatura. En un primer momento se encargó del caso Carlo Pietra, el jefe de la Brigada Judicial de Turín, que se fue de Aosta hace varios días. La única noticia

que se ha filtrado es que Schiavone fue enviado a la prisión de Varallo para investigar el homicidio de Domenico Cuntrera, vinculado con el clan mafioso de los Mileto, responsables del secuestro de Chiara Berguet.

Es lícito preguntarse si este detenido estaba relacionado de algún modo con la sociedad empresarial mafiosa que llevaba campando a sus anchas en Aosta desde hacía un tiempo. Sin embargo, en la fiscalía los labios siguen sellados en torno al caso Talamonti. De ese asesinato, tal vez encallado por las propias fuerzas del orden, pero que desde las páginas de este diario seguimos recordando, pedimos en voz alta explicaciones y resultados. Tampoco ayer el jefe superior Costa lo mencionó y, ante nuestras insistentes preguntas, se escabulló y prefirió no responder. ¿Qué se oculta tras el caso Talamonti? ¿Qué tramas están urdiendo las altas esferas de la jefatura para no encausar a uno de sus hombres por responsabilidad objetiva penal? ¿A qué esperan la jefatura y el juzgado de esta ciudad para abrir una investigación seria e intentar ponerle nombre y apellido al asesino de la pobre Adele Talamonti?

Sandra Buccellato

Quizá había llegado el momento de hacerle una visita a la periodista. La mujer seguía empeñada en atacarlo. Sin embargo, con los años, Rocco había aprendido una cosa: a no responder. A no entrar al trapo. Eso era lo que quería Buccellato. Buscaba una reacción, y si él caía en su trampa, la periodista se pasaría otros tres meses presumiendo de su rendición. Schiavone no, él había escogido la vía del silencio. De la intangibilidad. Ignorar esos artículos, quedarse en otro plano, reduciendo a meras salvas los cañonazos y proyectiles del periódico. El atento lector que nunca había leído una réplica del subjefe en las páginas del diario comprendería que el policía no perdía el tiempo con peleas de patio de colegio, sino que estaba en su despacho trabajando, consiguiendo resultados y ganándose el sueldo. Pero Rocco tenía ganas de pelea. De haber escrito el artículo un hombre, habría subido a la redacción, lo habría cogido por el cuello de la camisa y le habría pegado un cabezazo seco contra el puente de la nariz. Sin embargo, con Sandra Buccellato no podía. Arrugó el periódico y se levantó de la mesa.

—¡Vamos, *Loba*!

La perra lo siguió con el hocico manchado con las migas de cruasán que había recolectado en la acera.

Se fumó el porro en el trayecto entre la piazza Chanoux y el juzgado. No era lo mismo que estar repanchingado en su sillón de cuero, pero era mejor que nada. Cuando entró en la fiscalía, notó que aún no se había aplacado la descarga de adrenalina provocada por los arrestos del día anterior. Decenas de personas yendo de un despacho a otro, voces que se perseguían por los pasillos, un par de carabineros uniformados transportando carpetas en compañía de un secretario judicial. La puerta de Baldi estaba abierta. El juez, de pie pero inclinado sobre su mesa, revisaba unos documentos. *Loba* se lanzó sobre la alfombra para seguir con su trabajo.

—¡Schiavone! —El juez fue a su encuentro con una sonrisa—. ¡Menudo día! —Le estrechó la mano.

—Sí, hace muy buen día. Ha salido el sol...

Baldi se echó a reír.

—¡Qué sol ni qué niño muerto! ¡Le hablo de los arrestos!

—Ya. El tema es que...

—No me lo fastidie, se lo ruego. Tengo una gran noticia que darle. Van a volver a abrir la licitación y Pietro Berguet podrá entrar de nuevo a concurso. ¿Contento?

—Como unas pascuas. Ahora escúcheme...

—¿Qué?

—El caso Cuntrera.

Baldi apartó decenas de documentos hasta dar con las dos hojas que le interesaban.

—*Promissio boni viri est obligatio!* Aquí tiene las órdenes de arresto contra Daniele Abela y Federico Tolotta.

—Bien. Aunque tarde, dado que la noticia de la relación entre nuestras investigaciones en la cárcel y la redada que ha hecho usted ya estaba esta mañana en el periódico. Se ve que hay alguien que larga.

—¡En la fiscalía no!

Como siempre, Baldi se defendió con uñas y dientes de tales acusaciones.

—Tampoco en la jefatura. Porque, aparte de mí, no lo sabía nadie. No pasa nada, señoría, no es nada nuevo, pero, como le dije ayer por teléfono, tiene que añadir un tercer arresto.

—¿Un tercero?

—Sí, Amelia Abela, de oficio acompañante. Ella fue el eslabón entre los mandantes y los asesinos.

—Pero esa Amelia... Abela ¿es pariente de Daniele?

—Es la hermana. Lo he investigado.

—¿Y quiénes son los mandantes del homicidio?

Rocco se quedó pensativo.

—Cutri, Cremonesi, Turrini... ¿Todos los implicados en el asunto de las licitaciones?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque hay algo que...

Baldi lo interrumpió extendiendo los brazos en un gesto de impaciencia.

—Nooo, Schiavone, ¡por favor! ¡Déjese de dudas! De darle vueltas a lo mismo. ¿Ha llegado a una conclusión? Bien, ¡pues yo digo que cerremos ahí la historia!

—Sí, puede que tenga razón. Aunque hay algo que no me encaja.

—A ver —dijo Baldi con resignación.

Rocco se fijó en que la foto de su mujer había vuelto a desaparecer de la mesa.

—Si Cuntrera ya estaba arrestado y él tenía los papeles que lo han ayudado a usted a hacer todas esas detenciones, ¿para qué eliminarlo?

Baldi se encogió de hombros.

—¿Venganza? ¿Miedo? En fin, Cuntrera sabía cosas. A lo mejor los chantajeó, en plan «o me sacáis de aquí o acabo con vosotros»... Y a saber los secretos que se habrá llevado a la tumba. Secretos que ahora nos toca descubrir exprimiendo a ese puñado de hijos de mala madre que hemos puesto entre rejas. ¿Qué se cree, que por arrestar a cuatro personas hemos ganado la guerra? ¡Esto es sólo una batalla, Schiavone!

Rocco miró al juez.

—¿Usted cree? Puede ser... ¿por qué no? Sólo tengo que verificar que Cuntrera y Cutri estuvieron en contacto durante la detención.

—Bien. Confírmelo. Confirme todo lo que quiera. ¡Y sonría por una vez! ¡Hemos conseguido una victoria!

—Otra cosa... A Cremonesi... habría preferido arrestarlo yo. No me gusta nada llegar con la mesa puesta.

Baldi sonrió.

—Si quiere, lo tiene ahí abajo. Está esperando a su abogado, un tal Ferretti. Messina y yo vamos a empezar a apretarle las tuercas. ¿Quiere tener una charlita con él? Es un favor que le concedo en nombre de nuestra amistad.

—Entonces, ¿somos amigos?

—Hoy sí.

Bajó la escalera acompañado de Baldi, atravesó un par de pasillos por los que nunca había pasado y llegó ante una puerta donde montaba guardia un carabinero que en cuanto vio al juez se puso firme.

—¿Está dentro mi compañero, Messina? —preguntó Baldi.

—No, señoría. Está Cremonesi.

—¿Solo?

—Sí, pero sigue esposado.

Baldi abrió la puerta e hizo pasar a Rocco.

—Lo espero arriba...

En la habitación había únicamente tres sillas y una mesa metálica. Cremonesi estaba sentado con la camisa desabrochada y arrugada, ya no tenía el aspecto arrogante de su último encuentro. Los ojos, en cambio, seguían siendo igual de negros y afilados.

—Mira quién es —dijo.

La cadena de las esposas que lo tenían sujeto a la mesa tintineó. Rocco avanzó dos pasos. Se apoyó en la pared: no quería sentarse frente a aquel hombre, prefería observarlo de lejos.

—¿Cómo va eso, Schiavone?

—Muy bien. Ya te dije que pensaba volver a metértela doblada...

—En cuanto pase todo este revuelo, se asiente la polvareda y nadie se acuerde de nada, volveré a estar libre y feliz. ¿Quieres saber un secreto? Las cárceles son coladores. No pueden retener a gente como yo. —Esbozó una sonrisa que le resaltó la cicatriz de la barbilla—. ¿Tienes un cigarro?

—No fumo.

—¿Para qué has venido?

—¿Qué tienes que ver con el homicidio de Cuntrera?

—¿Otra vez? Pero ¿tú crees que yo iba a mover un dedo por un microbio como Mimmo Cuntrera?

—Ya, pero bien que tenía documentos que os implicaban. A ti y a tus queridos colegas. Cremonesi escupió en el suelo.

—¡Chorradas! Te lo he dicho, dentro de dos o tres años como mucho, vuelvo a estar en la calle.

—Ya te gustaría... Puede que eso valga para los Turrini, para el concejal o para Grange. Son de la vieja burguesía, tienen apoyos políticos, siguen perteneciendo a la sociedad respetable. Pero ¿tú? ¿Dónde están tus amigos de Roma y de Milán? Han desaparecido del mapa, si no, no hubieses venido aquí arriba a elaborar vino. Te habrías quedado en tu casa del Coliseo, ¿o me equivoco? Ya no tienes las espaldas cubiertas, capullo. Y vas a pagarlas todas juntas. —Se acercó al criminal—. Aquí en la fiscalía son muy traviesos, ¿lo sabías? Te van a poner mirando a La Meca. Y te vas a pudrir en la cárcel, que lo sepas.

—Y cuando salga iré a follarme a tu mujer.

—¡Lo tuyo es fijación, Cremonè!

—Das pena, Schiavone.

—Tú sigue intentando cabrearme, a ver si así te pongo la mano encima, ahora que estás esposado, y ya te las arreglas tú con el juez. Pero verás, Cremonesi, te vas al trullo. Y te quedarás allí. Y si alguna vez consigues salir, te juro que hago que vuelvas a patadas. Eres mi principal preocupación. —Rocco abrió la puerta y añadió—: Y, créeme, eso no es bueno. ¡Porque no tengo nada más que hacer, pedazo de mierda!

Una capilla ruinosa en la nacional, un surtidor, cajas desperdigadas de cualquier manera, un cruce y una vieja pancarta que anunciaba el municipio de Pitocco, una pedanía de Vico nel Lazio, en la provincia de Frosinone, donde en julio se celebraba la feria de los abortos. O eso leyó Flavio Buglioni en la tela tendida entre dos viejos árboles.

El gasolinero, un hombre con una barriga en la que cabía un minibar entero, le explicó que, por suerte, no eran abortos, sino *abbotos*, una especie de rollitos de tripas que en julio debían de ser mano de santo.

—Ando buscando la casa de la prima de un amigo mío que se llama Enzo Baiocchi. Pero no sé su apellido.

—¿Y no *sacuerda* del nombre de pila? —preguntó el gasolinero, mordiendo el palillo que tenía encajado entre los incisivos negros.

—No. ¡Lo único que me han dicho es que pregunte por la majareta!

—Aaah. Ya sé quién dice. Pero no sé si está viva siquiera. ¡Hace la tira años que no la veo!

—¿Y sabría decirme dónde vive?

—Tiene que subir... por ahí, ¿lo ve? —Le señaló un camino de tierra que se internaba en los sembrados—. Le echa unos quinientos metros... Ve un cruce, tuerce a la derecha y, al otro medio kilómetro, ha llegado. Si sigue en pie, la casa es una muy ruinosa que apesta a gato que da gusto. Y que sepa que la vieja es rara. Aquí nadie le habla. ¿Le pongo gasolina?

La casa seguía en pie. De una planta, sin revoque, el tejado se había combado por dos partes y una chimenea asomaba torcida entre las tejas. Las ventanas estaban tan parcheadas con cinta adhesiva que no hacía falta ni cortinas para tener intimidad, en el supuesto de que en aquella casa siguiera habiendo de eso. Un murete sin rejas rodeaba la propiedad. La carrocería de un Ritmo descansaba

sobre cuatro ladrillos. La maleza infestaba lo que en otros tiempos había sido un jardín y recubría una vieja fuente de piedra con una pila circular vacía y un amorcillo enmohecido en lo alto. Flavio se bajó del coche y se puso las gafas de sol. Mayo había explotado. Plumas de algodón volaban por el aire y un aroma a flores mezclado con herrumbre corría impulsado por el viento.

—¿Hay alguien? —preguntó, mientras abría lo que quedaba de la cancela de forja desmenuzada por el tiempo.

La puerta se encalló con un terrón a mitad del recorrido, pero Flavio logró pasar de canto entre dos viejos hierros puntiagudos y entrar en el jardín. En otros tiempos debió de haber allí, bajo las hierbas y las flores del campo, un caminito de tierra batida. Una lagartija salió disparada tras una piedra. Las hormigas se afanaban en rayar de negro el mantillo.

—¿Se puede?

Flavio llegó a la puerta de entrada. Buscó con la mirada algún gato, señal de la presencia de la dueña, pero no vio ninguno. Tampoco se olían los orines ni había ningún viejo cuenco con restos de comida o agua. Un timbre antiguo se había salido de su hueco en la pared y estaba ahora sujeto en precario equilibrio por un par de cables rojos. No se atrevió a tocarlo. Golpeó la madera con los nudillos. La puerta tembló y cayeron trozos de barniz viejo. Esperó unos segundos y volvió a llamar. Más fuerte. Nada de nada. Decidió ir hasta la ventana más cercana. Apoyó las manos en el cristal e intentó escrutar el interior. Una habitación con el suelo lleno de polvo y las baldosas desportilladas. Vio un sillón de terciopelo verde y una vieja chimenea ennegrecida por el humo. En las paredes, pequeños cuadros o fotografías habían dejado su marca sobre el papel pintado, que estaba despegado en numerosos puntos. Algún que otro papelucho. Una mesa polvorienta con trozos de revoque encima, caídos directamente del techo. El estado de abandono era manifiesto. Flavio se alejó del cristal y volvió a observar la casa. Decidió rodearla, por si por atrás veía señales de vida. Dando amplias zancadas para evitar dientes de león y maleza, llegó hasta una pequeña caseta con la puerta arrancada. Se acercó. Dentro había dos palas oxidadas, una rueda de carretilla pinchada y un serrucho colgado de un clavo. Un velo de telaraña revestía varias botellas vacías sobre una repisa de madera podrida. En aquella parte, la casa tenía dos ventanas, una con los postigos claveteados y la otra con el cristal manchado de cagarrutas de pájaro y una raja en el centro. Escudriñó el interior, pero sólo vio un viejo aseo compuesto por un váter ennegrecido por el moho y una bañera pequeña con estrías de óxido. Únicamente le quedaba la ventana con los postigos claveteados. Aunque desde esa no se veía nada. No reparó en el detalle, pero los clavos que fijaban las tablas estaban nuevecitos.

Al otro lado, en el silencio de la casa abandonada, una sombra observaba el rostro de Flavio. Fumaba en silencio. Desde la penumbra, tenía la certeza de que aquella molestia se iría tarde o temprano; sólo tenía que quedarse allí como una araña, a la espera. Y si el otro intentaba entrar, la 6,35 que tenía apoyada en los muslos cumpliría una vez más con su deber. La sombra sonrió con la idea de que, si se veía en la obligación de apretar el gatillo, la pistola mataría al hombre que se la había vendido.

Flavio se apartó de la ventana. Miró alrededor. La hierba estaba aplastada, aunque tal vez había sido él mismo.

—¿Enzo! —gritó—. Enzo, ¿estás ahí? ¡Soy Flavio! ¡Tengo que hablar contigo!

No obtuvo respuesta. Volvió sobre sus pasos y rodeó otra vez la casa. Cruzó de nuevo la cancela de forja a medio abrir y se montó en el coche. Echó un último vistazo a aquella ruina y se

fue.

Enzo Baiocchi aplastó el cigarrillo con el zapato. Se tendió en el viejo colchón que había sido de su tía, cogió una botella de Peroni y la apuró de un sorbo. Luego estrelló el botellín contra la pared y el cristal saltó en mil pedazos.

—¡Dichosos los ojos, Rocco!

—¡Que suenen las campanas! ¡Que corran ríos de champán! ¡Que declaren fiesta nacional el día de hoy! —gritó el subjefe—. ¡Caterina Rispoli me ha llamado por mi nombre!

La inspectora se puso colorada y le entraron ganas de recuperar las palabras y guardárselas de nuevo en la boca.

—Eh... bueno... —logró decir.

—Pero dime, Caterina, ¿qué vienes a hacer a mi despacho a la hora de comer?

—Tienes una visita. Una pareja...

—¿Una pareja?

—Los Berguet. Quieren saludarte y darte las gracias.

—¡No me jodas! ¡No! Pero ¿qué he hecho? ¡¿Me he casado con ellos o qué?! —gritó Rocco.

—Chis —lo mandó callar Caterina, llevándose el índice a la nariz—. Habla bajo, que te van a oír.

—No quiero verlos. ¡No los soporto! Primero la mujer, que tiene problemas con el marido, luego la hija, después el marido, que se vuelve loco... ¿Qué se han creído que soy, orientador psicológico? ¡Que se vayan a la Seguridad Social! Diles... diles que no me encuentras, que me he muerto, que he contraído una enfermedad contagiosa, ¡invéntate cualquier chorrada, pero líbrame de ellos!

—No puedo. ¡Sabes que has llegado!

Rocco reflexionó.

—Pues si no te creen, hazlos pasar, ¡que vean con sus propios ojos que no estoy!

Caterina hizo una mueca.

—Pero, si los dejas entrar, te van a ver.

—¡Sólo verán a *Loba*, confía en mí! Y cuando los hayas largado, vuelves y te asomas por la ventana.

Caterina asintió, perpleja, y salió de la habitación. Rocco corrió a abrir la ventana, se descolgó por el otro lado y se quedó fuera de la jefatura, sobre la marquesina que cubría la entrada. Se acuclilló. Esperó. Aprovechó para recoger unas cuantas colillas de porros más. Pasó un minuto. Su subalterna no daba señales de vida.

—Pero ¿qué mierda hace? —maldijo entre dientes.

Siguió a la espera. Tal vez fuera hora de entrar de nuevo en el despacho. «¿Cuánto tarda uno en asomarse para ver que el subjefe no está?», pensó.

Mientras lo asaltaban esas dudas, alguien salió de la comisaría, justo por debajo del tejado sobre el que estaba escondido. ¡Eran los Berguet! Si se daban la vuelta en ese preciso instante, lo verían allí encaramado, en precario equilibrio encima de la marquesina de la entrada. Un transeúnte levantó la vista y lo vio en aquella extraña postura. Rocco le hizo señas para que se metiera en sus asuntos y siguiera su camino. El hombre rio y se alejó. Justo cuando los Berguet

abrían las puertas del coche, empezó a sonar el *Himno a la alegría* del teléfono de Rocco. Con un brinco felino, el subjefe se quedó hecho un cuatro de bastos sobre el tejado. Pietro Berguet había levantado la mirada hacia la ventana de la primera planta, atraído por el sonido del móvil. Entretanto, Rocco logró sacar por fin el cacharro vociferante. Era Baldi. Tenía que contestar.

—Dígame, señoría —respondió con voz estrangulada.

—Lo llamo por algo importante. Daniele Abela y Federico Tolotta se han olido la tostada. Han desaparecido.

—Mierda... ¿Y Amelia?

—A ella la hemos cogido. ¿Quiere tener otra charlita...?

—Ya veremos...

—¿Qué hace? Le noto la voz rara... forzada. ¿Está subiendo escaleras?

—No —respondió con la espalda pegada al tejado—. Todo en orden.

—Y le diré algo más: el hecho de que los dos guardias se hayan escapado ante la noticia del arresto del grupo Turrini-Cremonesi dice mucho sobre su culpabilidad.

—Desde luego.

—¡Hasta pronto, Schiavone!

Baldi colgó sin dejar que se despidiera. Rocco se guardó el teléfono en el bolsillo. Asomada a la ventana, un metro por encima de él, estaba la inspectora Caterina Rispoli, que lo miraba, tumbado aún en el tejado.

—Rocco, tú no estás bien. Será mejor que entres antes de que se asome el jefe.

—Sí, mejor será...

Se aupó por fin y franqueó la ventana con la ayuda de la inspectora.

—¿Qué han dicho los Berguet?

—No les ha hecho gracia, pero te están muy agradecidos.

—Muy bien. ¿Qué hora es?

—La una y media.

—¿Vamos a comer algo?

—¡Yo he comido hace ya una hora!

Rocco resopló.

—¿Qué manía tenéis aquí con comer en horario de hospital!

—¡Ahí está! ¡Señor subjefe! —Un grito retumbó por el despacho y *Loba* ladró. Era D'Intino. Llevaba un montón enorme de folios—. ¡Listo!

—¿El qué?

—La historia de los extranjeros. Lo hemos subrayado todo todo. Y además hemos terminado con los hoteles. ¿Qué hacemos ahora Deruta y yo?

—¿Cómo que qué hacéis? ¿No os lo había dicho ya? Tenéis que hacerme la lista de todos los huéspedes provenientes de Roma. ¿Estamos?

D'Intino entornó los ojos.

—¿De todos?

—¿No te ves capaz? ¿Quieres que le encargue un trabajo tan meticuloso e importante a Caterina?

D'Intino miró con odio a la inspectora y, picado en su orgullo, casi se puso en posición de firmes.

—¡Jefe, no sea así! ¡Nosotros empezamos esto y nosotros lo terminaremos!

Dicho esto, salió del despacho haciendo una media vuelta.

—¿No puedes encargarles algo más útil? —preguntó Caterina.

—No. Y además, ¿quién sabe? ¡Lo mismo resulta utilísimo!

—Me habías pedido la dirección de Amelia Abela en Aosta.

—Sí, la casa donde vive, no donde recibe.

Caterina lo miró extrañada.

—¿Y cómo sabes tú dónde recibe?

—Soy policía, Cateri, y hay cosas que los policías sabemos.

—Y entonces, ¿por qué no sabes dónde vive y me lo preguntas a mí?

Rocco extendió los brazos, en un gesto de rendición.

—Bueno, sea como sea, el caso es que Amelia Abela vive en via Laurent Cerise, detrás del juzgado.

—Voy a ir a echar un vistazo al piso.

Amelia vivía en la tercera planta de un bloque de via Laurent Cerise, la misma calle donde su jefe le había encontrado casa a él. Cuando tenía ya listas la navaja suiza y la tarjeta de crédito para abrir la puerta, llegó en su auxilio un hombre de unos sesenta años. Era el portero del inmueble, que, ante la visión de las credenciales policiales, había ido por las llaves del piso.

—Una chica estupenda —comentó mientras abría las tres vueltas de la cerradura—. Trabaja en una constructora... ¿Y cómo es que la policía necesita echar un vistazo a su casa?

Rocco le puso una mano en el hombro.

—Usted se llama Paolo, ¿verdad?

—Paolo Chinoux —afirmó, orgulloso, el portero.

—Bien, señor Chinoux, temo que hay alguien que quiere meter en problemas a Amelia. Y necesito unos documentos para exculparla.

Paolo negó con la cabeza.

—Ah, ya, ya. Hoy en día, con las licitaciones y esas historias feas, hay que tener los ojos bien abiertos.

—Usted lo ha dicho.

Schiavone entró en el piso. Lo primero que llamaba la atención era lo moderno del diseño. La luz exterior se filtraba en el salón a través de dos ventanas que daban a la calle. Los muebles estaban tapizados de piel clara, del mismo color que las paredes. El olor a nardos reinaba por doquier.

—Ya puede irse, Paolo. Lo llamo en cuanto termine.

El señor Chinoux retrocedió sin volverse, como un mayordomo inglés, y cerró la puerta. Rocco miró la casa, desanimado. Había decenas de sitios donde buscar, aquello podía llevarle horas. Lo primero que comprobó fue si había alguna caja fuerte en la pared. Miró detrás de los cuadros, en el dormitorio, en dos armarios empotrados. Hasta en el baño y la cocina. Comprobó también todos los interruptores, porque sabía que los últimos modelos de cajas de seguridad estaban hechos para parecer placas de enchufes. Esa primera pasada le llevó más de media hora. Se quitó el loden, lo lanzó al sofá y se dispuso a rebuscar en los cajones. Empezó por el

dormitorio. Y esa vez la buena estrella le echó una mano: en la mesita de noche, junto a un joyero, encontró un pequeño álbum de fotos con tapas de cuero. La tercera instantánea lo hizo sonreír de alegría. La sacó lentamente de la funda de plástico y se la guardó en el bolsillo. Con esa prueba tenía de sobra.

—Listo, señor Paolo —le dijo al portero al salir del bloque.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—¡Por supuesto! ¡Amelia tiene las espaldas bien guardadas!

Habría querido añadir «entre rejas», pero no le pareció oportuno.

Esperaba a Amelia en la sala de interrogatorios de la prisión de Aosta, una estancia que Schiavone conocía bien: una mancha de humedad en cada esquina, la silla de plástico, la ventana en lo alto, las paredes verde mohoso. Empezaba a hartarse de tanta cárcel. Sentado con las piernas estiradas, no se movió cuando la mujer entró. Llevaba un chándal rosa con un conejito de pedrería en el pecho. Zapatillas de deporte del mismo color sin cordones, el pelo suelto y los ojos resaltados por una sombra igualmente rosa.

—Mira quién es... —dijo sin un asomo de sonrisa.

En cuanto se sentó, el perfume de nardos golpeó la nariz de Rocco.

—¿Cómo está?

Ella rio.

—¿Hemos vuelto al usted?

—¿Cómo estás?

—Hecha una mierda, gracias. Y ahora, si no te importa, que sea una cosa rápida, no tengo ganas de estar aquí contigo.

—¿Por qué? —le preguntó Rocco, mirándola.

—No eres una compañía muy agradable.

—No, me refería a por qué te implicaste para eliminar a Cuntrera.

—No sé de qué me hablas.

—Hay que joderse. Siempre la misma historia. Venga, Amelia, que tu hermano está en la cárcel de Varallo y lleva hora y media hablando con los magistrados. Yo sólo quería saber quién te había obligado a hacerlo.

Ella lo escrutó antes de responder.

—No te creo.

—Me la trae floja.

Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Entonces, ¿se puede fumar? —preguntó Amelia.

—Yo sí, tú no. —Dio una calada generosa—. No me obligues a contarte la historia de siempre, que si colaboras es mejor, que si colaboras verás qué bien. Tú no conocías a Mimmo Cuntrera, así que ¿por qué involucraste a tu hermano? Dinero, imagino... Los que te pagaron están también detenidos, y es cuestión de tiempo que hablen. Es que, verás... aparte de Cremonesi, que está acostumbrado a la cárcel, los demás no tienen ni idea. Médicos, directoras de banco, arquitectos, políticos. A esa gente la cárcel no le sienta bien. Yo sólo te digo una cosa: tómales la delantera. Puedes chuparte mucho menos tiempo si admites que sólo los pusiste en contacto con tu

hermano.

—Y así pringo a mi hermano, ¿no?

«Vaya, tiro errado», pensó Rocco.

—Tu hermano está ya enmarronado y está enmarronándose a ti. Dice que no sabe por qué tuvo que liquidar a Cuntrera, que sólo hizo lo que tú le pediste.

Rocco apagó el cigarrillo tirándolo al suelo.

—No te creo.

—Amè, haz lo que te parezca. Pero ¡al que se llamaba Carlo Cutrì, y no Dodò, lo conocías!

—¿A quién? ¿Dodò? ¿Ese quién es?

—Voy a enseñarte una fotito que un subordinado mío muy diligente tomó el otro día en el restaurante Santalmasso.

Sacó un sobre del bolsillo, escogió la primera foto y se la enseñó.

—¿Lo ves? Eres tú con Cremonesi y este que está de espaldas es el bueno de Dodò, que no era el mozo de cuadra de los Turrini, sino Carlo Cutrì...

—¡Esa foto no demuestra nada!

Se la devolvió al subjefe.

—Claro, por eso he traído esta otra.

Del mismo sobre extrajo una segunda fotografía que retrataba a Amelia y Carlo Cutrì, abrazados y sonrientes. Al fondo, dos caballos hociaban en la hierba.

—¿La reconoces? ¡Mira por detrás!

Amelia le dio la vuelta. En el dorso se leía: «*Winning Mood*, 2 de mayo de 2012».

—¿De dónde la has sacado?

—De tu casa. No en la que recibes, sino en la de via Laurent Cerise. Qué valor tienes, vivir detrás del juzgado. Pero, dada la situación, tal vez le venga bien a tu abogado. ¿Sabes que a mí también me encontraron un piso en esa calle, pero lo rechacé?

—Aposté cien mil euros por *Winning Mood* —dijo Amelia con una sonrisa amarga—. Es un campeón.

Rocco le sonrió.

—Estás de mierda hasta el cuello, Amelia. Piénsatelo. Es como en el béisbol, ¿sabes cómo se juega?

—No.

—Si el bateador llega primero a la base, se salva, pero si el receptor atrapa la bola antes de que él pase el plato, se va a la calle. Con los magistrados ocurre lo mismo. Llegas antes que ellos, y a lo mejor te salvas.

Rocco se levantó arrastrando la silla por el suelo.

—Tiempo para pensar no te falta... ¡Cuídate!

Habían escogido la enoteca Croix de Ville para la cena pendiente. Rocco y Alberto Fumagalli daban lentos sorbos a un Fumin local, a la espera del postre, dos tartas de chocolate cuya sola vista anulaba la salivación. Habían rebañado los platos y, para rematar, Alberto había pedido un bis de escalopines de pollo.

—Es la primera vez que cenamos juntos —comentó el forense.

—¿Estás emocionado?

—«Asqueado» sería un calificativo más acertado. —Acto seguido, alzó la copa—. ¡Esta va por ti, por haber encontrado al asesino de Cuntrera!

Se bebieron el vino de un sorbo. Alberto las rellenó.

—¡Y esta, por que muera el que entró en tu casa! —Repitieron el brindis—. ¿Hay novedades?

—Algún avance que otro, pero lo único que tengo claro es que estaba en la cárcel. Si no, habría actuado antes.

—¿O en el extranjero, quizá?

—O en el extranjero.

Una chica trajo los postres. No había ni apoyado el plato cuando Alberto lo atacó.

—Parece que no hayas comido en tu vida.

—Pago yo, ¿no? —dijo el forense con la boca llena—. Entonces, si no te importa...

La tarta se deshacía en la boca.

—Dime una cosa —reanudó la charla Fumagalli—. ¿Por qué tienes esa cara tan triste?

—¿La tengo?

—Pues sí...

—Es normal en mí.

—La tienes más triste de lo habitual.

—Creo que es una cuestión de hormonas. Cuando llego al final de este tipo de mierdas, me da el bajón.

—Pero deberías estar contento. Lo has pillado, lo has metido en la cárcel... Bueno, venga... No lo pienses y concéntrate en la tarta.

—El caso es que tengo un mal presentimiento.

—¿Respecto a qué?

—Al asesinato en la cárcel. Me da la sensación de que la historia no fue del todo así. No me cuadra que ese grupito de gente bien sea quien encargó el homicidio del desgraciado de Cuntrera. Estoy convencido de que se me escapa algo.

—Consúltalo con la almohada. Mañana tendrás las ideas más claras.

—Ahora que estamos lejos de morgues, cadáveres, sangre y otros divertimentos, debo confesarte una cosa.

Alberto paró de masticar, miró a Rocco y le preguntó:

—¿Eres homosexual?

—No. Y además tú serías el último hombre que intentaría tirarme.

—Vaya, y yo que había fantaseado un poco con la idea...

—Bueno, ¿quieres oír la confesión o no?

—¡Venga!

—Eres una persona muy valiosa. Y le doy gracias a Dios por haberte encontrado aquí. Sin ti, las cosas habrían sido mucho más complicadas.

Alberto se limpió la boca, devolvió la servilleta a las rodillas, bebió un sorbo de vino. Rocco lo imitó. Se quedaron en silencio hasta que llegó la cuenta.

He comido demasiado. No puedo dormir. Tendría que aprender de Loba. Me quedo mirando la

luz del techo. Rosa.

—Total, ya mismo nos vamos de aquí —digo. A nadie. No hay nadie.

Estamos yo y un perro dormido. El rosa pasa de claro a oscuro y luego a morado. Un dos tres. Un dos tres.

No estás. No vuelves. Entonces, lo decías en serio.

—¿Lo decías en serio?

Tengo las manos y los pies fríos.

—He estado leyendo sobre los cuantos. Son partículas del electrón que sólo se vuelven visibles cuando colisionan entre sí. Y luego desaparecen. ¿Lo sabías?

¿Adónde van? Hay algo que nunca nos han dicho. Algo que de vez en cuando se presenta aquí, entre nosotros, pero que luego desaparece a la misma velocidad con la que ha aparecido, sin dejar rastro. Ni olor.

—¿Dónde estás?

Hace bien en irse.

—Aquí hay dientes, sangre y garras, Marina. Cortan, arañan, hacen sangre. Mira cómo se me ha quedado a mí la piel. Parece que esté lleno de tatuajes.

Pero, si cierro los ojos, la veo. De espaldas. Sentada a la orilla del mar. La llamo. No se vuelve. La llamo de nuevo.

—Marina, ¿no me respondes?

Sacude los hombros. Está riendo. Después se vuelve lentamente. Pero el sol me ciega y no consigo verle la cara. Se hace visera con una mano para que no le dé la luz en los ojos. Me lanza un beso.

VIERNES

—Italo, perdona que te moleste en mi despacho —dijo Rocco nada más entrar por la puerta: su subalterno estaba tendido en el sofá con unas fotografías en la mano—. Oye, ¿te importa añadir otra tocada de cojones en el cartel de fuera?

—Dime —respondió el agente, incorporándose.

—«Invasión del perímetro existencial». Sé que para ti es un concepto inaprehensible, pero ponlo en el octavo grado. O mejor en el noveno.

—¿Invasión?

—... del perímetro existencial. ¿Lo comprendes? Cada uno tiene sus espacios, sus tiempos...

—Lo mismo que dice Caterina.

Italo se levantó. Tenía una expresión triste. Además, para colmo, acarició a *Loba* entre las orejas.

—¿Para eso has venido? ¿Para agobiarme con vuestra historia de amor?

—No, he venido para decirte que ha llamado el juez. Han detenido a Daniele Abela en San Remo. Llevaba encima una mochila con veinticinco mil euros en dinero contante.

—¿Pensaba jugárselos?

—A saber... Del otro, en cambio, de Tolotta, aún no se sabe nada.

—Bueno, no irá muy lejos.

—Estaba mirando por casualidad esta foto...

Se la enseñó a Rocco: era la de Amelia abrazada a Carlo Cutri.

—¿Y...?

—Que yo he visto antes a esta mujer.

—En internet. Es acompañante.

—Yo no entro en internet para esas cosas.

—¿Qué quieres que te diga, Italo? Te la habrás cruzado por la calle aquí en Aosta. Está de muy buen ver, habrá disparado tus fantasías. ¡Ah, espera! Ahora que lo pienso, es verdad que la viste. La otra noche, cuando fuimos de excursión a casa de los Turrini, ¿te acuerdas?

—Como para olvidarme...

—Estaba allí. Salió de la casa con los demás invitados.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Son las nueve ya. Si no te importa, ¿me dejas solo?

—¿Qué tienes que hacer?

Rocco se disponía a responderle, pero Italo se adelantó:

—A mí qué me importa. Entiendo, perdona...

El agente salió del despacho con la cabeza gacha.

«A este muchacho le hacen falta unas vacaciones», pensó Rocco, que se repantingó en el sillón. Había llegado la hora. Abrió el cajón con la llave. Cogió el canuto, lo encendió. No le había dado tiempo a echar el humo de la primera calada, cuando el timbre del teléfono le taladró los oídos. Levantó el auricular.

—Schiavone...

—¡Suba! —Era el jefe superior.

—¿Qué ocurre, señor?

—¡He dicho que suba!

Encontró a Costa tras el escritorio. Serio, con el semblante grisáceo pese al día soleado.

—¡Siéntese! —Le señaló el sillón del otro lado de la mesa. Le lanzó un periódico—. ¡Lea!
Rocco lo abrió. El titular de la página era una auténtica patada en el estómago:

¿ASÍ GASTAN EL DINERO
DE LOS CONTRIBUYENTES?

Debajo, una fotografía de Rocco en cuclillas sobre la marquesina de entrada de la comisaría. Seguía un artículo chispeante e irónico sobre las actuaciones de la policía nacional en la ciudad, y no faltaba la típica indirecta sobre el caso de la calle Piave, aún inmerso en el misterio más absoluto. Por supuesto, llevaba la firma de Sandra Buccellato.

—Estoy convencido de que podrá darme un millón de explicaciones, Schiavone, pero sólo quiero una: la verdad. ¿Qué hacía ahí fuera?

—Huir.

—¿De qué, si puede saberse?

—De los Berguet. Vinieron para darme las gracias. Me había tragado ya tres sesiones de psicoanálisis con la madre, el padre y la hija. No los soporto más, me tienen hasta la coronilla.

—¿Y para evitarlos salta por la ventana?

—Sé que fue un gesto imprudente, impulsado más por la desesperación que...

Costa se echó a reír.

—Se lo juro, Schiavone, esto es como la segunda parte de la peliculita de los hermanos De Rege contra los camellos. ¡Para enmarcarlo!

Rocco no sabía si unirse a las risas o abstenerse. Una cosa estaba clara: en esos momentos toda la ciudad, incluida la fiscalía, estaba viendo esa foto. Y tal vez hasta los Berguet.

—¡Schiavone, no se puede quedar más como el culo! Esto es como para pedir un traslado a la otra punta de la península.

—¡Encantado, le tomo la palabra!

Costa se levantó de golpe.

—Pero también quería felicitarlo. Ha hecho un trabajo excelente. Y a estos de los periódicos los manejo yo a mi antojo, tengo la rueda de prensa a mediodía. Esta vez, como comprenderá, no lo invito a asistir. ¿Cuál es la versión oficial de su presencia... cómo decirlo... «felina» sobre el

tejado?

—¿Que estaba reparando una fuga de agua?

—No.

—¿Un control de seguridad?

—¿Qué se cree, bombero?

—Sugierame usted algo...

—Estaba en el tejado para recuperar su alianza, que se le había caído.

—¿Mi alianza?

—Así destacamos que es usted un hombre de familia, su devoción a una promesa dada, y envolvemos su persona en un halo romántico.

—Mi mujer está muerta, Costa.

—Eso es un detalle sin importancia.

—Será para usted...

—Lo sé. Pero... a grandes males... Ya sabe cómo son los gacetilleros estos, ¿no?

—Por cierto, ¿no conocerá usted a la tal Sandra Buccellato?

Costa asintió como un viejo sabio.

—¿Quiere saber la verdad?

—Ya que estamos hablando con el corazón, jefe...

Su superior respiró hondo.

—Es mi mujer, o, mejor dicho, mi exmujer.

A Rocco se le cayó la mandíbula del estupor.

—¿Su exmujer?

—Sí —admitió con gravedad el jefe superior.

—¿La misma que lo plantó por un redactor de *La Stampa* se ha hecho periodista?

—Y no sólo eso: para colmo, se ha mudado a Aosta.

—No me lo puedo creer.

—Pues créaselo. Pero ya se me pondrá a tiro. ¿Sabe eso que dicen...? El mundo da muchas vueltas, de este a oeste, y tarde o temprano...

—¿Es una amenaza?

—No, es geografía.

Sonrió enseñando los dientes.

—¿Se da usted cuenta de que esa mujer lleva días atacándome con sus artículos? ¡Y era todo por su culpa!

—Pero ¿qué dice, Schiavone? ¡Si acaso sería yo quien tendría que tomarla con esa cabrona! ¡Abandonó el techo conyugal! Aunque hoy mejor dejarnos de techos con usted, ¡me plantó de un día para otro! La tiene tomada con el cuerpo de policía en bloque. Y usted es miembro de ese cuerpo, por mucho que, si me lo permite, la cosa siga sonando un poco rara. Al menos en eso estaremos de acuerdo, ¿no?

—Pues sí.

—Ya me la han enseñado en la jefatura —dijo Rocco ante el periódico que Baldi, con una sonrisa en los labios, le había puesto delante.

Loba no se lanzó a comerse los flecos de la falsa Bujará. Estaba pensativa, observando la ventana, atraída por el cordón de las cortinas.

—Me parece descacharrante. ¡El policía sobre el tejado! ¡Le juro que nunca había visto nada igual!

Se lo veía contento. La foto de su mujer había vuelto como por arte de magia a la mesa. A modo de réplica, o quizá para obtener una explicación definitiva a ese vaivén, Rocco le preguntó con cara de pocos amigos:

—Mire, pues ya que hablamos de fotos, ¿podría explicarme por qué la de su mujer va y viene de la mesa?

Baldi frunció el ceño.

—¿La foto de mi mujer? ¿Esta? Pero ¿qué dice, Schiavone? ¡Esta foto no se ha movido de aquí!

Rocco, por su parte, arqueó las cejas en un gesto de escepticismo.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. ¿Por qué iba a quitarla? ¡Es mi mujer! —Sin embargo, no parecía muy convencido; más bien daba la impresión de recitar de memoria un guión—. Pero hablemos de Cuntrera. Nuestros amiguitos —se refería al hatajo de criminales trajeados que habían arrestado— niegan toda implicación en el homicidio. El único que no ha hablado es Cutri, que está metido hasta el cuello. Turrini y su mujer afirman que en su vida han visto a Cuntrera. Mienten. El secuestro de Chiara Berguet formaba parte de un plan muy sutil, ¿sabe?

—Hasta ahí llego. La raptaron para actuar en dos planos: el retorcido del chantaje, en el que Cutri desempeñó el papel principal, y el del descrédito.

—Así es. Comprando al que era la mano derecha de Berguet, para luego exponer su vínculo con la banda que había secuestrado a Chiara y pringar a Edil.ber para siempre. A mí me parece un buen motivo para liquidar a Cuntrera.

—¿Por qué, porque podría haber revelado todo ese tinglado?

—Exacto. —Baldi estrelló un puño contra la mesa—. El secuestro, las disposiciones que tomaron. Muy listos, la verdad. ¿Y la acompañante, Amelia, la hermana del guardia, largó algo?

—Nada. Aunque es evidente que lo sabe todo. Bastaría con averiguar quién le dio esos veinticinco mil euros al hermano...

—Complicado. Estamos haciendo el seguimiento de las cuentas bancarias, pero si descubrimos que una de sus sociedades suizas pagó esa cantidad al asesino a sueldo, ¿sabe qué relación tendrá Turrini con ella?

—Ninguna.

—¡Señor Schiavone! —La voz de Caterina Rispoli retumbó a sus espaldas.

—¿Ya estamos otra vez con el usted?

Caterina bajó la voz y dijo:

—No, pero es que... quizá aquí, en medio del pasillo, sea mejor...

—Anda, cuéntame.

—Dos llamadas. El agente De Silvestri, comisaría Cristóbal Colón de Roma.

Rocco se precipitó a su despacho, seguido por la inspectora.

—Ha dicho que era urgente. ¿De qué se trata? —terminó Rispoli.

Rocco llamó a su antigua comisaría. Caterina no sabía si quedarse o irse. Él le hizo señas para que se sentara.

—Comisaría Colón, díga...

—Agente De Silvestri, por favor.

—¿De parte de quién?

—¡Del subjefe Schiavone!

Sonido de fondo: pasos por el pasillo, descargas electrostáticas, una impresora a lo lejos, más pasos.

—¿Jefe? —La voz familiar de Alfredo De Silvestri.

—¿Qué ha pasado, Alfrè?

—¿Se acuerda de la búsqueda que me confió? ¿La de personas fugadas o recién salidas de la cárcel?

—Claro que me acuerdo. Por cierto, me he tropezado con un cadáver. Bueno, el cadáver todavía no lo han encontrado, pero seguro que está muerto.

—¿Quién?

—Corrado Pizzuti, el que estaba desaparecido.

—Entonces, creo que no voy desencaminado.

—¡Cuenta!

—Hace un par de semanas hubo una fuga. Desde la enfermería de la cárcel de Velletri. En su momento no le di importancia. Pero luego volví a pensarlo, lo relacioné con Pizzuti...

—¿Quién era?

—¡Enzo Baiocchi!

Rocco colgó el teléfono sin despedirse siquiera de su viejo amigo de Roma y se puso a rebuscar angustiado entre los folios de D'Intino y Deruta. Coloreados como arcoíris, parecían apuntes de tercero de primaria. Encontró la última anotación de sus agentes: ¡Corrado Pizzuti se había alojado en el hotel Piedimonte, en Pont-Saint-Martin, la noche del 9 de mayo!

Palideció.

—¿Por qué no lo he leído antes? ¡Seré capullo!

Se golpeó la frente con la mano abierta. La inspectora lo observaba. Rocco tenía los ojos brillantes y parpadeaba sin parar, como si una descarga eléctrica le atravesara el cuerpo.

—Caterina, mira, voy a tener que ausentarme, debo bajar a Roma y...

—¡No! —se opuso su subalterna—. Acabas de volver de los Abruzos, tienes unas ojeras espantosas. ¿Y quieres dejarme aquí con el perro para que vigile a D'Intino y Deruta? Para eso está Antonio. Y también Italo.

—¿Quieres impedirme que...?

—No te impido nada. Yo voy contigo y nos turnamos al volante. Siempre y cuando me expliques qué está pasando.

—El asesinato en mi casa. Es posible que tengamos un nombre.

—Pues con más razón, soy policía y trabajo en el caso.

—Caterina, es que...

—No es una sugerencia, ¡es una orden!

Rocco sonrió.

—¿Y desde cuándo una inspectora le da órdenes a un subjefe?
—¡Desde que el subjefe razona como un niño puesto de éxtasis!
—No puedes venir con el uniforme.
—¡Tengo una muda en el despacho! —replicó Caterina, que salió corriendo por la puerta.
Rocco fue disparado hasta su mesa. Cogió las llaves del coche.
—¡Loba!
La cachorra se le acercó.
—Te lo pido por favor: sé buena con Caterina.
Salió del despacho a toda prisa.

El penal de Velletri se levanta en medio de una meseta cercana a Cisterna di Latina, en las Lagunas Pontinas. Sobre ese valle, en otros tiempos una marisma habitada por mosquitos anófeles y boyeros de la Maremma que habrían desafiado al mismísimo Búfalo Bill, y hoy un campo habitado por mosquitos tigre y camorristas que desafían al Estado, se perfila la cárcel cual absceso de cemento.

Rocco conocía al director y a un par de funcionarios. Lo llevaron al pabellón C, a la enfermería por donde había huido Enzo Baiocchi hacía quince días.

—Salió de la sala quitando este barrote, luego seguramente esperó en el patio a que llegara el camión de la basura, se subió y recuperó la libertad —le explicó Francesco Selva, el director de la prisión, que tenía unos cuarenta años estupendamente llevados—. Buscamos entre sus cosas, pero no había nada que pudiera darnos una dirección. Fuimos también a ver a la hija, que vive en Roma, por via Casilina, pero nos dijo que ni ella lo había visto ni él la había llamado. Digamos que no tienen una relación muy buena.

—¿Puedo echar yo también un vistazo?

—Claro, tú mismo.

Selva lo condujo hasta el almacén donde guardaban las pertenencias de los presos.

—Con el personal reducido al mínimo, esto se ha convertido en un colador.

Rocco asintió.

—Estamos por debajo del cuarenta por ciento de efectivos. Unos turnos matadores por un sueldo miserable. Ya me dirás cómo vamos a...

—Harán un indulto de los suyos y excarcelarán a unos pocos. Como siempre.

—Ya. ¿Te digo lo que yo haría?

—Claro, Francè.

—Legalizaría el uso de las drogas blandas. Así sí que se vaciarían las cárceles.

—No puedo estar más de acuerdo...

Atravesaron dos puertas de hierro accionadas desde el interior, y una funcionaria salió a su encuentro con una caja. Se la entregó al director y se alejó. Francesco la colocó sobre una mesa metálica.

—Aquí tienes las cosas que nos dejó de recuerdo Baiocchi.

El subjefe la abrió. Un par de camisetas, una esclavina de plata. Una revista porno que escondía la estampita de un santo: san Franco eremita.

—¿Era creyente?

—Rezaba.

—Bonito sitio para esconder un santo, ¿no?

El director hojeó la revista. A la tercera felación, la lanzó de vuelta a la caja.

—Sí, precioso.

—San Franco eremita. ¿Tienes una enciclopedia?

—En el despacho.

—Aquí pone que es el patrón de Francavilla al Mare, provincia de Chieti. Tiene sentido —dijo Rocco, con el tomo apoyado en las rodillas y sentado en un sillón de polipiel verde.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Selva desde su mesa, donde repasaba la carpeta del ya expresidiario.

—Baiocchi era de Roma. Y su familia también, ¿no? ¿O estoy confundido?

—No, dices bien.

—¿Y por qué tendrías tú una estampita de san Franco si te llamas Enzo? ¿Pone ahí en el expediente cómo se llamaba el padre?

Selva repasó la documentación.

—De padre Giovanni, madre Concetta, un hermano, Luigi, y una hermana, Clara. Ningún Franco.

Rocco volvía las páginas de la enciclopedia.

—A ver, cualquier creyente tendría un san Vicente Ferrer, ¿no? Pero un san Franco eremita... Ni siquiera es un santo conocido.

—Entonces, ¿por qué dices que tiene sentido?

Rocco cerró la enciclopedia.

—Es un mensaje que recibió de vete tú a saber quién. Estaba buscando a Corrado Pizzuti, eso está claro, y así fue como alguien lo informó sobre dónde encontrarlo. Tuvo que matarlo él.

—¿Enzo Baiocchi mató a...?

—Corrado Pizzuti, un delincuente de poca monta. Y a Adele Talamonti, una buena amiga mía. Debo atraparlo como sea.

Era una noche de mayo de esas que en Roma te retuercen el estómago y te dejan sin aliento, el aroma de los tilos por fin había superado al de los tubos de escape y el Tíber ya no era un cieno lento que bajaba perezosamente hacia el mar, sino una cinta dorada que envolvía un regalo. Todas las estrellas habían salido para la ocasión, incluso la luna. Desde la terraza de Furio, frente a la isla Tiberina, se veía el tráfico de la ribera y los peatones que hacían eslalon entre los coches parados en el semáforo. Una niña llevaba un globo atado a la muñeca. Furio llegó con una jarra y cuatro mojitos.

—Aquí tenéis...

Repartió los vasos entre los amigos antes de sentarse. Luego se encendió un cigarrillo y se quedó escuchando. Seba miraba a Rocco a los ojos, mientras Brizio, que tenía las piernas estiradas, trasteaba con un cortaúñas. El viento movía las cicas en las macetas.

—Ya estamos listos, Rocco —lo urgió Seba.

—He descubierto quién fue. Y, al contrario de lo que hicisteis Brizio y tú, yo comparto la información.

Sebastiano sorbió por la nariz. Brizio siguió jugueteando con el objeto metálico.

—¿Qué quieres que te diga, Rocco? Nos enteramos de quién cometió el atraco y...

—Lo sé todo. ¡Por suerte, me lo ha contado otro amigo!

Seba fulminó con la mirada a Furio, que por toda respuesta le enseñó el dedo.

—¿Y qué has sabido?

—Enzo Baiocchi.

Brizio y Furio pegaron un bote en la silla. Sebastiano, en cambio, permaneció impassible.

—Se fugó hace quince días de la prisión de Velletri. Y luego mató a Corrado Pizzuti.

—¿Corrado? ¿No era el que hace años conducía el coche? —preguntó Brizio.

—El mismo.

Seba se crujió los dedos.

—¿Lo ha hecho para vengar a su hermano?

—Eso creo —respondió Rocco—. Y lo ha pagado Adele.

Se instaló un silencio de diez segundos, cada uno enfrascado en sus pensamientos.

—¿Qué hacemos? —lo rompió al fin el jefe.

—Me lo prometiste, Rocco. Es mío. —Sebastiano sonrió a pesar de haber hablado en tono amenazante—. ¡Le voy a arrancar el corazón! —añadió—. Al fin y al cabo, él me ha quitado el mío, ¿no?

Brizio asintió. Furio observaba a Rocco; sabía que el jefe quería llegar el primero a la presa. Y que no iba a soltarla tan fácilmente.

—¿Tenéis alguna idea de dónde puede estar escondido?

—No. Sé que tenía una hija... vive por via Casilina —dijo Brizio.

—Sí, hombre, como si esa rata de alcantarilla fuera a esconderse ahí. Es el primer sitio donde irían a buscarlo. ¿Dónde se cargó a Pizzuti?

—En Francavilla al Mare, Furio. Un pueblo de los Abruzos.

—No, algo me dice que no está en Roma.

—¿Y eso, Bri?

—Porque aquí está expuesto. Demasiado. Un soplo, una voz ligera como esta brisita de poniente, ¡y hasta luego! No, está escondido en alguna parte. ¿Y quién dice que no haya vuelto a Aosta...?

Furio miró a Rocco; parecía estar preguntándole si tenía la pistola siempre a mano. En realidad, en esos momentos estaba en su despacho, en el cajón del escritorio.

—Es verdad, podría haber vuelto. Pero ahora hay una diferencia. Ya no es una sombra: ¡tiene nombre y apellido!

Sebastiano cogió el vaso y lo levantó:

—¡Por la muerte de Enzo Baiocchi! ¡Que escupa sangre a chorros!

Los tres amigos se unieron al brindis.

—*Que reste-t-il de nos amours...*? —Alguien se había puesto a cantar una vieja canción francesa por la calle.

—¡Putos turistas! —exclamó Brizio, secándose los labios con la manga de la camisa.

SÁBADO

No había conseguido pegar ojo en su vieja casa de via Poerio. En el duermevela se le habían amontonado sueños y recuerdos, fantasías sexuales y lugares en los que no había estado pero que conocía como la palma de la mano. Todo mezclado en una enmarañada madeja de hilos de mil colores. Era inútil buscar los cabos, estaban anudados entre sí, y lo mejor era soltar el cerebro como una cometa y dejar que la secuencia ilógica tomara el control mientras él la observaba como si fuera una película checoslovaca sin subtítulos. Recibió el primer sol como el maná, un aspirador que le quitó todas las telarañas y le devolvió una visión real de las cosas. La cama, los muebles recubiertos de plástico, las paredes de la habitación, los cuadros de Marina, sus tres fotografías enmarcadas, el armario. Se duchó y salió a la terraza. Miró las plantas y destapó los limoneros, que aún estaban recubiertos con la protección invernal. Roma se extendía ante él con sus tejados centelleantes, que reflejaban ya los primeros rayos de sol. A lo lejos, hacia el mar, asomaba alguna que otra nube. Las flores propagaban su aroma y decenas de insectos se lanzaban en picado sobre los pétalos para succionar el néctar y pringarse las patas de polen. Rocco, en calzoncillos y camiseta, miró su reflejo en la ventana. Tuvo la sensación de ser lo único en blanco y negro de todo lo que lo rodeaba.

Cuando entró en la jefatura de Aosta, después de seis horas de coche y todavía con el sabor del positano en la boca, Italo salió a su encuentro con una cara aún más deprimida.

—¿Has estado en Roma?

Rocco asintió.

—A lo mejor no tiene importancia, pero llevo dándole vueltas desde ayer y por fin me he acordado —prosiguió Italo.

—Si me dices de qué coño hablas, a lo mejor hasta puedo participar y todo.

—De la acompañante, la de la foto.

—Amelia. ¿Y bien?

—Yo tenía razón, la había visto, y no la noche de nuestra incursión en casa de los Turrini.

—¿Ah, no?

—No. La vi delante del hotel Pavone, en Nus, hace unos días.

—¿No me habías dicho que el Pavone era un hotel para encuentros clandestinos? No veo qué tiene de raro.

—Ya, yo tampoco, pero me estaba martilleando el cerebro y por fin me lo he sacado de la

cabeza.

—Estupendo, Italo. ¡Muy bien!

Le dio una palmadita en la espalda al agente y se encaminó hacia su despacho. Pero de pronto se detuvo con la mano en el pomo. Se volvió. El joven iba ya camino de la oficina de denuncias.

—¡Italo! —lo llamó de nuevo.

—¿Qué pasa?

—¿Has dicho en el Pavone, en Nus?

—Sí.

—¿No estaría con Pietro Berguet?

—Eso mismo. ¿Te acuerdas? Te dije que la mujer no mentía cuando nos contó que el marido se dedicaba a pasearse por ahí.

Rocco asintió.

—¿Dónde está Caterina?

—¿Esa? —dijo con desprecio el agente—. Estaba arriba en el despacho del jefe. ¿Tienes que hablar con ella?

—¡Volando!

Rocco Schiavone y la inspectora Caterina Rispoli bajaron del coche y se dirigieron a via Aubert.

—A ver si me entero... ¡Loba está en tu casa!

—Sí —respondió Caterina con acritud—. ¡Y te la devuelvo cuando a mí me dé la gana!

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡Tú verás! Te largaste y me dejaste tirada como a una tonta. ¡Yo tenía que haber ido a Roma!
¡Dime al menos quién es!

—Ahora no. Cuando me devuelvas a mi perra.

—Si la quieres, ven a buscarla. No soy tu sirvienta. Soy una inspectora de policía, ¡no una cuidadora de perros!

—Tus chantajes son muy bajunos —dijo Rocco tras acelerar el paso.

—Yo por lo menos cumplo mi palabra.

—¿Seguro que es una perfumería bien surtida?

—Es la mejor de la ciudad, confía en mí. ¿Cómo se llama el perfume?

—Carnal Flower.

—Es la primera vez que lo oigo...

—No cabe duda, el caballero tiene buen gusto.

La dependienta, una mujer entrada en carnes, enfundada en un elegante traje chaqueta azul con falda por la rodilla, se llevó el índice a la boca y acompañó el gesto con una sonrisita cómplice.

—Ahora mismo se lo traigo.

Oscilando peligrosamente entre los estantes, fue a abrir un cajón de brezo. Las decenas de espejos de la tienda reflejaban la imagen de Rocco con su traje de pana arrugado y sus Clarks negruzcos, así como el uniforme de la inspectora, que tenía la elegancia de un saco de yuta sobre una estatua de Bernini.

—Es un perfume exclusivo... muy muy intenso.

La mujer volvió al mostrador con una caja en la mano. Negra y roja.

—Es de Frédéric Malle —susurró, como si estuviera hablando de un alijo de heroína que quisiera vender por la ciudad.

—Perdone mi ignorancia, pero no sé quién es ese —contestó Rocco—. ¿Tú lo conoces?

—No —respondió Caterina.

La dependienta abrió mucho los ojos.

—¡Es el sobrino de Serge Heffler-Louiche, uno de los fundadores de la *maison de parfums* Christian Dior! —exclamó, poniendo morritos de pez al pronunciar el francés.

—*Pour Dieu!* —exclamó Rocco.

—Entiéndame, no estamos ante un perfume cualquiera, sino ante EL perfume. No tengo probador, como comprenderá, no es algo que se venda en supermercados. —Rio ella sola con su frase—. ¿Quieren probarlo?

—¿Se puede? —preguntó el policía.

—*Bien sûr!* —chilló la mujer, que extrajo el botecito como si fuera una reliquia, le quitó el tapón y le hizo una seña a Caterina para que le prestase su muñeca—. Si no le importa, le rociará sólo un poco. En la piel. ¡No vaya a frotarlo, por favor!

—No, no —dijo Caterina, intimidada.

—Es que, ¿saben?, hay mucha gente que comete el desdichado error de frotar, ¡y adiós! Cambian el aroma. Hay que dar tiempo para que la esencia se deposite en la epidermis e interactúe con la piel. Traiga.

Caterina le tendió lentamente la muñeca mientras miraba a Rocco, que había puesto los ojos en blanco. Estaba ya hasta los huevos.

¡Chas! Una pequeña rociada y el tufo se expandió por doquier.

—Se nota que es bueno —dijo Rocco—. ¿Nardos?

La mujer sonrió feliz.

—Sí —respondió, cerrando los ojos como quien admite a saber qué culpa—. ¡El nardo, el rey, el símbolo de la alta *parfumerie!* Tiene usted buen olfato. —Después miró a Caterina—. Y buen gusto, si me permite decirlo.

—Bien, estupendo. Caterì, ¿te gusta?

—Ya me dirás... Es buenísimo.

Rocco sacó la cartera.

—¿Cuánto es?

—Bueno, por ser usted...

—¿Qué he hecho yo?

—Tener buen olfato... Son ciento setenta euros.

Él no pestañeó.

—Jefe, no —intervino Caterina—. ¿Qué hace?

—Déjame a mí, Caterina... ¿Aceptan Visa?

—*Mais bien sûr.*

—*Ça va sans dire!* —Rocco le entregó la tarjeta de crédito a la mujer, que desplazó su mole hasta la caja.

—Pero, jefe, no... no puedo aceptarlo.

—¿Y qué quieres? ¿Que me lo quede yo? Es un perfume de mujer...
—Me pone en un aprieto. Siempre puede regalárselo a una de sus...
—Tienes una imagen muy equivocada de mí, Caterina... —respondió, y fue a pagar a la caja
—. Y a cambio, te ordeno que pases a tutearme delante de la gente y que nunca más emplees el
usted, si no, me lo devuelves.

La dependienta arrancó el recibo del datáfono.

—¡Ah, son... son ustedes compañeros de trabajo! Yo creía que había...

—No, señora, esta joven acaba de arrestarme y estoy intentando corromperla.

La perfumera miró extrañada a Caterina, quien sin embargo sonreía con todos los dientes a la
vista.

Regresaron al coche. No intercambiaron ni una palabra en todo el trayecto de vuelta. Caterina
tenía en la mano el paquete con el perfume y Rocco iba fumando. Se había transformado: los ojos
se le habían vuelto tristes, opacos, y la boca se le había plegado ligeramente hacia abajo. Incluso
el pelo parecía amustiado.

—¿Adónde... adónde vamos?

—Tú vuelve al despacho. Yo sigo solo.

—¿Por qué te has puesto triste?

—Porque nunca me acostumbraré a la realidad, Caterina. Pasan los años, veo la porquería que
me rodea, pero no consigo habituarme.

—¿Qué realidad...? ¿De qué hablas?

—De descubrir la verdad, Cateri. Es mi oficio. Me pagan por eso, poco, pero me pagan. Y
cada vez que la descubro, me gustaría cerrar los ojos y hacer como si nada. Pero los hechos,
amiga mía, hablan alto y claro.

Caterina no lo entendía. Se limitó a mirar a su jefe, que se había transformado ante sus ojos.

—Es la mierda, inspectora Rispoli, se desborda continuamente, y no soporto más su peste. Eso
es todo.

La secretaria llamó a la puerta del despacho del presidente. Entró. Luego reapareció, toda
sonrisas.

—Pase, por favor, señor Schiavone.

Rocco entró. Pietro Berguet se levantó tras la mesa y fue a su encuentro con los brazos
abiertos.

—¡Señor Schiavone, le estoy tan agradecido...! Gracias a usted y a la fiscalía, la empresa...

Él lo interrumpió con un gesto de la mano y el empresario se detuvo a mitad de trayecto, como
si le hubieran pegado un puñetazo en la cara. Los dos hombres se miraron a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó Rocco.

—¿Por qué le doy las gracias?

—No. ¿Por qué lo hizo?

Una sonrisa tímida apareció en la cara de Pietro, que contenía la respiración.

—No... no entiendo.

—Amelia Abela, la acompañante.

Pietro soltó el aire y se relajó.

—Lo sé, lo sé. Somos hombres y no quisiera que usted pensase que soy un... putero, hablando claro. Fue un momento de debilidad, le ruego que...

—Pietro, yo no soy de la Antivicio. A mí que usted se vaya por ahí de picos pardos me importa poco. Estoy preguntándole por qué se compinchó con Amelia Abela y su hermano.

—¿Que me compinché para qué?

—Mimmo Cuntrera, Berguet. Usted fue quien encargó su asesinato.

Esas palabras envolvieron la estancia de un halo glacial.

—¿Yo? Pero ¿se ha vuelto usted loco?

—El juez Baldi está repasando sus cuentas corrientes, sus movimientos. Y estoy seguro de que tarde o temprano encontraremos un agujero de al menos veinticinco mil euros, el dinero que le dio a Daniele Abela, más la parte de su compadre Tolotta. Y un cuantioso puñado para Amelia, ¿me equivoco?

—¡Totalmente!

Rocco apuntó la mesa con el dedo. El perfume seguía allí, envuelto en papel de regalo.

—A una acompañante no se le regala un perfume de ciento setenta euros cuando se la contrata por motivos estrictamente profesionales. Ese regalo se le hace a una señora a la que se quiere o a alguien a quien se le debe algo. ¿Le cuento cómo veo yo la historia?

La cara de Berguet se había convertido en una lastra de pizarra.

—Puede que el primer encuentro fuera casual, o puede que no. El caso es que usted supo del parentesco y se le ocurrió el plan. Simple, limpio. ¿Quién iba a querer ver muerto a un pelagatos como Cuntrera? Usted quiso vengar a su hija, y ya está. Lo que pasa es que exageró un poco.

Pietro soltó una carcajada nerviosa.

—Está usted haciendo una acusación muy grave. Y creo que, llegados a este punto, la conversación acaba aquí. ¡Hablaré sólo en presencia de mi abogado!

—Seguro, señor Berguet, eso seguro. Aunque le aconsejo que se busque uno bueno, porque Amelia Abela ya está hablando con el suyo. Ella tiene todas las de ganar si nos echa una mano, mientras que usted, en cambio, lleva todas las de perder. Y la cosa no termina ahí. Hemos arrestado al hermano de Amelia con el botín. Y es cuestión de tiempo que cojamos a Federico Tolotta, su muy honorable socio. Déjeme decirle algo, como persona que conoce bien las cárceles. Dos funcionarios de prisiones, dos guardias penitenciarios, lo tienen complicado entre rejas. Se los comen vivos en cualquier penal. Así que digamos que, con tal de tener un trato de favor, esos dos son capaces de vender a su madre. ¿Lo ve, señor Berguet? Está usted con la mierda al cuello.

—Muy bien, y ahora adiós, Schiavone.

—Yo también le deseo un buen día. Pero una última cosa: si se hubiera quedado quietecito, viviendo su vida, en vez de jugar a hacerse el justiciero de mierda, hoy sería un gran día para usted: Edil.ber recupera las licitaciones, todo vuelve a su cauce, Chiara olvida y su mujer sonrío de nuevo. Es usted un pobre capullo, Berguet. Un desgraciado miserable e insignificante.

—¡No acepto sus lecciones de moral!

—No era una lección de moral, era una simple constatación.

—¡Desaparezca de mi vista!

Loba le saltó encima y, con un brinco exagerado, logró lamerle la cara. Caterina, desde su sofá de Ikea, observaba seria el encuentro.

—¿Me has echado de menos, pequeña? ¿Has comido?

Los únicos sonidos eran el jadeo de la perra y el reloj de cuco que medía el tiempo. Flotaba un agradable olor a violetas y cada rincón del pisito contaba algo. Libros, fotografías colgadas de la pared, dos estatuillas africanas, una colección de tazas de té.

—Tienes una casa muy bonita... Ahora lo entiendo todo... Italo desentonaría aquí.

—No intentes escaquearte.

—¿Escaquearme de qué?

—¡El nombre! —dijo Caterina, que seguía con el uniforme puesto.

Él la miró y ella se llevó una mano al pelo.

—¡Quiero saberlo, Rocco!

El subjefe se acercó a la ventana.

—Se llama Enzo Baiocchi. Es un criminal fugado de la prisión de Velletri.

—¿Y por qué te la tiene jurada?

—Siete de julio de 2007. Mi mujer y yo habíamos salido a tomar un helado. Yo había perdido una apuesta, una tontería, un juego que solíamos hacer. Cuando volvimos al coche, se nos acercó un vehículo. Dentro iban dos hombres: Corrado Pizzuti al volante y a su lado Luigi Baiocchi, el hermano de Enzo. Apenas me dio tiempo a darme la vuelta. Baiocchi tenía la pistola en la mano. Disparó dos veces. Yo me agaché por instinto. Marina no. Ella no se agachó. El primer tiro le atravesó la garganta y el segundo le entró por la sien izquierda. Ni siquiera tuvo tiempo de comprender lo que... —La voz se le quedó trabada. Cerró los ojos y se mordió los labios.

Caterina estaba pálida; tenía las manos entrelazadas con tanta fuerza que no podía mover ni un dedo. Rocco reanudó el relato:

—... lo que estaba pasando. Se fue en un abrir y cerrar de ojos. Un momento estaba a mi lado... y al otro le tenía cogida la cabeza... con la sangre resbalándome por la mano. Intenté taponar la herida con los dedos.

Se quedó mirando el cielo por la ventana. Los colores estaban desapareciendo, era como observar un óleo vívido y luminoso que palidecía lentamente y se transformaba en una acuarela tenue, delicada, difuminada. Después cayó una gota de agua y todo se confundió en una mancha borrosa. Acabó por anochecer.

Caterina estaba detrás de él. Le puso una mano en el brazo. Lo miró a la cara y le enjugó las lágrimas.

—Lo siento... perdóname.

—¿Y tú qué tienes que ver? No es culpa tuya.

Ella se puso de puntillas y apoyó levemente los labios en los de Rocco. Las lágrimas se mezclaron con la saliva. Luego lo cogió de la cabeza, pegándole el pelo a la nuca. Los labios se entreabrieron y las lenguas se encontraron. Él la agarró entonces por la cintura y la apretó contra su cuerpo. Después se apartaron.

—No podemos... —dijo Rocco en voz baja.

—No —contestó Caterina mirando al suelo—. No podemos...

DOMINGO

Fue un domingo muy ajetreado. Rocco había tomado posesión de su nueva casa en via Croix de Ville. Un piso bonito, espacioso y con mucha luz. Vigas a la vista, suelos de madera. Estaba bien decorado, con muebles rústicos antiguos y un armario chino negro. El dormitorio, espacioso, tenía una ventana que daba a una placita. El edificio de enfrente estaba adornado con frescos y balcones llenos de flores. Si no levantaba la vista, podía evitar ver las montañas, negras e imponentes. La mudanza duró diez minutos, lo que tardó en subir a *Loba*, su caseta nueva y la ropa. No tenía nada más. Había preferido dejar sus escasos libros en el piso de la calle Piave, como regalo.

Después había intentado distraerse con los partidos de primera división, pero un empate en casa por la mínima le había quitado las ganas de seguir las tertulias deportivas de la televisión. Además, ya había comprendido que el problema del once rojiamarillo no residía en sus capacidades técnicas, sino en una enfermedad mental seria. Más que un entrenador, parecían necesitar un psiquiatra.

Ninguna novedad importante de Roma. Seba andaba tras la pista de Enzo Baiocchi, pero este parecía haberse desintegrado.

Pensó en Caterina. Y eran pensamientos dulces, frescos, limpios, como las flores que asomaban en los balcones de enfrente. Le habría gustado caminar con ella por aquellas calles desiertas, pararse a tomar un café, respirar a todo pulmón el aire de mayo. Quizá en ese preciso instante también estuviese asomada a la ventana, igual que él, pensando lo mismo. Miró el móvil sobre la mesa del salón, pero las manos se le quedaron congeladas en el fondo de los bolsillos. Porque con ella era distinto. No podría comportarse como con Nora o Anna. Caterina era otra historia. Cada vez que la veía le entraban ganas de abrazarla, de apretarla contra sí para que lo protegiera de todo lo malo. Se perdía en los ojos de aquella chiquilla.

«¿Entonces? ¿De qué tienes miedo?».

De una palabra, una palabra sencilla en la que ni siquiera podía pensar. Se sentía observado por sus sombras, por esa neblina que parecía no querer marcharse de su cabeza ni de su casa, por los tiempos pasados, que le pesaban como pedruscos en los hombros y los ojos.

«¡Dila ya! No es tan difícil».

Bastaba que la dijera en voz alta para que todo cambiara. Todo se volvería sencillo y coherente.

«Sólo soy un viejo que a saber la película que se ha montado en la cabeza».

Se apartó de la ventana. Maurizio Baldi lo había citado en la fiscalía pese a ser domingo, y Rocco se dispuso a ir a verlo a su despacho.

—Veamos, las cosas están así: hemos descubierto agujeros en las cuentas de Berguet por un total de cincuenta mil euros y el presidente de Edil.ber está ahora mismo en Brignole, atrincherado con tres abogados. A Federico Tolotta lo han encontrado en casa de su madre, en Catanzaro, y Daniele Abela ya ha confesado. Digamos que, ahora sí, el caso Cuntrera está cerrado.

Rocco asintió.

—¿Usted no tiene nada que contarme?

—¿De qué?

—De la historia de la calle Piave. ¿Para qué ha ido a Roma dos veces en los últimos días?

—Para investigar.

—¿Y ha tenido suerte?

—No —respondió Rocco—. Palos de ciego.

El juez lo miró serio.

—No le creo.

—Lo siento, pero es así. He ido a remover el fango, pero no he encontrado la víbora.

—¿Usted se siente seguro aquí?

—Bastante.

—Fuera quien fuese puede volver, ¿no?

—No se lo niego. Pero verá, ahora yo sé que puede hacerlo. Y difícilmente volverá a pillarme desprevenido.

—¿Le digo cómo lo veo yo?

Rocco asintió de nuevo y cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud de escucha.

—Usted sabe perfectamente quién es, pero no me lo dice. ¿Y sabe por qué? Porque quien intentó matarlo quiere venganza por alguna historia del pasado. Algo que usted le hizo, algo secreto, algo... —el juez se adelantó en el sitio y bajó el volumen antes de añadir—: algo que es mejor no revelar, Schiavone. Dígame si me equivoco.

Rocco se limitó a encogerse de hombros.

—Lleva aquí desde septiembre, nueve meses —prosiguió Baldi—. Y ya sé mucho de usted. No me he quedado mano sobre mano. Conocemos la razón de su traslado, sabemos de sus métodos poco ortodoxos. Y estoy también al tanto de sus amistades romanas poco recomendables. Sebastiano Carucci, Furio Lattanzi y Brizio Marchetti. Son tres buenos elementos. Se ve con ellos en la capital, y no sólo en estos dos últimos días. No. Mantienen una relación continua, de cierta asiduidad. En particular con Sebastiano Carucci, el compañero de Adele Talamonti. Y creo que ustedes cuatro han descubierto algo. Y no tienen intención de compartirlo con nosotros. —Baldi cogió un bolígrafo y empezó a darle vueltas entre los dedos—. ¿Debo recordarle que es usted ante todo un representante de la ley? ¿Que su deber es entregar un asesino a la justicia? ¿O cuando algo lo afecta directamente se olvida de este detalle y actúa como un asaltante de caminos, igual que sus amigos?

—¿Ha terminado?

—Podría seguir durante horas.

—Juzgue usted mi conducta según mis acciones, no según un supuesto comportamiento. Y si le molesta, siempre puede quejarse a los jefazos y mandarme a otra parte. No sé... a Sacile del

Friuli o al Gennargentu. Créame, no voy a echar en falta ni esta ciudad, ni a usted ni estas montañas. Y ahora, si ha terminado con la regañina de buen padre de familia, me voy.

—Veo por su irritación que no me equivoco.

—Mi irritación se debe a que no me gusta que me toquen los huevos en domingo.

—¿Por qué, es que tiene algo mejor que hacer? —preguntó el juez.

—Míreme, señor Baldi. Y mírese a usted. Es un día festivo y estamos los dos en el despacho. La fotografía de su esposa ha vuelto a desaparecer de la mesa, yo perdí a mi mujer hace ya más de cinco años, somos dos trenes en una vía muerta, y si nos quitaran esto —dijo, señalando con un gesto la estancia—, acabaríamos en algún asilo, acunándonos en una silla delante de una pared. Los dos nos arrastramos por la vida, señorita. Usted se agarra desesperadamente al trabajo y las reglas, y yo a esos tres cabrones que tengo por amigos en Roma. Pero no sabría decirle quién lo hace mejor, si usted o yo.

—Yo respeto mis promesas.

—Y yo también. —Rocco se levantó—. Así que, cuando descubra quién fue, mi intención es meterlo en la cárcel.

—¿En la de Velletri? —preguntó Baldi sonriendo.

—¿Ve? Sabe más que yo.

—¿Por qué se la tiene jurada Enzo Baiocchi?

—Viejos rencores.

—¿Cómo de viejos?

—Digamos que... de 2007. Hace unos años.

Baldi cogió una hoja que tenía delante.

—¿Desde 2007? Pues aquí pone que usted sólo ha arrestado a Enzo Baiocchi una vez, en 2003. —Dejó la hoja y clavó los ojos en los de Schiavone—. ¿Ha sido por dejadez? ¿Por qué hacerle pagar ahora un arresto de 2003? Pasó dos años en libertad antes de volver a Velletri. Dígame... ¿es una venganza personal o Enzo Baiocchi quiere que pague por otra cosa? Un poco como nuestro Pietro Berguet...

—¡Descúbralo usted! —dijo Rocco, y salió del despacho del juez.

Aunque estaba cerrado, se había sentado en la terraza del bar-quiosco de siempre, ante el arco de Augusto, y observaba los pocos coches que daban vueltas alrededor, en una especie de carrusel. Pensaba de nuevo en Enzo Baiocchi, en su hermano, Luigi. Era una noche de agosto, caldeada como un horno de pizzas en un restaurante lleno de gente, el sudor pegándole la camisa a la piel, el regusto a hierro en la boca, el corazón, que parecía haberse detenido, en un aparcamiento abandonado cerca de la ronda principal. La luz se filtraba entre el polvo y las telarañas de las ventanas. La puerta del coche no quería abrirse, había armas, manos que temblaban, hedor a orín y miedo.

Miedo.

Se había convertido en una persona de carne y hueso, y allí estaba, entre los dos, recordándoles que, pese a todo, eran hombres, hechos de sangre y nervios. Y recuerdos, que lo atormentarían en los años venideros, de la mañana a la noche más profunda, hasta el día en que cerrara los ojos para siempre y rindiera cuerpo, mente y remordimientos a la tierra, los gusanos y

las plantas.

Había llegado a orillas del Dora. Se fijó en que había salido el sol. Cogió la Ruger que le había dado Furio y la lanzó a las aguas del río. La pistola desapareció en un remolino. Apagó el móvil, se metió las manos en los bolsillos y volvió a casa.

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con Laura, Giovanna, Francesco, Marco, Valentina y todo el equipo de la editorial, por su apoyo constante. Y con Cristina y Monica. Y vaya un agradecimiento especial para Toni y otro para Fabrizio.

La que sigue es la lista de los amigos de Rocco. Por qué aparecen aquí lo saben sólo ellos (y Cristina, ni que decir tiene): Carla Zamper, Antonella Imperiali, Antonella Poce, Vesna Draskovic, Miriam Caputo, Francesca Ghiglione, Monica Malpeli, Monica Dal Fante, Simona Donna Rumma, Danilo Fattorusso, Sonia Cremonese, Laura Corvatta, Barbara Corvatta, Annetta Cinque, Giulia Favero, Valentina Azzarone, Sara De Luca, Enrico Magli, Giuliana Di, Marita Lo Iacono.

A. M.